
Gabriela Mistral
LECTURAS PARA MUJERES

GABRIELA MISTRAL

LECTURAS PARA MUJERES

DESTINADAS A LA ENSEÑANZA DEL LENGUAJE



MEXICO

1924

LOS PEDIDOS A LA AUTORA:

ESCUELA-HOGAR

GABRIELA MISTRAL

1924



INTRODUCCIÓN

A ESTAS "LECTURAS PARA MUJERES"

I. **Palabras de la extranjera.**—Recibí hace meses de la Secretaría de Educación de México el encargo de recopilar un libro de *Lecturas Escolares*. Comprendí que un texto corresponde hacerlo a los maestros nacionales y no a una extranjera, y he recopilado esta obra sólo para la escuela mexicana que lleva mi nombre. Me siento dentro de ella con pequeños derechos, y tengo, además, el deber de dejarle un recuerdo tangible de mis clases.

He hecho, no un texto escolar propiamente dicho, un libro *graduado* para cierta sección: se trata, primero, de un colegio casi industrial en el que la enseñanza del idioma es sólo un detalle, y luego, la heterogeneidad de las edades de las alumnas —quince a treinta años— sugiere la heterogeneidad de los trozos.

Por otra parte, mis alumnas no cursarán humanidades en otro establecimiento; quedarán, pues, sin conocer las páginas hermosas de nuestra literatura. Bueno es darles en esta obra una mínima parte de la

cultura artística que no recibirán completa y que una mujer debe poseer. Es muy femenino el amor de la gracia cultivado a través de la literatura.

Mi pequeño trabajo no pretende competir con los textos nacionales, por cierto: tiene los defectos lógicos de la labor hecha por un viajero. He procurado compenetrarme de la sensibilidad y el pensamiento mexicanos; no he podido conseguirlo en unos cuantos meses, naturalmente. Un libro de esta índole es, a mi juicio, labor de tres años, y necesita mucha tranquilidad de espíritu y un profundo conocimiento del ambiente. Es éste el ensayo de un trabajo que realizaré algún día, en mi país, destinado a las mujeres de América. Las siento mi familia espiritual; escribo para ellas, tal vez sin preparación, pero con mucho amor.

II. **Lecturas femeninas.**—He observado en varios países que un mismo *Libro de Lectura* se destina a hombres y mujeres en la enseñanza primaria y en la industrial. Es extraño: son muy diferentes los asuntos que interesan a niños y niñas. Siempre se sacrifica en la elección de trozos la parte destinada a la mujer, y así, ella no encuentra en su texto los motivos que deben formar a la madre. Y sea profesionista, obrera, campesina o simple dama, su única razón de ser sobre el mundo es la maternidad, la material y la espiritual juntas, o la última en las mujeres que no tenemos hijos.

Mi libro no tiene de original sino esta sección *Hogar*, para la que he espigado en unas cuantas obras todas aquellas páginas que exaltan la materni-

dad o el amor filial y que hacen sentir, hecho nobleza, el ambiente de la casa. Desearía que se realizara en mi raza lo que llama en un noble verso Eduardo Marquina: «elevar lo doméstico a dominio». Y también a belleza; debemos ennoblecer con ésta todas las cosas que queremos hacer amadas.

Tal vez en parte no pequeña hayan contribuído los *Libros de Lectura* sin índole femenina, a esa especie de *empañamiento del espíritu de familia* que se va observando en las nuevas generaciones.

La participación, cada día más intensa, de las mujeres en las profesiones liberales y en las industriales trae una ventaja: su independencia económica, un bien indiscutible; pero trae también cierto desasimiento del hogar, y, sobre todo, una pérdida lenta del sentido de la maternidad.

En la mujer antigua este sentido fué más hondo y más vivo, y por ello los mejores tipos de mi sexo yo los hallo en el pasado. Me parecen más austeros que los de hoy, *más leales a los fines verdaderos de la vida;* creo que no deben pasar. Para mí son los eternos.

El descenso, imperceptible, pero efectivo, que se realiza desde ellos hasta nosotros me parece un triste trueque de firmes diamantes por piedrecitas pintadas, de virtudes máximas por éxitos mundanos; diría más: *una traición a la raza, a la cual socavamos en sus cimientos.* Puede haber alguna exageración en mi juicio; pero los que saben mirar a los intereses eternos por sobre la maraña de los inmediatos verán que hay algo de esto en la «mujer nueva».

Siendo lo que anoto una de mis inquietudes espirituales más vivas por la juventud femenina de mi América, me ha sido alegría el que la escuela que lleva mi nombre sea una Escuela-Hogar. Ha sido también faena gozosa reunirle estas Lecturas, en las cuales la primera sección, hecha con más cariño que ninguna, está destinada a robustecer *ese espíritu de familia, ennoblecedor de la vida entera y que ha vuelto grandes a los pueblos mejores de la Tierra: al inglés, por ejemplo.*

No son muy numerosos los capítulos de esta índole que ofrece la literatura. Ella ha sido generosa para la mujer en el aspecto que llamaríamos *galante,* y extrañamente mezquina para la madre y aun para el niño. Y si pasamos de la literatura general a la española, la pobreza se hace miseria.

Yo desearía que, en arte como en todo, pudiésemos bastarnos con materiales propios: nos sustentásemos, como quien dice, con sangre de nuestras mismas venas. Pero la indigencia, que nos hace vestirnos con telas extranjeras, nos hace también nutrirnos espiritualmente con el sentimiento de las obras de arte extrañas. Así, yo he debido acudir a buenas o medianas traducciones de autores extranjeros para poder completar la sección mencionada. Vendrán días de mayor nobleza en que iremos cubiertos de lo magnífico, que a la vez sea lo propio, así en las ropas como en el alma.

Ya es tiempo de iniciar entre nosotros la formación de una literatura femenina, seria. A las excelentes maestras que empieza a tener nuestra América corres-

ponde ir creando la literatura del hogar, no aquella de sensiblería y de belleza inferior que algunos tienen por tal, sino una literatura con sentido humano, profundo. La han hecho hasta hoy, aunque parezca absurdo, sólo los hombres: un Ruskin, en Inglaterra; un Tagore, en la India; para no citar más. (Anotemos, en descargo de las mujeres, dos nobles nombres: el de Ada Negri, en Italia, y el de Selma Lagerloff, en Suecia.)

La llamada literatura educativa que suele circular entre nosotros lo es solamente como intención. *No educa nunca lo inferior.* Necesitamos páginas de arte verdadero en las que, como en la pintura holandesa de interiores, lo cotidiano se levante hasta un plano de belleza.

III. **Motivos humanos.**—Pero en un libro de *Lecturas para mujeres* no todo debía ser comentarios caseros y canciones de cuna. Se cae también en error cuando, por especializar la educación de la joven, se la empequeñece, eliminando de ella los grandes asuntos humanos, aquellos que le tocan tanto como al hombre: la justicia social, el trabajo, la naturaleza.

He visto casos de deformaciones por esta limitación. A la mujer antigua, hay que reconocerlo, le faltó cierta riqueza espiritual por causa del unilaterismo de sus ideales, que sólo fueron domésticos. Conocía y sentía menos que la mujer de hoy el Universo, y de las artes elegía sólo las menudas; pasó superficialmente sobre las verdaderas: la música, la pintura, la literatura. Todo el campo de su sensibilidad fué el amor,

y no hay que olvidar que es la sensibilidad algo más que un atributo que hace a las actrices y a las literatas: la fuente de donde manan la caridad encendida y los más anchos resplandores del espíritu. *Guardémonos bien, pues, en esto y en otras cosas, de especializar empobreciendo y restando profundidad a la vida.*

Por estas consideraciones he puesto en mis LECTURAS esa sección copiosa de *Motivos espirituales.*

IV. **Sección México y América española.**—Domina todavía en algunos textos escolares de lenguaje el criterio de tratar los asuntos geográficos, históricos o de ciencias naturales *en erudito;* se entresaca este material de los manuales de esa índole. Me parece una invasión que hace el lenguaje en las otras asignaturas y un utilitarismo que deforma el manual de lengua materna.

Es lógico buscar trozos de historia por ser ésta el ramo educador por excelencia, y buscar la descripción geográfica; *pero con criterio de belleza.* La producción histórica de México y de mi país es muy rica; mas la mayoría de sus páginas no son adecuadas a la índole de una obra para la enseñanza del lenguaje.

Según este concepto, yo he preferido a las firmas ilustres de González Obregón y de Toribio Medina las de los divulgadores amenos de nuestra historia, como Rodó, Montalvo y Martí. Son escasas las páginas de esta índole en la literatura nuestra; las tienen los norteamericanos en Irving y en muchos otros; Francia, en Lamartine y Michelet; entre nosotros, los

investigadores de la Historia son más que los comentaristas amenos y ágiles.

Quiero decir lo que pienso sobre la formación del amor patrio en la mujer. Algo he observado en mis años de enseñanza escolar.

Para mí, la forma del patriotismo femenino es la maternidad perfecta. La educación más patriótica que se da a la mujer es, por lo tanto, la que acentúa el sentido de la familia.

El patriotismo femenino es más sentimental que intelectual, y está formado, antes que de las descripciones de batallas y los relatos heroicos, de las costumbres que la mujer crea y dirige en cierta forma; de la emoción del paisaje nativo, cuya visión, afable o recia, ha ido cuajando en su alma la suavidad o la fortaleza.

Según este concepto, en la sección *México* del presente libro dominan las descripciones de ambientes y de panoramas. No se ha olvidado, sin embargo, la biografía heroica.

Van en esta serie algunas prosas mías, no por el vanidoso deseo de arrebatar el comentario al escritor mexicano. Son trozos descriptivos, unos, en los cuales he querido dejar a las alumnas de mi escuela las emociones que me ha dado su paisaje, y, otros, el elogio de sus gentes, que hecho por un extranjero no dicen sino su ternura admirativa.

El número de trozos de índole mexicana es equiparable al que contienen los textos de lecturas nacionales.

Al seleccionar el material correspondiente a nues-

tra América me he encontrado con una pobreza semejante a aquella a que aludí sobre temas de hogar.

El poeta y el prosista descriptivos en los cuales se encuentre derramado en verdad y en belleza nuestro paisaje americano, son muy pocos. Hay dos grandes nombres que se repiten aquí página tras página por esta razón: el magnífico Chocano y el sutil Lugones.

Otra forma de patriotismo que nos falta cultivar es esta de ir pintando con filial ternura, sierra a sierra y río a río, la tierra de milagro sobre la cual caminamos.

Nuestra poesía descriptiva es casi siempre bélica y grandilocuente; nuestra prosa descriptiva no es siempre artística. Vendrán también los poetas que, como Paul Fort, digan desde los barrios humildes de nuestras ciudades hasta el color radioso de nuestros frutos. Hoy por hoy, sólo en Chocano ha sido alabada la América con su piña y su maíz, sus maderas y sus metales. En él está el trópico, listado como el tigre, de colores espléndidos, y su ojo es el que mejor ha recogido nuestro paisaje heroico.

He procurado que el libro, en general, lleve muchas firmas hispanoamericanas. No están todas las valiosas, sin embargo, *porque no se trata de una Antología*. La índole hispanoamericanista de mis Lecturas no es cosa sugerida a última hora por el hecho de servir a un gobierno de estos países. Hace muchos años que la sombra de Bolívar ha alcanzado mi corazón con su doctrina. Ridiculizada ésta, deformada por el sarcasmo en muchas partes, no siendo todavía concien-

cia nacional en ningún país nuestro, yo la amo así, como anhelo de unos pocos y desdén u olvido de los otros.

V. **Índole de las lecturas.**—Tres cualidades he buscado en los trozos elegidos: primero, intención moral y a veces social; segundo, belleza; tercero, amenidad. En aquellos que son fragmentos se procuró que tuvieran cierta síntesis del asunto.

Sin intención moral, con las lecturas escolares los maestros formamos sólo retóricos y *dilettantis;* creamos socios para las academias y los ateneos, pero no formamos lo que nuestra América necesita con una urgencia que a veces llega a parecerme trágica: *generaciones con sentido moral, ciudadanos y mujeres puros y vigorosos e individuos en los cuales la cultura se haga militante al vivificarse con la acción: se vuelva servicio.*

Respecto de lo segundo, la belleza de los trozos, pienso que revela desprecio hacia las jóvenes la calidad inferior en la lectura que suele ofrecérseles. Se estima que basta con darles *doctrina,* aunque ésta lleve un ropaje tan lamentable que le cree el desamor.

Caemos así en ciertos extremos de utilitarismo a que han llegado algunos manuales sajones, llenos de espesas arengas para la acción y de narraciones que, de sencillas, pasan a simples. Olvidamos al primer maestro de nuestra América, al noble José Enrique Rodó, que nos pedía apacentar «con la gracia» las almas que son eso: «la gracia». Tendencias prácticas empiezan a dirigir la enseñanza en nuestro Continen-

te. Estoy con ellas en todo lo que tienen de salvadora sensatez para nuestra vida económica. Mas suelen exagerarse esas tendencias en forma dañina; van hacia un torpe desprecio de los altos valores espirituales de la escuela.

El maestro verdadero tendrá siempre algo de artista; no podemos aceptar esa especie de «jefe de faena» o de «capataz de hacienda» en que algunos quieren convertir al conductor de los espíritus.

En cuanto a lo tercero, a la amenidad, creo que ya hay demasiado hastío en la pedagogía seca, fría y muerta que es la nuestra.

Tal vez esa falta de alegría que todos advierten en nuestra raza venga en parte de la escuela-madrastra que hemos tenido muchos años. El niño llega con gozo a nuestras manos; pero las lecciones *sin espíritu y sin frescura* que casi siempre recibe van empañándole ese gozo y volviéndole el joven o la muchacha fatigados, llenos de un desamor hacia el estudio, que viene a ser lógico. *Hacemos de éste lo que algunos hacen de la libertad: una Gorgona en vez de un dios afable.*

Hombres sin agilidad de espíritu, sin imaginación para colorear un relato y sin esa alegría que se hace en el individuo por la riqueza y la armonía de las facultades, han sido generalmente nuestros maestros.

Muchos trozos de índole moral he encontrado en mis lecturas que no he querido aprovechar para este libro, a pesar de la firma ilustre. La enseñanza no era dada con amenidad, con esa fluidez feliz con que enseña Tagore, ni con esa ternura traspasada de encanto que tiene la prosa de Carlos Luis Phillippe. La odiosa

sequedad de muchos moralistas defrauda su deseo de mejorar el mundo... La juventud, esa agua viva, no puede amar al que tiene, sobre la lengua viva, la palabra muerta.

VI. **Gratitud.**—Ha sido para la pequeña maestra chilena una honra servir por un tiempo a un gobierno extranjero que se ha hecho respetable en el Continente por una labor constructiva de educación tan enorme que sólo tiene paralelo digno en la del gran Sarmiento. No doy a las comisiones oficiales valor sino por la mano que las otorga, y he trabajado con complacencia bajo el Ministerio de un Secretario de Estado cuya capacidad, por extraña excepción en los hábitos políticos de nuestra América, está a la altura de su elevado rango, y, sobre todo, de un hombre al cual las juventudes de nuestros países empiezan a señalar como al pensador de la raza que ha sido capaz de una acción cívica tan valiosa como su pensamiento filosófico. Será en mí siempre un sereno orgullo haber recibido de la mano del licenciado señor Vasconcelos el don de una Escuela en México y la ocasión de escribir para las mujeres de mi sangre en el único período de descanso que ha tenido mi vida.

La Recopiladora.

México, 31 de Julio de 1923.

HOGAR

A) LA CASA Y LA FAMILIA

Misión de la mujer.

No creeréis que el acto de imponer la armadura al caballero por mano de su dama fuese un mero capricho de la fantasía romántica. Es el símbolo de una verdad eterna que la armadura del alma nunca está bien puesta sobre el corazón, a menos que la haya adaptado una mano de mujer, y es solamente cuando no la adapta bien cuando desfallece el honor varonil.

Tal vez no conocéis estas amables líneas; yo quisiera que fuesen aprendidas por todas las jóvenes de Inglaterra: —«¡Ah, mujer pródiga!, ella que podría — a su dulce persona poner su propio precio, — conociendo que él no puede elegir, sino pagar. — ¡Cómo ha franqueado el paraíso! — ¡Cómo da por nada sus dones inapreciables! — ¡Cómo desperdicia el pan y vierte el vino — que, gastados con la debida economía, — habrían hecho hombres de los brutos y divinizado a los hombres!»

Basta con eso respecto a las relaciones de los amantes; yo creo que aceptaréis lo dicho. Pero lo que dudamos con mucha frecuencia es que convenga continuar tales relaciones durante toda la vida humana. Pensamos que convienen al amante y a su dama, no al esposo y a la esposa. Es decir, pensamos que un reverente y tierno respeto es debido a aquella de cuya afección dudamos aún, y cuyo carácter aun no distinguimos sino parcial e indistintamente; y que esta reverencia y respeto deben cesar cuando su afección se ha hecho nuestra totalmente y sin límites, y su carácter ha sido tan probado y ensayado por nosotros que no tememos confiarle la felicidad de nuestra vida.

¿No veis cuán innoble es esto y cuán irracional? ¿No sentís que el matrimonio —cuando es propiamente matrimonio— no es más que el sello que marca el tránsito de la devoción prometida de temporal a inextinguible y que convierte el amor vacilante en eterno?

Pero, ¿cómo, preguntaréis, es la idea de esta función directiva de la mujer reconciliable con una verdadera sujeción de esposa? —Simplemente, porque es una función directiva no determinante. Permitidme que trate de mostraros en breves términos cómo estos poderes pueden distinguirse justamente:

Somos locos, y locos sin excusa, al hablar de la «superioridad» de un sexo sobre el otro, como si pudiesen compararse cual cosas similares. Cada uno de ellos tiene lo que el otro no tiene; cada uno completa al otro y es completado por él; no son en nada iguales, y la felicidad y perfección de ambos depende de que cada cual pida y reciba del otro lo que sólo el otro puede darle.

Ahora bien, sus caracteres distintivos son, en resumen, los siguientes: el poder del hombre es activo, progresivo, defensivo. Es propiamente el actor, el creador, el descubridor, el defensor. Su intelecto está orientado hacia la especulación y la invención; su energía, hacia la aventura, la guerra y la conquista, dondequiera que la guerra es justa, dondequiera que la conquista es necesaria.

Pero el poder de la mujer es para el gobierno, no para la batalla, y su inteligencia no es para la invención o creación, sino para el buen orden, arreglo y decisión. Ve las cualidades de las cosas, sus exigencias y los lugares que deben ocupar. Su gran función es la fama; no entra en contiendas, pero adjudica infaliblemente la corona del combate. Por su misión y por su puesto será protegida contra todo peligro y toda tentación.

El hombre, en el rudo trabajo en medio del mundo, debe hacer frente a todo peligro y a toda prueba; para él, por tanto, deben ser la falta, la ofensa, el error inevitable; frecuentemente puede ser herido o sometido; frecuentemente, engañado, y siempre, endurecido. Pero guarda a la mujer de todo esto,

dentro de su casa, de la casa regida por ella; a menos de que ella lo busque, no necesita entrar en el peligro, ni en la tentación, ni en causa alguna de error o de ofensa.

Esta es la verdadera naturaleza de la casa: es el lugar de la paz; el refugio, no solamente contra todo agravio, sino contra todo error, duda y división. En tanto que esto no es así, no hay hogar; en tanto que las ansiedades de la vida exterior penetran en él y la sociedad de alma inconsciente, anónima, sin amor, del mundo externo, es admitida por el esposo o por la esposa tras el umbral, cesa de haber hogar; éste es entonces, solamente, una parte del mundo externo que habéis dejado y donde habéis encendido fuego.

Pero en tanto que es un lugar sagrado, un templo vestal, un altar del corazón, guardado por los dioses domésticos, ante los cuales nadie puede comparecer sino aquellos que pueden ser recibidos con amor; en tanto que es esto, y el techo y el fuego son imágenes solamente de una sombra y una luz más nobles —la sombra de la roca en un campo desierto y la luz del faro en un mar tempestuoso—; en tanto es esto, merece el nombre y justifica el renombre de *Hogar*.

Y dondequiera que vaya una verdadera esposa, el hogar está siempre en torno suyo. Pueden lucir las estrellas sobre su cabeza; la luciérnaga en la hierba de la noche fría puede ser el único fuego a sus pies; pero el hogar existe dondequiera que ella está; y el hogar de una mujer noble se extiende en torno suyo, más precioso que si estuviese techado de cedro o pintado de bermellón, esparciendo su quieta luz a lo lejos, para aquellos que sin ella no tendrían hogar.

Este, pues, creo yo que es —¿no lo admitiréis vosotros?— el verdadero rango y poder de la mujer. Pero, ¿no veis que para cumplir esto debe (en cuanto podemos usar tales términos hablando de una criatura humana) ser incapaz de error?

Cuanto ella rige debe ser justo, o no es nada. Debe ser paciente, incorruptiblemente buena, instintiva, infaliblemente sabia —sabia, no para su propio provecho, sino por la renuncia de sí misma; sabia, no de modo que se haga superior a su

marido, sino de modo que no pueda nunca faltar de su lado; sabia, no con la mezquindad del orgullo insolente y sin amor, sino con la nobleza apasionada del sacrificio modesto infinitamente variable por ser de utilidad infinita— la verdadera inconstancia de la mujer.

En este gran sentido no será «la donna e mobile», «qual piúm'al vento», ni aun «variable como la sombra que hace al álamo temblón», sino variable como la luz de múltiples y bellos matices que puede tomar el color de todo aquello sobre lo cual cae y puede abrillantarlo.

John Ruskin,
inglés.

Recomendar la obra *Sésamo y Azucenas* del autor del trozo.

El ama.

Yo aprendí en el hogar en qué se funda
la dicha más perfecta,
y para hacer la mía
quise yo ser como mi padre era
y busqué una mujer como mi madre
entre las hijas de mi hidalga tierra.
Y fuí como mi padre, y fué mi esposa
viviente imagen de la madre muerta.
¡Un milagro de Dios que ver me hizo
otra mujer como la santa aquella!

Compartían mis únicos amores
la amante compañera,
la patria idolatrada,
la casa solariega,
con la heredada hacienda.

¡Qué buena era la esposa
y qué feraz mi tierra!
¡Qué alegre era mi casa
y qué sana mi hacienda,
y con qué solidez estaba unida
la tradición de la honradez a ellas!

Una sencilla labradora humilde
hija de obscura castellana aldea;
una mujer trabajadora, honrada,
cristiana, amable, cariñosa y seria,
trocó mi casa en adorable idilio
que no pudo soñar ningún poeta.

¡Oh, cómo se suaviza
el penoso trajín de las faenas
cuando hay amor en casa,
y con él mucho pan se amasa en ella
para los pobres que a su sombra viven,
para los pobres que por ella bregan!
¡Y cuánto lo agradecen, sin decirlo,
y cuánto por la casa se interesan,
y cómo ellos la cuidan,
y cómo Dios la aumenta!

Todo lo pudo la mujer cristiana,
logrólo todo la mujer discreta;
la vida en la alquería
giraba en torno de ella,
pacífica y amable,
monótona y serena...
¡Y cómo la alegría y el trabajo
donde está la virtud se compenetran!

Lavando en el regato cristalino
cantaban las mozuelas,

y cantaba en los valles el vaquero,
y cantaban los mozos en las tierras,
y el aguador camino de la fuente,
y el cabrerillo en la pelada cuesta...
¡y yo también cantaba,
que ella y el campo hiciéronme poeta!
. . . .

La vida era solemne;
puro y sereno el pensamiento era;
sosegado el sentir, como las brisas;
mudo y fuerte el amor, mansas las penas,
austeros los placeres,
raigadas las creencias,
sabroso el pan, reparador el sueño,
fácil el bien y pura la conciencia.

¡Qué deseos el alma
tenía de ser buena,
y cómo se llenaba de ternura
cuando Dios le decía que lo era!

José María Gabriel y Galán,
español.

Recomendar las *Obras completas* de Gabriel y Galán.

El sereno amor.

I

Amor de esposa.

No quiero amor que no sabe dominarse, de ese que como el vino parte su vaso, espumoso, y se derrama y se desperdicia a un momento.

Dame ese amor fresco y puro como la lluvia, que bendice la tierra sedienta y colma las tinajas del hogar; amor que cale, bajando hasta su centro, la vida, y allí se extienda, como savia invisible, hasta las ramas del árbol de la existencia, y haga nacer las flores y los frutos.

¡Dame ese amor que conserva tranquilo el corazón en plenitud de paz!

Rabindranath Tagore,
hindú.

II

Aconsejan los poetas.

Escribe Garcilaso en su égloga II:
«En medio del invierno está templada e agua dulce de esta clara fuente, y en el verano, más que nieve, helada.»

Así como el agua dulce de la clara fuente, serás tú dentro del hogar: templada en los fríos y helada en los calores, constituyendo contrapeso que mantenga en equilibrio la vida íntima de la familia, para lo cual ni pecarás de extremosa, alegrándote en demasía, ni entristeciéndote sobradamente; de modo que cuando estén todos descontentos acudan a tí como a esperanza última.

Harás, pues, de la serenidad una de tus virtudes, y con ella protegerás la paz interior de tu casa y de los tuyos, siendo templada en el invierno y nieve en el verano, como el agua dulce de la clara fuente que cantara Garcilaso.

Dr. C. Juarros,
español.

Recomendar el *Breviario de la Madre,* del Dr. Juarros.

El espectador.

No olvidarás en la vida del hogar que ella es obra de arte que tiene por espectadores a los hijos.

Las desavenencias, las discusiones, los enfados, todo ese mundo de contrariedades casi inevitables, debes sustraerlo a los ojos de los pequeños, pues en el caso contrario los obligarás a tomar partido por el padre o por la madre, lo que equivaldría a disgregar, a romper la armonía de su afectividad.

Cuando el orgullo flamee en ti, piensa que los hijos son espectadores, y hallarás fuerzas imprevistas para vencer y suavizar la situación.

Dr. C. Juarros,
español.

Recomendar el *Breviario de la Madre,* del Dr. Juarros.

Dos elogios de la Madre.

I

La Madre y el Niño.

Cuando yo tenía dos años, mamá, tú eras fuerte como una fuerza de Dios; eras bella, con toda clase de bellezas naturales; eras dulce y clara como el agua corriente. Eras, para mí, la más completa representación del mundo.

Yo te veo y te siento. Te pareces a la tierra fácil y serena de nuestro país, que se va de ribazos en cañadas, con sus campos y sus prados de verdor. Coges a tu niño sobre tu seno, le acaricias, le llenas de beneficios; y esto es bueno, como

II

Recuerdo de la madre ausente.

Madre: En el fondo de tu vientre se hicieron en silencio mis ojos, mi boca, mis manos. Con tu sangre más rica me regabas como el agua a las papillas del jacinto, escondidas bajo la tierra. Mis sentidos son tuyos, y con éste como préstamo de tu carne ando por el mundo. Alabada seas por todo el esplendor de la tierra que entra en mí y se enreda a mi corazón.

* * *

Madre: Yo he crecido, como un fruto en la rama espesa, sobre tus rodillas. Ellas llevan todavía la forma de mi cuerpo; otro hijo no te la ha borrado. Tanto te habituaste a mecerme, que cuando yo corría por los caminos quedabas allí, en el corredor de la casa, como triste de no sentir mi peso.

No hay ritmo más suave, entre los cien ritmos derramados por el *primer músico,* que ese de tu mecedura, madre, y las cosas plácidas que hay en mi alma se cuajaron con ese vaivén de tus brazos y tus rodillas.

Y a la par que mecías me ibas cantando, y los versos no eran sino palabras juguetonas, pretextos para tus *mimos.*

En esas canciones tú me nombrabas las cosas de la tierra: los cerros, los frutos, los pueblos, las bestiecitas del campo, como para domiciliar a tu hija en el mundo, como para enumerarle los seres de la familia, ¡tan extraña!, en que la habían puesto a existir.

* * *

Y así, yo iba conociendo tu duro y suave universo: no hay palabrita nombradora de las criaturas que no aprendiera

de ti. Las maestras sólo usaron después de los nombres hermosos que tú ya habías entregado.

Tú ibas acercándome, madre, las cosas inocentes que podía coger sin herirme; una hierbabuena del huerto, una piedrecita de color; y yo palpaba en ellas la amistad de las criaturas. Tú, a veces, me comprabas, y otras me hacías, los juguetes: una muñeca de ojos muy grandes como los míos, la casita que se desbarataba a poca costa... Pero los juguetes muertos yo no los amaba, tú te acuerdas: el más lindo era para mí tu propio cuerpo.

* * *

Yo jugaba con tus cabellos como con hililllos de agua escurridizos, con tu barbilla redonda, con tus dedos, que trenzaba y destrenzaba. Tu rostro inclinado era para tu hija todo el espectáculo del mundo. Con curiosidad miraba tu parpadear rápido y el juego de la luz que se hacía dentro de tus ojos verdes; ¡y aquello tan extraño que solía pasar sobre tu cara cuando eras desgraciada, madre!

Sí, todito mi mundo era tu semblante; tus mejillas, como la loma color de miel, y los surcos que la pena cavaba hacia los extremos de la boca, dos pequeños vallecitos tiernos. Aprendí las formas mirando tu cabeza: el temblor de las hierbecitas en tus pestañas y el tallo de las plantas en tu cuello, que, al doblarse hacia mí, hacía un pliegue lleno de intimidad.

Y cuando ya supe caminar de la mano tuya, apegadita cual un pliegue vivo de tu falda, salí a conocer nuestro valle.

* * *

Los padres están demasiado llenos de afanes para que puedan llevarnos de la mano por un camino o subirnos las cuestas.

Somos más hijos tuyos; seguimos ceñidos contigo, como la almendra está ceñida en su vainita cerrada. Y el cielo más amado por nosotros no es aquel de las estrellas límpidas y frías, sino el otro de los ojos vuestros, tan próximo, que se puede besar sobre su llanto.

El padre anda en la locura heroica de la vida y no sabemos lo que es su día. Sólo vemos que por las tardes vuelve y suele dejar en la mesa una parvita de frutos, y vemos que os entrega a vosotras para el ropero familiar los lienzos y las franelas con que nos vestís. Pero la que monda los frutos para la boca del niño y los exprime en la siesta calurosa eres tú, madre. Y la que corta la franela y el lienzo en piececitas, y las vuelve un traje amoroso que se apega bien a los costados friolentos del niño, eres tú, madre pobre, *¡la ternísima!*

Ya el niño sabe andar, y también junta palabritas como vidrios de colores. Entonces tú le pones una oración leve en medio de la lengua, y allí se nos queda hasta el último día. Esta oración es tan sencilla como la espadaña del lirio. Con ella, ¡tan breve!, pedimos cuanto se necesita para vivir con suavidad y transparencia sobre el mundo: se pide el pan cotidiano, se dice que los hombres son hermanos nuestros y se alaba la voluntad vigorosa del Señor.

Y de este modo, la que nos mostró la tierra como un lienzo extendido, lleno de formas y colores, nos hace conocer también al Dios escondido.

* * *

Yo era una niña triste, madre, una niña huraña como son los grillos obscuros en el día, como es el lagarto verde, bebedor del sol. Y tú sufrías de que tu niña no jugara como las otras, y solías decir que tenía fiebre cuando en la viña de la casa la encontrabas conversando con las cepas retorcidas y con un almendro esbelto y fino que parecía un niño embelesado.

Ahora está hablando así también contigo, que no le con-

testas; y si tú la vieses le pondrías la mano en la frente, diciendo como entonces: «—Hija, tú tienes fiebre».

* * *

Todos los que vienen después de ti, madre, enseñan sobre lo que tú enseñaste y dicen con muchas palabras cosas que tú decías con poquitas; cansan nuestros oídos y nos empañan el gozo de oír *contar*. Se aprendían las cosas con más levedad estando tu niñita bien acomodada sobre tu pecho. Tú ponías la enseñanza sobre esa como cera dorada del cariño; no hablabas por obligación, y así no te apresurabas, sino por necesidad de derramarte hacia tu hijita. Y nunca le pediste que estuviese quieta y tiesa en una banca dura, escuchándote. Mientras te oía, jugaba con la vuelta de tu blusa o con el botón de concha de perla de tu manga. Y este es el único aprender deleitoso que yo he conocido, madre.

* * *

Después, yo he sido una joven, y después una mujer. He caminado sola, sin el arrimo de tu cuerpo, y sé que eso que llaman la libertad es una cosa sin belleza. He visto mi sombra caer, fea y triste, sobre los campos sin la tuya, chiquitita, al lado. He hablado también sin necesitar de tu ayuda. Y yo hubiera querido que, como antes, en cada frase mía estuvieran tus palabras ayudadoras para que lo que iba diciendo fuese como una guirnalda de las dos.

Ahora yo te hablo con los ojos cerrados, olvidándome de donde estoy, para no saber que estoy tan lejos; con los ojos apretados, para no mirar que hay un mar tan ancho entre tu pecho y mi semblante. Te converso cual si estuviera tocando tus vestidos; tengo las manos un poco entreabiertas y creo que la tuya está cogida.

Ya te lo dije: llevo el préstamo de tu carne, hablo con los labios que me hiciste y miro con tus ojos las tierras extrañas.

Tú ves por ellos también las frutas del trópico—la piña grávida y exhalante y la naranja de luz—. Tú gozas con mis pupilas el contorno de estas otras montañas, ¡tan distintas de la montaña desollada bajo la cual tú me criaste! Tú escuchas por mis oídos el habla de estas gentes, que tienen el acento más dulce que el nuestro, y las comprendes y las amas; y también te laceras en mí cuando la nostalgia en algún momento es como una quemadura y se me quedan los ojos abiertos y sin ver sobre el paisaje mexicano.

* * *

Gracias en este día y en todos los días por la capacidad que me diste de recoger la belleza de la tierra, como un agua que se recoge con los labios, y también por la riqueza de dolor que puedo llevar en la hondura de mi corazón, sin morir.

Para creer que me oyes he bajado los párpados y arrojo de mí la mañana, pensando que a esta hora tú tienes la tarde sobre ti. Y para decirte lo demás, que se quiebra en las palabras, voy quedándome en silencio...

Gabriela Mistral,
chilena.

Soledad.

Mientras cuido la marmita
y el gato blanco dormita,
la lluvia afuera gotea,
y el viento en la chimenea
se revuelve airado y grita...

Sobre los rojos tizones
hierve el agua a borbotones,
y si se mueve la tapa
de la marmita, se escapa
suave olor de requesones...

Miro en los brillantes leños
cómo se forman los sueños:
se encienden, brillan, se apagan,
y entre cenizas naufragan...
¡Oh, engañadores ensueños!

Yo también tejí los míos
en estos tristes bohíos,
de aquesta lumbre al amor...
... Secóse la planta en flor
cuando vinieron los fríos...

Mientras plañe y grita el viento,
en paz y quietud me siento
junto al fogón calcinado...
¡Cómo se oye en el tejado
el gotear suave y lento!...

Despierta el gato y suspira,
baja del fogón, se estira,
el lomo alarga y arquea,
viene hacia mí, ronronea,
y luego mis ojos mira...

¿Su mirada indiferente
pregunta por el ausente?
No sé; mas va a la ventana
y ve la extensión lejana
tristemente, tristemente...

Y yo también el camino
con ansiedad examino...
Nadie viene, nadie viene...
El viento moviendo está
las ramas de aquel sabino...

Tras ver el confín lejano,
tomo la aguja en la mano,
y una tras otra puntada
queda la tela cerrada...
Después, el lino devano.

Y, al terminar la faena,
abro la vieja alacena,
y en ella guardo el cestillo
con la aguja y el ovillo.
Después preparo la cena.

Ya la bruma se ennegrece...
Flotante crespón parece
que se enreda en el sabino...
Ya el solitario camino
se borra y desaparece...

La luz, confusa e incierta
cual una esperanza muerta,
se refugia en lontananza...
«¡Adiós, adiós, esperanza!»,
le digo, y cierro mi puerta.

Sola quedo en mi bohío;
tiritando estoy de frío;
mas prendo luego el velón,
y a la lumbre del fogón
voy a calentar mi hastío...

También el gato tirita
y ansioso ve la marmita
que borbota y cuchichea,
y en mirándola que humea
se pone grave y medita...

Tiempo es de saborear
el cotidiano manjar
que aderezo en los tizones
con harina, requesones
y miel de mi colmenar.

A tender la mesa voy.
«... ¡Qué sola, qué sola estoy!»
Fué nada más para mí
la mesa que ayer tendí:
¿mañana será cual hoy...?

... Mas alguien llama al postigo...
—«¡Voy al punto, al punto!»— digo,
y me lanzo en un momento
a abrir la puerta... Es el viento,
¡el viento!, mi único amigo...

Y viendo una luz incierta
que en la llanura desierta
alguien lleva en lontananza,
«¡Adiós, adiós, esperanza!»,
le digo..., y cierro mi puerta.

María Enriqueta,
mexicana.

Recomendar *Rumores de mi huerto* y *El Secreto,* de María Enriqueta.

La casa y el arquitecto.

Pequeña casa que yo dibujo, muros imaginarios, puertas por las que las hormigas no pueden entrar, ventanas abiertas sobre piezas de ilusión...

A través de los cristales ningún rostro espía; tras ellos ninguna luz se enciende.

Como un juguete mis ojos sonrientes te observan, sombra que mis manos concretan.

Y un día no lejano, ¡oh milagro de la voluntad!, como liviana semilla en hoja alada, volarás hasta caer en tierra. En ella echarán raíces tus cimientos, se elevarán tus muros al compás del canto de los albañiles y tus alegres ventanas serán ojos abiertos llenos de asombro ante el vasto horizonte.

Cuando en las piezas vacías resuenen los últimos golpes dados en la techumbre; cuando el polvillo fino de la postrera labor terminada aún vague por el aire lento, en el principio de tu vida todo te será hostil; los mismos pájaros huirán de tus fríos aleros; el sol, con sus más vivos rayos, hará sensible tu advenediza apostura, y tu flamante apariencia será una pretensión más para las sabias y viejas casas que desde los alrededores te contemplen displicentes.

Mas el día llegará en que un hombre y su familia bulliciosa recorran tus aposentos y suban y bajen inquietos como las ardillas.

El pobre hombre, fácil al engaño, al ensayar una sonrisa olvidada creerá que sus viejas tristezas quédanse afuera y que dentro de tus muros va a iniciarse para él una nueva vida, desligada de todo antiguo cansancio.

Como una estrella más, aparecida en la noche, brillarán tus luces encendidas para las aves nocturnas. Y los atrasados caminantes que vayan por la falda de los montes vecinos verán cómo pestañea y guiña la roja claridad como una señal

amiga. Ellos no saben que las ramas de los árboles ocultos en la noche, que mueven vientos silenciosos, al ir y venir con sus vaivenes enfrente de tus ventanas, fingen tan amable engaño.

La lluvia, que en toda la enorme sucesión de los inviernos tenía costumbre de encontrar tierra libre en el sitio que ocupas, murmurará de tu presencia y buscará vengarse. En mil pequeños regatos bajará por la larga pendiente de los tejados y, ¡ay de que encuentre los más pequeños resquicios!, turbará en la alta noche vuestro sueño, como si cien relojes caprichosos se largasen a andar en el entretecho.

Ella, que viene a reverdecer la tierra, ya se ingeniará por que vuestra estéril techumbre reverdezca. Ella hace de una casa construída para los hombres un refugio para musgos y hierbas locas. En grietas invisibles, en tres granos de polvo robados al camino por el viento que todo lo revuelve, ella hará que arraiguen y prosperen.

Una noche en que la locura insistente de las ráfagas sacuda un postigo olvidado, desde el hueco de una teja vana, una lechuza, para espiar el merodeo de los ratones, pedirá reiteradamente silencio.

En la humedad que mantiene la sombra constante de los rincones formará sus pequeñas viviendas toda una tribu de negros escarabajos, y arriba, en el ventanuco más alto e inútil, arañas cuidadosas tejerán hermosos visillos que las preserven del frío y de las miradas de las golondrinas.

Con el alba de una tardía primavera habrá nacido bajo tu techo un niño que llorará sin descanso. Él va a ser en tu interior como un obscuro pensamiento que se insinúa.

Y una tarde cenicienta de un otoño dorado, el pobre hombre aquel que creyó empezar en ti una nueva vida observará por última vez, antes de morir, las paredes desnudas de su habitación.

Por largo tiempo sólo se oirán llantos, quejas y lamentaciones, y entre ellos unos silencios hondos y desconcertantes, que turben golpes siniestros dados sobre una caja hueca.

Después abandonarán tu abrigo. Todos volverán la vista

para contemplarte antes de llegar al recodo del camino. Todos, menos el niño que nació bajo tu techo. Él irá feliz; la idea de cambio le producirá un ingenuo placer, que embargará todos sus pensamientos.

Nuevas familias llegarán pidiéndote refugio. Habrá parecidas esperanzas e iguales amores; otros niños nacerán y otros hombres y mujeres contemplarán el último de sus crepúsculos desde tus ventanas.

Pedro Prado,
chileno.

Recomendar las obras de Pedro Prado.

Salmo de la casa.

La esposa.

—Me dijo mi Señor: «Aplica a todas
las cosas esta ley de casa nuestra;
el mundo viene a escuela en nuestras bodas,
y tú eres, mujer mía, la maestra.

Para toda codicia halle tu mano
el adecuado cebo;
para toda amargura, un gesto humano;
para toda hora nueva, un goce nuevo.

Si el mundo es tempestad, la casa es puerto;
y si es guerra la vida, ella es victoria;
pon en ella tus ansias a cubierto
y saca a dulces pastos la memoria.

Adonde tú no llegues, ella alcance
con esta ley que amor le da, inefable;
ella te acorra en todo amargo trance;
que es, siendo espiritual, inagotable.

La casa te es corona y te es vestido,
y es forma tuya y es tu informadora,
y es a la vez tu cárcel y tu nido,
porque siendo tu esclava, es tu señora.

La ley que ambos le dimos nos obliga;
de la vida ayer nuestra, hoy nos mantiene;
somos ambos el campo y ella espiga;
pasaremos los dos, ella deviene.

Ten fe que es ella, en cada empresa tuya,
la que se salva, la que endura y crece;
no temas de la edad que la destruya:
antes, porque es virtud, ya no perece.

Sé tú de ella en poder, no en abandono;
y métela en lo esquivo y en lo adverso;
quiero darte en la casa más que un trono,
aunque un trono ya es más que el universo.

Tu casa es sobre ti como un escudo
que te da majestad y fortaleza;
el enemigo romperá, sañudo,
la punta de su espada en su corteza.

Unto es tu casa hecho de todas cosas,
que sirve para todas las heridas;
las fuerzas de la vida misteriosas
se plasman en tu casa, esclarecidas.

Y te tienes a ti y a mí me tienes
en acción de eficacia a par con ella;
lámpara que mantengo y que mantienes,
la casa, en nuestro oriente, es nuestra estrella.

Santifica la vida en estos tramos
de la diurna y habitual libranza

templo ha de ser el mundo en que pongamos
nuestra arca de alianza.

Que es nuestra casa, amor, la vida entera
enaltecida a espiritual decoro,
y es de toda hora vaga y pasadera
hilado por tus manos, hilo de oro.

Entras desde hoy, casera de mi casa,
a doble actividad en tus acciones;
una tu mano compra y la otra tasa;
con la una acoges y con la otra impones.

Que aunque es el mundo al modo suyo, vario,
tú a la ley de tu casa has de rendirlo;
que tu Dios moriría en tu sagrario
si pasto no le das con que nutrirlo.

Y como flor que pasa en una aurora,
rindiendo al sol las hojas macilentas,
tu casa pasará, mi ayudadora,
si tú no la acrecientas.

Tu casa te es descanso y te es milicia
que quiere ser y no ha de ser sin guerra;
la sombra tuya brazo de justicia
sobre las injusticias de la tierra.

¡Entra a ser denodada y a ser fuerte,
que el gladio te colgué sobre el triclinio;
y será tu victoria de la muerte
levantar lo doméstico a dominio.»

Eduardo Marquina,
español.

Recomendar *Elegías* y *Doña María la Brava,* de Eduardo Marquina.

El bosque y la casa.

Digo:—«Por vida del bosque,
que es hora de fantasías;
si nunca te la prometo
nunca vendrás a pedírmela;
y yo te tengo una casa,
aderezada y munida,
donde, al placer de habitarla,
se te harán cortos los días.»

«No sé si está cerca o lejos,
que es hora de fantasías;
no sé si ayer la empezaron,
no sé si estará concluída;
pero, mira,
aquellos troncos de pino
van a servirme de vigas.»

«En la casa, un cuarto grande
con ventanales que miran
los de una parte a montaña,
los de otra parte a marina.
En un rincón, una mesa
para las historias mías;
junto a la mesa, un sillón;
junto al sillón, una silla;
no sé si el cuarto te place,
que es hora de fantasías;
no sé si habrá en las ventanas
sus seis macetas floridas;
pero, mira,
la mesa, silla y sillón
nos saldrán de aquella encina.»

«En lo mejor de otro cuarto
tu arcón de madera fina,
bien perfumado de hierbas,
con que la ropa es más limpia;
abren tu arcón, en dos jarros,
ramas de almendros floridas;
y una piel junto al arcón
adonde hincar las rodillas.»
«No sé si el arcón es grande,
que es hora de fantasías;
ni si la luz que lo alegra
te es bastante o te es mezquina;
pero, mira,
para el arcón, aquel roble
nos dará madera fina.»

«Viene con más pompa en todo
la alcoba opulenta y rica,
que ha de llegarse a habitarla
la majestad de la vida.
La cama está bien compuesta
de columnas retorcidas,
todas labradas a torno,
obra que se lleva días.
No sé si son las columnas
una para cada esquina,
o si un barandal protege
la cabecera pulida;
pero, mira,
serán de aquellos nogales
las columnas retorcidas.»

«Los haces nos darán leña
con la que el hogar se anima:
bien te gustará, en invierno,
sentir sus tibias caricias.

De un tronco viejo, una imagen
haremos y una capilla;
cosa para ti de rezos,
para mí de poesía.
No sé si acabe la casa,
que es hora de fantasías;
no sé si la tengo cerca
o si de lejos me atisba;
pero, mira,
sin este dolor del bosque
tal vez nunca existiría.»

Maravillada y suspendida queda,
el hombro amigo su cabeza oprime,
y ve flotar sobre el dolor del bosque
la vaga creación que lo redime.

E. Marquina,
español,

Recomendar *Elegías, Doña María la Brava* y *La Alcaldesa de Pastrana*, de Eduardo Marquina.

Retratos de mujeres.

I

La mujer fuerte.

Mujer fuerte ¿quién la hallará? Su estima sobrepuja largamente a la de las piedras preciosas.

El corazón de su marido está en ella confiado y no sufrirá despojo. Darále ella bien y no mal todos los días de su vida.

Buscó lana y lino y con voluntad labró de sus manos.

Fué como navío de mercader: trajo su pan desde lejos.

Levantóse aún de noche y dió comida a su familia y ración a sus criados.

Consideró la heredad, y la compró, y plantó viñas con el fruto de sus manos.

Ciñó sus lomos de fortaleza y esforzó su brazo. Supo que era buena su granjería. Su lámpara no se apagó de noche. Aplicó sus manos al huso; sus dedos tomaron la rueca.

Alargó su diestra al pobre, la extendió al menesteroso.

No tendrá temor de la nieve por su familia, porque toda ella va vestida de ropas dobles. Ella se hizo tapices. De lino fino y de púrpura es su vestido, y su marido se distingue en las puertas cuando se sienta con los ancianos de la tierra. Hizo telas y las vendió y dió cintas al mercader.

Fortaleza y honor son sus vestiduras, y en el día postrero reirá.

Abrió su boca con sabiduría y la ley de la clemencia está en su lengua.

Considera los caminos de su casa. No come el pan de balde. Levantáronse sus hijos y llamáronla bienaventurada, y su marido también la alabó. Muchas mujeres hicieron el bien; pero tú las sobrepujaste a todas.

Engañosa es la gracia y vana la hermosura; la mujer que teme a Jehová esa será alabada. Dadle el fruto de sus manos y alábenla en las puertas sus hechos.

Salomón,
hebreo.

II

La pacificadora.

Mi madre querida me hablaba a menudo de una resplandeciente mujer habitante de Long Island, a quien ella había conocido en otro tiempo.

Llamábanla todos *La pacificadora.* Tenía cerca de ochenta años, temperamento risueño y feliz; había vivido siempre

en una granja, y era muy amiga de sus vecinos, práctica y discreta, invariable y bienvenida, favorita de todos, especialmente de las casadas jóvenes. Tenía numerosos hijos y nietos.

No había recibido educación, pero poseía dignidad natural. Había llegado a ser tácitamente reconocida por todos como consejera doméstica, juez, componedora de dificultades, pastora y reconciliadora de todo el país comarcano.

Causaba alegría sólo mirarla: alta de estatura, fuerte, con pelo abundante, más blanco que la nieve (nunca llevó sombrero o cofia de ninguna clase), con ojos obscuros, la piel clara, el aliento sano y con peculiarísima atracción personal.

Walt Whitman,
norteamericano.

III

Jefe de faena.

He visto otra mujer que, por afición y por necesidad a un mismo tiempo, se ha dedicado a los negocios prácticos: dirige una gran empresa mecánica. Trabaja mucho materialmente; se consagra cada día más a una vida realmente laboriosa y dura.

No se siente humillada por el contacto con un ambiente rudo; sabe ser firme y silenciosa a un mismo tiempo. Sostiene su derecho con invariable serenidad y decoro, y trata a diario, con absoluta competencia, con carpinteros, labradores, marineros y carreteros, maestros en su oficio.

Y con todo esto no ha perdido el encanto de la naturaleza femenina, sino que lo conserva y sostiene plenamente, a través de tan ásperas apariencias.

Walt Whitman,
norteamericano.

Mi carta.

Y la cierro, y en el sobre,
tras guardarla sonriendo,
escribo estas dulces frases:
«En su país, a mi dueño»
Y después, enternecida,
la miro, le doy un beso,
la pongo en mi corazón,
¡y se la doy al cartero!
—«¡Llévala al punto!»—le digo—.
«Llévala con todo empeño,
y cuida por las veredas
que no se la lleve el viento...
Si está serena la tarde,
cruza veloz los senderos;
no pases al ventorrillo
para pedir vino añejo,
que puedan correr las horas
charlando con el ventero.»
¡Hazte cargo de mi angustia!
«¡Ve de prisa, te lo ruego!
Pasa sin temor los vados,
sube las cuestas ligero,
no descanses a la orilla
de los claros arroyuelos;
y si al cruzar por el bosque
te sorprende el aguacero,
entonces... bajo los árboles
aguarda un solo momento.»
«Cuida que el agua no llegue
hasta ese sobre pequeño,
que basta una sola gota
para borrar el letrero...

Y después, por las veredas
del bosque, sigue de nuevo,
sin descansar un instante,
sin detenerte un momento.
Y cuando baje la noche
con su solemne silencio,
no temas al asesino
que se oculta tras los setos,
continúa la jornada,
ve entre la sombra sin miedo:
dicen que un ángel piadoso
acompaña a los viajeros...»
«¿Oyes?... Pues bien: ¡a llevarla!
¡a llevarla con empeño!
¿Adiós, dices?... No, de prisa
márchate y vuelve... ¡Hasta luego!»
¡Oh, mi carta! Vuela errante
por ignorados desiertos...
Allá va... cruzando montes
y sendas y vericuetos...
Allá van por los caminos,
errantes, mis pensamientos...
Vuelan hacia extrañas tierras,
hacia otros climas... ¡muy lejos!...
Y mientras huyen, veloces,
yo pensativa me quedo...
¿Se habrá llevado mi carta
la corriente de un riachuelo?
¿Olvidada en una piedra
la habrá dejado el cartero?
¡Oh, quién sabe!... En las posadas
acaso la habrán abierto...
Acaso en estos instantes
alguien la estará leyendo,
y acaso... ¡acaso la estrujen
y la arrojen hacia el suelo!...

¡Ah! tal vez el remolino
entre el polvo la haya envuelto...
O ¡tal vez hecha pedazos,
los desiguales fragmentos
como rotas alas giren
arrastrados por el viento!...
Y... ¡quién sabe! acaso... acaso
rendido ya, sin alientos,
al cruzar entre las breñas
haya caído el cartero...
Y acaso... de sed y hambre
esté allí tendido y muerto...
¡Oh! ¡cuántas dudas funestas
se albergan en mi cerebro!
¡Cuántos temores me asaltan
después que mi carta entrego!
Tras ella se va mi mente
cuando de vista la pierdo;
y pienso en ella en el día,
y por la noche la sueño,
errante por los caminos...
entre los bosques espesos,
por carreteras torcidas...
por sendas y vericuetos...

María Enriqueta,
mexicana.

Recomendar *Rumores de mi huerto* y *El Secreto*, de María Enriqueta.

La familia.

¿Es posible que amar resuelva todos los problemas y que a nuestro angustiado corazón, lo mismo que a nuestro espíritu curioso, le baste con tan poca cosa, una familia, para hallar la calma y la paz?

Sí. Producir felicidad en torno nuestro, hacer dichosos dentro del estrecho límite a los seres cuya suerte está ligada a la nuestra; ¿hay ideal más alto?

Perseguimos con todo nuestro esfuerzo ambiciones cuya vanidad conocemos, una gloria que llamamos eterna, y que el tiempo se lleva, una fortuna cuyos caprichos desconciertan nuestros más hábiles cálculos, honores ridículos que obtienen también los últimos de los hombres. Y en esta caza nos olvidamos de los seres que no amamos, como podríamos amarlos, por los cuales no hacemos lo que pudiéramos hacer.

Moriremos nosotros y nuestras obras; nuestros pensamientos se desvanecerán; no subsistirá ni una sola piedra de los edificios que habremos construído; ni una letra de los nombres que habremos creído inscritos en la Historia; pero ¿no quedará nada de los soles de afección que hayamos encendido?

Son necesarios millares de años para que desaparezca la luz de una estrella apagada; ¿cuánto tiempo pueden, pues, vivir y perpetuarse después de nosotros los sentimientos dulces y sencillos que hemos hecho irradiar de nuestros corazones?

Eduardo Rod,
suizo.

Recomendar *El sentido de la vida,* de Eduardo Rod:

El protector.

Cuando pequeño, mi madre me conducía de la mano, me guiaba por todos los caminos. Un día partí a estudiar lejos varios años, y hube de valerme ya solo. Sin embargo, durante aquella separación, Señor, aún pensaba yo en mi madre como un niño; mis cartas llamábanla «mamá», «mamacita», y las suyas me acariciaban, cubrían de besos a su muchachuelo.

Pasó tiempo, otros años pasaron, y la vida tornó a reunir-

nos. Fué allá en una ciudad del Norte, donde ciertas ambiciones me llevaran en busca de fortuna, y en la cual ella sentíase extranjera entre las gentes y las costumbres.

Entonces, de repente, nos hallamos con que había llegado un camino por el cual debía conducirla yo a ella. Esa mañana trémula y dorada hubo en mi corazón una fiesta bella de orgullo: dirigía yo a mi madre ahora; yo la imponía de cuanto era discreto y conveniente hacer, porque, además de no conocer aquella tierra, parecía ignorar la marcha de los tiempos nuevos; yo, el fuerte, la guiaba; y ella, la débil, la remisa, entregábase a mi saber y mi prudencia.

Un día llega siempre, Señor, en nuestra vida, a partir del cual, como empieza el árbol a dar sombra y abrigo a sus raíces, los hijos comenzamos a cobijar a nuestra madre.

En esa mañana trémula y dorada, siempre hay una fiesta en nuestro corazón, bella de orgullo; pero tambien perdemos el supremo bien de una madre que nos besa, nos cubre y nos protege cuando estamos desarmados. Desde entonces mi viejecita es una criatura que yo conduzco de la mano.

Y ahora no sé, madre, qué dicha vale más: si aquélla cuando tú me amparabas porque yo permanecía el más débil, o ésta en que mi alma pone un brazo alrededor de tus hombros, y te lleva como a una hija.

Eduardo Barrios,
chileno.

La abuela.

«¡Oh, madre de nuestra madre!
¿Estás durmiendo?... ¡Despierta!
Otras veces en tus sueños
murmuras y balbuceas,
y parece que aun dormida
hablas con alguien y rezas.

Mas hoy estás tan inmóvil
como una Virgen de piedra,
y a tus labios silenciosos
ni el aliento vida presta.
¿Por qué más sobre tu pecho
hoy inclinas la cabeza?
Dinos, ¿qué daño te hicimos
para que ya no nos quieras?
Mira: la pálida lámpara
se extingue; el hogar humea;
y si no quieres hablarnos
como solías, abuela,
lámpara, hogar y nosotros
moriremos de tristeza.»

«¿Qué dirás cuando despiertes
de ese letargo, y nos veas
a nosotros dos ya muertos,
muerto el fuego, la luz muerta?
También entonces tus hijos
sordos serán a tus quejas;
para que resucitemos
al cielo harás mil promesas,
y bien habrás de abrazarnos
para darnos vida nueva.»

«Tiéndenos tus manos frías
que nuestras manos calientan;
y de antiguos trovadores
cántanos coplas añejas.
Háblanos de los guerreros
que servían fadas bellas,
y a sus damas les llevaban,
en vez de flores, banderas;
dinos el nombre amoroso
que era su grito de guerra.

Dinos cómo se conjuran
los fantasmas. ¡Ay, abuela!
Cuéntanos aquella historia
de un monje que vió en su celda
a Lucifer por los aires
volar con alas siniestras;
dinos qué rubí en la frente
el rey de los gnomos lleva;
dinos a quién el demonio
teme más en su caverna:
a los mandobles de Orlando
o a los Salmos de la Iglesia.
Ven; enséñanos tu Biblia
con sus láminas tan bellas,
los santos de azul y de oro
y el cielo con tanta estrella
y el Niño, el buey y los Magos...
y esas latinas sentencias
que a Dios hablan de nosotros,
descífranos letra a letra.»

«La luz oscila y se apaga,
descienden las sombras densas;
quizás ya por la ventana
malos espíritus entran...
Tú, que el miedo nos quitabas,
hoy nuestro pavor aumentas.
¡Cielos, tu mano está fría!
A veces con ansia tierna
nos hablabas de otro mundo
do cada paso nos lleva,
de la gloria, del sepulcro,
de la vida pasajera,
y de la muerte... la muerte...
¿Qué es la muerte? ¿No contestas?»

Y oyéronse largo rato
sus sollozos. Y risueña
rayó al fin la blanca aurora,
y no despertó a la abuela.
Dió al aire lúgubres sones
la campana de la aldea,
y un pastor vió aquella noche
por la mal cerrada puerta,
delante del santo libro,
junto a la cama desierta,
dos niños arrodillados
que rezaban con voz trémula.

Víctor Hugo,
francés.

Recomendar *La Leyenda de los Siglos,* de Víctor Hugo.

Interiores.

I

Noches de lluvia.

Yo amo las noches de lluvia. Son de una intimidad intensa y dulce, como si nuestra casa se convirtiera, de pronto, en el único refugio tibio e iluminado del universo. Los objetos que nos rodean adquieren una familiaridad más afectuosa y más honda; la luz parece más límpida; el fuego, la mecedora, los ovillos de lana, el lecho, las mantas, todo es más nuestro y más grato.

La alcoba, realmente, se convierte en nido, en nido caliente y claro y sereno, en medio del viento gruñidor, de la lluvia furiosa o mansa, del frío, que hace acurrucar cabeza con cabeza a las parejas de pájaros. Me imagino mi casa, entonces,

como un pequeño y vivo diamante apretado entre el puño de un negro gigantesco. ¡Qué beatitud! Hago por no dormirme para gozar esas horas de gracia propicias al ensueño y al amor. Pero a veces, también me asalta, de pronto, la visión de pobres *ranchos* agujereados, de chicos friolentos, de mujeres que no tienen, como yo, una casa tibia ni una abrigada cama blanda, y para quienes estas noches así son un suplicio. Y entonces sí me esfuerzo por dormir. Ya que no puedo remediar yo sola su infinita miseria, les doy el sacrificio de la conciencia de mi bienestar. Me duermo, me duermo avergonzada de paladear un gozo que atormenta a millares de seres humanos.

Juana de Ibarbouron,
uruguaya.

Recomendar *El cántaro fresco,* de Juana de Ibarbouron.

II

La llama del hogar.

Tras leve espiral de tul
que en la obscura estancia flota,
del leño la llama brota
en largo pétalo azul.

Ante aquella ardiente flor
que profundiza tu ensueño,
como la llama en el leño
se alza en mi sombra tu amor.

Una azul obscuridad
llena el aposento en calma,
y el remoto azul de tu alma
crea la felicidad.

III

La paz.

Todo calla. La lámpara segura
echa en torno, redonda y amarilla,
una mancha de sol en la que brilla
tu escarpín, y tu frente queda obscura.

Duele, de tierno, el corazón. Y en tanto
que las almas se rinden más cautivas,
la sombra baja sobre nuestro encanto
aquiescentes pestañas pensativas.

Leopoldo Lugones,
argentino.

Recomendar el *Sarmiento, Las industrias de Atenas* y las *Poesías selectas,* de Lugones.

IV

El comedor.

Este es el lugar en que dos veces por día tomo conciencia de las cosas, sea que el pan haga penetrar en mí el alma de la mies que rechina bajo la canícula de Julio, sea que el vino me comunique el paisaje púrpura de la vendimia y la alegría de las muchachas que cortaban, cantando, los racimos tenebrosos.

Así, cada alimento me parece sagrado por todo lo que hace pasar a mi sangre de fuerza poética. No puedo olvidar la humildad de la huerta en que se hundió la odorífera zanahoria; ni el verdor del prado que limitan los alisos y en que el buey cuya carne como ha vivido; ni la cabaña sembrada de hojas secas, hundida en el corazón de la montaña herbosa, en

que este queso fué cuajado; ni el verjel donde, en la modorra de las vacaciones, una colegiala, entre los frambuesos azules y granates, olvidó su boca ardiente sobre la de su prometido.

Conozco las soledades en que mana el agua que bebo y los tristes bosques que la rodean. Por allí fué donde encontré a aquel anciano alegre cuyos hermosos gallos he cantado, y aquel otro viejo que lloraba por la locura de su hija.

Es preciso que yo sepa que los platos que contienen estos alimentos han salido, como ellos, de la tierra, y que, sobre la copa de porcelana, los frutos parecen serme presentados en ofrenda por el cáliz mismo de la arcilla original. Y también es preciso saber que la garrafa de vidrio en que esta agua se equilibra ha salido del agua misma, de la mar sódica y arenosa que le ha dejado su transparencia.

* * *

Eres tú, comedor, la despensa divina: ya sea que encierres el higo que mordió el mirlo, o la cereza comida por el gorrión, o el arenque que ha visto el coral y las esponjas, o la codorniz que sollozó el nocturno de las mentas, o la miel de otoño cogida bajo los rayos del sol moreno, o la de la acacia cosechada a los pálidos rayos de una avenida en lágrimas, o el aceite que contiene la luz provenzal, o la sal que contiene reflejos de nácar, o la pimienta que traían sobre sus galeras traficantes de misteriosa sonrisa...

Francis Jammes,
francés.

Recomendar la obra poética de Francis Jammes.

V

La comida preparada.

Hija, levántate; deja tu lana, cesa
de hilar. El amo pronto va a volver; en la mesa,
sobre el blanco mantel de pliegues deslumbrantes,
la loza clara ordena con las copas brillantes.
En el frutero de asa de cuello cígneo, cuida
de poner sobre pámpanos dulce fruta escogida:
pérsicos de pelusas leves, terciopeladas
gruesas uvas azules, ricas uvas doradas.
De bien cortado pan llena después las cestas.
La puerta ajusta; espanta las avispas molestas.
Fuera, el sol ardoroso las mismas tapias cuece.
Juntemos los postigos; de noche así parece
y así la habitación, en sombras abismada,
con aromas de frutas toda está embalsamada.
Ve al patio ahora, en busca de agua fresca a la fuente;
mira que luego el cántaro, rezumándose, ostente
por mucho tiempo helado, poco a poco fundido,
un ligero vapor en torno suspendido.

Albert Samain,
francés.

La azotea.

No puedes saber qué honda respiración ensancha el pecho, cuando al salir a la azotea desde la escalerilla obscura de madera se siente uno quemado en el sol pleno del día, anegado de azul como al lado mismo del cielo, ciego del blancor de la cal, con la que se da al suelo de ladrillo para que venga limpia al aljibe el agua de las nubes.

La otra
hermana,
de labios marchitos,
de sonrisa amarga,
siempre muda,
siempre inmôvil, esperaba
yo no sé qué cosas de pasados tiempos,
memorias ausentes o dichas pasadas.

No sé que tenía
su sonrisa... Hablaba
de aquellos abismos de dolor inmenso
en que se han hundido unas cuantas almas.
Y cuando lloraba llanto silencioso
la primera hermana,
ella sonreía, ella sonreía
y callaba...

De aquellas sonrisas
y de aquellas lágrimas,
yo nunca he podido saber cuáles eran
más amargas...

Eran dos hermanas,
eran dos hermanas tristes
y pálidas.

Enrique González Martínez,
mexicano.

Recomendar las *Parábolas,* de González Martínez.

El orgullo y la sencillez en las relaciones sociales.

¡Cuánto no se simplificarían, a pesar de todo, las relaciones entre miembros de una misma sociedad si pusiéramos otro espíritu en el cuadro trazado de las necesidades exteriores!

Persuadámonos bien de que no son, ante todo, las diferencias de clase, de funciones, las formas más desemejantes de destino, causa de enemistad entre los hombres. Si así fuera, se vería reinar una paz idílica entre colegas, camaradas y todas las gentes de intereses análogos y suerte parecida. Todos saben muy bien, por el contrario, que las querellas más encarnizadas son las que estallan entre semejantes, y que no hay guerra peor que la intestina.

Pero lo que impide a los hombres entenderse es, ante todo, el orgullo. El orgullo hace del hombre un erizo que no puede tocar a otro sin herirle. Hablemos primero del orgullo de los grandes.

Lo que me desagrada en ese rico que pasa en su carruaje no es su coche, ni su vestido, ni el número y el empaque de sus criados: es su desprecio. No me molesta que posea una gran fortuna, a menos que yo tenga mal carácter; pero me molesta, con razón, que me salpique de lodo, me atropelle: manifiesta en toda su actitud que nada significo a sus ojos porque no soy rico como él.

Me impone, después de todo, un sufrimiento, y un sufrimiento inútil. Me humilla y me insulta gratuitamente. No ya lo más vulgar que hay en mí, sino lo más noble, se levanta frente a este orgullo que hiere. No me acuséis de envidia; no siento ninguna: mi dignidad de hombre es la atacada.

Algunos ricos no tienen esta concepción baja, sobre todo los que están, de padres a hijos, habituados al bienestar. Pero

olvidan que es de una cierta delicadeza no hacer notar demasiado las distancias.

Si se supone que no hay ningún mal en gozar ampliamente de lo superfluo, ¿es indispensable ostentarlo, sobre todo a la vista de los que carecen de lo necesario, lucir el lujo al lado de la pobreza? El buen gusto y una especie de pudor impedirán siempre al que goza de buena salud hablar de su gran apetito, de su tranquilo sueño, de su alegría de vivir, al lado de alguien que muere de consunción.

Muchas gentes ricas carecen a veces de tacto, y, por lo mismo, de piedad y de prudencia. ¿No son, pues, injustas al quejarse de la envidia, después de haber hecho todo lo posible por provocarla?

Pero de lo que principalmente se carece es de discernimiento cuando ciframos el orgullo en la fortuna o nos dejamos llevar inconscientemente a las seducciones del lujo. Primero, es caer en una confusión pueril considerar la riqueza como una buena cualidad personal. No cabe equivocarse de modo más simple sobre el valor recíproco de la envoltura y el contenido. No quiero fijarme en esta cuestión; es demasiado penosa. Y sin embargo, ¿podemos menos de decir a los interesados: «—Cuidado: no confundáis lo que poseéis con lo que sois»?

Charles Wagner,
francés.

Recomendar todas las obras de Carlos Wagner

En casa.

Después de muerta, volvió mi espíritu,
volvió a la casa familiar;
se regalaban los amigos
entre ramas llenas de azahar.

Iba de mano en mano el vino,
daban los frutos su dulzor;
todo era cantos, bromas, risas:
se tenían todos amor.

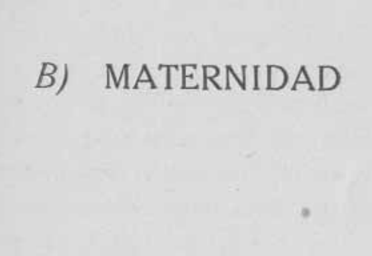
Oí sus pláticas tranquilas,
Uno: «—Mañana hemos de andar
millas y millas, por monótonas
playas de arena, junto al mar.»
Otro: «—El subir de la marea
ya en la cima nos hallará.»
Otro: «—Mañana será un día
como el de hoy; mejor quizá.»

«Mañana», llenos de esperanza
decían; suyo era el placer.
«Mañana», todos repetían,
y ninguno hablaba de ayer.

En el cenit su vida estaba;
yo había dejado de ser.
«Mañana» y «hoy» clamaban todos:
yo era de ayer...

Temblé desconsolada; empero,
nada en la mesa se estremeció;
triste de verme allí, remisa
para dejar a quien me olvidó,
salí del aposento amado,
yo, que todo amor ya perdí,
¡como la memoria de un huésped
que sólo un día estuvo allí!

Cristina Rosetti,
inglesa.



B) MATERNIDAD

Poema de la madre.

Sabiduría.

Ahora sé para qué he recibido veinte veranos la luz sobre mí y me ha sido dado que cortara las flores por los campos. ¿Por qué —me decía en los días más bellos— este don maravilloso del sol cálido y de la hierba fresca?

Como al racimo azulado, me traspasó la luz para la dulzura que entregaría. Éste que en el fondo de mí está haciéndose gota a gota de mis venas, era mi vino y mi miel.

Para éste yo recé, para traspasar del nombre de Dios mi barro con el que se haría. Y cuando leí un verso con pulsos trémulos, para él me quemó como una brasa la belleza. Recoja de mi carne su ardor inextinguible.

La dulzura.

Por el niño dormido que llevo, mi paso se ha vuelto sigiloso. Y es religioso todo mi corazón desde que va en mí el misterio.

Mi voz es suave, como por una sordina de amor, y es que temo despertarlo.

Con mis ojos busco ahora en los rostros el dolor de las entrañas, para que los demás miren y comprendan el por qué de mi mejilla empalidecida.

Hurgo con miedo de ternura en las hierbas donde anidan las codornices. Y voy por el campo silenciosa, cautelosamente. Creo ahora que árboles y cosas tienen hijos dormidos sobre los que velan inclinados.

El dolor eterno.

Palidezco si él sufre dentro de mí; dolorida voy de su presión recóndita, y podría morir a un solo movimiento de éste, a quien no veo.

Pero no creáis que únicamente me traspasará y estará trenzado en mis entrañas mientras lo guarde. Cuando vaya libre por los caminos, aunque esté lejos de mí, el viento que lo azote me rasgará las carnes y su grito pasará también por mi garganta. ¡Por siempre mi llanto y mi sonrisa comienzan en tu rostro, hijo mío!

Imagen de la Tierra.

No había visto antes la verdadera imagen de la Tierra. La Tierra tiene la actitud de una mujer con un hijo en los brazos, con sus criaturas (seres y frutos) en los anchos brazos.

Voy conociendo el sentido maternal de todo. La montaña que me mira también es madre, y por las tardes la neblina juega como un niño en sus hombros y sus rodillas...

Recuerdo ahora una quebrada del valle. Por su lecho profundo iba cantando una corriente, que las breñas hacían todavía invisible. Ya soy como la quebrada: siento cantar en mi hondura este pequeño arroyo, y le he dado mi carne por breña hasta que suba hacia la luz.

Gabriela Mistral.

Nacimiento.

Ella grita: «—¡Me muero! ¡Matadme, por favor!»
No, no se muere: todo su juvenil vigor
el ser a un niño da que habrá de ser pastor.
En un rincón del lar, cayado y cantimplora.
La abuela, enternecida por los lamentos, llora,
tiembla, y en sus pendientes se percibe el temblor.
Cogiendo a la mujer por la mano, el esposo
tiene el mirar profundo del amor temeroso.
Y, en tanto, cual voluta de cuerno de carnero,
se desenvuelve el tono de un cantar lastimero
de flauta, que un pastor en la montaña toca.
Un quejido más hondo, menos fiero, en la boca
la madre tiene, al fin, y libre exclama: «—¡Hijo!»,
en la fiesta solemne, que es de Dios regocijo.

Francis Jammes,
francés.

Recomendar la obra poética de Francis Jammes.

La recién nacida.

Llegó hasta el fondo mismo, lívido, de la muerte;
y cuando abrió los ojos a la vida de nuevo,
a su lado dormía, ¡milagro de milagros!,
una vidita en flor entre nevados rizos.

Las entrañas exhaustas, la madre estaba blanca
como la cera blanca; mas la miró sonriendo
con un enorme asombro que era dicha en los ojos,
y en los pálidos labios, un temblor que era miedo...

María Monvel,
chilena.

El principio.

«—¿De dónde venía yo cuando tú me encontraste?» —preguntó el niño a su madre. Ella, llorando y riendo, le respondió, apretándole contra su pecho:

«—Estabas escondido en mi corazón, como un anhelo, amor mío: estabas en las muñecas de los juegos de mi infancia; y cuando, cada mañana, formaba yo la imagen de mi Dios con barro, a ti te hacía y te deshacía; estabas en el altar, con el Dios del hogar nuestro, y al adorarlo a Él, te adoraba a ti: estabas en todas las esperanzas y en todos mis cariños.

»Has vivido en mi vida y en la vida de mi madre. Tú fuiste creado, siglo tras siglo, en el seno del espíritu inmortal que rige nuestra casa. Cuando mi corazón adolescente abría sus hojas, flotabas tú, igual que una fragancia, a su alrededor; tu tierna suavidad florecía luego en mi cuerpo joven como antes de salir el sol la luz en el Oriente.

»Primer amor del cielo, hermano de la luz del alba, bajaste al mundo en el río de la vida, y al fin te paraste en mi corazón...

»¡Qué misterioso temor me sobrecoge al mirarte a ti, hijo, que siendo de todos te has hecho mío, y qué miedo de perderte! ¡Así, bien apretado contra mi pecho! ¡Ay! ¿Qué poder mágico ha enredado el tesoro del mundo a estos mis débiles brazos?»

Rabindranath Tagore,
hindú.

Recomendar todas las obras de Tagore.

El niño es así...

Si el niño quisiera, podría volar al cielo en este instante. Pero por algo no se va. ¡Le gusta tanto doblar la cabeza en el regazo de su madre, y mirarla, mirarla sin descanso!

Sabe un sinfín de palabras maravillosas. Pero como son tan pocos los que en este mundo entienden lo que él dice, no quiere nunca hablar. Lo que anhela es aprender palabras de labios de su madre. ¡Así pone ese aire tan inocente!

Tenía un montón de oro y de perlas, y se vino a esta vida como un pordiosero. ¡Pordioserillo desnudo que se hace el desvalido para pedirle a su madre el tesoro de su amor!

¿Por qué sacrificó su libertad si estaba tan a gusto en la tierra de la lunita nueva? ¡Ay! ¡Él sabe bien qué goce infinito tiene al esconderse en el corazón de su madre, y cuánto más dulce que la libertad es sentirse preso entre sus brazos amados!

Antes vivía en el mundo de la alegría perfecta, y no sabía llorar. Pero eligió las lágrimas; porque si, con su sonreír, se ganaba el corazón anhelante de su madre, sus gemidos por cualquier penilla le tejen un doble lazo de amor y de piedad.

Rabindranath Tagore,
hindú.

Recomendar todas las obras de Rabindranath Tagore.

La vieja aya.

Algo que me divierte es el perpetuo éxtasis de la vieja Mariana delante de la niña. Se la come con los ojos, la admira en todas posturas. Charla y gorjea ante ella con cloqueos

de gallina, con risas y gestos que tuercen su pobre rostro arrugado, tan amarillo, tan apergaminado, tan feo, bajo su cofia negra.

Y por primera vez pienso en la existencia de esta pobre criatura que veo dar vueltas en torno mío desde tan atrás como puede recordar mi memoria. Imagino que cuando me vió nacer hizo los mismos éxtasis, las mismas gracias, las mismas contorsiones; únicamente, que era más joven y menos fea, y al acunarme pensó en que algún día también ella tendría hijos, hijos suyos, a los que amaría por cuenta propia. Pero, no: la vida le ha negado esta alegría, y necesita contentarse con la de los demás.

Cierto es que acaba por quererlos tanto como si fuesen suyos, y no pide más. ¡Con tal de querer, qué importa a quién! De todos modos, son pequeños; tienen el atractivo de su debilidad, necesitan de ella, y ella se hace la ilusión de que la devuelven su ternura, mientras que los mayores no se ocupan de ella y cruzan a su lado sin hacerla caso. ¡Qué puede hacer por ellos! Para los mayores no es más que un mueble útil, aunque un poco embarazante, y del cual no se privan por estar habituados a él...

Me han dicho que hace tiempo rehusó casarse para permanecer en nuestra casa, encontrando en servirnos una alegría que la compensaba de todas las demás... Esto debe ser cierto: el corazón humano tiene estas extraviadas ternuras, estos sacrificios, de cierto modo opuestos al sentido verdadero, que admiran los que de ellos se aprovechan. ¿No he oído a menudo a bondadosas señoras, por lo demás benévolas, caritativas y agradables con el prójimo, celebrar los méritos de Mariana y desear grandemente «que todas las domésticas fuesen como ella?»

. . . .

He aquí que, soñando sobre estos viejos recuerdos, vienen a mi memoria retazos de conversaciones de antaño, escuchadas no sé dónde ni cuándo; cosas como: «¡No se paga con nada en una casa una ama de llaves semejante!», o: «¡Qué se-

ría de nosotros si Mariana se despidiera!», o: «¡Dios mío, con tal de que Mariana no se case!»

Nos ha cuidado en todas nuestras enfermedades; ha llorado en todos nuestros duelos; nos ha secundado en todas nuestras horas de desgracia, y nunca hemos pensado en ella, en su porvenir, en lo que podría ser su felicidad. Nos ha dado su vida, no solamente sirviéndonos, sino queriéndonos.

Y en cambio..., en cambio, ¡ay!, no tiene más que sus pobres salarios, algunos modestos regalos de Añonuevo, que siempre le parecían demasiado buenos, y apenas si un poco de afecto condescendiente, compuesto de indiferencia y de piedad...

Ahora, ¿qué podremos hacer por ella? Todo lo que desea —una vez me lo ha dicho— es que la dejen «acabar sus días en nuestra casa», con la ilusión de que nos es útil, de que la queremos un poco, de que no nos molesta.

Confío que logrará esta pobre satisfacción; soportaremos su asma, cuidaremos sus reumatismos, la dejaremos pasear sus viejas manos inhábiles por nuestros armarios, sin gruñir cuando nuestra vajilla sufra las consecuencias. Algunas veces me impacienta con sus lentitudes, sus torpezas y sus desaciertos; trataré de ocultarle mi impaciencia. Y esta niña, de la que ella recogerá las primeras sonrisas, será todavía un goce, hasta que, ya mayor, la impaciente y no se ocupe más de ella...

Eduardo Rod,
suizo.

Recomendar el *El sentido de la vida,* de Eduardo Rod.

Canciones de cuna.

I

Mi canción.

Mi canción te envolverá con su música, hijo mío, como los tiernos abrazos del amor. Te tocará en la frente como un beso de bendiciones. Si estás solo, se sentará a tu lado y te hablará al oído; cuando estés entre la gente te cercará, para alejarte de ella.

Mi canción, cual las dos alas de tus sueños, se llevará tu corazón hasta el fin de lo inefable.

Cuando la noche negra se tienda en tu camino, mi canción será sobre tu cabeza como una estrella fiel. Se sentará en la niña de tus ojos y guiará tu mirar al alma de las cosas.

Cuando mi voz enmudezca con la muerte, mi canción te seguirá hablando en tu corazón vivo.

Rabindranath Tagore,
hindú.

Recomendar todas las obras de Tagore.

II

Dos canciones de cuna de la Virgen.

Pues andáis en las palmas,
ángeles santos,
que se duerme mi Niño:
¡tened los ramos!

Palmas de Belén
que mueven airados
los furiosos vientos
que süenan tanto:
no le hagáis ruido,
corred más paso.
Que se duerme mi Niño:
¡tened los ramos!

El Niño divino,
que está cansado
de llorar en la tierra
por su descanso,
sosegar quiere un poco
del tierno llanto.
Que se duerme mi Niño:
¡tened los ramos!

Rigurosos hielos
le están cercando;
ya veis que yo no tengo
con qué guardarlo.
Angeles divinos
que vais volando,
que se duerme mi Niño:
¡tened los ramos!

(Anónimo).

III

Caído se le ha un clavel
hoy a la Aurora del seno;
¡qué glorioso que está el heno
porque ha caído sobre él!

MONTAÑA Y MAR

Ya me vuelvo a la montaña
que renegué por ingrata.
La niebla me va llevando
con manos desbaratadas.
Las cascadas me ensordecen
como unos pueblos que claman
y de dormida o despierta,
voy andando entre sus hablas.

Tras de pinares o rocas
dan señales de llamada
salamandra, águila, ciervo,
y caen las hierbas mascadas
y palpo cruza cruzando,
toco pellejos ariscos,
unas pechugas, unas nidadas.

Adonde llegué no están
ni trigos ni naranjales
solo son pinos severos
y una sola Patria blanca
y en el testuz de la sierra
los metales miran y hablan.
Si quieren volverme a ver
síganme los que me aman.
La espalda del mar ha huido
y nos turba su pechada
y no me alcanza su pérfido
vino que nos arrebata.

Cuando el viento sopla del este,
cierren mi puerta hasta que pase,
no dejen sal en mi boca,
y en pan y en fruta yo no la lama
y el que suba desde las costas,
olas no traiga en la mirada.

Lo amo más que a los que quise
y me arracaron de unas playas
por darme en las serranías
olvido de mar y barcas.

Mas todavía lo escucho
aunque subí las montañas
y las subí por perderlo,
Rey Lear, ropas desgarradas,
curtidor cuyas señales
por no llevar su salmuera
llevo en frente y garganta
y no dejarlo que...
enteros mi cuerpo y mi alma.

RAÍCES

ESTOY METIDA EN la noche
de estas raíces amargas
como las pobres medusas
que en el silencio se abrazan
ciegas, iguales y en pie,
como las piedras y las hermanas.

Oyen los vientos, oyen los pinos
y no suben a saber nada.
Cuando las sube la azada
le vuelven al sol la espalda.

Ellas sueñan y hacen los sueños
y a la copa mandan las fábulas.
Pinos felices tienen su noche,
pero las siervas no descansan.
Por eso yo paso mi mano
y mi piedad por sus espaldas.

Apretadas y revueltas
las raíces-alimañas
me miran con unos ojos
fijos de peces que no se les cansan
y yo me duermo entre ellas
y de dormida me abrazan.

Abajo son los silencios,
en las ramas son las fábulas.
Del sol serían heridas
que sí bajaron a esta patria.
No sé quién las haya herido
que al tocarlas doy con llagas.

Quiero aprender lo que oyen
para estar tan arrobadas,
lo que saben y las hace

así de dulces y amargas.
Paso entre ellas y mis mejillas
se llenan de tierra mojada.

RESEDA[1]

LONJA CALLADA DE la reseda,
delgada orilla, ímpetu verde,
ojos de olor,tactos de olor,
cuellecillos "que no parecen"
y se vuelven apercibidos
a palabra que nadie siente.

Blanda pechuga entredormida,
cuernecillo de cierva en cierne
¿dónde estuviste y yo no estuve
que solo es hoy el poseerte?
¿Y cuándo ha sido el despojarte
de tu patria que era inocente?

Ibas de vuelo, la reseda,
por aire dulce y lunas leves,
como dorada de otro polen
y sin nombre, del no saberte.

¿A qué pecho que viste herido
das, pequeñita, el vaho verde
y le embalsamas, cuando pasa
su lenta marcha hacia la muerte?

Por el repaso de mi mano
que te acaricia y te conmueve,
mi habla se vuelve cuchicheo
y la adamita te comprende.

No te rompan en esta noche
rama que cae, tropel de gente.
¡Señal no des, no des aroma
aunque dos Reyes atraviesen![2]

[1] Gabriela Mistral da su aprobación al texto al inicio del poema.

[2] Este poema presenta en su parte final los siguientes versos fragmentarios: "que el hombre mata lo mismo que ama"
"mata..."
"hierba..."

EL SANTO CACTUS[1]
(Primera versión)

A LA MEDIANOCHE afilada
de un día muerto al otro vivo
la gocemos o la perdamos,
abre "La Reina de la Noche"
mascullando palabra viva,
que susurra y nos entrega.

Una sola noche íntegro
y cabal y ensimismado,
cactus a gracia aupado,
solo un día y una noche
y esta noche la única tuya
y vanas todas las otras
hasta aquélla de mi muerte.

Quien te hizo está mirándote
llamar en tu noche única.
Te abrió en el justo momento
y te escucha sin respiro.

Nosotros solo esta dádiva.
Otra cosa no quisimos.
Ayer nosotros no éramos
y después nada seremos:
tú el erizado de espinas,
yo de polvo y de ceniza.

Te cuento porque no tienes
lengua de mujer o niño,
y digo tu noche y la mía
profunda, cerrada muda,
la mejilla en tu mejilla,

[1] Gabriela aprueba esta primera versión de "El Santo cactus", al inicio del poema.

aunque criben tus espinas
el rostro que dio la madre.

Viejo cactus, hiere, cumpliendo
mi destino en tu destino.
Los que vienen por tus flores
te encuentran roto y rendido.
Hermoso cactus que mata
desangrando a bestia.

EL SANTO CACTUS
(Segunda versión)

AL FILO DE la medianoche,
en silencio como hace el alma,
se va entreabriendo, se va entreabriendo
y no la saben ni la miran[1]
porque la noche no lo declara.

Y ahora que ella se confiesa
diciendo su nombre y su alma
íntegra, hermosa y ofrendada.
La jardinera está dormida
soñándola triste y vana,
nacida para la noche,
sin color, sin rostro y sin alma.

Despiértate, jardinera
que lo regaste diez semanas,
herida de sus espinas
y de tu suerte acongojada.
Esperaba solo una noche
y se la herían las mañanas.

Cuando llegues a la siesta
ya no la miras ni la hallas.
Ella no tiene como las otras
primaveras atolondradas.
Sólo tiene una noche, esta noche,
para entregarte toda su gracia.

La jardinera sueña, sueña,
sueña las rosas que la miraron,
sueña claveles, sueña lirios
y sueña a la malhadada.

[1] Gabriela Mistral anota en el original la palabra: "Sí".

"Despierta, solo hay una hora,
una sola que llega y que pasa".
Pero ella no cree en su sueño
y duerme su Noche de Gracia.

EL MAR I[1]

LLÉVENME AL MAR y me dejan
abandonada a mi Dueño,[2]
ya que no me pueden dar
a aquel que no tiene tiempo

Nunca recuerdo por qué
camino como el poseso,
sin adoptar una casa
ni andar un solo sendero,
pero cuando salta el mar
a mis ojos que van ciegos
sé que camino buscándolo
y grito de él cuando llego.

Llévame, adóptame, dame
tu sal, tu danza, tu ritmo,
y cancélame los puertos.
El padre mar me reciba
con su espumoso braceo
me dé la sabiduría
de su ley y de sus ecos
y su música me siga
y haga mi segundo cuerpo.

Aunque su grito me turbe
como al dios de mi deseo
y aunque me dé el desvarío
y la salmuera en el pecho
¿por qué siempre me devuelven
a la que hunde en su silencio?

Ya bostezo de la Gea
que no canta como Homero

[1] Anota Doris Dana en el original: "ordenación hecha por G.M. el 7-5-54".
[2] "Abandonada a mi Dueño", "con camarada y con dueño".

tampoco como el Arcángel
menos como el Rey Hebreo.
¿A qué me cuentan historias
de ciudades que me dieron
donde un polvo innumerable
me blanqueó los cabellos
y vi morir a los míos
sin ver a su dueño eterno?

¿Por qué canté una canción
que devolvían los cerros
y no me quedé a la orilla
de mi cantor sempiterno?

Él no es la quedada Tierra
que recita el mismo cuento
y solo alcanza palabras
en la encina y en el cedro.
Sólo él da el canto divino
que consuela a los acedos
con canto y labios eternos.

Para cita con los míos,
con pastores y cabreros
y con los mineros huérfanos
de peán y canto nuevo,
"camina que te camina"
voy hacia el mar[3]
voy, voy yendo.

Él canta para los suyos
igual desde todo tiempo
y es nuevo a cada oleada
de salutación o treno,
y yo todavía camino,
la Madre que da el jadeo
y que sólo en las montañas
logra plegaria y anhelo.
Aquí estoy con el oído

[3] "Voy hacia el mar", "pido al mar su grito eterno".

empinado del deseo,
el rostro vuelto hacia aquel
que da en vano su mensaje
a las dunas de ojos ciegos.

Ya serví a la madre esquiva
que solo mece a sus muertos,
y ahora quiero servir
a mi Padre, el Hechicero
del pecho heroico y salobre.
A la tierra no fui dada.
A Él sí desde el nacimiento[4]

[4] Al término del poema "El Mar" se incorporó la estrofa:
"Ya serví a la madre esquiva
que solo mece a sus muertos
y ahora quiero servir
a mi Padre, el Hechicero
del pecho heroico y salobre.
A la tierra no fui dada.
A Él sí desde el nacimiento."

Esto, en consideración al orden determinado por la propia Gabriela no respetándose, por lo tanto, la numeración realizada por Gastón von dem Bussche y Doris Dana para el proceso de microfilmación de los originales de este libro. La revisión cuidadosa de estos originales nos obligó a concluir que el poema se encontraba inconcluso sin esta estrofa.

... Pero no estés tú triste, madre mía. Oye: mañana es la feria de la aldea de ahí junto. Que vaya la criada y compre plumas y papel. Yo te voy a escribir las cartas de papá; ya verás cómo no encuentras ni una faltita; te escribiré desde la *a* hasta la *k*... ¿Te ríes, madre? ¿Te figuras tú que yo no sé escribir tan bien como papá? Verás tú: yo rayaré el papel con una regla y haré bien grandes las letras. Y cuando concluya, ¿piensas que voy a ser tan tonto como papá, que echa la carta en el bolso de ese antipático cartero? ¡Te la traeré yo mismito sin esperar, y te ayudaré a deletrearla! ¡Ya sé yo que al cartero no le gusta darte las cartas más buenas!

Rabindranath Tagore,
hindú.

Recomendar todas las obras de Rabindranath Tagore.

III

El fin.

Me voy, madre, es la hora... Cuando en la obscuridad palidescente de la madrugada solitaria tus brazos busquen a tu hijito por el lecho, yo te diré: «El niño no está ahí»... Madre, me voy.

Me convertiré en una suave brisa para acariciarte. Seré las pompitas de aire del agua, cuando te bañes, para besarte y besarte sin descanso.

En la noche de huracán, cuando la lluvia golpetea las hojas, oirás desde tu cama mi susurro, y mi reír brillará en el relámpago que esclarece tu alcoba por la ventana abierta.

Si, pensando en tu niño, te pasas las horas de la noche desvelada, yo desde las estrellas te cantaré: «—Duerme, duerme, madre, duerme». Erraré en el rayo de luna perdido por tu lecho y me echaré en tu regazo mientras duermas. Me trocaré en tu sueño, y por las rajitas de tus párpados me abismaré en

la sima de tu reposo; y cuando, asustada, te despiertes y mires en torno, saldré volando, como una temblona luciérnaga, a la sombra.

En la fiesta grande de *puja*, cuando vengan a jugar a casa los niños del vecino, fluiré yo en la música de la fiesta y latiré todo el día en tu corazón. Tía traerá regalos y preguntará: «—¿Y el niño, dónde está, hermana?» Tú, madre, le dirás dulcemente: «—Está en las niñas de mis ojos, está en mi cuerpo, está en mi alma».

Rabindranath Tagore,
hindú.

Recomendar todas las obras de Rabindranath Tagore.

Castigos.

Ayer te vi que golpeabas el cuerpo de tu hijito. Fué un mal momento tuyo, lo comprendo. En seguida te arrepentiste. Pasaron horas y no podías olvidar aquella tierna carne estrujada por tus manos. ¿Y no es verdad que al dormirte te pareció que el niño te miraba, te miraba y te preguntaba con sus ojos, cómo habiéndole dado la vida se la robas así?

Me has dicho que tu hijo es malo y que si no lo corriges será peor. Óyeme, madrecita: ¿de dónde has sacado que tu hijo es malo? Míralo; ¡pobrecito! Él no hace nada que no aprenda de ti, de tu marido o de otras personas. Obsérvalo. Tú lo castigas porque él copia lo malo y lo bueno... No es posible que un niño sea tan sabio y tan santo para discernir siempre entre lo bueno y lo malo y no hacer lo malo jamás.

Si es violento, ¿de quién imita la violencia? Si miente, ¿a quién oyó mentir? Si es nervioso, ¿cómo podemos exigirle que restablezca por sí mismo el equilibrio de su organismo?

¿No has visto cómo los caballos tratados con rigor enflaquecen y mueren antes de tiempo? ¿No sabes que el niño que es golpeado junta odio, y que cuando sea hombre este odio

renacerá en su corazón como un cáncer devorador de sus alegrías y su bondad?

Sé dulce con tu hijo, madrecita. Sonríele, bésalo, ponlo sobre tu falda para hacer entrar en su cabecita la idea del bien y para comunicarle tu aversión al mal. Cuanto más malo te parezca, más necesita ver en ti un ejemplo de serenidad, de ternura y de rectitud.

Al principio, como lo has acostumbrado a la violencia, ponlo en la cama si se te rebela, y dile: «—Estás enfermo. Tú eres bueno y haces eso porque estás enfermo.»

Y tu hijito querido está enfermo de verdad. La v sta de las acciones incorrectas, los gritos y los golpes han trastornado su naturaleza. Pero se curará con tu ternura. Quedará convencido de que «ya es bueno». Y poco a poco, con tus caricias y tus palabras tiernas, ayúdalo, madrecita, para que comprenda el bien, para que su corazón se dulcifique y su mirada sea franca y luminosa.

Constancio C. Vigil,
uruguayo.

Recomendar *El Erial,* de Constancio C. Vigil.

¡Los hombres!

Vosotras, madres, decís: «¡Los hombres hacen esto! ¡Los hombres lo han querido! ¡Los hombres se han vuelto fieras!»

¿Y quiénes son los hombres? Miradlos, pues: son esa cosa diminuta que engorda y sonríe a la sombra de vuestro seno, como se agranda y dora el grano de uva a la sombra del parral.

De vosotras salieron; vosotras los cargasteis mientras no pudieron caminar; vosotras los trajisteis de la mano. Ahora os sentís extrañas a ellos; os asustáis de sus crímenes y excla-

máis: «—¡Los hombres! ¡Los hombres!» —como gritarían las madres del rebaño devorado en la noche: «—¡Los lobos! ¡Los lobos!»

Constancio C. Vigil,
uruguayo.

Madre desventurada.

La mujer hila junto al hogar. Algunas chispas brillan todavía entre las cenizas. A intervalos, la lamparilla de aceite vierte su luz sobre la dulce cara, que parece de marfil.

La mujer hila con las manos cansadas. No es vieja aún; pero sus cabellos están todos blancos, y sus ojos, hundidos por las lágrimas innumerables.

—¡Su hijo ha matado a un rey! ¡Nunca más le verá en este mundo! ¡Sólo está ya, y para siempre, vivo y muerto, en el fondo de un abismo lleno de sangre negra que brota y corre en oleadas, salpicando el corazón de la madre! ¡Oh, el horror siempre renovado de los largos días y de las largas noches!

Ella no se había rebelado nunca. Curvada sobre el surco ajeno, gastó su vida, con hambre, con tristeza y con fatiga, y sin reposo y sin alegría aró la tierra y arrulló la cuna.

A su lado crecía un niño ágil y blanco como una muchacha, que le pedía, terco, con ojos ansiosos, una «historia de rey». «—Yo no sé historias de rey. ¿Qué sabe del rey la pobre gente? El rey está solo y lejos como un dios. Toda la tierra y todo el mar separan sus torres de nuestra casita. Está muy lejos de nosotros y muy arriba, ¡hijo mío!»

... Y el hijo se fué. Oyó, en las ruidosas fábricas, entre los tristes cantos de las mujeres, el torvo jadeo de los monstruos de mil caras y de mil garras. Oyó su tremendo silencio en las huelgas, cuando los monstruos se quedan mudos e inertes, con los ojos bien abiertos, prontos a aferrar de nuevo la presa. Y pasó...

Buscaba a alguno más allá de las multitudes, con su mirada gris, aguda como una espada y llena de relámpagos.

Pasó entre el hedor de las tabernas, entre la podredumbre, donde la pobre gente languidece y llora sangre. Conoció el horror de las cárceles y de los asilos, y pasó con una lámpara de odio encendida en el corazón y con sus ojos felinos siempre en acecho.

Y un día, ¡por fin!, encontró al que buscaba desde hacía tanto tiempo, y, hendiendo una muralla humana, le hincó en el pecho su cuchillo.

* * *

Tú hilas, madre, junto al hogar ensangrentado. Tus labios pálidos, que bebieron en la copa de la muerte, no saben ya, no osan ya rogar.

Nada ha cambiado en tu tugurio: la misma miseria, la misma desnuda tristeza, el mismo hálito glacial como de cueva salvaje abandonada. Tú hilas, ¡oh madre, oh mártir!, la mortaja que te envolverá en el día de tu paz, y tu corazón pide un sitio al lado de tu hijo, porque no quieres que esté solo ni en la muerte.

Amas al hijo a quien el destino mandó odiar. Acaso, sin que tú lo supieras, tu propia alma dormida fecundó su delito.

Y lo amas, herida en él y por él condenada a la vergüenza y a la angustia del remordimiento, que no conoce el sueño, cómplice secreta, santa y desesperada.

En sueños lo acaricias todavía como en los extintos crepúsculos de paz, cuando, lobezno indómito, te pedía con los grises ojos felinos llenos de relámpagos, entre la sombra de la cabellera, «una historia de rey».

Tú temblabas sintiendo pesar sobre ti y sobre él, enorme y fría, la sombra del Destino.

Ada Negri,
italiana.

Recomendar *Maternidad,* de Ada Negri.

MÉXICO Y LA AMÉRICA ESPAÑOLA

La Patria dolorosa.

La Patria, la Raza, de las cuales participamos todos, pero que nos subyugan por dictamen de nuestro íntimo sentimiento de dependencia, como diría el místico Tolstoi, nos obligan, por prescripción irrefragable, a prestarles culto, imponiéndonos su severa liturgia y consagrándonos en la ternura de su amor, definitivamente fieles... ¡La Patria...!

Yo la he visto en estas claras noches de octubre vagando en la penumbra del inmenso valle al pie de las altas montañas. Atribulada como las vírgenes de la antigua tragedia. Sueltos al aire sus cabellos, sus amplias vestiduras desgarradas y el ceño milagroso agobiado de pesadumbre. Ennegrecida su frente con el humo de la pólvora homicida, el seno amantísimo salpicado de sangre, crispados sus brazos y exánimes por sostener, ellos solos, en la desgracia de los hijos, el tesoro de humanidad que creían suyo, y en su rostro divino, el pálido temor de perder en un día la herencia secular de las generaciones.

Yo la he visto después, erguida sobre sus tribulaciones infinitas, firmes sus rodillas, indómitas sus manos y el corazón inflamado en ira sagrada, «calzados los divinos talares que la llevan, como a la inmortal Athenea, por encima del mar y de la tierra inmensa con la rapidez del viento, asiendo su lanza fornida, de punta de bronce, poderosa, luenga, robusta, con que destruye filas enteras de hombres siempre que contra ellos monta en cólera» (1); y, airada y magnífica, nos lleva la delantera de la victoria, mientras que en el seno lúgubre de campos y ciudades retumbaba el cañón.

---

(1) Homero.

¡Basta ya de crímenes en la historia de América! Ya es tiempo de que los pueblos de esta parte del mundo demostremos nuestra aptitud para la civilización; de que los mexicanos, especialmente, lejos de matarnos unos a otros como lo hemos hecho con singular predilección desde que se consumó la independencia nacional, sepamos cumplir nuestro destino en la Tierra y en la Historia, frente al gran pueblo sajón de Allende el Bravo, como avanzadas de la Raza del fantasma homérico involucrado en nuestras tradiciones y que sería capaz de llevarnos al sacrificio por defender los fueros eternos de la Humanidad...!

Antonio Caso,
mexicano.

El águila y la serpiente.

Una vez más celebra la patria mexicana su aniversario como nación independiente; una vez más en las almas mexicanas florece la gratitud para los creadores de una nueva soberanía; una vez más, en esta noche del 15 de septiembre, se reunirán las gentes en todos los poblados del país azteca para vitorear la libertad, para repetir, como es costumbre hacerlo, aquel grito heroico que en la boca de Hidalgo se hizo símbolo de aspiración que se resuelve a vencer: «¡Viva la Libertad!»

¡Oh, noche clásica en nuestros ritos patrios, cuántos recuerdos avivas en el corazón del ausente! ¡Inolvidables noches en que, rodeados de todo lo que amamos, nos enternecía meditar en la suerte de una patria dulce y bella; bella con la belleza de la cosas que acaso nunca se realizan. De eso nos habla aquel rumor, de un júbilo momentáneo y vacilante, después de que la campana sonaba a las once y el Presidente repetía: «¡Viva la Libertad!» Y subían al cielo por la ancha plaza los cohetes y las luces feéricas, y arriba, las estrellas parecían contribuir a la fiesta con su temblar prometedor. Poco después, la multitud se dispersaba; volvíamos al hogar silen-

cioso, a la vida sumisa del siguiente día y de todos los demás días, apacibles, pero faltos de impulso, del vuelo insustituíble de la libertad...

¡Extraña patria, en tu seno espléndido, a la sombra de tus montes y bajo tus cielos diáfanos, anida y se propaga la serpiente! Por eso tus águilas, en lucha constante, se hunden en los valles, y las persiguen y las cazan, y muchas veces sucumben. Caen por tierra envenenadas con mordisco artero, y entonces todas las serpientes alzan sus viles cabezas vencedoras e insolentes.

¡Qué honda fué la visión del vate de la leyenda mexicana al presagiar a la Raza, imperio feliz, *allí donde el águila destroza a la serpiente!* Pero se equivocaron los mexicanos, se equivocaron también los hijos de la República buscando tierra de promisión por los valles y los montes. El sitio de la leyenda ha de buscarse en las conciencias. Y sólo tendremos Patria y Raza y noble imperio sobre una hermosa zona del mundo *cuando en nuestras almas el águila destroce a la serpiente.*

* * *

En el santo paisaje de Anahuac, que invita a la más alta piedad, hay no sé qué escondido terror que enfría e inquieta los ánimos como un soplo de la serpiente, y al mismo tiempo, las nobles montañas y los vastos cielos despiertan los más adormecidos impulsos heroicos. Igual contraste palpita en el corazón de los hombres y en el seno de la Raza.

¡Oh, Patria doliente! En cada aniversario debemos afirmarte lealtad; pero no devoción ciega y tolerante, sino la firme y muy intransigente del que, dándote amor, te exige nobleza.

¡Patria, que vives en la conciencia de tus hijos de hoy, no permitas que rubor alguno encienda el rostro de los que en ti piensan! No te des a los malvados; sufre que te mantengan presa y dolorida; pero jamás consientas, ¡nunca!, ni a los tiranos de afuera ni a los tiranos de adentro. Que tu dedo, en el

último aliento, señale a los matricidas. Y reclama y sigue reclamando lo que tus hijos ansían, lo que tus hijos exigen, lo que aun a tus malos hijos ha de hacer buenos: la completa, la santa, la justa, la inviolable libertad.

¡Patria mexicana, es trágico tu sino! En tu historia se combina el monótono pavor con el milagro. Después de la Colonia cruel, mezquina, dolorosa, sombría, un maravilloso sueño se hace acción en el esfuerzo de los héroes fundadores: Hidalgo, Morales, Mina, Bravo, Guerrero: ¡aparición fugaz de águilas magníficas!

Pero ellos no fueron sino simientes; otros aprovecharon sus sacrificios y desvirtuaron sus empresas.

¡Oh, Dios de las naciones, cuyos elegidos deben ser los buenos: haz brotar la raza de los varones fuertes! Danos otra legión de héroes de la Independencia, de reformadores del 57, y ponlos a orientar la sociedad.

Pueblo atormentado, confusa aglomeración que sufre, y se ilusiona, y yerra: vuelve a poseer confianza. Concentra y purifica tu aspiración; piensa que todo ideal logrado aparece primero en la conciencia; quiere el bien, exígelo, y pronto nacerán tus héroes. Reconócelos y aclámalos si pueden decir con verdad: «Ni mis manos ni mi conciencia se han manchado de sangre.»

Cuando así sea y llegue la dulce noche del 15 de septiembre, nuestro tierno amor patrio no estará amargado por el luto ni por la duda que suscitan los ideales incompletos. Entonces podremos bendecir la Patria y jurar, más resueltos que nunca, la defensa de un ideal puro. Y el pabellón de tricolor radiante ondeará en nobles manos; y en su centro, sobre inmaculada blancura, volará un águila nueva, un águila que ya no lucha con la serpiente, pues la ha destrozado y sólo atiende a la tranquila majestad del firmamento inmenso.

José Vasconcelos,
mexicano.

Recomendar *Estudios Indostánicos,* de José Vasconcelos.

Paisaje de Anahuac.

El viajero americano está condenado a que los europeos le pregunten si hay en América muchos árboles. Les sorprenderíamos hablándoles de una Castilla americana más alta que la de ellos, más armoniosa, menos agria seguramente (por mucho que en vez de colinas la quiebren enormes montañas), donde el aire brilla como espejo y se goza de un otoño perenne.

La llanura castellana sugiere pensamientos ascéticos: el valle de México, más bien pensamientos fáciles y sobrios. Lo que una gana en lo trágico, la otra lo gana en plástica rotundez.

Nuestra naturaleza tiene dos aspectos opuestos. Uno, la cantada selva virgen de América, apenas merece describirse. Tema obligado de admiración en el viejo mundo, ella inspira los entusiasmos verbales de Chateaubriand. Horno genitor donde las energías parecen gastarse con abandonada generosidad, donde nuestro ánimo naufraga en emanaciones capitosas, es exaltación de la vida, a la vez que imagen de la anarquía vital; los choros de verdura por las rampas de la montaña; los nudos ciegos de las lianas; toldos de platanares; sombra engañadora de árboles que adormecen y roban las fuerzas de pensar; bochornosa vegetación; largo y voluptoso torpor, al zumbido de los insectos. ¡Los gritos de los papagayos, el trueno de las cascadas, los ojos de las fieras, *le dard empoisonné du sauvage!* En estos derroches de fuego y sueño —poesía de hamaca y abanico— nos superan seguramente otras regiones meridionales.

Lo nuestro, lo de Anahuac, es cosa mejor y más tónica. Al menos para los que gusten de tener a toda hora alerta la voluntad y el pensamiento claro. La visión más propia de nuestra naturaleza está en las regiones de la mesa central: allí

la vegetación artística y heráldica, el paisaje organizado, la atmósfera de extremada nitidez en que los colores mismos se ahogan —compensándolo la armonía general del dibujo—; el éter luminoso en que se adelantan las cosas con un resalte individual; y, en fin, para de una vez decirlo, en las palabras del modesto y sensible Fray Manuel Navarrete:

Una luz resplandeciente
que hace brillar la cara de los cielos.

Ya lo observaba un grande viajero que ha sancionado con su nombre el orgullo de la Nueva España; un hombre clásico y universal como los que criaba el Renacimiento, y que resucitó en su siglo la antigua manera de adquirir la sabiduría viajando y el hábito de escribir únicamente sobre recuerdos y meditaciones de la propia vida; en su *Ensayo Político*, el barón de Humboldt notaba la extraña reverberación de los rayos solares en la masa montañosa de la altiplanicie central, donde el aire se purifica.

En aquel paisaje, no desprovisto de cierta aristocrática esterilidad, por donde los ojos yerran con discernimiento, la mente descifra cada línea y acaricia cada ondulación; bajo aquel fulgurar del aire, y en su general frescura y placidez, pasearon aquellos hombres ignotos la amplia y meditabunda mirada espiritual.

Extáticos ante el nopal del águila y de la serpiente —compendio feliz de nuestro campo— oyeron la voz del ave agorera que les prometía seguro asilo sobre aquellos lagos hospitalarios.

Más tarde, de aquel palafito había brotado una ciudad, repoblada con las incursiones de los mitológicos caballeros que llegaban de las Siete Cuevas —cuna de las siete familias derramadas por nuestro suelo.

Más tarde, la ciudad se había dilatado en imperio, y el ruido de una civilización ciclópea, como la de Babilonia y Egipto, se prolongaba fatigado hasta los infaustos días de Moctezuma el doliente.

Y fué entonces cuando, en envidiable hora de asombro, traspuestos los volcanes nevados, los hombres de Cortés («polvo, sudor y hierro») se asomaron sobre aquel orbe de sonoridad y fulgores —espacioso circo de montañas.

A sus pies, en un espejismo de cristales, se extendía la pintoresca ciudad, emanada toda ella del templo, por manera que sus calles radiantes prolongaban las aristas de la pirámide.

Hasta ellos, en algún obscuro rito sangriento, llegaba ululando la queja de la chirimía y, multiplicado en el eco, el latido del salvaje tambor.

Alfonso Reyes,
mexicano.

Recomendar las obras de Alfonso Reyes.

La dulce patria.

Cuando los hombres se reunen y hacen una patria realizan un acto de amor; porque la patria presupone una creación, y toda creación es un acto amoroso. Fijar una frontera no significa decir: «por aquí no se entra», sino: «por aquí se pasa».

Crear una patria vale por encender un nuevo hogar para bien de la Humanidad. Nadie se disgusta ni duda de la humana solidaridad cuando la ciudad gana una casa. Nadie debe dudar tampoco del amor solidario cuando el mundo gana una patria. Y, recíprocamente, así como nada infunde más pena en la ciudad que la casa derruída, nada duele tanto en la tierra como la patria acabada.

Hay quien aboga por la patria universal, ya que estas otras que conocemos parecen no servir, pues todas trajeron consigo el odio y la guerra. ¿Para qué fundar nuevos países si mañana resultarían tan malos como los antiguos? Cierto. Pero podrían resultar mejores, y en esto precisamente, en la perfectibilidad asequible, radica todo el interés filosófico de la vida y todo el

contenido trascendente de la responsabilidad. Cuando la tierra se enriquece con una patria más, ya pueden los hombres alegrarse. Buena o mala, no importa. Siempre será capaz de volverse mejor, y este afán de mejorar a las cosas es el que por excelencia ennoblece las labores humanas. Y todo en una patria puede hacerse mejor: las costumbres, la ley, la institución, el hombre y el Dios...

Quédese para más tarde, para una quimérica edad de oro, la soñada patria única. Pero miremos siempre hacia aquel ideal, aunque en el fondo presintamos que ahí no arribaremos nunca, porque tal vez haya de sucedernos como al navegante, que no por guiarse en la noche obscura por las constelaciones va hacia las constelaciones... Nos guiaremos por esa estrella de la patria única. Pero posiblemente no llegaremos nunca a esa estrella...

Y ya, recordaré que las patrias no se fundan para la inmutabilidad, sino para la vida, que es una renovación incesante. Por eso, dicho en verdad, los buenos patriotas son los que quieren renovar o reformar, y los enemigos más grandes de la patria son los que quieren cristalizar e inmovilizar, ora se trate de la costumbre, ora de la ley, de la institución o del Dios.

Nada tan antipatriótico, por lo tanto, como el patriotismo del fanático, que empieza por suponer que su patria es perfecta. Las patrias, felizmente, no son nunca perfectas, y por eso es que viven. Viven perfeccionándose, y cuando en un país faltan hombres que claman, luchen o sucumban por una renovación; cuando ya no hay quien oiga el aldabonazo del espíritu de la patria, puede afirmarse que la tal patria está bien muerta y que aquel espíritu ya se ha ido para siempre.

A. Capdevila,
argentino

Recomendar las obras de Arturo Capdevila.

Un pueblo.

Pueblo, para mí, quiere decir el suelo social, la costra espiritual humana en la que todos tenemos las raíces y de la que cada uno se levanta más o menos en una u otra forma y con aquellas virtudes o vicios que el azar de la germinación ha infundido en su naturaleza

En esta costra espiritual está todo el pasado y todo el porvenir de la Humanidad; todo sale de este suelo, y todo vuelve a él a transformarse, a rehacerse en su fuerza de vida, en su virtud germinadora.

La rama más alta del más alto roble proviene del suelo popular y recibe de él su vida, lo mismo que la ínfima hierbecilla que le brota al pie, aunque cada una en su proporción y manera. La alteza de un Goethe procede del mismo origen y virtud que la humilde simplicidad del labrador más obscuro. La santidad de un Francisco de Asís, la fuerza de un Napoleón suscítanse en la misma tierra espiritual que la ferocidad del criminal más abyecto y la pusilanimidad de la mujercilla.

Aquéllas se bañan en otros rayos de luz y se mecen en otros aires; pero las raíces espirituales de unos y otros se entrecruzan en el mismo suelo y se nutren de la misma virtud inicial, y todos devuelven al *humus social* los jugos y residuos de sus ideas, de sus actos, de sus santidades y de sus vicios, para fermentar allí de nuevo en la virtud germinadora y producir confundidos otras santidades, otras flaquezas, otros héroes y otros criminales, brotando perpetuamente del fondo común y vivo: éste es el pueblo.

Pero en las relaciones concretas de la vida social se suele llamar pueblo a la vegetación más baja, distinguiéndola de la más alta y oponiéndola a ella en cierto modo. Y en esto hay gran acierto y también gran peligro.

Acierto, porque, realmente, en los espíritus inferiores más

humildes y sencillos, como más próximos al origen común, parece que se siente más cercano y más puro el latido de la vida originaria, y son, por tanto, más expresivos del principio creador, mientras que los superiores se van distanciando hacia el fin desconocido que en las cimas resplandece; pero en las complicaciones de su ascención hay mayor peligro de extraviarse y de perder el sentido de aquel principio y el sostén del suelo más lejano. Así, en el pueblo, de aquella manera entendido, residen principalmente los elementos conservadores del espíritu humano, y en las clases altas, los progresivos; aquél está más cerca del principio; éstas, del fin.

Pues, ¿por qué —me dirás— muchos movimientos sociales en sentido progresivo parecen empezar en las clases populares y encontrar la mayor resistencia en las más altas?

Esto —responderé— es una pura apariencia. Toda idea nueva brota en las alturas; pero para cobrar fuerza y eficacia necesita, como Proteo, tocar el suelo, tomar vida del principio humano si quiere ser bien humana, y por esto desciende y corre a buscar su prueba y contraste en el suelo, a ver si arraiga, y su sanción en los elementos populares que están más cerca de la virtud primitiva; en la fuerza simple de la multitud numerosa, en su instintivo anhelo de altura, en su cruda pasión, en su inocencia.

El pueblo es dócil como la hierba, y vivaz como ella, y se apodera ávidamente de todo principio de altura y lo aviva en sí con la virtud creadora del suelo que tiene tan cercano. La hierba, hierba quedará; pero el roble que entre ella brote en esa fermentación de altura, crecerá más alto. Y esto es lo que presienten —y temen— las clases altas, ya que quieren seguir alzándose a su manera y compás, y conocen que han de ser apresadas o vencidas por la nueva fuerza que empuja de abajo; y por esto la resisten, invocando entonces su virtud originaria, la fortaleza de su principio, de sus raíces, del suelo en que también se apoyan, y así obran entonces como conservadoras.

Este es el acierto de la distinción entre pueblo y clases al-

tas. Pero el peligro de ella está en el olvido de la comunidad de principio y de fin, y en que se establezca una oposición contra naturaleza.

Llamando pueblo a las clases bajas solamente, se acaba por dar a entender que la virtud germinadora del suelo originario está sólo en ellas, y que toda la misión social, incluso la de la altura, reside en su inferioridad y, toda fuerza, en el número.

Y, por otra parte, se induce con tal distinción a las clases altas a buscar sólo un crecimiento como desarraigado del suelo y a extraviarse, desnutridas de humanidad, por las alturas para caer al fin a lo ínfimo con su misión frustrada. Y en tanto, la hierba que se ha creído roble frustra igualmente el don de su vivaz inferioridad, creyéndolo también don de altura y aniquilándose en el vano esfuerzo.

Hay que decir, pues, a la hierba: «Vales, porque sólo de tu lado y nivel puede levantarse fuerte el roble más alto»; y al roble ya crecido: «Vales, en cuanto no eres sino la excelsitud de la hierba»; y a unos y a otros: «Ambos sois el suelo; ambos sois el pueblo esforzándose hacia la altura».

Juan Maragall,
español.

Recomendar las *Obras completas*, de Maragall.

Cantos de Netzahualcoyotl.

Primer canto.

Oíd con atención las lamentaciones que yo, el rey Netzahualcoyotl, hago sobre el imperio, hablando conmigo mismo y presentándolo a otros, por ejemplo.

¡Oh, rey bullicioso y poco estable! Cuando llegue tu muerte serán destruídos y deshechos tus vasallos; veránse en obs-

cura confusión, y entonces ya no estará en tu mano el gobierno de tu reino, sino en el Dios Creador y Todopoderoso.

Quien vió la casa y corte del anciano Tezozomoc y lo florido y poderoso que estaba su tiránico imperio, y ahora lo ve tan marchito y seco, sin duda creyera que siempre se mantendría en su ser y esplendor, siendo burla y engaño lo que el mundo ofrece, pues todo se ha de consumir y acabar. Lastimosa cosa es considerar la prosperidad que hubo durante el gobierno de aquel viejo y caduco monarca, que, semejante al sauz, animado de codicia y ambición, se levantó y enseñoreó sobre los débiles y humildes. Prados y flores le ofreció en los campos la primavera por mucho tiempo que gozó en ellos; mas, al fin, carcomido y seco, vino el huracán de la muerte, y arrancándolo de raíz lo rindió, y hecho pedazos cayó al suelo.

Ni fué menos lo que sucedió a aquel antiguo rey Cotzaztli, pues ni quedó memoria de su casa y linaje.

Con estas reflexiones y triste canto que traigo a la memoria, doy vivo ejemplo de lo que en la florida primavera pasa, y el fin que tuvo Tezozomoc por mucho tiempo que gozó de ella.

¿Quién, pues, habrá, por duro que sea, que notando esto no se derrita en lágrimas, puesto que la abundancia de las ricas y variadas recreaciones son como ramilletes de flores que pasan de mano en mano, mas al fin todas se deshojan y marchitan en la presente vida?

¡Hijos de los reyes y grandes señores: considerad lo que en mi triste y lastimoso canto os manifiesto cuando refiero lo que pasa en la florida primavera, y el fin y término del poderoso rey Tezozomoc! ¿Quién (repito) viendo esto será tan duro e insensible que no se derrita en lágrimas, pues la abundancia de diversas flores y bellas recreaciones son ramilletes que se marchitan y acaban en la presente vida?

Gocen por ahora de la abundancia y belleza del florido verano, con la melodía de las parleras aves, y liben las mariposas el néctar dulce de las fragantes flores...; todo es como ramilletes que pasan de mano en mano, que al fin se marchitan y acaban en la presente vida.

Ciudad conquistada.

Las gentes de Cortés.

Vino del mar el grupo de hombres blancos y hermosos,
más fuertes que titanes, más altos que colosos,
que en la playa aquel día surgieron de repente
como una visión rara.
Tenía uno en la frente
un lucero; otro héroe blandía en la mirada
un rayo, que era como la hoja de una espada;
otro, encima del peto, la cruz; otro, en la mano,
un halcón de nobleza; y otro, un laurel pagano;
todos vaciados eran como en un molde; todos
se entendían al simple contacto de sus codos;
todos tenían su alma bajo del mismo cuño,
y se apretaban como los dedos en un puño.

El capitán lucía por signo de grandeza
un sol, como aureola, detrás de la cabeza;
mostraba una caricia perpetua de ternura
en el tornasolado metal de su armadura;
y si los pies movía, dejaba como huella
una flor... una estrella..., y una flor... una estrella...
—Y bien, ¿para qué naves?—
En la extensión remota
del mar se balanceaba la aventurera flota,
como si recordase, desplegando en los cielos
sus lonas, el simbólico adiós de los pañuelos
con que madres, hermanas, novias, en sus dolores,
despidieron al grupo de los conquistadores.
—¿Para qué naves?—
Todos tendrán la misma suerte.
El regreso es infame... La victoria o la muerte.

Y, como en una de esas hazañas a que Homero
consagra sus mejores exámetros de acero,
Hernán Cortés, a modo de un dios del paganismo,
manda quemar sus naves.
El encrespado abismo
del mar hincha sus olas con regocijo; y luego
que se enrosca en las naves la serpiente del fuego,
cada ola que lame los pies de los soldados
tiende sobre la arena leños carbonizados.
El héroe, con los ojos sin fin y alta la frente,
se queda pensativo, mirando largamente
el desfile, que es como de penachos y golas,
de las espumas blancas sobre las negras olas;
y, de súbito, lleno de la fe más segura,
clava los ojos contra las selvas de la altura
que se encrespan encima de los riscos; se siente
ungido por la gloria, y, ante su brava gente,
extiende como un guía, hacia el confín lejano,
con gesto majestuoso, la imperativa mano.
Estremécese el grupo; ruge el león de España;
y un tropel de caballos penetra en la montaña...

José Santos Chocano,
peruano.

Recomendar *Poemas escogidos*, de Chocano.

Motivos de Cuauthemoc.

I

El héroe.

La historia de Cuauthemoc es breve como un episodio y resplandeciente como una ráfaga divina; una de esas majestades que hacen enmudecer al poeta, callar al filósofo, y ante

las cuales sólo el narrador procura ensayar un canto que imite al ritmo del maravilloso suceso humano. Sabéis la historia: los conquistadores, el Conquistador, el más grande de todos los conquistadores, el incomparable Hernán Cortés, que vencía con la espada y convencía con la palabra, después de su audacia gloriosa de quemar barcos para encadenar victorias, avanzaba con grandes ejércitos, iluminado por la aureola de las leyendas. Los caciques indígenas que pretendían resistirle caen aniquilados por el fuego sagrado de armamentos inauditos que servían a los conquistadores como si fuesen hijos del mismo dios Sol que ilumina la tierra.

Veracruz, Tlaxcala, media docena de reinos limítrofes se habían declarado vencidos y habían puesto sus ejércitos a disposición del conquistador, y el mismo Moctezuma, el orgulloso monarca, lo recibía en la capital azteca y le entregaba su palacio y le prestaba vasallaje. Era la civilización nueva que avanzaba; la raza de los fuertes, la raza de los semidioses, que invadían sin remedio y aniquilaban para siempre la antigua, la orgullosa raza conquistadora mexicana. Y los hombres avisados del imperio azteca, los que correspondían a lo que hoy se llama la gente sensata; los egoístas, los pusilánimes, los ingenios sin corazón, proclamaban que la resistencia era inútil y lo mejor era plegarse a lo inevitable y entregar las tradiciones y los ideales propios a la voluntad del más fuerte para que los forjase a su antojo, ¡tal y como todavía tantos exclaman ante el avance de todos los fuertes!

Pero un héroe es un hombre que tiene la audacia de romper toda esta maraña de pensamientos cobardes para poner en obra el impulso interior de la justicia divina. Lo mismo si triunfa que si cae vencido, el héroe es ímpetu sincero y noble arrogancia. Ímpetu que niega y anula los hechos si los hechos son viles, y arrogancia que desafía la adversidad si la adversidad derrota al ideal.

«Es la raza invencible de los hijos del Sol», decían los timoratos, y entonces, Cuauthemoc se puso a matar hijos de Sol, y exhibía a los muertos con escarnio para que el pueblo

viese que los cobardes mentían. Y usando de su calidad de príncipe y del poder que había en su alma férrea, logró sugestionar a algunos de los suyos, reunió a los jóvenes, formó falange y empezó la lucha desigual, la lucha eterna y sagrada del débil que posee la justicia contra el fuerte que la reemplaza con sus conveniencias, lucha que, aunque sea desesperada y obscura, debe siempre aceptarla el débil, porque es el espíritu quien impone las normas y su propósito repercute en el tiempo y a veces trueca la amargura en dicha y la derrota en triunfo.

Todo esto, sin filosofía, lo dijo Cuauthemoc en la página elocuente de sus arrebatos, y fué con la ironía y la prédica como lo hizo, con el desdén y la violencia, forzando combates, befando a Moctezuma como a un traidor—porque hay ya un traidor en todo el que transige con la injusticia—y retando a Cortés.

Y por fin venció a Cortés, y ayudando a Cuitláhuac, lo destrozó, lo arrojó fuera de la ciudad y lo hizo llorar sus pérdidas en la célebre *Noche Triste* del gran conquistador, noche memorable en que Cortés debe haberse sentido hermano de su gran enemigo, hermano por la grandeza y el dolor, y también porque desde entonces quedó escrito que en las tierras de Anáhuac no sería una sola raza la vencedora, sino dos razas en perenne conflicto, hasta que la República viniese a poner término a la pugna, declarando que el suelo de México no es ni será propiedad de un solo color de la tez ni de las dos razas solas, sino de todas las que pueblan el mundo, siempre que amolden sus ímpetus al ritmo secular indoespañol.

Todo este proceso del futuro pasó, sin duda, en forma confusa por la mente de aquellos dos héroes en la célebre noche en que el indio vió llorar al español y el Destino siguió su marcha inflexible que arrastra a los hombres. Más tarde, Cortés volvió con todos sus soldados y compañeros, y después de un sitio prolongado y cruento, capturó la ciudad y a Cuauthemoc y lo llevó al tormento para arrancarle el secreto de los tesoros reales; y Cuauthemoc, como sabéis, aprovechó

la ocasión para hacer una célebre frase y, finalmente, cuando ya prisionero y vejado, era conducido al cadalso y el fraile que le acompañaba le prometía el cielo si abrazaba la fe de sus vencedores, Cuauthemoc le preguntó si a ese paraíso de que hablaba el fraile iban también los enemigos de su patria, y, habiéndosele contestado afirmativamente, el indio repuso:— «Entonces, padre, yo no voy al paraíso» —. Y estas fueron las últimas palabras que dijo, y con Cuauthemoc desapareció para siempre el poderío indígena.

II

Una civilización propia.

El primer siglo de nuestra vida nacional ha sido un siglo de vasallaje espiritual, de copia que se ufana de ser exacta. Mas ya ésta es la hora, no de la regresión, pero sí de la originalidad, que, aunque fuese vencida en la tierra, buscaría refugio en la mente para expandirse, porque ni quiere ni puede perecer y brega porque la anima un impulso sagrado.

Y esa originalidad que toda civilización verdadera trae consigo no la hemos logrado en un siglo, porque nos ha faltado la valentía de Cuauthemoc, su fe en una concepción propia del mundo y su audacia para poner en el cielo lo que de momento no pueda triunfar en la tierra.

Yo bien sé que hoy, como ayer, hay quienes niegan y hay quienes ignoran estos presagios que ya resuenan en el viento; estas voces de una gran raza que comienza a danzar en la luz; pero los incrédulos de hoy, lo mismo que los que aconsejaban a Cuauthemoc que no batiese a los españoles, porque los españoles eran la raza superior, la raza civilizada, pasará como pasaron los pusilánimes de antaño, sin dejar ni siquiera un ras-

tro, mientras que el indio magnífico, el rebelde absurdo, se levanta orgulloso sobre la tierra de dos continentes. Ellos no son, así como los de hoy no serán mañana, y por encima de todos resplandece la flecha que apunta a los astros.

Cansados, hastiados de toda esa civilización de copia, de todo ese largo coloniaje de los espíritus, interpretamos la visión de Cuauthemoc como una anticipación de este florecimiento, o más bien dicho, nacimiento del alma latinoamericana, que en todos nuestros pueblos se ha acentuado con intensidad irrevocable, y miramos en su gesto unas veces el desafío y otras el ensueño; un presagio feliz de esta vida nueva que se desborda en todas las naciones del continente nuestro y que ha de verse consolidada en mentes que le den gloria, en corazones blandos que la tornen noble y en voluntades firmes como el bronce azteca.

Claro está que la nación mexicana, en su culto por Cuauthemoc, no quiere significar un propósito por hacerse estrecha y cerrar sus puertas al progreso; no pretendemos volver a la edad de piedra de los aztecas, como no aceptaríamos volver a ser colonia de ninguna nación.

Tampoco renegamos de Europa ni le somos de manera alguna hostiles; agradecemos sus enseñanzas, reconocemos su excelencia y tendremos siempre abiertos los brazos para todos sus hijos; pero queremos dejar de ser colonias espirituales. «Independencia ou morte», dijo un héroe ilustre de Brasil, y el Destino le respondió con la libertad y la vida, y ahora reclamamos vida propia y alma propia.

La importación ha sido tal vez fecunda, pero ya no es necesaria; hemos asimilado y ahora estamos en el deber de crear. Esto no es rencor ni es petulancia; es lozanía y es generosidad. Inventaremos la forma según nuestro propio gusto y crearemos la vida universal, pero imprimiéndole el ritmo que está en nuestra alma. Lejos de volverse rencorosa al pasado, la flecha de Cuauthemoc apunta generosa al porvenir y lo invoca para que se someta a las normas de su augusto sueño; un sueño aplazado y modificado, como se modifican ante

la realidad todos los sueños, pero próximo a cumplirse aún más glorioso y alto que el más alto ensueño.

La Historia ha dividido el Continente americano en dos grandes razas ilustres que deben dar a la Humanidad ejemplo de un desarrollo fraternal y fecundo. No somos como los norteamericanos, ni ellos son como nosotros, y esta diferencia interesa al progreso del mundo, porque sólo el concurso de las distintas aptitudes de los pueblos creadores podrá sentar las bases de una civilización integral y armoniosa.

Los norteamericanos han creado ya una civilización poderosa que ha traído beneficios al mundo. Los iberoamericanos nos hemos retrasado, acaso porque nuestro territorio es más vasto y nuestros problemas más complejos; acaso porque preparamos un tipo de vida realmente universal; pero, de todas maneras, nuestra hora ha sonado y hay que mantener vivo el sentimiento de nuestra comunidad en la desdicha o en la gloria, y es menester despojarnos de toda suerte de sumisión para mirar el mundo, como lo mira ese indio magnífico, sin arrogancia, pero con serenidad y grandeza, seguros de que el destino de pueblos y razas se encuentra en la mente divina, pero también en las manos de los hombres; y por eso, llenos de fe, levantamos a Cuauthemoc como bandera y decimos a la raza ibérica de uno a otro confín.—«Sé como el indio; llegó tu hora; sé tu misma».

José Vasconcelos,
mexicano.

Recomendar *Estudios Indostánicos,* de José Vasconcelos.

Hidalgo.

México tenía mujeres y hombres valerosos, que no eran muchos, pero valían por mucho; media docena de hombres y una mujer preparaban el modo de hacer libre a su país. Eran unos cuantos jóvenes valientes, el esposo de una mujer liberal y un cura de pueblo que quería mucho a los indios, un cura de sesenta años.

Desde niño fue el cura Hidalgo de la raza buena, de los que quieren saber. Los que no quieren saber son de la raza mala. Hidalgo sabía francés, que entonces era cosa de mérito, porque lo sabían pocos. Leyó los libros de los filósofos del siglo XVIII, que explicaron el derecho del hombre a ser honrado y a pensar y a hablar sin hipocresía.

Vio a los negros esclavos y se llenó de horror. Vio maltratar a los indios, que son tan mansos y generosos, y se sentó entre ellos como un hermano viejo, a enseñarles las artes finas que el indio aprende bien: la música que consuela; la cría del gusano, que da la seda; la cría de la abeja, que da la miel. Tenía fuego en sí, y le gustaba fabricar; creó hornos para cocer ladrillos.

Le veían lucir mucho de cuando en cuando los ojos verdes. Todos decían que hablaba muy bien, que sabía mucho nuevo, que daba muchas limosnas, el señor cura de Dolores. Decían que iba a la ciudad de Querétaro una que otra vez a hablar con unos cuantos valientes y con el marido de una buena señora. Un traidor le dijo a un comandante español que los amigos de Querétaro trataban de hacer a México libre.

El cura montó a caballo, con todo su pueblo que lo quería como a su corazón; se le fueron juntando los caporales y

los sirvientes de las haciendas, que eran la caballería; los indios iban a pie, con palos y flechas o con hondas y lanzas. Se le unió un regimiento y tomó un convoy de pólvora que iba para los españoles. Entró triunfante en Celaya con músicas y vivas. Al otro día juntó el Ayuntamiento, lo hicieron general y empezó un pueblo a nacer.

Él fabricó lanzas y granadas de mano. Él dijo discursos *que dan calor y echan chispas*, como decía un caporal de las haciendas. Él declaró libres a los negros; él les devolvió sus tierras a los indios; él publicó un periódico que llamó *El Despertador Americano*.

Ganó y perdió batallas. Un día se le juntaban siete mil indios con flechas y al otro día lo dejaban solo. La mala gente quería ir con él para robar en los pueblos y para vengarse de los españoles. Él les avisaba a los jefes españoles que si los vencía en la batalla que iba a darles los recibiría en su casa como amigos. ¡Eso es ser grande!

Se atrevió a ser magnánimo, sin miedo a que lo abandonase la soldadesca, que quería fuese cruel. Su compañero Allende tuvo celos de él, y él le cedió el mando a Allende. Iban juntos buscando amparo en su derrota cuando los españoles les cayeron encima.

A Hidalgo le quitaron uno a uno, como para ofenderlo, los vestidos de sacerdote. Lo sacaron detrás de una tapia y le dispararon los tiros de muerte a la cabeza. Cayó vivo, revuelto en la sangre, y en el suelo lo acabaron de matar. Le cortaron la cabeza y la colgaron en una jaula en la Alhóndiga misma de Granaditas, donde tuvo su gobierno. Enterraron los cadáveres descabezados.

Pero México es libre.

José Martí,
cubano.

Recomendar *toda la obra*, de José Martí,

Silueta de la india mexicana.

La india mexicana tiene una silueta llena de gracia. Muchas veces es bella, pero de otra belleza que aquella que se ha hecho costumbre en nuestros ojos. Su carne, sin el sonrosado de las conchas, tiene la quemadura de la espiga bien lamida de sol. El ojo es de una dulzura ardiente; la mejilla de fino dibujo; la frente, mediana como ha de ser la frente femenina; los labios, ni inexpresivamente delgados ni espesos; el acento, dulce y con dejo de pesadumbre, como si tuviese siempre una gota ancha de llanto en la hondura de la garganta. Rara vez es gruesa la india; delgada y ágil, va con el cántaro a la cabeza o contra el costado, o con el niño, pequeño como el cántaro, a la espalda. Como en su compañero, hay en el cuerpo de ella lo acendrado del organo en una loma.

La línea sencilla y bíblica se la da el rebozo. Angosto, no le abulta el talle con gruesos pliegues, y baja como un agua tranquila por la espalda y las rodillas. Una desflecadura de agua le hace también a los extremos el fleco, muy bello: por alarde de hermosura, es muy largo y está exquisitamente entretejido.

Casi siempre lo lleva de color azul y jaspeado de blanco: es como el más lindo huevecillo pintado que yo he visto. Otras veces está veteado con pequeñas rayas de color vivo.

La ciñe bien; se parece esa ceñidura a la que hace en torno del tallo grueso del plátano, la hoja nueva y grande, antes de desplegarse. Lo lleva puesto a veces desde la cabeza. No es la mantilla coqueta de muchos picos, que prende una mariposa obscura sobre los cabellos rubios de la mujer; ni es el mantón floreado, que se parece al tapiz espléndido de la tierra tropical. El rebozo se apega sobriamente a la cabeza.

Con él, la india ata sin dolor, lleva blandamente su hijo a la espalda. Es la mujer antigua, no emancipada del hijo. Su rebozo lo envuelve, como lo envolvió, dentro de su vientre, un tejido delgado y fuerte, hecho con su sangre. Lo lleva al mercado del domingo. Mientras ella vocea, el niño juega con los frutos o las baratijas brillantes. Hace con él a cuestas, las jornadas más largas: quiere llevar siempre su carga dichosa. Ella no ha aprendido a liberarse todavía...

La falda es generalmente obscura. Sólo en algunas regiones, en la tierra caliente, tiene la coloración jubilosa de la jícara. Se derrama entonces la falda, cuando la levanta para caminar, en un abanico cegador...

Hay dos siluetas femeninas que son formas de corolas: la silueta ancha, hecha por la falda de grandes pliegues y la blusa abullonada: es la forma de la rosa abierta; la otra se hace con la falda recta y la blusa simple: es la forma del jazmín, en que domina el peciolo largo. La india casi siempre tiene esta silueta afinada.

Camina y camina, de la sierra de Puebla o de la huerta de Uruápan, hacia las ciudades; va con los pies desnudos, unos pies pequeños que no se han deformado con las marchas. (Para el azteca, el pie grande era signo de raza bárbara).

Camina, cubierta bajo la lluvia, y en el día despejado con las trenzas lozanas y obscuras en la luz, atadas en lo alto. A veces se hace, con lanas de color, un glorioso penacho de guacamaya.

Se detiene en medio del campo, y yo la miro. No es el ánfora; sus caderas son finas: es el vaso, un dorado vaso de Guadalajara, con la mejilla bien lamida por la llama del horno —por su sol mexicano—.

A su lado suele caminar el indio; la sombra del sombrero inmenso cae sobre el hombro de la mujer, y la blancura de su traje es un relámpago sobre el campo. Van silenciosos, por el paisaje lleno de recogimiento; cruzan de tarde en tarde una palabra, de la que recibo la dulzura, sin comprender el sentido.

Habrían sido una raza gozosa; los puso Dios como a la primera pareja humana en un jardín. Pero cuatrocientos años esclavos les han desteñido la misma gloria de su sol y de sus frutas; les han hecho dura la arcilla de sus caminos, que es suave, sin embargo, como pulpas derramadas...

Y esa mujer que no han alabado los poetas, con su silueta asiática, ha de ser semejante a la Ruth moabita, que tan bien labraba y que tenía atezado el rostro de las mil siestas sobre la parva...

Gabriela Mistral,
chilena.

Prosas líricas.

El idilio de los volcanes.

El Ixtacíhuatl traza la figura yacente
de una mujer dormida bajo el Sol;
el Popocatépetl flamea en los siglos
como una apocalíptica visión;
y estos dos volcanes solemnes
tienen una historia de amor,
digna de ser cantada en las complicaciones
de una extraordinaria canción.

Ixtacíhuatl —hace ya miles de años—
fue la princesa más parecida a una flor,
que en la tribu de los viejos caciques
del más gentil capitán se enamoró.
El padre augustamente abrió los labios

y díjole al capitán seductor
que si tornaba un día con la cabeza
del cacique emenigo clavada en su lanzón,
encontraría preparados, a un tiempo mismo,
el festín de su triunfo y el lecho de su amor.

Y Popocatépetl fuese a la guerra
con esta esperanza en el corazón:
domó las rebeldías de las selvas obstinadas,
el motín de los riscos contra su paso vencedor,
la osadía despeñada de los torrentes
la asechanza de los pantanos en traición;
y contra cientos de cientos de soldados,
por años de años gallardamente combatió.

Al fin tornó a la tribu; y la cabeza
del cacique enemigo sangraba en su lanzón.
Halló el festín del triunfo preparado,
pero no así el lecho de su amor:
en vez del lecho encontró el túmulo
en que su novia, dormida bajo el Sol,
esperaba en su frente el beso póstumo
de la boca que nunca en vida la besó.

Y Popocatépetl quebró en sus rodillas
el haz de flechas; y, en una sorda voz,
conjuró las sombras de sus antepasados
contra las crueldades de su impasible dios.
Era la vida suya, muy suya,
porque contra la muerte la ganó:
tenía el triunfo, la riqueza, el poderío;
pero no tenía el amor...

Entonces, hizo que veinte mil esclavos
alzaran un gran túmulo ante el Sol:
amontonó diez cumbres

en una escalinata como de alucinación;
tomó en sus brazos a la mujer amada,
y él mismo sobre el túmulo la colocó;
luego, encendió una antorcha, y, para siempre,
quedóse en pie alumbrando el sarcófago de su dolor.

Duerme en paz, Ixtacíhualt: nunca los tiempos
borrarán los perfiles de tu casta expresión.
Vela en paz, Popocatépetl: nunca los huracanes
apagarán tu antorcha eterna como el amor...

José Santos Chocano,
peruano.

Recomendar *Poemas escogidos* y *Alma América*, de José Santos Chocano.

La tradición.

Asistimos al naufragio de la tradición, y debe preocuparnos el interés social de que él no llegue a consumarse.

El anhelo del porvenir, la simpatía por lo nuevo, una hospitalidad amplia y generosa, son naturales condiciones de nuestro desenvolvimiento; pero, si hemos de mantener alguna personalidad colectiva, necesitamos reconocernos en el pasado y divisarlo constantemente por encima de nuestro suelto velamen.

Para esa obra de conservación, todos los momentos traen su oportunidad; todas las actividades, aun las aparentes más nimias, ofrecen ocasión capaz de ser aprovechada.

Aparte de los grandes estímulos de la historia propia, cultivada y enaltecida como forma suprema del culto nacional; aparte del carácter de iniciación patriótica que debe tener, entre sus más altos fines, la enseñanza primaria y de las energías —que en la imaginación y el sentimiento puede mover una literatura que se inspire, sin mezquinas limitaciones, en el

amor de la «tierra», no hay manifestación de la actividad común donde no sea posible tender a conservar o restaurar una costumbre — que encierre cierto valor característico, cierta nota de originalidad, por insignificante que parezca.

La norma debe ser no sustituir en ningún punto lo que constituya un rasgo tradicional o inveterado, sino a condición de que sea claramente inadaptable a una ventaja, a un adelanto positivo.

Desde el aspecto material de las ciudades, en aquellas que aún conservan cierta fisonomía peculiar o que pueden tender a recuperarla sin dejar de magnificarse y embellecerse, hasta los usos y las formas de la vida social, allí donde aún guardan cierto estilo, ciertos vestigios de una elegancia original y propia; desde el culto doméstico de los recuerdos, hasta la inmunidad de las originalidades populares en fiestas, faenas y deportes; desde el salón hasta la mesa, todo puede contribuir a la afirmación de una «manera» nacional, todo puede contribuir a arrojar su nota de color sobre el lienzo gris de este cosmopolitismo que sube y se espesa en nuestro ambiente como una bruma.

La persuasión que es necesario difundir, hasta convertirla en sentido común de nuestros pueblos, es que ni la riqueza, ni la intelectualidad, ni la cultura, ni la fuerza de las armas pueden suplir en el sér de las naciones, como no suplen en el individuo, la ausencia de este valor irreductible y soberano: ser algo propio, tener un carácter personal.

José Enrique Rodó,
uruguayo.

Recomendar la obra total de Rodó.

Vejeces.

Las cosas viejas, tristes, desteñidas,
sin voz y sin color, saben secretos
de las épocas muertas, de las vidas
que ya nadie conserva en la memoria,
y a veces a los hombres, cuando inquietos
las miran y las palpan, con extrañas
voces de agonizantes dicen, paso,
casi al oído, alguna rara historia
que tiene obscuridad de telarañas,
son de laúd y suavidad de raso.

¡Colores de anticuada miniatura,
hoy de algún mueble en el cajón dormida;
cincelado puñal, carta borrosa,
tabla en que se deshace la pintura
por el tiempo y el polvo ennegrecida;
histórico blasón, donde se pierde
la divisa latina, presuntuosa,
medio borrada por el liquen verde;
misales de las viejas sacristías,
de otros siglos fantásticos espejos
que en el azogue de las lunas frías
guardáis de lo pasado los reflejos;
arca en un tiempo de ducados llena,
crucifijo que tanto moribundo
humedeció con lágrimas de pena
y besó con amor grave y profundo;
negro sillón de Córdoba, alacena
que guardaba un tesoro peregrino
y donde anida la polilla, sola;
sortija que adornaste el dedo fino
de algún hidalgo de espadín y gola;

mayúsculas del viejo pergamino,
batista tenue que a vainilla hueles,
seda que te deshaces en la trama
confusa de los ricos brocateles,
arpa olvidada que al sonar, te quejas;
barrotes que formáis un monograma
incomprensible en las antiguas rejas:
¡el vulgo os huye, el soñador os ama,
y en vuestra muda sociedad reclama
las confidencias de las cosas viejas!

El pasado perfuma los ensueños
con esencias fantásticas y añejas
y nos lleva a lugares halagüeños
en épocas distantes y mejores;
¡Por eso a los poetas soñadores,
les son dulces, gratísimas y caras
las crónicas, historias y consejas,
las formas, los estilos, los colores,
las sugestiones místicas y raras
y los perfumes de las cosas viejas!

José Asunción Silva,
colombiano.

La ciudad colonial: México.

Desde las torres de la catedral, la ciudad de México es una vasta llanura gris, cortada en todas direcciones por las líneas rectas o sinuosas de sus calles. Sus lejanos límites casi no se distinguen a la simple vista, y las últimas casas se confunden, a veces, en el término del horizonte. Por la tarde, a la hora del crepúsculo, cuando la luz del sol se prende solamente en las partes altas de los edificios y las calles comienzan a perder sus contornos entre las sombras que llegan, México es todavía la vieja ciudad colonial de hace algunos

siglos. Piérdense, desde allá arriba, las particularidades de la vida moderna; desaparecen los detalles que las nuevas civilizaciones han marcado y sólo se distinguen, como en lienzos borrosos, los conjuntos grises de las construcciones y las manchas verdes de las arboledas. Pero contra la luz en fuga de la tarde, destácase neto, inconfundible, todo lo que resalta entre el caserío, todo lo que se eleva por sobre los techos y las líneas de las construcciones.

Y he aquí, por todas partes, las torres, las antiguas torres de las iglesias, de los conventos, de las capillas y de las ermitas; las altas torres de dos cuerpos, delgadas y eminentes, acribilladas por las luces que atraviesan sus ventanales; las torres bajas, como un cubo de piedra, que albergan una sola campana; las torres de remates piramidales, con sus cruces de hierro; las torres redondas con sus cruces de piedra; torres grises, ennegrecidas por las lluvias y los siglos; o blancas y resplandecientes de sol, vecinas de los barrios humildes, de las gentes sencillas, de los Cristos milagreros y de las abejas que melifican en las rinconadas; unas, con recias campanas de pátina verde; otras, con esquilones que voltean en los gruesos maderos pintados de vivos colores y con campanitas que no cesan de llamar, agitadas por las cuerdas que las beatas tiran desde la sacristía; torres brillantes, con caperuzas de azulejos; torres de mayólicas multicolores y rejas de hierro, como miradores árabes; torres en cuyos nichos se albergan polvorosos santos de terracota, o abandonadas, ahora habitáculo de murciélagos, o alegres, adornadas con flores de papel y guirnaldas de encina.

¡Y cúpulas! La cúpula de la Santísima, que parece una compotera; la cúpula de la Soledad, maciza y grave, con sus medallones blancos sobre la piedra negruzca; la cúpula del Señor de Santa Teresa, eminente y esbelta, con su linternilla como un tibor de la China; la de Loreto, que es un caracol que avanza los dos cuernos agudos de sus torrecillas; la de Santa Inés, que siempre lleva su traje de fiesta, con galones anaranjados y azules; la de la Enseñanza, birrete de doctor

teologal; la de la Encarnación, que reza al cielo oraciones en esmalte blanco; la de la Santa Catarina, ancha y aplanada, con su orla de ventanas; cúpulas bajas y poligonales; cúpulas con cinturones de pilastras; cúpulas ovoides; domos vastos, hechos para albergar allá abajo, en los cipreses de las iglesias, las suntuosidades de la liturgia; para que resuene en sus paredes cóncavas el trueno de los órganos; o parvos y sencillos, acogedores de las voces de los niños en las tardes blancas del mes de María y del zureo de las palomas del valle mexicano en las mañanas calurosas de julio.

Por todas partes la mirada encuentra en las salientes de las construcciones la visión de la ciudad colonial. Ahora son los remates que se elevan sobre las fachadas de las mansiones, de los antiguos colegios, de los templos; aquéllos son de la casa del conquistador; estos otros, los del real palacio; ahí están todavía los que rematan el Seminario de San Ildefonso; por allá se distingue aún los de la casa del Conde del Valle de Orizaba; ved cómo se destacan, cual chinescas torrecillas de *kaolín*, éstos del Palacio de los Azulejos. Y todos de piedra, blancos, grises, negros; remates que figuran birretes de la vieja universidad; toscos remates franciscanos, hechos para coronar fortalezas y sostener arcabuces defensores de la fe; estípites barrocos con ornamentaciones pomposas; almenas piramidales; remates bárbaros, labrados por recios artesanos; remates de bola, de llamas, de hojas, de pebeteros, de urnas...

Allá abajo, la ciudad ha perdido sus contornos; las gentes son sombras que se deslizan con apresuramiento; suena el *Angelus;* sube de las calles un sordo rumor de cosas que hablan y de cosas que ruedan; apenas en la serranía accidental hay una fulguración violeta que va ahogándose; las torres, las cúpulas, las almenas se dibujan contra el cielo como siluetas en una pantalla. A estas horas y desde la torre opuesta, don Francisco Cervantes Salazar debe de contemplar la ciudad, su vieja ciudad. Por allá abajo pasa la sombra del señor don Carlos de Sigüenza y Góngora, camino de su casa en la ve-

cina calle del Hospital del Amor de Dios. Junto al Palacio hay gente armada: quizá son los alabarderos que montan la guardia. Ahora mismo, allí enfrente, el Cabildo discute una merced de agua que le ha solicitado Antón Gallo, alarife...

De pronto, como si se hubiera alzado un telón, diez mil lámparas eléctricas, se encienden en toda la ciudad.

Jenaro Estrada,
mexicano.

Silueta de Sor Juana Inés de la Cruz.

(Fragmento de un estudio.)

I

Nace entre los volcanes.

Nació en Nepantla; le recortaban el paisaje familiar los dos volcanes; le vertían su mañana y le prolongaban la *última tarde*. Pero es el Ixtacihuatl, de depurados perfiles, el que influye en su índole, no el Popocatépetl, basto hasta su ápice.

Dice Nervó, que la atmósfera en ese pueblo es extraordinariamente clara. Bebía ella el aire fino de las tierras altas, que hace la sangre menos densa y la mirada más nítida y que vuelve la respiración una leve embriaguez. Es el aire delgado, maravilloso como la delgada agua de nieves.

II

"Era llena de gracia."

Esta luz de meseta le hizo aquellos sus grandes ojos rasgados para recoger el ancho horizonte. Y para ir en la atmósfera sutil, le fue dada esa esbeltez suya que, al caminar, era como la reverberación fina de luz, solamente.

No tiene su pueblo la vaguedad de las nieblas vagabundas; asimismo, no hay vaguedad de ensueño en las pupilas de sus retratos. Ni eso ni la anegadura de la emoción. Son ojos que han visto en la claridad de su meseta destacarse las criaturas y las cosas con contornos netos. El pensamiento, detrás de esos ojos, tendrá también una línea demasiado acusada.

Muy delicada la nariz, y sin sensualidad. La boca, ni triste ni dichosa: segura; la emoción no la turba en las comisuras ni en el centro.

Blanco, agudo y perfecto el óvalo del rostro, como la almendra desnuda; sobre su palidez debió ser muy rico el negro de los ojos y el de los cabellos.

El cuello delgado, parecido al largo jazmín; por él no subía una sangre espesa; la respiración se sentía muy delicada a su través.

Los hombros, finos también, y la mano sencillamente milagrosa. Podría haber quedado de ella sólo eso, y conoceríamos el cuerpo y el alma por la mano, gongorina como el verso... Es muy bella caída sobre la obscura mesa de caoba. Los mamotretos sabios en que estudiaba, acostumbrados a tener sobre sí la diestra amarilla y rugosa de los viejos eruditos, debían sorprenderse con la frescura de agua de esta mano...

Debió ser un gozo verla caminar. Era alta, hasta parece que demasiado, y se recuerda el verso de Marquina:

«... la luz descansa largamente en ella.»

III

Sed de conocer.

Fue primero el niño prodigio que aprende a leer, a escondidas, en unas cuantas semanas; y después la joven desconcertante, de ingenio ágil como la misma luz, que dejaba

embobados a los exquisitos comensales del Virrey Mancera. ¡Pobre Juana! Tuvo que soportar ser el dorado entretenimiento del hastío docto de los letrados. Seguramente a ellos les interesaban menos sus conceptos que su belleza; pero allí estaba Juana, respondiendo a sus retorcidas galanterías. La donosa conversación de los salones era un plato más en ese banquete heterogéneo de la vida colonial: Inquisición, teatro devoto y aguda galantería. Juana debía divertir a los viejos retóricos, contestar sus fastidiosas misivas en verso, y pasar, en las recepciones del Virrey, del recitado de una ágil letrilla al zarandeo de la danza...

Más tarde es la monja sabia, casi única en aquel mundo ingenuo y un poco simple de los conventos de mujeres. Es extraña esa celda con los muros cubiertos de libros y la mesa poblada de globos terráqueos y aparatos para cálculos celestes...

No es verdad en la gran monja gongorina lo de la inspiración como ráfaga desmelenada de viento; no se puede hablar de la Musa exhalándole su ardiente jadeo sobre las sienes. Su Musa es la justeza, una exactitud que casi desconcierta; su Musa es el intelecto solo, sin la pasión. La pasión, o sea el exceso, no asoma a su vida sino en una forma: el ansia de saber. Quiso ir a Dios por el conocimiento. No tuvo delante de lo creado el estupor y tampoco el recogimiento, sino la delectación de gozarlo matiz a matiz y perfil a perfil. Del lucero tembloroso, ella quería *saber*. Su maravilla es que la ciencia no la llevara al racionalismo.

Tuvo, entre otras, esta característica de su raza: el sentido crítico, lleno de cordialidad a veces, pero implacablemente despierto.

IV

Un aguijón bajo las tocas...

Y otra característica más de sus gentes: la ironía. La tiene fina y hermosa como una pequeña llama, y juega con ella sobre los seres.

No hay que asombrarse demasiado de esta alianza de la ironía con el sayal: también la tuvo Santa Teresa; era su invisible escudo contra el mundo tan denso que se movía a su alrededor: monjas obtusas que solían recelar de la letrada y veían el cuerno del demonio asomado entre los libros de la formidable estantería. Se olvidaban de otras celdas ilustres: la de los dos Luises españoles. Pero en la abeja rubia y pequeña el aguijón se embellece, porque el mismo instrumento que punza fabrica la miel.

Tan impregnada está de la ironía Sor Juana, que de la conversación y las cartas la lleva hasta al verso. No es así en el rosal, donde la suavidad del pétalo está separada de la espina; la monja pone la espina en el centro de la rosa...

V

El ademán de apartamiento.

¿Por qué entró al claustro?

Según dicen unos, por cierto desengaño de amor; según otros, por resguardar su juventud maravillosa. Tal vez no fue éste sino un gesto como el de quien desecha una masa viscosa, el mundo, por denso y brutal, y pone sus pies sobre esa piedra blanca y pura de un convento. No le alcanzarán así los brazos con apetito de la multitud, de la plebeya ni de la cortesana. Por exceso de sensibilidad se apartó. Su actitud aparece más estética que mística.

Esto último, una mística, no es Sor Juana; todo su pensamiento está traspasado de cristianismo, pero en el sentido rigurosamente moral. El místico es, casi siempre, mitad ardor y mitad confusión; es el hombre que entra como en una nube ardiente que lo lleva arrebatado. Ella no ha viajado nunca por el país que algunos llaman de la locura, de Swendenborg y de Novalis. El místico cree que es la intuición la única ventana abierta sobre la verdad, y baja los párpados, desdeñoso de analizar, porque el mundo de las formas es el de la apariencia. Para Sor Juana, hambrienta del conocimiento intelectual, es bueno que los ojos ciñan bien el contorno de las cosas.

VI

Sor Juana, monja verdadera.

Viene el último período. Un día la fatiga la astronomía, exprimidora vana de las constelaciones; la biología, rastreadora minuciosa y defraudada de la vida; y aun la teología, a veces pariente, ¡ella misma!, del racionalismo. Debió sentir, con el desengaño de la Ciencia, un deseo violento de dejar desnudos los muros de su celda de la estantería erudita.

Quiso arrodillarse en medio de aquélla con el Kempis desolado por único compañero y con la llama del amor por todo conocimiento.

Tiene entonces, como San Francisco, un deseo febril de humillaciones, y quiere hacer las labores humildes del convento, que tal vez haya rehusado muchos años: lavar los pisos de las celdas y curar la sucia enfermedad con sus manos maravillosas, que tal vez Cristo le mira con desamor. Y quiere más aún: busca el cilicio, conoce el frescor de la sangre sobre su cintura martirizada. Esta es para mí la hora más hermosa de su vida; sin ella yo no la amaría.

VII

La muerte.

Coge el contagio repugnante y entra en la zona del dolor. Antes no lo conocía, y así, estaba mutilada su experiencia del mundo. El sabor de la sangre, que es la vida, es el mismo sabor salobre de la lágrima, que es el dolor. Ahora sí, la monja sabia ha completado el círculo del conocimiento.

Como si Dios esperase esta hora de perfección, como aguarda en las frutas la laceradura, la dobla entonces sobre la tierra. No quiso llamarla a Sí en la época de los sonetos ondulantes, cuando su boca estaba llena de las frases perfectas; viene cuando la monja sabia, arrodillada en su lecho, ya tiene solamente un sencillo, un pobre Padrenuestro entre sus labios de agonizante.

Como ella se anticipó a su época, con anticipación tan enorme que da estupor, vivió en sí misma lo que viven hoy muchos hombres y algunas mujeres: la fiebre de la cultura en la juventud, después el sabor de fruta caduca de la ciencia en la boca, y por último, la búsqueda contrita de aquel simple vaso de agua clara, que es la eterna humildad cristiana.

Milagrosa la niña que jugaba al pie de los volcanes en las huertas de Nepantla; casi fabulosa la joven aguda de la corte virreynal; admirable la monja docta, pero grande por sobre todas, la monja que, liberada de la vanidad intelectual, olvida fama y letrillas, y sobre la cara de los pestosos recoge el soplo de la muerte y muere vuelta a su Cristo como a la suma belleza y a la apaciguadora Verdad.

Gabriela Mistral,
chilena.

Juana de Asbaje.

«Para ella hice construir una casa de piedra labrada y mandé colocar en el nicho de la esquina la imagen de su patrono, San Juan.

...Para ella hice revestir el piso de los aposentos con alfombras suaves, y mandé poner espejos venecianos en los muros para que se contemplara al pasar.

...Para ella torneó finamente un ebanista las columnas salomónicas del lecho, y sabias manos monjiles bordaron sus cortinas de seda obscura, con alamares de seda clara.

...Para ella busqué las arcas de más rico tallado, y las llené con sayas, y basquiñas, y puños de encaje tramado con hilo de oro.

...Para ella compré joyas raras, las más raras joyas que hubo en la calle de la Platería; pudo cubrir su cuello con las sartas de perlas que reuní para ella, y todavía esperaba ansioso los tesoros de porcelana y de marfil traídos por la Nao de China...

...Mas ella prefirió acariciar con sus dedos las cuentas negras de un rosario, en lugar de las sartas de perlas que yo le ofrecía; cubrió su cuerpo con el hábito burdo, desdeñando las ropas de lino y de seda; quiso vivir entre las paredes ásperas y las frías losas de una celda, olvidando los espejos y las alfombras de mi casa.

...Entró para siempre a un convento, ella, Juana de Asbaje, a quien por mi mal no supe convencer para que fuera mi esposa.»

Francisco Monterde García Icazbalceta,
mexicano.

El Afilador.

Ya viene el afilador
tocando su caramillo...
¡Ay, decidle por favor,
cuánto su dulce estribillo
viene a aumentar mi dolor!

En esta triste calleja
obscura, sola y torcida,
con sus aleros de teja,
¿quién puede ganar la vida?
¡Que cierren pronto la reja,

no vaya por ella a entrar
buscando a la Rosalía
para ver y preguntar,
como pasó el otro día,
si hay tijeras que afilar!

No quiero en el corredor
de mi triste patiecillo
volver a oír el rumor
de su alegre caramillo.
¡Que no entre, por favor!

Este artista callejero
que luce bellas corbatas,
un exótico sombrero,
blusa de dril y alpargatas,
es un pálido extranjero

que mientras toca y camina,
su afilador arrastrando,

nunca, al pasar, adivina
que ese són que va tocando
es un són que me asesina...

En otras calles hermosas
más suerte pudiera hallar...
En el mercado de rosas,
las tijeras de podar
preciso es que estén filosas...

Y allá en las callejas bajas,
en tiendas y prenderías
llenas de curros y majas
que riñen todos los días,
siempre hay que afilar navajas...

Mas aquí, en esta escondida
callejuela silenciosa,
donde la hierba crecida
se mece triste y polvosa...
¿Quién puede ganar la vida?

¡Ya es demasiado su empeño
en pasar junto a la reja!
Hasta en medio de mi sueño
oigo la burlana queja
de su airecillo risueño...

Ya viene el afilador
tocando su caramillo...
¡Ay, decidle, por favor,
que afile pronto un cuchillo
con que matar mi dolor...!

María Enriqueta,
mexicana.

Recomendar *Rumores de mi huerto* y *El secreto,* de María Enriqueta.

La casa colonial.

La casa. La casa vieja, roja, roja toda, hecha de cubos de *tezontle* poroso que va chupando las lloviznas y las tormentas de hace cuatro siglos, reteniendo el polvo que levantan los carros, captando los ecos de todos los ruídos de la calle. *Tezontle* poroso que guarda las voces de los duros capitanes del siglo XVI y los gritos victoriosos de los revolucionarios del siglo XX.

La casa. La casa vieja, con sus ventanas de maderas carcomidas, encuadradas en cantería blanca; con su portón de cedro en cuyas hojas hay escudos nobles, relieves con hombres de nariz desportillada y animales a los que ya se desprendió la cola. La casa vieja, de almenas piramidales y canalones de piedra y hierro, verdes de orín.

Y el patio. El patio vasto, rodeado de arquerías que rematan las armas de los fundadores, con la fuente de nimios labrados; con la escalera amplia y señorial, de piedra gris y hierros españoles.

La sala, la gran sala que grandes cortinajes de damasco obscurecen; la sala, con sus goteras, los taburetes de caoba, las pantallas de plata que sostienen ricos arbotantes, las pinturas místicas encuadradas en marcos de carey y el baldaquín en donde Jesús dice la séptima palabra.

La alcoba, la sombría alcoba en donde está el lecho de roble, los escabeles de nogal, el biombo de diez hojas y un reloj en su caja azul, que no ha vuelto a marcar las horas desde que en aquella estancia el señor Conde entregó su alma a Dios.

Por la noche, la galería va repercutiendo el eco de unos pasos lentos y graves, y todavía, en las altas horas, se distinguen en un ángulo del corredor leves resplandores rojizos de la lámpara que ilumina la reja del oratorio. Han dado

las doce, y ahora es la luna que va dibujando lacerías, arabescos y fantasmas, en el patio lleno de quietud y de silencio, como un cementerio.

Jenero Estrada,
mexicano.

La Ceiba.

Hay el árbol bonito y alegre de la ceiba, que tiene el tronco liso y ancho y sus ramas largas y rectas, como un techo. De allí cuelgan sus nidos los yuyumes de color de oro, que cantan al sol de la mañana, y allí se paran a acariciarse las palomas.

El viento bueno hace su casa en la copa de la ceiba, y las mariposas radiantes de alas azules y verdes vuelan alrededor.

La tierra en que este árbol siembra sus raíces está siempre húmeda y viva. Porque es santo y amoroso, da la sombra de la felicidad. Y por eso los hombres buenos, cuando se mueren, van a sentarse debajo de la ceiba grande, que está arriba del cielo alto. Allí tienen siempre buen tiempo y alegría, y lo mismo es para ellos un año que otro año.

Los hombres antiguos sembraban este árbol en medio de las plazas de sus pueblos, como mostrando que él era el centro de la vida y del mundo. Él estaba en medio de todas las casas y las protegía y daba tranquilidad.

Debajo de la ceiba se hacían las fiestas a los huépedes y se ataban los amores puros, y allí se llevaban las colmenas para cosechar la miel.

Así es el árbol bueno que hay en el Mayab. Cuando vayas por tu camino mira bien los árboles y escoge.

Antonio Mediz Bolio
mexicano.

Recomendar *La tierra del venado y del faisán,* de Antonio Mediz Bolio.

El elogio del Quetzal.

Es un pájaro mudo, pero hermoso; una alhaja
que ha salido volando de un arcón reluciente.
En el hueco de un tronco, fino estuche trabaja,
donde finge un penacho de monárquica frente.

Nunca en vil cautiverio sus prestigios rebaja;
y antes goza el orgullo de morir libremente:
si se quiebra las plumas, en su estuche se encaja
y principia a morirse de la pena que siente...

Tal orgullo es su orgullo que es un símbolo alado,
por su gesto de raza, por su instinto de gloria:
él jamás vivió en rejas, ni jamás se ha manchado.

Con nobleza de artista y altivez de guerrero,
¡merecía la suerte de haber sido en la Historia
un blasón con la frase de Francisco primero!

José Santos Chocano,
peruano.

Recomendar *Poemas escogidos* y *Alma América*, de José Santos Chocano.

La tortuga.

Hay en el Mayab la pequeña tortuga que anda por la tierra y nada por el agua.

A veces, el leñador siente que algo se mueve bajo sus pies, y mira, y ve la tortuga que huye prudentemente. No hace ruido y va a todas partes. Lo mismo sale de entre las

piedras ardientes por el sol que de la arcilla húmeda, y pasa por debajo de los montones de hojas secas, y, cuando encuentra una pared, hace un agujero, atraviesa y sigue.

Se incendia el monte para sembrar el maíz, y todo se quema, y los animales de la sierra mueren, lo mismo el venado, que se enreda los cuernos en las ramas, que el conejo que se esconde en su madriguera. Pero la tortuga no, porque se queda quieta y mete la cabeza y pies en su carapacho, y así no sufre sino un poco de calor.

Ni el aire, ni el agua, ni la tierra, ni el fuego la dañan, porque es humilde y prudente. Así es la pequeña tortuga brillante del Mayab, señal de la constancia y de la pureza.

Tiene cuatro patas con uñas blancas y finas. Con ellas se agarra del suelo para caminar y con ellas nada para cruzar las lagunas. Va de un lugar a otro lugar y lleva muy lejos mensajes silenciosos.

Cuando algo malo va a pasar en la tierra, la tortuga entra en el agua de los pozos y queda allí muchos días, hasta que lo que tiene que suceder arriba ha sucedido. Sale entonces lavada y bonita y se pasea bajo el sol, resplandeciendo y levantando la cabeza roja, con sus dos ojillos redondos, apacibles y brillantes.

Como los antiguos hombres buenos, la tortuga, errante y callada, vive cien años y más de ciento. Toda su vida y después de muerta, enseña cosas dulces y elevadas.

Quien la mata de intento, hace gran daño y comete delito ante el espíritu de arriba. Cuando ella muere de sí misma, está bien fabricar adornos de su preciosa concha vacía y poner en ella una cuerda tensa para hacer música santa.

En los grandes tiempos del Mayab la tortuga fue esculpida en las cornisas y en las puertas de los templos. Era como una palabra de los dioses, que los hombres sabían entender.

Antonio Mediz Bolio,
mexicano.

Recomendar *La tierra del venado y del faisán,* de Antonio Mediz Bolio.

La tortuga.

Mi viaje es sedentario todavía. Y ahora
si adelanto o si estoy detenida se ignora.
Voy en mi lentitud, y el paisaje percibo;
y entonces, ¡oh alegría!, mi lenta marcha avivo.
Mas veo que las cosas no cambian de lugar,
y, cansada, un momento me paro a descansar.
Mañana partiré de nuevo: es mi destino.
Y parezco una piedra en mi propio camino.

Abel Bonard,
francés.

Croquis mexicanos.

I

El órgano.

El órgano es como un grito de la aridez, la lengua sedienta de la tierra seca. Aunque esté en llanos regados, es planta sin alegría; su terca quietud parece una concentración dolorosa.

Su forma de cirio, forma de brazo erecto, lo humaniza. Cuando se levanta solitario, es un asceta enjuto y acendrado en medio del llano. Los surcos de sus cuatro costados lo afinan aún más.

No es la planta dichosa —bambú o álamo— cuyo follaje hace como la RISA DE LA TIERRA. La gracia de la hoja palpitadora y viva le fue negada, y no se le dibuja ese triangulo

tierno que hace en el tronco la rama y que es propicio para el nido.

Su verde sombrío apenas en la cabeza se blanquea un poco de ardor. Su fruto es la pitahaya sangrienta.

Hay en él la voluntaria fealdad del cenobita y su desolado desdén hacia la belleza del cielo donde juegan las nubes.

Tiene nobleza cuando está solo; enfilado en largas cercas, se afea, cobra la tristeza del servicio doméstico y se emblanquece con el polvo del camino.

Pero el pensamiento de su servicio me hace mirarlo con ternura. Guarda la huerta india, el predio del viejo azteca. Se aprietan para defender en breve cuadro, de suelo a la pobre raza que tuvo toda su tierra y a la que ahora va quedándole apenas la luz del sol que era su Dios y la ráfaga de sus vientos, soplo de Quetzalcoatl.

Defended, tercos órganos, zarpados órganos, la tierra de vuestro viejo hermano el indio, tan dulce, que no sabe herir a su enemigo, tan solo, como uno de vosotros en lo alto de una loma.

II

El maguey.

El maguey parece una exhalación de la tierra, un ancho suspiro, basto como un surco. Todo él está hecho de fuerza en la reciedumbre de las hojas inmensas y de las puntas zarpadas.

Suelo sentir las plantas como emociones de la tierra: las margaritas son sus sueños de inocencia; los jazmines son un agudo deseo de perfección. Los magueyes son versos de fortaleza, estrofas heroicas.

Nacen y viven a flor de tierra, mejilla contra mejilla con el surco; no se elevan rectos como el cirio del órgano; caen hacia los lados para acariciar la gleba con una caricia filial.

Carece el maguey de ese tallo inferior, espiritualización de la planta, que le hace más criatura del aire que del suelo y que le da la idealidad que pone el largo cuello en la mujer. ¡Es toda la planta como una copa dura y potente, donde puede caber el rocío que baja sobre toda la llanura en una noche!

El ardor no le deja cuajarse aquel verde joven, matiz de enternecimiento, que tienen las hierbas. Su color es un amoratado que en los atardeceres se adensa. Dominan entonces en el paisaje mexicano esta mancha morada de los plantíos de magueyes y ese como derramamiento de violetas de las montañas lejanas.

El maguey es para el indio como la palmera para el árabe, fuente de dones inumerables. Sus hojas inmensas pueden hacer la techumbre de su casa; sus fibras le dan dos formas de servicio: el hilo duro con que teje esa red de color de miel que el indio lleva sobre la espalda y que entrega las jarcias más recias, y esa otra hebra delicada que es la seda artificial.

Da, además, con la herida que puede hacerse en su corazón, el aguamiel, que cuaja en una azúcar cándida. Pero el indio es desgraciado, y como dice del hombre Pascal, «necesita el olvido de su desventura». Por esto vuelve aquel líquido inocente en la bebida demoníaca que le da la falsa alegría, que fermenta en sus entrañas la locura, haciéndolo amar y matar en un sólo ímpetu.

Maguey mexicano: da al pobre indio azteca y maya en vez del delirio que tienes oculto en tu corazón, cien hojas para el alero maternal de su casa; dale los cables y las velas de los navíos, sobre los cuales ha de llevar los frutos de su tierra, que enriquecen a los extraños.

Y mientras los hombres van por el Pacífico en conquista de los mercados del mundo, entrega a la mujer la dulzura de tu fibra más exquisita para que teja por su mano el traje de sus bodas. No lleve más por los caminos el dejo de pesadumbre que le dieron sus quinientos años esclavos y que pesa en los extremos vencidos de su boca.

III

La palmera real.

La palmera busca el sol más recta que las otras criaturas; se extasía en la luz mejor que todas ellas. Ningún tronco de árbol es bañado de claridad como su desnudo tallo maravilloso; es al mediodía como un inmenso pistilo cubierto de polen ardiente.

La palma es una copa, una copa veneciana de esas de cuello larguísimo y que acaban en una breve hendidura de cristal. El follaje hace arriba una copa ancha, perfecta y sensible. El viento en ella se escucha a sí mismo con goce. A veces el choque de su penacho es seco, como de velas fuertes, duras de sal; a veces, en el viento suave, se hace una risa innumerable; otras se llena como de cuchicheos de mujeres, de muchedumbres femeninas... Cuando está el aire quieto, la palmera tiene una mecedura lenta, una mecida suavísima de madre. (Porque en lo alto, ella como todas las cosas, se parece a un regazo.)

* * *

Son humanas todas las actitudes vegetales. El álamo es un índice que palpita de ansia; el fresno y la encina son patriarcas, Booces y Abrahames de mil gajos espesos, de donde nacen las tribus vegetales. La palma real lleva bien su nombre: es la forma más pura que ha erigido la tierra, la talladura más perfecta en el bajorrelieve del paisaje.

Parece que este cielo tropical, de añil inaudito, no se extendiese sino para recortar a la «llena de gracia»; que no fuese otra cosa que un pretexto para hacerla neta en toda su línea imperial.

No deben alzarse otros árboles a su contorno: hasta los

pinos parecen desgarbados junto a ella; hasta la divina araucaria. Hay que abatir a su alrededor aun los arbustos, que roban a su visión ese arranque del tronco desde el suelo, que es tan noble.

Por irreverencia suelen colocarla en los valles y en las laderas; está llamada a crecer en los llanos y en las mesetas *para regir el paisaje* y beber el sol en su suave cuello.

Olvidemos sus frutos. Basta con que nos regale su silueta contra el azul; paga, la divina, su espacio y el agua que bebe con que una tarde sentados a su sombra, le oigamos el alto gemido; con que gocemos el empalidecimiento del cielo en la tarde, derramado tras de ella; con que nos haya enseñado que la línea recta es dulce también, tan tierna como su hermana la curva. Y basta con que nos haya dibujado en el azul la actitud cabal del anhelo que recoge nuestra alma para la plegaria, el gesto del anhelo que ni en la montaña ni en el hombre de brazos espigados, es tan puro.

* * *

Hay quienes han hallado en el mar una norma espiritual; otras la vieron cuajada en la montaña de espesas bases y de ápice que se funde ¿No podría ser la palmera —más sensible que el monte y más sencilla que el mar— la verdadera norma espiritual?

Ella desde su arranque se libera del suelo mejor que el monte y disminuye con menos brusquedad. Corrige la barbarie del paisaje; la confusión de los follajes se reduce en ella a casta unidad, a signo severo. Los matorrales acres que laceran el campo, los espinos y los arbustos torcidos y como desgraciados, se corrigen en su límpido cuello.

Es la palmera en el panorama lo que fue la Atenea, ordenadora entre los hombres.

Su paz viene de su unidad y de su perfección. (Puede reposar la criatura que cuajó su línea perfecta.) Descansan tam-

bién sobre ella nuestros ojos, libres de la inútil complejidad de las frondas, y mientras la gozamos con amante mirada, nuestro pensamiento se reduce a unidad religiosa. Como ella, quisiéramos tener un solo ímpetu de vuelo, un sólo deseo, erigido como un dardo hacia la vida superior.

* * *

Sin el penacho verde y cantador fuese fría; pero la alegría de la copa se derrama sobre la concentración del tallo y pone la bondad de las hojas extendidas en ademán de palpar los vientos. Parece la palmera un pensamiento que se multiplica en el ápice sin perderse o un largo silencio de amor que estalla en palabras numerosas.

* * *

Palmares de Cuba y de México, cantados por todos sus poetas y dibujados por todos sus artistas! Ellos tuvieron una mecedura de consolación para el negro y el indio esclavos; ellos le anegaban el gemido dentro de su gemido innumerable, para que no se lo escuchasen.

El indio mexicano ama la palma; la pinta en la mejilla de su cántaro en Guadalajara y la lleva en sí mismo: su cuerpo fino y acendrado tiene algo de ella; su dulzura tal vez ha resbalado hacia su índole con la sombra de ella; su sobriedad es como el influjo del árbol severo.

El cocotero, como Atenea, la diosa que además de ser sabia quería ser útil, se hace en el fruto la oquedad blanca de palma humana, que es el coco, llena de agua temblorosa. La pulpa del fruto contiene aceite para que la palmera sea verdadero árbol religioso, hermano del olivo. Y, además, en el tronco de una palma está la miel más fácil, la más fluyente que existe.

¿Y la palma datilera, la de racimo de color requemado como el desierto? En sus dátiles se cuaja la luz y los deja caer con una gracia de niño que juega sobre el rostro del beduíno cuando descansa a su sombra.

Las palmas americanas merecían ser un dios indio, como el datilero es un genio para el árabe. Sería una diosa que con solo su figura pondría en el creyente la unción religiosa; tendría las manos llenas del aceite suavizador de heridas, y el costado, con su miel dolorosamente contenida, como una sofocada palabra de amor.

* * *

En el último día de la vida, el hombre que ha caminado por sobre toda la tierra puede decir: «Yo tuve las visiones más nobles que da este mundo. Cayó también sobre mi rostro la sombra de la palmera real y palpé su cuello eterno.»

Gabriela Mistral,
chilena,

Una puerta colonial.

He quedado mucho tiempo delante de esta puerta de iglesia. Tendrá esta puerta de catedral ocho o diez metros de alto y cinco de ancho; la hicieron para que dejara pasar anchamente las multitudes. El alerce tiene una barnizadura sombría que fraterniza con las piedras tristes, con las piedras austeras y anchas de la Catedral toda con las naves heladas, con las figuras dolorosas de los altares.

Fue tallada totalmente, de extremo a extremo, y la hizo el artífice con una suavidad y una delicadeza que hace olvidar el leño y pensar en los materiales más dóciles: las plasticinas, los encajes. Cien mil figuras enlazadas: motivos florales y hu-

manos, hojas que se enlazan, semblantes seráficos, ni rígidos ni blandamente graciosos, porque la rigidez no es cosa del misticismo católico y la gracia es siempre sensual.

Mirando esta obra inmensa, hecha para los siglos, como todo lo que hacian las generaciones anteriores a nosotros, pienso en el tiempo que fue necesario para entregarla.

Quiero imaginar a un solo obrero, porque el trabajo individual ennoblece más la obra que el de un grupo, el de una muchedumbre. ¡Qué lentamente iría avanzando ese obrero nobilísimo! Tal vez comenzó la puerta en un día de esta primavera mexicana, luminosa hasta el resplandor; tal vez la madera que le entregaron tenía la fragancia vegetal de que está traspasado el trópico.

Fue pasando la primavera, vino el otoño y la dulzura de éste solía poner languidez en la mano del artífice; llegó el invierno, y la obra continuaba, y la mano seguía sobre la obra, como soldada con ella, por esa forma intensa de amor que es la faena artística, en la cual el hombre se enlaza a la materia con una especie de entrega mística.

No debe haber sido muy joven el artista, porque el joven trabaja con cierta violencia, con cierto ardor que no es propicio a las obras exquisitamente lentas. Prefiero imaginarlo un hombre maduro, apaciguado en muchas labores análogas.

Tenía esa mano un poco blanda, pero no laxa, que está como traspasada de la belleza que ha ido creando a través de la vida, y que es toda espíritu de haberse posado sobre las obras maestras.

Estas manos de artistas envejecidos son hermanas, por su color amarillento y su delgadez, de las manos del viejo sacerdote, que ha sentido cuarenta años el roce del cáliz y la patena.

Voy creando el semblante de ojos ardorosos, voy haciendo el cuerpo encorvado que trabaja la puerta colonial.

Él, como todos los constructores del mundo, pasó como una sombra frente a su propia obra, que tiene también de mística el anónimo. El nombre del artista no se halla ni insinúa

en un hueco; es menos glorioso que la hoja de acanto o de oliva glorificadas en la talladura.

Palpo con unción esta puerta, bajo la cual cruzaron los millones de muertos de una raza enorme, que es la mía, ennoblecida por el dolor que venía a apaciguar en las naves silenciosas. Y beso en una de las flores labradas al artífice desaparecido, el hombre que dejó tras de sí la obra perdurable sobre la cual cien años son apenas una veladura en el esmalte...

Gabriela Mistral,
chilena.

La nao.

Apenas el sol dibujaba una raya de luz en las almenas de la Intendencia y todavía las gentes del puerto consumían su desayuno, cuando dos cañonazos escucháronse distintamente por el lado del mar.

Como si ésta fuera una señal esperada por largo tiempo, la población entera conmovióse al punto y en un momento se precipitó de todas las puertas una muchedumbre de abigarrada vestimenta que iba en dirección a la playa, alegres los rostros, comunicativo el ánimo, en fiesta de movimiento y de risas.

Al Poniente esfumábanse las velas de una nave y los vivos colores de sus flámulas. Era la nao de la China que avanzaba lenta y mayestática por las olas del mar del Norte.

Después, un cañonazo y el chirriar de las cadenas que bajaban las anclas.

Apareció Benito Griego, el maestro de la urca *Cristóbal,* saludando con su sombrero de larga pluma, desde lo alto del castillo del barco, a la muchedumbre de la costa. Postróse la marinería ante la cruz que el capellán alzaba sobre todas las cabezas, y a poco, en la vasta plaza de la ciudadela, comenzó

a apilarse la carga de la nave, conducida en hombros de recios mozos y de forzudos marineros.

Mostróse la canela, en largas churlas atadas con mimbres; los lienzos pintados, que iban saliendo de los baúles de cuero rojo, ornados con clavillos de cobre; desplegáronse las zarazas y las cambayas; de mano en mano pasaban las chitas y los lampotes, entre los mercaderes llegados de Méjico, que disputaban a grandes voces; surgió la seda floja, que se irisaba al sol como la suntuosa cola de un pavo índico.

Las cajas iban arrojando aquí y allá, unas, los pitiflores y los damascos; otras, los pequines y el gorgorán; los tafetanes de vívidos colores: tafetanes morados para los cortinajes de las mansiones nobiliarias, tafetanes azules y verdes para las colgaduras de las grandes fiestas, tafetanes amarillos para los paños de las iglesias, tafetanes blancos para los espléndidos trajes de la corte, tafetanes negros para las piras funerarias.

Y la loza: la porcelana con rosas azules en esmalte blanco; los vasos finamente estriados y con decoración de escudetes; los platos multicolores brillantes de minio; los jarrones en donde los gallos chinescos enridaban caprichosamente las largas plumas verdes de sus colas; los frascos octagonales, fragantes de especias; las tazas decoradas con armas nobles; las frágiles mancerinas de soportes calados.

Y todavía por la noche, entre el rumor del *Ave* de la gente de mar, chispeaban débilmente las sedas, sonaban quedo las porcelanas al fulgor rojizo de la gran farola que acababa de encenderse sobre el eminente mascarón de la nao.

Jenaro Estrada,
mejicano.

El P. de Las Casas.

(Fragmentos de un estudio.)

Cuatro siglos es mucho; son cuatrocientos años. Cuatrocientos años hace que vivió el P. de Las Casas, y parece que está vivo todavía, porque fué bueno... No se puede ver un lirio sin pensar en el P. de Las Casas, porque con la bondad se le fué poniendo de lirio el color, y dicen que era hermoso verlo escribir, con su túnica blanca, sentado en su sillón de tachuelas, peleando con la pluma de ave porque no escribía de prisa.

Y otras veces se levantaba del sillón, como si le quemase: se apretaba las sienes con las dos manos, andaba a pasos grandes por la celda y parecía como si tuviera un gran dolor. Era que estaba escribiendo, en su libro famoso de la *Destrucción de las Indias,* los horrores que vio en las Américas cuando vino de España la gente a la conquista. Se le encendían los ojos y se volvía a sentar de codos en la mesa, con la cara llena de lágrimas. Así pasó la vida, defendiendo a los indios.

Aprendió en España a licenciado, que era algo en aquellos tiempos, y vino con Colón a la Isla Española en un barco de aquellos de velas infladas y como cáscara de nuez. Hablaba mucho a bordo y con muchos latines. Decían los marineros que era grande su saber para un mozo de veinticuatro años. El sol lo veía él siempre salir sobre la cubierta. Iba alegre en el barco, como aquel que va a ver maravillas.

Pero desde que llegó empezó a hablar poco. La tierra, sí, era muy hermosa y se vivía como una flor; ¡pero aquellos conquistadores habían venido del infierno, no de España! Español era él también, y su padre, y su madre; pero él no salía por las islas Lucayas a robarse a los indios libres: ¡porque en diez años ya no quedaba indio vivo de los tres millones, o más,

que hubo en la Española!; él no los iba cazando, con perros hambrientos, para matarlos a trabajo en las minas; él no les quemaba las manos y los pies cuando se sentaban porque no podían andar o se les caía el pico porque ya no tenían fuerzas; él no los azotaba hasta verlos desmayar porque no sabían decirle a su amo dónde había más oro; él no se gozaba con sus amigos a la hora de comer porque el indio de la mesa no pudo con la carga que traía de la mina, y le mandó cortar, en castigo, las orejas; él no se ponía el jubón de lujo y aquella capa que llamaba ferreruelo para ir muy galán a la plaza a las doce a ver la quema que mandaba hacer la justicia del gobernador, la quema de los cinco indios. El los vió quemar, los vió mirar con desprecio desde la hoguera a los verdugos y ya nunca se puso más que el jubón negro, ni cargó caña de oro, como los otros licenciados ricos y regordetes, sino que se fue a consolar a los indios por el monte, sin más ayuda que su bastón de rama de árbol.

. . . .

Ya en la isla lo conocían todos y en España hablaban de él. Era flaco y de nariz muy larga, y la ropa se le caía del cuerpo y no tenía más poder que el de su corazón; pero de casa en casa andaba echando en cara a los encomenderos la muerte de los indios de las encomiendas; iba a palacio a pedir al gobernador que mandase cumplir las ordenanzas reales; esperaba en el portal de la audiencia a los oidores, caminando de prisa con las manos en la espalda, para decirles que venía lleno de espanto, que había visto morir a seis mil niños en tres meses. Y los oidores le decían: «Cálmese, licenciado, ya se hará justicia». Se echaban el ferreruelo al hombro y se iban a merendar con los encomenderos, que eran los ricos del país y tenían buen vino y buena miel de Alcarria.

Ni merienda ni sueño había para Las Casas; sentía en sus carnes mismas los dientes de los molosos, que los encomenderos tenían sin comer, para que con el apetito les buscasen mejor a los indios cimarrones; le parecía que era su mano la que chorreaba sangre cuando sabía que, porque no pudo con la

pala, le habían cortado a un indio la mano; creía que él era el culpable de toda la crueldad porque no la remediaba; sintió como que se iluminaba y crecía y como que eran sus hijos todos los indios americanos.

De abogado no tenía autoridad y lo dejaban solo; de sacerdote tendría la fuerza de la Iglesia, y volvería a España, y daría los recados del Cielo, y si la corte no acababa con el asesinato, con el tormento, con la esclavitud, con las minas, haría temblar la corte. Y el día en que entró de sacerdote, toda la isla fue a verlo, con el asombro de que tomara aquella carrera un licenciado de fortuna; y las india le echaron, al pasar, a sus hijitos a que le besasen los hábitos.

Entonces empezó su medio siglo de pelea para que los indios no fuesen esclavos; de pelea en las Américas, de pelea en Madrid, de pelea con el rey mismo, contra España toda, él solo, de pelea.

José Martí,
cubano.

Recomendar todas las obras de Martí.

Bartolomé de Las Casas.

En la conquista roja de sangre, y entre el bélico
estruendo, se levanta la dulce imploración
que sostiene la fuerza de tu brazo evangélico
y el ala de paloma de tu blanca oración.

Por eso te circuye la luz de un nimbo célico
y tu ropaje esmaltan las rosas de Sión,
y como los beatos que pintó Frá-Angélico
hay en tí una inefable actitud de perdón.

Y porque ante la queja del hermano proscripto
detuviste la marcha del blanco palafrén,
y los suaves lienzos de tu amor infinito

de una raza enjugaron el sudor de la sién.
¡Oh Padre de mis padres, sé mil veces bendito
y loado en los siglos de los siglos! Amén.

Rafael López,
mejicano.

Don Vasco de Quiroga.

Vino de España como oidor de la segunda Audiencia.

Venía hacia el Méjico estrepitosamente rico de la colonia; pero no a vender su justicia, ni a aprovechar de su alto empleo para conseguir extensas encomiendas; venía a mostrar, como Las Casas, que la España cristiana, la de doña Isabel la Católica, era verdad.

Pertenecía a familia principal de Valladolid, y, sin embargo, no se sumó a los españoles linajudos y soberbios que llamaron a los indios raza inferior, para excusar la explotación perversa que de ellos hacían.

Era varón ya entrado en años; pero con una reciedumbre de espíritu que le hizo quebrar la terquedad de los funcionarios españoles y la de los encomenderos. Su perfil era fino y un poco triste, y su figura alta se curvaba ligeramente; semblante el suyo de hombre que vio a las gentes más desventuradas que ha visto el sol: al indio americano, desposeído, enfermo, lacerado.

Un año después de llegado a la ciudad de Méjico empezó su obra de fundaciones, que no había de cortar sino la muerte. A las puertas de Méjico hizo la colonia de Santa Fe, a una vez hospital, templo, escuela y hogar de indios. Con su sueldo de

oidor, que no era pingüe y que él no aumentaba con impuras «comisiones», compró el predio para la fundación y fue dotando poco a poco la extensa casa. El indio que allí llegaba enfermo, lleno de desconfianza hacia el hombre blanco, conocía su misericordia en la tizana, en el baño, en el lecho suave y limpio y ya no quería abandonar el amparo. Al curarse, quedaba incorporado a la colonía; podía llevar a su mujer y a sus hijos a vivir con él; cultivaba el campo, cuya cosecha se repartía entre la comunidad, y recibía para él y para los suyos vestidos y doctrina.

El éxito de esta primera colonia, la ternura reverencial que inspiró a los indios, hicieron que poco después se le enviara al Estado de Michoacán a resolver un conflicto suscitado entre españoles y naturales. Fue allá y se quedó con los indios. Cambió su fácil situación de funcionario de la capital por el destierro de una región lejana y llena de peligros. A la tierra desnuda de hombres, abandonada por los indios en fuga hacia las montañas, atrajo gentes, a los mismos fugitivos, y fundó pueblos. Se fijó en Pátzcuaro, a orillas del lago, donde todo fue dirigido por su mano: calles, plazas, hospital, escuelas.

Las largas jornadas de a caballo no rendían al viejo heroico; los comentarios venenosos de los encomenderos, que refunfuñaban por el cristianismo cabal que acababa de aparecer en medio de ellos a disputarles al indio, presa suya, no le envenenaba; aquella faena compleja de «crear pueblos» sin más recursos que los propios y el trabajo voluntario de sus *tarascos* leales, no le agobiaba.

Como Moisés, él era todo para las gentes reunidas en muchedumbre en torno a su cayado patriarcal; escribía la doctrina cristiana en lenguaje llano y tierno para hacérsela amable; enseñaba a cada aldea una industria diferente para que no se creara entre ellas la maligna rivalidad.

Era un licenciado, un varón de finas manos, y se volvía, por amor a sus indios dóciles, un artesano que pulía el GUAJE, que conocía los tintes y decoraba como un obrero chino; se tornaba carpintero en otro pueblo y enseñaba a hacer instru-

mentos músicos, guitarras y violines sensibles; en otros disponía el telar y dirigía el tejido de las telas de lindos colores. Era el hombre completo que sabe ser letrado entre los letrados y maestro de obras entre los trabajadores manuales. Y además de eso sabía gobernar los pueblos, regirlos con una suave voluntad vigorosa, administrar justicia y crear la agricultura, llevando el primer bananero y las plantas de finas especies a la milagrosa tierra michoacana.

La Iglesia tuvo para él una gracia, que sería excepcional si no se hubiese tratado de un varón maravilloso, en el que resucitaban los antiguos apóstoles: le confirió a la vez todas las órdenes, hasta el Obispado. Pastor más de verdad no han visto las Américas desde Bartolomé de Las Casas.

Murió en Uruapan, anciano «con muchedumbre de días», como se ha dicho de los patriarcas. Su siembra de amor fue tan honda, que todavía los indios michoacanos dicen su nombre como sinónimo de santidad, como apelativo de excelencia, y hasta en la fuente que por muchos años dio el agua a Pátzcuaro veían el corazón de TATA VASCO proveyendo a su vida, refrescando su pecho cansado de iniquidades y lacerías...

Gabriela Mistral,
chilena.

Las jícaras de Uruapán.

La jícara de Uruapán sigue siendo como la hija de don Vasco de Quiroga que trazó su primer diseño. Ha persistido en la ingenuidad de su dibujo y en la sencilla sabiduría de su procedimiento. Como material, ella es la más lijera y firme laca que ha salido de mano de obrero; como belleza, en pocas cosas la materia vergonzante cobra tal donosura y transfiguración.

La calabaza, terrosa cual el surco, primero es pulida por

el indio. Cuando ya la superficie ha aclarado el color, el obrero saca de un insecto, cuyo secreto es sólo el suyo, el tinte intenso con que la tiñe. Pintando el fondo, corta delicadamente la parte donde irán las incrustaciones, y hace éstas con ojo tan certero que resultan eternas. Se puede romper la jícara sin que se desprenda la guirnalda que la ciñe, amantísima.

Los tintes que el indio da a la jícara son vivos. Pone en su creación los colores ardientes que pintan la tierra cálida, los mismos de su traje y su zarape... Son las gentes del trópico, que llevan vestidos casi luminosos, en que el color parece que canta.

Dominan en la jícara los fondos negros o verdes, sobre los cuales resalta el motivo ornamental, generalmente en rojo, destacándose violento, como se destaca el tigre azafranado en la pradera de hierba. El más hermoso fondo es, sin duda, el negro. Sobre él parece que las rosas sangran más o que la guirnalda de hojas verdes se vuelve como húmeda de puro viva.

Sin saberlo, el artista indio sigue en su pobre jícara la norma espiritual que siguen algunos artistas de la palabra en sus creaciones. Fondo negro de betún tienen las figuras escarlatas del Dante en el Infierno; fondo negro también las siluetas en rojo de Dostoiewski.

Así hay entre las artes más complejas y más humildes una correlación mística; así quedan por ella unidos, aunque no lo reconozcan, el artesano encorvado sobre su laca y el hombre que trabaja con la santidad de la palabra.

El hueco de la jícara está siempre teñido de rojo. Es otro maravilloso acierto; en el interior, el pan o las frutas están como arrebolados por la sonrojadura ardiente.

La forma de la jícara varía mucho: desde el GUAJE alargado, del que se hace una especie de bandeja elegante con forma de brazo, hasta la calabaza perfectamente redondeada, que es muy escasa. Cuando se la encuentra, se hace la jícara más bella. Pero el indio, forzando la calabaza con la humedad, suele corregir la forma imperfecta y la vence; enmienda

la parquedad que tiene la naturaleza para dar formas perfectas.

Partiendo del corriente plato ahuecado ha ido lejos el indio; ha llegado a hacer la cajita, que es un estuche consumado, la relojera cuadrada y otros muchos y lindos caprichos.

Lo más noble de esta industria es la sencillez de los materiales y la proximidad a que los tiene el indio. Cualquier suelo le entrega el fruto, del que no hace sino volcar la pulpa seca, su entraña muerta; exprime el color de los insectos que suben y bajan de sus árboles; un cuchillito ligero basta para las incrustaciones, y la palma arranca el lustre por la frotación ardorosa.

No tiene esta industria la necesidad de la máquina fea y pesada, llena de frenos y piezas, que rinde al obrero con su exceso de fuerza. Por esto ha sido un trabajo de mujeres. Con el guaje en el regazo, como un hijo, en el corredor de su casa o bajo el plátano familiar, hacen sencillamente, cantando a veces, como si ésa fuera también una maternidad, su labor, y ni siquiera saben que ella es maravillosa.

Y la materia es noble, porque puede perdurar. El calor del sol no la resquebraja; la humedad no la pudre, aunque la ablande un poco. ¡Y qué intimidad tierna tiene esta jícara, no doblada por garfios ni hierros, hecha con la pura presión viva de una mano de mujer!

Hace años, cuando el dibujo era todavía una cosa pedante por el exceso presuntuoso de exactitud, por el necio detalle, debieron parecer descuidadas estas figuras ingenuas de hojas, de flores, de venados, que el indio trazaba en la mejilla de la jícara. Pero el concepto del dibujo ha cambiado, ha vuelto al primitivismo inocente y dichoso, y la decoración del indio en el costado de la jícara resulta ahora una labor perfecta, que podría ser llevada a los grandes mercados del mundo.

De los griegos se ha dicho que redujeron su industria a pocos objetos, que sólo hacían vasos, telas y flautas. Otro tanto puede decirse del indio mexicano: en el ánfora de Guadalajara da la figura central y noble de la mesa; en las telas de

Toluca y de Puebla entrega a las mujeres sus trajes de tonos vibrantes, y en los violines y en las guitarras de Pátzcuaro da la materia sensible, propicia para entregar el divino temblor musical.

Gabriela Mistral,
chilena.

Artista indígena.

Un hombre color de tierra trabaja: hace grecas y flores sobre un ánfora de barro cocido. Trabaja grave, como si cumpliese un rito. Salen de sus manos maravillosas figuras creadas, no se sabe cómo, en el interior de aquella cabezota hirsuta y negra como un cactus quemado. Brotan flores delicadas que aquellas manos rudas no saben ajar.

Me creo ante un milagro, y pienso que la tierra misma, a través de este montoncito de polvo que es el hombre, es la creadora de las flores del jarrón.

Josefina Zendejas,
mexicana.

El maíz.

¡Riqueza del pobre, fuerza del trabajador constante, oh, grano bendito, tú eres pan y vino para la clase más útil e infeliz del Nuevo Mundo!

Tu gorda mazorca sería puesta en el altar como efigie de un santo, si los frutos de la Naturaleza vinieran a ser adorados en nuevo figurantismo. Sin maíz, ¿qué es del campesino? Sin maíz, ¿qué es del que ara, el que siembra, el que siega?

Si sólido, carne de faisán; si líquido, vino de Burdeos.

Maíz: yo te dijera ejecutorias, y fueras ofrecido al águila del monte Olimpo si para crecerte en importancia fuera preciso ennoblecerte.

Pero el pueblo, así como es, tiene su valor; quédate de ciudadano de la clase modesta, espina dorsal de la sociedad humana, por donde pasan los surcos más delicados y las substancias de la vida. ¿No es ésta el estado llano de España, *la clase media* de Francia? Tú perteneces al estado llano, maíz, y por eso encierras tantas virtudes en tu seno. El trigo, el arroz son aristócratas; tú no puedes lo que ellos; pero ellos tampoco pueden lo que tú. El trigo y el arroz son monarquistas; tú eres republicano, hijo del Nuevo Mundo. Sustenta, sustenta al arriero que se va tras la acémila cargada; al mestizo señor de pegujal, rey de la sierra; al indio, al pobre indio, que con un puñado de grano cualquiera o un saquito de polvo de cebada pasa el día, y todo se lo trabaja, y todo para sus amos, sus tiranos. Maíz, maíz bendito, nutre al desheredado; salva al pobre; haz tu obra de misericordia sin cansarte.

Iuan Montalvo,
ecuatoriano.

Recomendar *Siete Tratados*, de Montalvo.

El girasol.

Hay en el campo del Mayab, entre todas las flores sencillas y las hierbas buenas, esa flor alegre del girasol, que es redonda y amarilla y que parece que alumbra en el monte.

Aquella flor que parece que te está mirando, no es a tí a quien mira, sino al divino Sol. Pero si ella no mira lo de abajo, tú miras lo de arriba en ella. Para eso te ha sido dada, para que te acuerdes de la luz, que no puedes mirar sin deslumbrarte.

Apenas la boca del día se abre para tragarse la noche, el girasol levanta su frente y se pone a mirar la luz de arriba. Fija en ella está, y la sigue contemplando en todo su camino. Parece que esa flor humilde ha llegado a tener la figura del Sol. Porque no mira más que él, a él se le parece.

Siéntate delante de ella y levanta tu espíritu a pensar mientras la estás mirando. Ve como la flor se abre y se pone a recibir el amor caliente y claro que baja sobre ella. Y parece que no está para otra cosa, en medio de todo lo que hay sobre el mundo.

Verás cómo se dobla y da la vuelta, poco a poco, para estar mirando al Sol que resplandece. Verás cómo, luego, cuando se acuesta el día y entra en el aire la obscuridad, ella se cierra y se recoge para guardar la luz que ha recibido.

Míralo bien y apréndelo. Y cuando encuentres esta flor dichosa, no la arranques, sino acaríciala con amor y suspira lleno de ternura. Y si algo quieres procurar, procura ser dentro de ti como es ella y propónte hacer en tu corazón lo que ella hace.

Antonio Mediz Bolio,
mexicano.

Recomendar *La tierra del Venado y del Faisán,* de Antonio Mediz Bolio.

El venado y el faisán.

El venado, ligero y bello, que corría libre y feliz por las llanuras anchas, es hoy un pobre animalito temeroso y perseguido, que huye de los hombres con horrible pavor y se esconde, temblando, dentro del monte cuando oye las pisadas romper las hojas secas.

Vive como si estuviera atado y enjaulado, y su corazón late estremecido siempre por el riesgo. Ya no es lo que era.

Antes era tranquilo y contento, sin miedo de los hombres,

que fueron buenos y lo sabían amar. El grano dorado era para él también, y se lo daban, con sus manos puras, las mujeres y los niños.

El venado era el cuerpo del Mayab y el faisán era su espíritu. ¡El faisán que volaba sobre las ciudades blancas como el rayo del sol que madura los frutos de la vida y enciende el fuego sobre el altar de aquel que lo hace y lo renueva todo!

Hoy el faisán no vuela más que abajo, escondiéndose del daño y de la mentira, y está triste, y tiene los colores de sus plumas obscurecidas en la sombra de este tiempo.

Pero la voz que sienten todos en el aire que llega de lejos, dice al hijo del Mayab que abra los ojos y encienda el corazón.

Porque el faisán ha de volar otra vez con vuelo alto y deslumbrante, y el venado, trémulo, ha de saltar feliz y libre sobre la tierra de nuestros padres santos.

¡Ya se ha llorado mucho sobre ella!

Antonio Mediz Bolio,
mexicano.

El faisán.

Me van a desplumar en los fogones rojos,
y espléndido festín soy ya para tus ojos.
En mis alas está, como en el bosque, Octubre;
un ojo es cada pluma que mi cuello recubre.

Suntuoso, azul y grana, en la mesa extendido,
soy hermoso: parezco todo el otoño herido.
Y antes de que en la obscura cocina me recojas,
finjo un gran señor muerto que visten muertas hojas.

Abel Bonnard,
francés.

México maravilloso.

Las grutas de Cacahuamilpa.

Esta gruta es profunda; dice una geografía que tiene 1.500 metros. Donde se toca su fondo, el silencio da estupor, como si tocáramos las raíces del mundo. Conocemos, apenas entramos, la desolacióna *auditiva,* casi más trágica que la desolación *visual.* No hay más rumor que el que levantan nuestros pasos y la caída lenta de las gotas que dan la pulsación grave de la gruta.

El mundo se nos ha invertido: arriba, el cielo es una vaguedad impalpable y azul, que ciñe, ingrávida, a la tierra; el cielo que aquí nos cubre es plástico y duro. Pero, en cambio, de las decoraciones, a cada instante rotas, de las nubes, ¡qué cielo éste que nos mira! Están suspendidos sobre nuestras cabezas los cien mil caprichos del agua. Son guirnaldas, son enormes pistilos o torres invertidas.

Las filtraciones calcáreas han ido en siglos poblando el corazón vacío de la gruta hasta erigir este laberinto alucinante. ¡Durante siglos!

El suelo de la gruta es semejante a su cielo («Arriba es como abajo», dice Swendemborg). En algunos puntos, las formas que descienden se tocan y funden con las que suben. Así se juntan en la oración, pienso mirando temblorosa *el contacto,* el creyente con el Creador.

* * *

La gruta es una catedral maravillosa; pero una catedral que no sólo tuviese altares sobre los muros, sino que los hubiera

derramado también en las naves, y, además, que contuviese pueblos. Hay millares de actitudes humanas en las estalactitas que suben: son muchedumbres prosternadas, cuyos dorsos cubren el suelo; a veces, turbas de furor, con los brazos dislocados de ansia. Es un pueblo sobre el cual pende fija una hora terrible; se parece a los lomos del mar que suspende el viento a trechos en una ola convulsa.

Me acuerdo del Valle de Josafat y las Escrituras se me hacen posibles y vivas. Ahora encontramos una figura inmensa que camina, alta y grave, como un Dios; puede ser Moisés. Le sigue una masa aglutinada de formas. Doy vuelta a un recodo, y cae sobre mí la mirada de un rostro con angustia, de Edipo o del rey Lear; la nieve y el viento mesan la cabellera, y la boca exhala un grito que no acaba de salir y que, de inmenso, parece desquijarrar la cabeza. Y al frente hay un semblante que es sólo mirada; lo único acusado son los ojos; el resto lo hacemos en torno de ellos.

* * *

Seguimos caminando...

Ahora la gruta parece una cacería fantástica, aquella de San Julián el Hospitalario, en la leyenda de Flaubert: un búfalo erguido que va a saltar, y gamos que corren ágiles delante de él, y ciervos de altas cornamentas que se entrelazan con ellas y se revuelven, dolorosos, uno contra otro, y hay agazapadas panteras, y culebras que se destrenzan debajo de nosotros... ¡Es un bajo relieve caliente de interior de selva africana!

Y podría ser también este grupo que me rinde los ojos, por las formas innumerables, el de Adán ceñido por las bestias después de la hora del pecado en el Paraíso. La Creación se vuelve, airada, contra él; las bestias se agitan mirándole, ciñéndolo...

Pero a trechos las formas agudas y depuradas dominan.

Entonces la gruta no es una fauna violenta, es una flora exquisita: helechos temblorosos, pinos y cipreses fijos, arrobados, y bajo ellos, la muchedumbre de las hierbas y los matorrales. Todo esto cubierto como por una nevada de muchas horas que da a los follajes cierta *grosura*. Y yo siento en el paisaje quieto la sensación que tuve en medio de un bosque nevado: el ansia angustiosa de que viniese el viento a desamortajar la selva, sacándome de aquella alucinación hecha de blancura y de silencio...

Aquí el aire es denso, cual en el seno de la selva tropical.

* * *

Seguimos avanzando como en la atmósfera enrarecida de un sueño.

Estas formas erguidas sobre el suelo de la gruta parecen, en momentos, un millar de brazos con ofrendas: es un ofrendatorio inmenso elevado a un dios indiferente —vasos, ánforas y tirsos propiciatorios—, algo como un castigo para ciudades que no quisieron orar... Se siente la fatiga inútil de los brazos espigados y se espera la caída de uno que se romperá rendido...

* * *

A pesar del sosiego absoluto, no es éste, ni por un instan te, un espectáculo de muerte; cada ser está henchido, pero de una sangre distinta de la nuestra. Habla la Leyenda Dorada de los siete *Jóvenes Durmientes*, que una montaña cubrió, sin dañar, como un pañal ligero. Después de siglos, por una excavación, los dormidos quedaron a la luz: siete cuerpos blancos, intactos, amodorrados aún del sueño fabuloso. Una imperceptible respiración movía sus pechos; no tenían la rigidez de la muerte, y al beso del sol fueron despertando con callada suavidad. Así, esta quietud de las estalactitas parece un fuerza

contenida; se percibe bajo los cuerpos una inmensa respiración sofocada. Al salir de cada *sala* no volvemos la cabeza; sentimos que todas las formas vivieron en cuanto nos alejamos y que los pechos, los dorsos, las bocas, exhalan ahora un suspiro y se mueven aliviados...

Pero si yo hubiese entrado sola en la gruta, «como el hombre solo es puro», no iría pasando así, febrilmente, y la caverna querría *vivir* para mis ojos adorantes. Me sentaria entre cada ronda de formas; la miraria, callando, horas y días, hasta rendir su terco silencio, y en un momento, como calentados por mi mirada ardiente, los árboles se desentumirían, las bestias acabarían el salto suspendido y las bocas dejarían caer, como una gota ancha y grávida, su palabra refrenada. Bajarían los hombres de sus escalas de Jacob y se moveria a mi alrededor ésta como humanidad lunar. Y, sobre todo, quisiera hallarme sola en lo hondo de la gruta para oír el *silencio perfecto* que es su atributo; un silencio no lacerado ni por la caída de las gotas. (Ellas mismas resuenan para revelar la maravilla de la quietud.) Lavaría mis oídos de la concupiscencia que puso en ellos la agitación del mundo y que los ha endurecido. Sería un silencio como de cien vendas apretadas sobre mi cabeza; más perfecto aún: el silencio de los muertos gozado dentro de una carne viva.

Y cuando el silencio cabal me pesara, angustioso, como pesa la masa marina sobre el buzo sumergido, también podría ir poblando de música la hondura de la gruta. Se puede traducir en una sinfonía este mundo de formas: aquellas torres dan notas agudas y frías; esta cúpula, una nota severa y ancha; aquel grupo de hierbas, un juego de matices musicales. Yo iría creando una ceñida selva de armonía cuando mi alma hubiese hecho ya muchos años el paladeo divino del silencio...

* * *

Sigo mirando y mirando los grupos tatuados de formas. ¿Cuál de las que conocemos arriba ha sido olvidada? ¡Ningu-

na! El agua creadora, como una potencia shakesperiana, ha amasado todos los tipos. Y además de las creaciones naturales ha hecho las humanas: ésta es una noble silla antigua; más allá hay una insinuación de altas fábricas. Lo que llaman la *imaginación de la naturaleza* he venido a comprenderlo en una gruta.

La caverna, ciega como Milton, soñaba el mundo exterior y reproducía con su ansia todas las criaturas que el agua iba labrando en sus entrañas. Imagino que en este amontonamiento de cuerpos no falta ninguno, que hasta hallaría entre ellos a mis muertos. Si quedase aquí unas horas, mi madre vendría a mí desde aquel ángulo en sombras, y arañando por los muros cuajados de gestos anchos yo descubriría mi propio semblante. Sí; ha sido un sueño de fiebre de la caverna y aún no acaba la creación. El latido de las gotas sigue labrando invisible; este latido grave y tardío que nos acompaña, que parece que nos siguiera y nos burla...

La luz eléctrica ilumina con brutalidad las estalactitas. Si la luna conociese las grutas, ¡qué ansia tendría de iluminarlas con su plateado-azul, o su plateado-oro, o su plateado-plata!

La blancura da una castidad austera al panorama subterráneo. Blanco y gris: parece que camináramos absortos por un paisaje de otro planeta. Hablamos para oírnos, para no enloquecer de maravilla.

Algún día se levantarán ciudades cerca de esta gruta, y, por muchos templos que erijan, aquí vendrán *los llenos de turbación*, a la entraña helada y blanca de la gruta, a sentir mejor en el rostro el soplo de la muerte. Su plegaria tal vez sea la más perfecta con que haya acertado la compunción de los hombres hacia Dios. Tal vez el himno religioso más grande de la humanidad baje desde esos altares de estalactitas hacia la lengua de un hombre. La impresión de lo divino me la han dado a mí sólo el abismo de la noche estrellada y esta otra hondura que también hace desfallecer.

* * *

Cuando yo era niña y preguntaba a mi madre cómo era dentro la Tierra, ella me decía: «Es desnuda y horrible». Ya he visto, madre, el interior de la Tierra: como el seno abullonado de una gran flor, está lleno de formas, y se camina sin aliento entre esta tremenda hermosura.

Salimos de la gruta; llaga el azul del medio día, y nuestros ojos, como los de un convaleciente, se bajan, ciegos...

Gabriela Mistral,
chilena.

C o l ó n .

«En el nombre de Dios, yo, un hombre de tierra de Génova, mercader de libros de estampa...» Así dice una crónica contemporánea.

Era pobre y desconocido el mercader de libros. La tradición recuerda que su capa estaba raída. ¿Cómo llegó a España, y qué le llevaba a los dominios andaluces de Castilla? Espontáneamente refería sus aventuras. Como todos los que viven de ensueños lejanos y de cosas pasadas, también remotas, el mercader era locuaz; pero su verbosidad se teñía con los tonos ardientes de la elocuencia.

Ganaba los corazones con mas facilidad que los dineros. Alguien, poeta quizá, dice que Colón parecería a las gentes dotadas de penetración, no un aventurero, sino un príncipe disfrazado de mendigo. Y, en efecto: aquel infeliz que casi pordioseaba, y que de fijo se sabe que aceptó limosna de Alonso Quintanilla; aquel aventurero que bien podía ser un prófugo por deudas o delitos, no hablaba de maravedís, ni de humildes retribuciones en un trabajo que le asegurara el sustento, sino de fortunas de príncipe, de cargos de almirante, de virreinatos vinculados a su descendencia. Algunos se reían del chiflado mercader; pero muchos, si no los más numerosos,

ciertamente los de alcurnia o posición, tomaban muy en serio sus pláticas.

Y así tenía que ser. Para hombres reflexivos, ese viajero desconocido que venía de Portugal, vertiendo las glorias de la epopeya lusitana en el lenguaje místico de los poetas hebreos y profetizando glorias más excelsas para el príncipe que fuese su aliado, tenía una fuerza de fascinación que los dejaba vencidos.

Colón sugestionó a España en sus próceres, en sus sabios y en sus reyes. Sólo aquella España de los Reyes Católicos, sorprendida en un acceso de delirio, pudo aceptar a Colón, el marino sin navíos, el cartógrafo sin obra, el mercader de libros sin clientela, como aliado y socio de la Corona. En ningún otro país habría conseguido algo semejante.

....

Moralmente, en muchos retratos ha sido falseada la figura de Colón. Formada de caracteres opuestos y aun contradictorios muchos de ellos, el deseo de simplificación conduce a frecuentes errores.

El barón de Humboldt, juez competente, alaba el espíritu penetrante de Colón en la observación de la Naturaleza y la genialidad con que sabía establecer relaciones entre las cosas. De allí la concepción de su idea, netamente científica, y la convicción con que la dominó en todas sus fases.

Era un poeta: sentía la Naturaleza y sabía expresar su emoción en frases descuidadas, pero vibrantes, que, según Castelar, igualan en inspiración a las estrofas descriptivas de los grandes poemas. Era un místico, y cuando hablaba de su fe tenía los arrebatos sublimes y morbosos del profetismo hebreo.

Todas sus facultades sorprendentes se unificaban al servicio de un propósito. Colón fue ante todo un genio de la voluntad. Quiso conquistar las tierras más ricas del mundo para después conquistar Jerusalén, centro de ese mundo, y ser así el personaje más grande, poderoso y admirado de su siglo. Para tamaña ambición carecía de sentido práctico en la elec-

ción y aprovechamiento de los medios y en la prudente subordinación de unos fines a otros.

Líricamente, pero con poderosa videncia psicológica, Castelar ha hecho un retrato a pluma de Colón que vale veinte análisis para conocer al descubridor de América. —«Quien desconozca de Colón las plegarias, las visiones, las profecías, el propósito de una evangelización, el proyecto de recuperar el Santo Sepulcro, la tendencia incontrastable a oraculear y presagiar, desconoce toda una parte del ser suyo; pero quien desconozca su finura de italiano, su mercantilismo genovés, su diplomacia del siglo décimoquinto, su hidrópica sed natural de riqueza, sus estratagemas de navegante, sus dobleces florentinas de conspirador, su propensión a entregarse al primer potentado con quien topaba, en cuerpo y alma, sus continuas sumas y restas, lo desconoce a su vez en otro aspecto no menos curioso que el primero y no menos decisivo para su magna finalidad y para su creación maravillosa.» Pero el retrato no está completo, sino cuando ve a Colón como «pésimo administrador que arbitra irregulares medidas» y como «capaz de crear un mundo con la fuerza de su visión intelectual, para luego destruirlo con los expedientes de su imprevisión y desgobierno.» Y concluye: —«Todo esto y mucho más, no amengua el cálculo exacto, la previsión increíble, la hipnosis de adivino, la intuición de genio.»

Carlos Pereyra,
mexicano.

A la mujer mexicana.

Mujer mexicana: amamanta al niño en cuya carne y en cuyo espíritu se probará nuestra raza.

Tu sangre, bien coloreada de soles, es rica; la delicadeza de tus líneas tiene concentrada la energía y engaña con su

fragilidad. Tú fuiste hecha para dar los vencedores más intrépidos que necesita tu pueblo en su tremenda hora de peligro: organizadores, obreros y campesinos.

Tú estás sentada sencillamente en el corredor de tu casa, y esa quietud y ese silencio parecen languidez; pero en verdad hay más potencia en tus rodillas tranquilas que en un ejército que pasa, porque tal vez estás meciendo al héroe de tu pueblo.

Cuando te cuenten, madre mexicana, de otras mujeres que sacuden la carga de la maternidad, que tus ojos ardan, por que para ti todavía la maternidad es el profundo orgullo.

Cuando te digan, excitándote, de madres que no sufren como tú el desvelo junto a la cuna y no dan la vaciadura de su sangre en la leche amamantadora, oye con desprecio la invitación. Tú no has de renunciar a las mil noches de angustia junto a tu niño con fiebre, ni has de permitir que la boca de tu hijo beba la leche de un pecho mercenario. Tú amamantas y meces. Para buscar tus grandes modelos no volverás tus ojos hacia las mujeres locas del siglo, que danzan y se agitan en plazas y salones y apenas conocen al hijo que llevaron clavado en sus entrañas. Volverás los ojos a los modelos antiguos y eternos: las madres hebreas y las madres romanas.

* * *

Da alegría a tu hijo, que la alegría se le hará rojez en la sangre y templadura en los músculos. Canta con él las canciones dulcísimas de tu país; juega a su lado en la arena de los jardines y en el agua temblorosa de tu baño; llévale por el campo bajo la luz maravillosa de tu meseta.

Te han dicho que tu pureza es una virtud religiosa. También es una virtud cívica: tu vientre sustenta a la raza; las muchedumbres ciudadanas nacen de tu seno calladamente, con el eterno fluír de los manantiales de tu patria. El héroe es como un fruto rojo, y tú la rama que lo sostuvo.

Hermosa y fuerte la tierra en que te tocó nacer, madre mexicana: tiene los frutos más perfectos del mundo y cuaja el algodón de copo más suave y deleitoso. Pero tú eres la aliada de la tierra, la que debe entregar los brazos que colecten los frutos y las manos que escarden los algodones. Tú eres *la colaboradora de la tierra* y por eso ella te baña de gracia en la luz de cada mañana.

* * *

Madre mexicana: reclama para tu hijo, vigorosamente, lo que la existencia debe a los seres que nacen sin que pidieran nacer. Por él tienes derecho a las grandes solicitaciones. Pide para él la escuela soleada y limpia; pide los alegres parques; pide las fiestas de las imágenes, en el libro y en el cinema educador; exige colaborar en las leyes, pero cuando se trate de las cosas que os manchan u os empequeñecen la vida, puedes pedir leyes que limpien de vergüenza al hijo ilegítimo y le hacen nacer paria y vivir paria en medio de los otros hijos, y leyes que reglamenten vuestro trabajo y el de los niños, que se agotan en la faena brutal de las fábricas.

Para esto podréis ser vehementes sin dejar de ser austeras; vuestra palabra no será grotesta; hasta tendrá santidad.

Te oirán, tarde o temprano, madre mexicana; volverán a tí la mirada los hombres justos, que todavía son muchos porque tu majestad quiebra, vencidas, a todas las demás magestades, y el verso de Walt Whitman se recuerda cuando se te ve cruzar ¡«Yo os digo que no hay nada más grande que la madre de los hombres»!

* * *

Yo te amo, madre mexicana, hermana de la mía, que bordas exquisitamente y tejes la estera color de miel; que pintas la jícara coloreada y que cruzas el campo vestida de azul,

como la mujer de la Biblia, para llevar el sustento del hijo o del esposo que riegan los maizales.

Nuestra raza se probará en tus hijos; en ellos hemos de salvarnos o de perecer. Dios les fijó la dura suerte de que la marejada del Norte rompa sobre su pecho. Por eso, cuando tus hijos luchan o cantan, los rostros del Sur se vuelven hacia acá, llenos de esperanza y de inquietud a la par.

Mujer mexicana: en tus rodillas se mece la raza entera, y no hay destino más grande y más tremendo que el tuyo en esta hora.

Gabriela Mistral,
chilena.

Himno de los estudiantes americanos.

¡Juventud, juventud, torbellino,
soplo eterno de eterna ilusión,
fulge el sol en el largo camino,
que ha nacido la nueva canción.

Sobre el viejo pasado, soñemos;
en sus ruinas hagamos jardín
y marchando al futuro, cantemos,
que a lo lejos resuena un clarín.

La mirada embriagada en los cielos
y, aromados por una mujer,
fecundemos los vagos anhelos
y seamos mejores que ayer.

Consagremos orgullo en la herida
y sintamos la fe del dolor,
y triunfemos del mal de la vida
con un frágil ensueño de amor.

Que las dulces amadas suspiren
de pasión al mirarnos pasar;
que los viejos maestros admiren
al tropel que los va a superar!

José Gálvez,
peruano.

España.

¡España! ¡España! Lo que hay de puro en nuestra sangre, de noble en nuestro corazón, de claro en nuestro entendimiento, de tí lo tenemos, a tí lo debemos. El pensar a lo grande, el sentir a lo animoso, el obrar a lo justo, en nosotros, son de España; y si hay en la sangre de nuestras venas gotas purísimas, son de España.

Yo que adoro a Jesucristo; yo, que hablo la lengua de Castilla; yo, que abrigo las afecciones de mis padres y sigo sus costumbres, ¿cómo la aborrecería?

Hay todavía en la América española un partido, o lo que sea, que profesa aborrecer a España y murmurar de sus cosas. ¿Son justos, son ingratos los que cultivan ese antiguo aborrecimiento? El olvidar es de pechos generosos; olvidemos los agravios, acordémonos del deudo y la deuda.

¿Y acaso todo fue bárbaro y cruel por parte de los españoles? Monteverde, Cerveris, Antoñanzas, es verdad; pero ¿no honraron su patria y la guerra hombres buenos y humanos como Cajigal? ¿No había visto poco antes el Nuevo Mundo un virrey, Francisco Montalvo?

Y esto sin hacer memoria de Las Casas, el filántropo, el apóstol, ese que con el crucifijo en las manos andaba interponiéndose entre los conquistadores y los conquistados, suavi-

zando la crueldad, conteniendo la rapacidad de los unos, esforzando la debilidad, aclarando la obscuridad de los otros.

Juan Montalvo,
ecuatoriano.

Recomendar los *Siete Tratados*, de Juan Montalvo.

Bolívar.

Hombre fue aquél extraordinario, en realidad. Vivió como entre llamas, y lo era. Ama, y lo que dice es como florón de fuego. Amigo, se le muere el hombre honrado a quien quería y manda que todo cese a su alrededor. Enclenque, en lo que anda el posta más ligero, barre con un ejército naciente todo lo que hay de Tenerife a Cúcuta. Pelea, y en lo más afligido del combate, cuando se le vuelven suplicantes todos los ojos, manda que le desensillen el caballo. Escribe, y es como cuando en lo alto de una cordillera se coge y cierra de súbito la tormenta, y es bruma y lobreguez el valle todo, y a tajos abre la luz celeste la cerrazón, y cuelgan de un lado y otro las nubes por los picos mientras en lo hondo luce el valle fresco con el primor de todos sus colores.

Como los montes, era él ancho en la base, con las raíces en las del mundo, y por la cumbre, enhiesto y afilado, como para penetrar mejor en el cielo rebelde. Se le ve golpeando, con el sable de puño de oro, en las puertas de la gloria. Cree en el Cielo, en los dioses, en los inmortales, en el dios de Colombia, en el genio de América y en su destino.

Su gloria lo circunda, inflama y arrebata. Vencer, ¿no es el sello de la divinidad? ¡Vencer a los hombres, a los ríos hinchados, a los volcanes, a los siglos, a la Naturaleza! Siglos, ¡cómo los desharía, si no pudiera hacerlos! ¿No desata razas, no desencadena el Continente, no evoca pueblos, no ha recorrido con las banderas de la redención más mundo que

ningún conquistador con las de la tiranía, no habla desde el Chimborazo con la eternidad y tiene a sus plantas, en el Potosí, bajo el pabellón de Colombia picado de condores, una de las obras más bárbaras y tenaces de la historia humana? ¿No le acatan las ciudades y los poderes de esta vida, y los émulos enamorados y sumisos, y los genios del orbe nuevo, y las hermosuras? Como el sol llega a creerse, por lo que deshiela y fecunda y por lo que ilumina y abrasa.

Hay senado en el Cielo, y él será, sin duda, de él. Ya ve el mundo allá arriba, áureo de sol cuajado, y los asientos de la roca de la creación, y el piso de las nubes, y el techo de centellas que le recuerden, en el cruzarse y chispear, los reflejos del medio día de Apure en los rejones de sus lanzas, y descienden de aquella altura, como dispensación paterna, la dicha y el orbe sobre los humanos. ¡Y no es así el mundo, sino suma de la divinidad que asciende ensangrentada y dolorosa del sacrificio y prueba de los hombres todos!

Y muere él en Santa Marta, del trastorno y horror de ver hecho pedazos aquel astro suyo que creyó inmortal, en su error de confundir la gloria de ser útil, que sin cesar le crece, y es divina de veras, y corona que nadie arranca de las sienes con el mero accidente del poder humano, merced y encargo casi siempre impuro de los que sin mérito u osadía lo anhelan para sí, o estéril triunfo de un bando sobre otro, o fiel inseguro de los intereses y pasiones, que sólo recae en el genio o la virtud en los instantes de suma angustia, o pasajero pudor en que los pueblos, enternecidos por el peligro, aclaman la idea o desinterés por donde vislumbran su rescate.

¡Pero así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado aún en la roca de crear, con el inca al lado y el haz de banderas a los pies; así está él, calzadas aún las botas de campaña, *porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy; porque Bolívar tiene qué hacer en América todavía!*

José Martí,
cubano.

Recomendar todas las obras de José Martí.

Unidad hispanoamericana.

Para la mirada europea, toda la América española es una sola entidad, una sóla imagen, un solo valor. La distancia desvanece límites políticos, disimilitudes geográficas, grados diversos de organización y de cultura, y deja subsistente un simple contorno, una única idea: la idea de una América que procede históricamente de España y que habla en el idioma español.

Esta relativa ilusión de la distancia, que a cada paso induce a falsas generalizaciones, a enormes errores de lugar, a juicios de que no aprovechan, por cierto, las mejores entre nuestras repúblicas, tiene, sin embargo, la virtud de corresponder a un fondo verdadero, a un hecho fundamental y transcendente, que acaso los hispanoamericanos no sentimos todavía en toda su fuerza y toda su eficacia: el hecho fundamental de que somos esencialmente «unos»; de que lo somos a pesar de las diferencias, más abultadas que profundas, en que es fácil reparar de cerca, y de que lo seremos aún más en el futuro, hasta que nuestra unidad espiritual rebose sobre las fronteras nacionales y prevalezca en realidad política.

Es interesante observar cómo se transmite esa sugestión de la distancia a los americanos que viven en Europa. Yo tuve siempre una idea muy clara y muy apasionada de la fuerza natural que nos lleva a participar de un solo y grande patriotismo; pero aun en los americanos originariamente más devotos de las estrecheces del terruño, de las hosquedades del patriotismo «nacional», compruébase en cada instante en Europa que la perspectiva de la ausencia y el contacto con el juicio europeo que avivan la noción de la unidad continental ensancha el horizonte de la idea de patria y anticipan modos de ver y de sentir que serán, en no lejano tiempo, la forma vulgar del sentimiento americano.

Veis aquí cómo el corazón argentino se abre, con solícito afán, ante los infortunio de México; cómo el criollo de Colombia o de Cuba hablan con orgullo patriótico de la grandeza y prosperidad de Buenos Aires; cómo el montañés de Chile reconoce en los llanos de Venezuela y en las selvas de Paraguay voces que tienen consonancia dentro de su espíritu.

Los recuerdos o los problemas vivos y actuales que entre algunos de nuestros pueblos pueden ser causa de recelo y desvío, se depuran en el americano que ha pasado el mar y manifiestan transparentemente el fondo perdurable de instintiva armonía y de interés solidario.

Si me preguntaran cuál es en la presente hora la consigna que nos viene de lo alto, si una voluntad juvenil se me dirigiera para que le indicase la obra en que podría ser su acción más fecunda, su esfuerzo más prometedor de gloria y de bien, contestaría: «Formar el sentimiento hispanoamericano; propender a arraigar en la conciencia de nuestros pueblos la idea de América nuestra como fuerza común, como alma indivisible, *como patria única*».

José Enrique Rodó,
uruguayo.

Recomendar las «*Obras completas*» de José E. Rodó.

San Martín.

San Martín fue el libertador del Sur, el padre de la República Argentina, el padre de Chile. Sus padres eran españoles, y a él lo mandaron a España para que fuese militar del rey.

Cuando Napoleón entró en España con su ejército, para quitarles a los españoles la libertad, los españoles todos pelearon contra Napoleón: pelearon los viejos, las mujeres, los niños; un niño valiente, un catalancito, hizo huir una noche a una

compañía, disparándoles tiros y más tiros desde un rincón del monte; al niño lo encontraron muerto, muerto de hambre y de frío; pero tenía en la cara como una luz, y sonreía como si estuviese contento. San Martín peleó muy bien en la batalla de Bailén y le hicieron teniente coronel.

Hablaba poco; parecía de acero; miraba como un águila; nadie lo desobedecía; su caballo iba y venía por el campo de pelea como el rayo por el aire.

En cuanto supo que América peleaba para hacerse libre, vino a América; ¿qué le importaba perder su carrera si iba a cumplir con su deber? Llegó a Buenos Aires; no dijo discursos; levantó un escuadrón de caballería; en San Lorenzo fue su primera batalla; sable en mano se fue San Martín detrás de los españoles, que venían muy seguros, tocando el tambor, y se quedaron sin tambor, sin cañones y sin bandera.

En los otros pueblos de América los españoles iban venciendo; a Bolivar lo había echado Morillo el Cruel de Venezuela; Hidalgo estaba muerto; O'Higgins salió huyendo de Chile. Pero donde estaba San Martín siguió siendo libre la América.

Hay hombres así que no pueden ver la esclavitud. San Martín no podía, y se fue a libertar a Chile y al Perú. En diez y ocho días cruzó con su ejército los Andes altísimos y fieros; iban los hombres como por el cielo, hambrientos, sedientos; abajo, muy abajo, los árboles parecían hierba, los torrentes rugían como leones. San Martín se encuentra al ejército español y lo deshace en la batalla de Maipú, lo derrota para siempre en la batalla de Chabuco; liberta a Chile.

Se embarca con su tropa y va a libertar al Perú. Pero en el Perú estaba Bolívar. San Martín le cede la gloria. Se fue a Europa triste y murió en brazos de su hija Mercedes. Escribió su testamento en una cuartilla de papel, como si fuera el parte de una batalla. Le habían regalado el estandarte que el conquistador Pizarro trajo hace cuatro siglos, y él le regaló el estandarte en el testamento al Perú.

Un escultor es admirable porque saca una figura de la pie-

dra bruta; pero esos hombres que hacen pueblos son más que hombres. Quisieron algunas veces lo que no debieron querer; pero ¿qué no le perdonará un hijo a su padre? El corazón se llena de ternura al pensar en esos gigantescos fundadores.

Esos son héroes: los que pelean para hacer a los pueblos libres o los que padecen en pobreza y desgracia por defender una gran verdad; los que pelean por la ambición, por hacer esclavos a otros pueblos, por tener más mando, por quitarle a otro pueblo sus tierras, no son héroes, sino criminales.

José Martí,
cubano.

Recomendar todas las obras de José Martí.

Chile.

Un territorio tan pequeño, que en el mapa llega a parecer una playa entre la cordillera y el mar; un paréntesis como de juego de espacio entre los dos dominadores centaurescos, al sur el capricho trágico de los archipiélagos australes, despedazados, haciendo una inmensa laceradura al terciopelo del mar.

Y las zonas naturales, claras, definidas, lo mismo que el carácter de la raza. Al norte, el desierto, la salitrera blanca de sol, donde se prueba el hombre en esfuerzo y dolor. En seguida la zona de transición, minera y agrícola, la que ha dado sus tipos más vigorosos a la raza: sobriedad austera del paisaje, uno como ascetismo ardiente de la tierra. Después la zona agrícola, de paisaje afable; las manchas gozosas de los huertos y las manchas densas de las regiones fabriles; la sombra plácida del campesino pasa quebrándose por los valles, y las masas obreras hormiguean ágiles en las ciudades. Al extremo sur el *trópico frio,* la misma selva exhalante del Brasil,

pero negra, desposeída de la lujuria del color; islas ricas de pesca, envueltas en una niebla amoratada, y la meseta patagónica, nuestra única tierra de cielo ancho, de horizontalidad perfecta y desolada, suelo del pastoreo para los ganados innumerables bajo las nieves.

Pequeño territorio, no pequeña nación; suelo reducido, inferior a las ambiciones y a la índole heroica de sus gentes. No importa: ¡tenemos el mar..., el mar..., el mar...!

Raza nueva que no ha tenido a la Dorada Suerte por madrina, que tiene a la necesidad por dura madre espartana. En el período indio no alcanza el rango de reino; vagan por sus sierras tribus salvajes, ciegas de su destino, que así, en la ceguera divina de lo inconsciente, hacen los cimientos de un pueblo que había de nacer extraña, estupendamente vigoroso. La Conquista más tarde, cruel como en todas partes; el arcabuz disparando hasta caer rendido sobre el araucano dorso duro, como lomos de cocodrilos. La Colonia no desarrollada como en el resto de la América en laxitud y refinamiento por el silencio del indio vencido, sino alumbrada por esa especie de parpadeo tremendo de relámpagos que tienen las noches de México; por la lucha contra el indio, que no deja a los conquistadores colgar las armas para dibujar una *pavana* sobre los salones... Por fin, la República, la creación de las instituciones, serena, lenta. Algunas presidencias incoloras que sólo afianzan la obra de las presidencias heroicas y ardientes. Se destacan de tarde en tarde los creadores apasionados: O'Higgins, Portales, Bilbao, Balmaceda.

El mínimo de revoluciones que es posible es nuestra América convulsa; dos guerras en las cuales la raza tiene algo del David pastor que se hace guerrero y salva a su pueblo.

Hoy, en la cuenca de montañas que se ha creído demasiado cerrada a la vida universal, repercute sin embargo la hora fragorosa del mundo. El pueblo tiene en su cuello de león en reposo un jadeo ardiente. Pero su paso por la vida republicana tendrá siempre lo leonino: cierta severidad de fuerza que se conoce, y por conocerse no se exagera.

La raza existe, es decir, hay diferenciación viril, una originalidad que es forma de nobleza. El indio llegará a ser, en poco, más exótico por lo escaso; el mestizaje cubre el territorio y no tiene la debilidad que algunos anotan en las razas que no son puras.

No sentimos el desamor ni siquiera el recelo de las gentes de Europa, del blanco que será siempre *el civilizador*, el que, ordenando las energías, hace los organismos colectivos. El alemán ha hecho y sigue haciendo las ciudades del Sur, codo a codo con el chileno, al cual va comunicando su seguro sentido organizador. El yugoeslavo y el inglés hacen en Magallanes y en Antofagasta otro tanto. ¡Alabado sea el espíritu nacional que los deja cooperar en nuestra faena sagrada de cuajar las vértebras eternas de una patria, sin odio, con una hidalga comprensión de lo que Europa nos da en ellos!

Una raza refinada no somos; lo son las viejas y ricas. Tenemos algo de la Suiza primitiva, cuya austeridad baja a la índole de las gentes desde las montañas tercas; pero en nuestro oído suena, y empieza a enardecernos, la invitación griega del mar. La pobreza debe hacernos sobrios, sin sugerirnos jamás la entrega a los países poderosos que corrompen con la generosidad insinuante. El gesto de Caupolicán, implacable sobre el leño que le abre las entrañas, está tatuado también dentro de nuestras entrañas.

Gabriela Mistral,
chilena.

Caupolicán.

Es algo formidable que vio la vieja raza:
robusto tronco de árbol al hombro de un campeón
salvaje y aguerrido, cuya fornida maza
blandiera el brazo de Hércules o el brazo de Sansón.

Por casco, sus cabellos; su pecho por coraza,
pudiera tal guerrero, de Arauco en la región,
lancero de los bosques, Nemrod que todo caza,
desjarretar un toro o estrangular un león.

Anduvo..., anduvo..., anduvo... Lo vio la luz del día,
lo vio la tarde pálida, lo vio la noche fría...
¡y siempre el tronco de árbol a cuestas del titán!

«¡El Toqui, el Toqui!,» clama la conmovida casta.
Anduvo..., anduvo..., anduvo... La aurora dijo: «¡Basta!»
¡E irguióse la alta frente del gran Caupolicán!

Rubén Darío,
nicaragüense.

Retrato de José Martí.

Sobrio, casto, modesto, virtuoso en tal medida que Atenas lo hubiera desterrado como a Arístides; teniendo, Quijote sublime, en este fin de siglo el supremo desprecio del oro; altivo de abolengo por atavismos de su sangre hidalga; ingenuo como un niño, él que nada ignoraba; sensible, con una sensibilidad exquisita, delicada, femenina casi, él, que había de encontrar en la pelea los rugidos de Klébert; de sonrisa dulce y leal, y benévola siempre, jamás burlona; de mirada penetrante y viva, que acariciaba en la plática y relampagueaba en la tribuna; de vasta frente marmórea, como las de Byron o de Goethe. Tal era Martí.

Domingo Estrada,
cubano.

Pensamientos de José Martí.

Las fuerzas que se pierden en lágrimas hacen falta después para el ardimiento.

Sólo las virtudes producen en los pueblos bienestar constante y serio.

Tenemos que pagar con nuestros dolores la criminal riqueza de nuestros abuelos.

Aplazar no es nunca decidir.

Para ir delante de los demás se necesita ver más que ellos.

Mejor sirve a la patria quien le dice la verdad que el que exagera el mérito de sus hombres famosos.

A la patria se la sirve y no se la toma para servirse de ella.

¿Cuándo se ha levantado una nación con limosneros de derechos?

Caballo de paseo no gana batalla.

Quien va en busca de los montes no se detiene a recoger las piedras del camino.

La imperfección de la lengua humana es una prueba perfecta y absoluta de una existencia venidera.

José Martí,
cubano.

A Roosevelt.

¡Es con voz de la Biblia o verso de Walt Whitman
que habría que llegar hasta tí, Cazador
primitivo y moderno, sencillo y complicado,
con un algo de Washington y cuatro de Nemrod!

Eres los Estados Unidos,
eres el futuro invasor
de la América ingenua que tiene sangre indígena,
que aún reza a Jesucristo y aún habla en español.

Eres soberbio y fuerte ejemplar de tu raza;
eres culto, eres hábil; te opones a Tolstoy.
Y domando caballos o asesinando tigres
eres un Alejandro Nabucodonosor.
(Eres un profesor de Energía
como dicen los locos de hoy.)

Crees que la vida es incendio,
que el progreso es erupción;
que en donde pones la bala
el porvenir pones.
No.

Los Estados Unidos son potentes y grandes.
Cuando ellos se estremecen hay un hondo temblor
que pasa por las vértebras enormes de los Andes.
Si clamais, se oye como el rugir del león.
Ya Hugo a Grant lo dijo: «Las estrellas son vuestras».
(Apenas brilla, alzándose, el argentino sol
y la estrella chilena se levanta...) Sois ricos;
juntáis al culto de Hércules el culto de Memmón;
y alumbrando el camino de la fácil conquista,
la Libertad levanta su antorcha en Nueva York.

Mas la América nuestra, que tenía poetas
desde los viejos tiempos de Natzahualcoyotl,
que ha guardado las huellas de los pies del gran Baco,
que el alfabeto pánico en un tiempo aprendió,
que consultó los astros, que conoció la Atlántida
cuyo nombre nos llega resonando en Platón,
que desde los remotos momentos de su vida

vive de luz, de fuego, de perfume, de amor,
la América del grande Moctezuma, del Inca,
la América fragante de Cristóbal Colón,
la América católica, la América española,
la América en que dijo el noble Cuauhtemoc:
«Ya no estoy en un lecho de rosas»; esa América
que tiembla de huracanes y que vive de amor;
hombres de ojos sajones y alma bárbara, vive,
y sueña, y ama, y vibra; y es la hija del Sol.
Tened cuidado. ¡Vive la América española!
Hay mil cachorros sueltos del León Español.
Se necesitaría, Roosevelt, ser Dios mismo,
el Riflero terrible y el fuerte Cazador
para poder tenernos en vuestras férreas garras.

Y, pues contáis con todo, falta una cosa: ¡Dios!

Rubén Darío,
nicaragüense.

Recomendar las *Poesías selectas* de Rubén Darío.

TRABAJO

El desdén del oficio.

Voy a hablarte del heroísmo en cualquier oficio y del heroísmo en cualquier aprendizaje.

Aquel hombre, hijo mío, que vino a verme esta mañana, ¿sabes?, el de la cazadora color de tierra, no es un hombre honesto. A dulce, a fiado, a trabajador, a buen padre de familia pocos le ganan. Pero este hombre ejerce la profesión de caricaturista en un periódico ilustrado.

Esto le da de qué vivir. Esto le ocupa las horas de la jornada. Y, sin embargo, él habla siempre con asco de su oficio y me dice: «—¡Si yo pudiera ser pintor! Pero me es indispensable dibujar esas tonterías para comer. ¡No mires los muñecos, chico, no los mires! Comercio puro...» Quiere decir que él cumple únicamente por la ganancia y que ha dejado que su espíritu se vaya lejos de la labor que le ocupa las manos, en lugar de llevar a la labor que le ocupa las manos el espíritu. Porque él tiene su faena por vilísima.

Pero dígote, hijo, que si la faena de mi amigo es tan vil, si sus dibujos pueden ser llamados tonterías, la razón está justamente en que él no metió allí su espíritu. Cuando el espíritu en ella reside no hay faena que no se vuelva noble y santa. Lo es la del caricaturista como la del carpintero, y la del que recoge las basuras, y la del que llena las fajas para repartir un periódico a los suscriptores.

Hay *una manera* de dibujar caricaturas, de trabajar la madera, y también de limpiar de estiércol las plazas o de escribir direcciones, que revela que en la actividad se ha puesto amor, cuidado de perfección y armonía y una pequeña chispa de

fuego personal: eso que los artistas llaman *estilo propio*, y que no hay obra ni obrilla humana en que no pueda florecer; es la manera de trabajar buena. La otra, la de menospreciar el oficio teniéndolo por vil, en lugar de redimirlo y secretamente transformarlo, es mala e inmoral. El visitante de la cazadora color de tierra es, pues, un hombre inmoral porque no ama su oficio.

Hijo: tú eres un niño aún, pero yo hablo en tí a todas las almas jóvenes que están o han de estar pronto en estudio y en aprendizaje, y mañana en oficio, cargo o dignidad. A todos quiero decir la moral única en el estudio y en el aprendizaje, en el oficio, cargo o dignidad.

Además, nunca es tiempo perdido el que se emplea en escuchar con humildad cosas que no se entienden. Estas cosas trabajan los *dentros* y llega día en que el provecho se encuentra... Está, pues, quieto.

Deja, niño, tus manos descansar en las mías. Mira con ojos extrañados salir de mi boca las palabras con un movimiento de labios y de dientes.

La palabra *espíritu* te la he de repetir mucho. Y tú me preguntarás, tal vez, qué cosa sea. Tú no lo puedes saber de fijo y creo que yo tampoco. Pero bien está que hablemos de ello siempre que, si nosotros no la entendemos, él, el espíritu, a nosotros sí nos entiende y nos da mejor disposición a entendernos los unos a los otros y, por consiguiente, a hacernos mejores.

Eugenio D'Ors,
español.

La cerámica griega.

No hay cosa menos valiosa y más despreciable, al parecer, que un puñado de tierra. Pues con ese elemento, un poco de agua, un horno elemental, y su ingenio, creó el ateniense la in-

dustria de la cerámica, una de las más típicas de Atenas y la más importante a la vez; como que excedía a la joyería y a las armas. Eran estas dos últimas muy prósperas, no obstante; sus productos tenían fama entre los mejores del mundo antiguo, con lo qué más resalta el mérito de la otra.

Concurría a ello, fuera de la demanda comercial, un valor humano que le daba singular nobleza. El vaso de tierra cocida era utensilio esencial para el antiguo en la vida y en la muerte. Vinculábase a él desde el nacimiento por la vajilla, el tocador y el culto religioso, cuyas ofrendas más familiares eran las libaciones. Las ánforas de fondo puntiagudo que empleaban para el envase y el transporte en grande escala, como nosotros los toneles, servían de féretros económicos, enchufados con dicho fin. De ahí tomaron su origen los sarcófagos de terracota, que obtenían altos precios cuando estaban decorados y esmaltados. Y en un vasito precioso rendía el deudo al finado el tributo de sus lágrimas, que dejaba en la tumba para la eternidad. Con aquellas mismas ánforas; encajadas unas en otras, construían bóvedas tan ligeras como resistentes, y los cascos de la alfarería rota servían para clarificar el agua de las cisternas.

Los cuatro elementos originales entraban en la construcción del vaso como en la del cuerpo del hombre primordial, cuya forma sucintamente esbozaban: la tierra y el agua, en la masa; el aire que le secaba y el fuego que la cocía.

Correspondíale así el favor de los cuatro grandes dioses: Demeter, por tierra; Dionisos, por el agua; Atenea, por el aire, y Efesto, por el fuego. Pero Atenea ejercía, además, específicamente, el patrocinio de la cerámica, y genéricamente el de la industria bajo sus sendas advocaciones de «ceramista» y de «industriosa»: *keramitis* y *ergané*.

El torno describía el movimiento primordial que organizó las formas, siendo inicial a su vez la del botijo, como lo prueba el hecho de que ciertas abejas lo construyen. Tales eran, por decirlo así, la ética y la mística del vaso.

Aquellos vasos atenienses, en cuya formación y decorado

no entraban sino la arcilla y cuatro colores, alcanzaron tal fama que el mundo antiguo creó con la demanda un rendimiento maravilloso a su industria.

Inútil añadir que su valor no lo determinaban la materia prima ni el trabajo que su elaboración industrial exigía. Fuera del torno modelador y de la espátula del alfarero, un sencillo horno de leña era bastante para la cocción. Lo que ameritaba el objeto era, en primer lugar, la forma elegante y adecuada que habían llegado a constituir diez y ocho tipos fundamentales por término medio, y después la decoración pictórica cuyos temas fueron los mismos de la grande escultura y de la gran pintura clásicas.

Tal importancia alcanzaron esos dos elementos, que en algunos vasos de precio firmaban a la vez el modelador y el decorador de la pieza.

Aunque desde los tiempos prehoméricos los antiguos conocían ya vasos de metal repujado y esmaltado con maestría, obtuvieron preferencia constantemente los de barro, pues su exquisito gusto podía con todos aquellos recursos de los orfebres, pasando lo mismo con los de alabastro, de mármol y aun de pórfido, que fueron también sus contemporáneos.

Cuando uno los compara en los museos ve que los antiguos tenían razón. La pasta y los colores de la arcilla parece que fueran algo vivo, análogo a la carnes; algo en que el fuego del horno original no acabara de enfriarse, conservando como una tibieza de circulación. Menos duro que el esmalte de nuestras lozas y que el metal, aun cuando sea opaco, su pulimento es semejante a la epidermis.

Esta especie de vitalidad latente que el material poseía de suyo resaltaba aún por la ausencia de todo automatismo y mecanización en el oficio, como lo prueba el hecho de que entre los millares de piezas encontradas no hay hasta ahora dos iguales.

La división del trabajo, que existía sin dunda, no era, por cierto, la odiosa tiranía de nuestras fábricas. Cada obrero hacía dos o tres cosas, sin contar con aquellos que ejecutaban

solos todas las operaciones. Por esto los vasos no eran copias exactas, y con no serlo resultaban ya personales.

Otra condición que mucho contribuía a la nobleza de dichos objetos era su utilidad. El griego jamás concibió que el mérito de un artefacto pudiese residir exclusivamente en el artefacto mismo. Habrían sido para él cursis y presuntuosas, como lo son en realidad nuestras colecciones de objetos de arte, cuyo motivo está en que, careciendo de uno propio, necesitamos conservar de tal modo el pasado y el ajeno. La belleza inútil y la falta de norma espiritual, hacen de nuestra estética una cosa muerta, una estéril teorización.

Leopoldo Lugones,
argentino.

Recomendar *Sarmiento, Industrias de Atenas* y *Poesías selectas,* de Leopoldo Lugones.

La vida de los productores.

El trabajo inteligente es útil. Siempre que el trabajo condujese a algo, nadie debía inquietarse aunque fuera muy penoso; pero cuando es penoso y no conduce a nada; cuando toda la labor de nuestras abejas se trueca en trabajo de arañas, y en vez de miel tenemos como resultado una tela frágil que se lleva la primera brisa, entonces sí es cruel para el trabajador.

Ahora bien, ¿preguntamos jamás, individual o colectivamente, si nuestro trabajo conduce o no a algo? Nos preocupamos poco de conservar lo que ha sido noblemente hecho, y mucho menos todavía de hacer noblemente lo que otros conservarían, y, sobre todo, de hacer el trabajo mismo útil en lugar de mortífero para el que lo ejecuta; así es que emplearemos verdaderamente su vida, pero no la desperdiciaremos.

El mayor de todos los gastos inútiles de que os podéis librar es el del desperdicio del trabajo. Si por la mañana ba-

jarais a vuestra lechería y os encontraseis con que el más pequeño de vuestros hijos había bajado primero y, jugando con el gato, había vertido sobre las losas toda la crema para que el gato pudiese lamerla, regañaríais al niño y lamentaríais la pérdida de la leche. Pero si en lugar de la vasija llena de leche se tratase de vasos de oro llenos de vida humana, y que en lugar del gato por compañero de juego estuviese el demonio, y en vuestro juego, en lugar de dejar a Dios romper este vaso de oro en la fuente, le rompieseis vosotros mismos en el polvo y esparcierais la sangre humana sobre el suelo para que el demonio la bebiese, ¿no sería desperdiciarla?

¿Cómo no pensáis que desperdiciar el trabajo de los hombres es matarlos? Yo quisiera saber cómo podrías matarlos completamente, matarlos con una segunda muerte, con una céntuple muerte. Detener el aliento del hombre es la manera más breve de matarle. El hambre, el frío y las balas que silban —nuestras mensajeras de amor de pueblo a pueblo— han llevado antes de ahora a más de un hombre un mensaje agradable: aviso de dulce liberación y permiso de marcharse, por último, a donde se es feliz y bien venido.

Por mal que eso sea, no hacéis con ello sino abreviar su vida; mas no la corrompéis. Pero si la ponéis en un trabajo vil, si encadenais su pensamiento, si cegais sus ojos, si embotais sus esperanzas, si le robais sus alegrías, si deformais su cuerpo y marchitais su alma, y, por último, ni aun le dejais recoger el pobre fruto de su degradación; pero si cogeis este fruto vosotros y enviais al hombre a la tumba cuando habeis rematado con él, después de haber hecho las paredes de su tumba eterna (aunque imagino que los ladrillos de algunos de nuestros panteones de familia se estrecharán el día de la resurrección más que las matas de césped sobre la cabeza del trabajador), ¿no pensais que esto es una inutilización y un crimen?

Jhon Ruskin,
inglés.

Recomendar *Sésamo y Azucenas* y *La corona de olivo silvestre,* de Jhon Ruskin.

La molinera.

Por la senda llana, los dos, tras, tras, tras,
van un rucio y una viejecica errante;
van los dos ligeros, dale que le das,
antes que anochezca, mudos; tras, tras, tras,
detrás la viejuca y el rucio delante.

Tras, tras... La viejuca va para el molino:
ochenta años cuenta, ¡bien cumplido estol!
y está alegre, en este goce matutino,
tras, tras, y es tan fresca como el blanco lino
puesto en las mañanas a secarse al sol.

Va sin cabezada, en libertad franca
el rucio lustroso de parda color;
no le erraron nunca, nunca usó retranca:
y, tras, tras, le aguija la viejuca blanca
con un verde tallo de retama en flor.

Viendo a esta viejuca corcovada y lenta,
tras, tras, ¡qué recuerdos de antigua quietud!
Mi abuelica ciega se me representa:
yo era de seis años, ella era de ochenta;
quien me hizo la cuna, le hizo el ataúd.

Y, tras, tras, tú sigues lindo borriquito...
¡Para mis rapazas traédmelo aquí!
Nada más gracioso, nada más bonito:
cuando fue la Virgen camino de Egipto,
a lomos iría de un borrico así.

Tras, tras, y el pollino que se pavonea,
¡cómo trisca al logro del camino llano!
ganas me dan, viendo su humilde ralea,
de irme a la parroquia blanca de la aldea
para bautizarlo y hacerlo cristiano.

Tras, tras, tras... Y la molinera abuela
va toda empolvada, como a un festival:
porque le empolvaron la cara y la tela,
con callada harina la sonante muela,
los ángeles rubios con claror astral.

Tras, tras... El borrico sigue su camino...
¡y qué remembranzas va dejando en pos!
Contaba mi abuela, con su hablar cansino,
que era así, como éste de manso, el pollino
que adoró en las pajas al Infante-Dios.

Anochece... Suenan los bronces lejanos...
¡Molinera blanca, de blancor de luna!
Tras, tras... Y por verte pasar, tus hermanos
los astros, entreabren, piadosos y humanos,
sus ojitos dulces de niños de cuna.

Tras, tras... Y mirando, blancura divina,
entre las estrellas la luna sin velo,
piensa el rucio: «¡Dios me valga vecina!
¿Quién será el que muele tanta rubia harina
con la muela blanca que está allá en el cielo?...»

Guerra Junqueiro,
portugués.

Recomendar *Los Simples,* de Guerra Junqueiro.

Pobres y ricos.

Verdad es que existen pobres ociosos y ricos ociosos, como pobres activos y ricos activos. Más de un mendigo hay tan perezoso como si tuviera ciento cincuenta mil francos de renta anual, y más de un hombre acaudalado está siempre más ocupado que su propio mandadero, y jamás pensará detenerse en la calle para jugar al billar.

Reflexionando, pues, con madurez, la verdad de las cosas, se ve que la distinción entre trabajadores y holgazanes, como entre el bribón y el honrado, se encuentran en el corazón mismo y en la economía más íntima y secreta del hombre, cualesquiera que sean su rango y su situación. Existe una clase laboriosa, dichosa y fuerte, tanto entre los ricos como entre los pobres, y existe otra clase perezosa, débil, perversa y miserable, tanto entre los pobres como entre los ricos. Y lo peor de las desavenencias que se producen entre las dos clases y del error de concepto en que se encuentran, proviene del hecho lamentable de que los sabios de la una no ven habitualmente sino a los necios de la otra.

Vigilando y reprimiendo los ricos activos a los ricos perezosos todo marcharía igualmente. Pero cada clase tiene la tendencia de no ver sino los defectos de la otra. Un hombre activo y de fortuna se irrita más que ningún otro al ver un mendigo perezoso, y un obrero razonable, pero pobre, soporta naturalmente con dolor y dificultad el lujo inmoderado de los ricos.

Pues bien: lo que no es sino un juicio severo en el espíritu de los justos de una u otra clase, se transforma en feroz hostilidad entre los injustos, pero sólo entre los injustos. Los disolutos, entre los pobres, son los únicos que consideran a los ricos como a enemigos naturales, y los que desean saquear sus

casas y distribuirse sus bienes. Los disolutos entre los ricos son los únicos que hablan en términes ofensivos y denigrantes de los vicios y de las locuras de los pobres.

No existe, pues, distinción de clases entre los ociosos y los laboriosos.

Juan Ruskin,
inglés.

Mi vaquerillo.

He dormido esta noche en el monte
con el niño que cuida mis vacas.
En el valle tendió para ambos
el rapaz su raquítica manta,
¡y se quiso quitar—¡pobrecito!—
su blusilla y hacerme una almohada!
Una noche solemne de junio,
una noche de junio muy clara...
los valles dormían,
los buhos cantaban,
sonaba un cencerro,
rumiaban las vacas...
Y una luna de luz amorosa,
presidiendo la atmósfera diáfana,
inundaba los cielos tranquilos
de dulzuras sedantes y cálidas.
¡Qué noches, qué noches!
¡Qué horas, qué auras!
¡Para hacerse de acero los cuerpos,
para hacerse de oro las almas!
¡Pero el niño, ¡qué solo vivía!
Me daba una lástima
recordar que en los campos desiertos
tan sólo pasaba

las noches de junio
rutilantes, medrosas, calladas,
y las húmedas noches de octubre
cuando el aire menea las ramas,
y las noches del turbio febrero,
tan negras, tan bravas,
con lobos y cárabos,
con vientos y aguas!
¡Recordar que dormido pudieran
pisarlo las vacas,
morderle en los labios
horrendas tarántulas,
matarlo los lobos,
comerlo las águilas!...
¡Vaquerito mío!,
¡Cuán amargo era el pan que te daba!
  Yo tenía un hijito pequeño,
—¡hijo de mi alma,
que jamás te dejé, si tu madre
sobre ti no tendía sus alas!—,
¡y si un hombre duro
le vendiera las cosas tan caras!...
Pero ¿qué van a hablar mis amores,
si el niñito que cuida mis vacas
también tiene padres
con tiernas entrañas?
  He pasado con él esta noche,
y en las horas de más honda calma
me habló la conciencia
muy duras palabras...
Y le dije que sí, que era horrible...,
que llorándolo el alma ya estaba.
  El niño dormía,
cara al cielo, con plácida calma;
la luz de la luna
puro beso de madre le daba,

y el beso del padre
se lo puso mi boca en su cara.
Y le dije, con voz de cariño,
cuando vi clarear la mañana:
—Despierte, mi mozo,
que ya viene el alba
y hay que hacer una lumbre muy grande
y un almuerzo muy rico... ¡Levante!
Tú te quedas luego
guardando las vacas
y a la noche te vas y las dejas...
¡San Antonio bendito las guarda!...
Y a tu madre a la noche le dices
que vaya a mi casa,
porque ya eres grande
y te quiero aumentar la soldada...

José María Gabriel y Galán,
español.

Recomendar las *Obras completas*, de Gabriel y Galán.

La hora que pasa.

Entrega tu labor: tu tela, tu ladrillo, tu cántaro o tu poema.

Hoy no tienes más hora segura que la que pasa; no puedes contar sino con estos latidos de tu corazón, con este aliento que se exhala de tu boca, con la claridad de los ojos tuyos en esta hora. La muerte, tal vez, ya tiene tus pies dentro de su telaraña aterciopelada y blanda, y sube... y sube...

Y el pensamiento de que la muerte te espía, empinada por sobre tu cabeza, no te deje caer las manos, mas bien te enardezca. Te hicieron un instrumento frágil, y tu maravilla es esa misma fragilidad. Algunos árboles quintuplican su vida; pero a ti te han sido dados sólo unos días prodigiosos.

Siente qué vivos y frescos están tus sentidos en esta hora;

qué alegre va la onda de tu sangre del tronco a los brazos y llega a la punta de tus dedos, que se te ponen como temblorosos de ansia. Coge tu pañuelo o tu porcelana.

Apresúrate a dejar pintado el semblante de tu alma en la faena. No quedarán más retratos tuyos verdaderos que ese que haces, sin saberlo, en la firmeza del cañamazo que tejes o en la terca apretadura de los ladrillos que vas cortando. Pintas el rostro de tu coraje, el perfil de tu voluntad; tu alabanza o tu frenesí.

En este instante no dejes que caiga en vano el sol sobre tu espalda; devuelve el sorbo de viento, lleno de olores fértiles, que bebes delante de los surcos. Devuélvelo todo. Esta es la insigne cortesía del hombre hacia las cosas. Te dan las tibias siestas, los frutos de óleos y azúcares, y tú les yergues formas nuevas por los valles. Sé el que devuelve siempre, el que no hace trampas a la vida, el que recibe con una mano y está pagando con otra. El antiguo caballero era así; la mujer fuerte de la Biblia también. ¡Devolvían, no hacían sino devolver!

Hoy. Di la palabra en tu mente y que te queme de ansiedad, de noble impaciencia.

Para hacer la silla donde se sentará tu madre tienes, carpintero, esta hora. Y para llenar de lana la almohada de hermanito menor, donde dormirá acordándose de ti muchas noches, doncella; y para enseñar en tu clase lo que quieras dejar hincado en la carne de la vida, maestra, tenéis esta hora, la hora que pasa. ¡Mirad si será maravillosa!

Es un hilo de tu sangre que está resbalando y que, la gastes o no, te deja disminuído, menguado. Porque el tiempo, desde que nacimos, es una invisible herida de traición que nos vierte gota a gota el pecho, como esos vasos que tienen un surco delgado.

Toda la obra que viniste a hacer está golpeando a tu pecho imperiosa. ¡Y no la sientes!

Gabriela Mistral,
chilena.

Maestranzas de noche.

Fierro negro que duerme, fierro negro que gime
por cada poro un grito de desconsolación.
Las cenizas ardidas sobre la tierra triste...
Los caldos en que el bronce derritió su dolor...

Cada máquina tiene una pupila abierta
para mirarme a mí.

Y el grito se me crispa como un nervio enroscado
o como cuerda rota de violín.

En las paredes cuelgan las interrogaciones,
florece en las bigornias el alma de los bronces,
y hay un temblor de pasos en los cuartos desiertos.

Y entre la noche negra, desesperadas, corren
y sollozan las almas de los obreros muertos...

Pablo Neruda,
chileno.

El deber próximo.

El deber sencillo es también el deber próximo. Una debilidad muy común impide a bastantes gentes hallar interés en lo que está inmediatamente a su lado; no le ven más que en su parte mezquina. Lo lejano, por el contrario, les atrae y encanta.

Así se gasta inútilmente una suma fabulosa de buena voluntad. Nos apasionamos por la humanidad, por el bien público, por las lejanas desgracias, caminando a través de la vida con los ojos fijos en objetos maravillosos que nos cautivan allá lejos, en los confines del horizonte, mientras que vamos pisando a los transeuntes o empujándolos sin notar su presencia.

¡Singular debilidad que nos impide ver a los que están a nuestro lado! Algunos han leído mucho, han hecho largos viajes, pero no conocen a sus conciudadanos, grandes o pequeños; viven gracias al concurso de una cantidad de seres cuya suerte sigue siéndoles indiferente. Ni los que les informan, les instruyen, les gobiernan; ni los que les sirven, les proveen, les alimentan, han llamado jamás su atención.

Jamás se les ha ocurrido que haya ingratitud o imprevisión en no conocer a sus obreros, a sus criados, a los pocos seres, en fin, que tienen con nosotros relaciones sociales indispensables.

Otros van bastante más lejos. Para ciertas mujeres su marido es desconocido, y recíprocamente. Hay pades que no conocen a sus hijos. Su desarrollo, sus pensamientos, los peligros que corren, las esperanzas que alimentan son para ellos un libro cerrado. Bastantes hijos no conocen a sus padres; jamás han sospechado sus padres sus penas, sus luchas ni se han penetrado de sus intereses. Y no hablo de los hogares desavenidos, de esos tristes medios en que todas las relaciones están falseadas, sino de honradas familias compuestas de buenas gentes.

Es sólo que toda esta gente está muy absorta. Todos tienen en otra parte su interés, que les roba todo el tiempo. El deber lejano, muy atractivo, no digo que no, les reclama por entero y no tienen conciencia del deber próximo.

Temo que su esfuerzo resulte perdido. La base de operaciones de todos es el campo de su deber inmediato. Descuidadlo, y todo lo que emprendáis lejos resultará comprometido.

Sed, por tanto, primero de vuestro país, de vuestra ciudad,

de vuestra casa, de vuestra iglesia, de vuestro taller, y, si es posible, partid de aquí para ir más allá; esta es la marcha sencilla y natural.

Carlos Wagner,
francés.

Recomendar todas las obras de Carlos Wagner.

Himno matinal de la "Escuela Gabriela Mistral", de Méjico.

Oh, Creador; bajo tu luz cantamos
porque otra vez nos vuelves la esperanza.
Como los surcos de la tierra alzamos
la exhalación de nuestras alabanzas.

Gracias a Tí por el glorioso dia
en el que van a erguirse las acciones;
por la alborada llena de alegría
que baja al valle y a los corazones.

Se alcen las manos, las que tú tejiste,
frescas y vivas sobre las faenas.
Se alcen los brazos, que con luz heriste,
en un tembler ardiente de colmenas.

Somos planteles de hijas todavía;
haznos el alma recta y poderosa
para ser dignas en el sumo día
en que seremos el plantel de esposas.

Venos crear a tu honda semejanza
con voluntad insigne de hermosura;
trenzar, trenzar divinas de confianza,
el lino blanco con la lana pura.

Mira cortar el pan de las espigas;
poner los frutos en la clara mesa;
tejer la juncia que nos es amiga:
¡crear, crear mirando a tu belleza!

Oh, Creador de manos soberanas,
sube el futuro en la canción ansiosa,
que ahora somos el plantel de hermanas,
pero seremos el plantel de esposas.

Gabriela Mistral,
chilena.

MOTIVOS ESPIRITUALES

A) LA CARIDAD

A los Grandes.

Para entrar en el verdadero conocimiento de vuestra condición, consideradla en esta imagen.

Un hombre es arrojado por una tempestad a una isla desconocida, cuyos habitantes buscaban desconsolados a su rey, que se había perdido; y teniendo mucha semejanza de cuerpo y fisonomía con ese rey, le toman por él y le reconoce esta cualidad todo el pueblo.

Al principio no sabía qué partido tomar; mas al fin se resolvió a condescender con su buena fortuna. Admitió cuantos respetos le quisieron rendir y se dejó tratar como rey. Mas no podía olvidar su condición natural; pensaba, al propio tiempo que recibía esos respetos, que él no era el tal rey que ese pueblo buscaba, y que este reino no le pertenecía. Así que tenía un doble pensamiento: uno, por el cual obraba como rey; otro, por el cual reconocía cuál era su estado verdadero, y que sólo el azar le había puesto en el lugar que ocupaba. Recataba este último pensamiento y manifestaba el otro. El primero le servía para tratar con el pueblo y el segundo para tratar consigo mismo.

No os imaginéis que sea menor azar el que os da la posesión de vuestras riquezas que aquel por el cual este hombre fue rey. No más que él tenéis derecho alguno personal y natural; y no sólo no os encontráis hijo de duque, sino que no os encontráis en el mundo sino por una infinidad de azares. Vuestro nacimiento depende de un matrimonio, o más bien, de todos los matrimonios de vuestros ascendientes. Mas esos matrimonios, ¿de qué dependen? De una visita hecha por

acaso, de una conversación del momento, de mil ocasiones imprevistas.

Tenéis, decís, vuestras riquezas de vuestros antepasados; mas ¿no es por mil azares como vuestros antepasados las adquirieron y conservaron? Mil otros, tan hábiles como ellos, no las pudieron adquirir, o, adquiridas, las perdieron. ¿Os imagináis que esos bienes han pasado de vuestros antepasados a vosotros por alguna vía natural? Eso no es exacto. Este orden no está fundado sino en la sola voluntad de los legisladores, que han podido tener buenas razones, mas ninguna de ellas se deriva de un derecho natural que vosotros tengáis sobre esas cosas. De placerles ordenar que esos bienes, de poseídos en vida por los padres, volviesen a la república a su muerte, no tendríais motivo para lamentaros.

Así, el título por que poseeis vuestra hacienda no es un título natural *sino de fundación humana*. Otra dirección mental en los que han hecho las leyes os hubiera tornado pobres; y sólo esta coincidencia del azar que os ha hecho nacer, con el capricho de las leyes favorables a vuestro respecto, es lo que os pone en posesión de todos esos bienes.

* * *

¿Qué se sigue de ahí? Que debéis tener, como ese hombre de que hemos hablado, un doble pensamiento; y que si procedéis externamente con los hombres según vuestro rango, debéis reconocer, por un pensamiento más recatado pero más verdadero, que no estáis naturalmente sobre ellos. Si el pensamiento público os eleva por encima del común de los hombres, que el otro os reduzca y os mantenga en una perfecta igualdad con todos los hombres, pues ese es vuestro estado natural.

El pueblo que os admira no conoce tal vez ese secreto. Cree que la nobleza es una grandeza real, y casi considera a los grandes como de naturaleza distinta de los demás.

No le descubráis este error enhorabuena; mas no abuséis de esta elevación con insolencia, y, sobre todo, no os desconozcáis vosotros mismos creyendo que vuestro ser tiene algo de más elevado que el de los otros.

¿Qué diríais de ese hombre, hecho rey por error del pueblo, si viniese a olvidar totalmente su condición natural, si imaginase serle debido ese reino, merecerlo y pertenecerle de derecho? Os admiraría su necedad y locura. Mas ¿es menor la de las personas de condición que viven en un extraño olvido de su estado natural?

¡Cuán importante es esta prevención! Porque todos los arrebatos, toda la violencia y toda la vanidad de los grandes vienen de no conocer lo que son, pues sería difícil que los que se mirasen como iguales interiormente a todos los hombres y estuviesen bien persuadidos de que no tienen nada en sí que merezca esas pequeñas ventajas que Dios les ha dado con preferencia de los demás, los tratasen con insolencia. Preciso es olvidarse de sí mismo para eso y creer que se tiene alguna excelencia real sobre ello, en lo cual consiste esa ilusión que procuro descubriros.

Blas Pascal,
francés.

Recomendar *Pensamientos*, de Pascal.

La buena voluntad.

En los días en que el hambre reinaba en Shravasti, nuestro señor Budda preguntó a los que le seguían: —«¿Quién de vosotros daría de comer a los hambrientos?»

Ratnakar, el banquero, bajó la frente y dijo: —«¿Qué son mis riquezas para dar de comer a tanta gente?»

Jaysen, el jefe del ejército del Rey, dijo: —«Les daría con

gusto la sangre de mis venas, porque lo que es comida no hay en mi casa.»

Dharmapal, el dueño de largas tierras, suspiró y dijo: —«¡Este demonio de la sequía ha chupado mis campos hasta arrugarlos! ¡No sé cómo me las voy a arreglar para pagar al Rey el tributo!...

Entonces se levantó Supriya, la hija del mendigo, saludó a todos y dijo humildemente: —«Yo daré de comer a los hambrientos.»

—«¿Estás loca?» —exclamaron todos asombrados—. «¿Tú crees que podrás cumplir tu promesa?»

—«¡Como soy más pobre que nadie—contestó Supriya—, soy poderosa. Porque mi arca y mis manjares están en vuestras casas!»

Rabindranath Tagore,
hindú.

Recomendar todas las obras de Rabindranath Tagore.

Dar.

Todo hombre que te busca va a pedirte algo; el rico aburrido, la amenidad de tu conversación; el pobre, tu dinero; el triste, un consuelo; el débil, un estímulo; el que lucha, una ayuda moral. Todo hombre que te busca de seguro ha de pedirte algo.

¡Y tú osas impacientarte! ¡Y tú osas pensar:! «¡Qué fastidio!» ¡Infeliz! La ley escondida, que reparte misteriosamente las excelencias, se ha dignado otorgarte el privilegio de los privilegios, el bien de los bienes, la prerrogativa de las prerrogativas: *¡dar!* ¡Tú puedes dar!

¡En cuantas horas tiene el día, tú das, aunque sea una sonrisa, aunque sea un apretón de manos, aunque sea una palabra de aliento! En cuantas horas tiene el día, te pareces a Él, que

no es sino dación perpetua, difusión perpetua y regalo perpetuo.

Debieras caer de rodillas ante el Padre, y decirle:

«—¡Gracias porque puedo dar, Padre mío! ¡Nunca más pasará por mi semblante la sombra de una impaciencia!

»¡En verdad os digo que vale más dar que recibir!»

Amado Nervo,
mexicano.

Recomendar las *Obras completas,* de Amado Nervo.

La falsa piedad.

Habla la esposa.

¡Oh, déjame hablar a mí de esta falsa piedad, esposo, que la conozco mejor que todos vosotros y me parece más perniciosa que el odio!

El odio, al menos, es actividad del corazón, es vida; y mientras hay vida, hay esperanza de redención; el odio puede volverse amor en alguna manera; pero la falsa piedad adormece la conciencia, paraliza el corazón, mata el alma.

Yo he oído alabar la piedad de la ciudad mía porque con su tributo o limosna sostenía muchos asilos, hospitales y conventos para viejos, para inválidos, para niños, para doncellas; para todo vicio, defecto y necesidad había asilo en la ciudad ésta, y toda forma de oración y enseñanza tenía en ella su instituto, y por esto era alabada de muy piadosa.

Mas yo me revolví y dije: «No de nuestra piedad son obras éstas, sino de nuestro egoísmo. Cuando doy para el hospicio de viejos, parece que quiero descargarme de todos los viejos que la vida puede poner sobre mis hombros. Vayan allá, al hospicio, para esto doy; no quiero viejos en mi camino. Cuan-

do doy para el hospital, es como si me librara del cuidado de todos sus enfermos. Cuando doy para los niños, me desentiendo de su educación y sustento, y hasta de orar parece que me desentiendo dando para el convento donde hay monjas que oran noche y día. Me desentiendo de todo y quedo tranquila en mi casa y mi regalo y en paz con mi conciencia. ¡Para esto doy!»

¿Y es ésa la verdadera caridad? No; la verdadera caridad está en que yo atienda a mis viejos, a mi antigua sirvienta en mi casa, si no puedo crearle una suya; la caridad está en que yo me interese por la educación del huérfano que dejó mi vecino, el pobre, y le busque oficio y trabajo; en que yo visite al enfermo en su casa, y si no le puedo dar otra cosa le dé mi compañía y consuelo; en que vele porque la hija del campo no sea seducida y extraviada en la ciudad, y si ya cayó, la recoja con indulgencia y procure dignificarla; en que yo levante mi alma orando y enseñe, además, a los míos en mi casa.

Esta es la verdadera piedad; y si cada cual la practicara, no más que en la justa medida de sus fuerzas, con los viejos, y con los niños, y con los enfermos y desvalidos que más le tocan y cumpliese con todo lo suyo en su casa, yo pregunto: ¿qué falta harían tantos asilos y hospitales y conventos?...

Juan Maragall,
español.

Recomendar las *Obras completas*, de Juan Maragall.

La aldea.

La aldea se ha criado entre los oteros de viñares.

Prieta, dorada, caliente; con sus hortales jugosos de bardas crudas y ropas tendidas; un alboroto de sendas y acequias que se van cegando en el frescor de la senara; una lumbre de

balsa y de vidrios. Sube la espadaña de cal de una ermita morena que en cada cantón tiene un ciprés. De lejos, todo cincelado en claridad. Parece una aldea blanca no siéndolo.

Bien pudieran quedarse en los bancales y en los ejidos las cosechas maduras. Nadie hurtará un fruto, sino los gorriones que sólo toman lo preciso.

Si un aldeano se lisia, lo bizman, acuden al Cristo de la ermita, y la imagen y la hierba de la salud le remedian.

Hay un hombre justo que elogia y practica la verdad y arranca las discordias, los cuidados y muchas tentaciones, lo mismo que si quitara el rancajo de la carne.

Siempre se eleva un humo tranquilo y oloroso como el sacrificio de Abel, agradable a Dios. Todos los hornos cuecen; las madres amasan, lavan y tienden; los hombres guían las yuntas por el secano, cavan la gleba encarnada con un azadón de sol; las doncellas hilan, llenan las cántaras en un remanso azul y bailan en las eras la misma tonada que junta al ganado que se entró por los herrenes.

Llega el invierno. De los oteros vienen galopando los vendavales; laten los mastines; se extremece el esquilón de la ermita; toda la aldea cruje como espalda vieja que se dobla; por las cuestas nunca acaba de pasar un tumulto de reses con tábano. Los niños se asustan y lloran. Y las abuelas, persignándose, les dicen:

—¡Son las bestias negras de los demonios; los demonios hambrientos de pecadores, y como aquí no hay, embisten contra los portales y vallados! ¿No los veis?

Y abren un postigo, y los nietos ven los demonios y se duermen bajo el cabezal.

No hay pecadores. La aldea es pura...

... Al amanecer salió el hombre justo y encontró a un caminante tendido, con los ojos abiertos y helados. Le buscó las heridas de su muerte. No tenía heridas. Se le podían contar todos los huesos, como al cadáver del Señor. Le colgaba la piel morada del vientre y de los ijares huecos.

Vinieron las gentes aldeanas a mirarlo. Tornábanse blancas

de espanto; les temblaba el corazón. El caminante se parecía al Cristo de la ermita: un Cristo más viejo y sin clavos, sin espinas de sangre en las sienes, sin lanzadas, sin haber sido crucificado por unos pocos hombres para redimir a todos los demás. Y le tienen miedo como Dios, viéndole hombre. Creen que le pisan la cruz con sus alpargatas, como si la cruz se hubiese hecho senda, bancal, surco, viña...

De noche vuelven de los oteros los vendavales.

En cada portal se enrosca una ráfaga como una lengua que pide compasión. Gimen los árboles. Por las chimeneas bajan voces penadas; entra luna, y su claridad recuerda los ojos helados del hombre muerto.

Las criaturas lloran despavoridas. Los grandes les dicen:

—¡Es el caminante, es el caminante!

Y el viento trae un clamor de desgracias y agonías tan humanas, que hasta el hombre justo se levanta *para cerrar y atrancar más fuertemente su puerta...*

Gabriel Miró,
español.

Parábola del huésped sin nombre.

Han llamado a mi puerta
que siempre está de par en par abierta,
y que esta vez la ráfaga nocturna
cerró de un golpe...
Sola y taciturna,
en el umbral detiénese la extraña
silueta del viador. Lívida baña
su faz la luna; tiene el peregrino
sangre en los pies, cansados del camino;
ojos en que retrátase y fulgura
una vasta visión que ha tiempo dura
en incesante asombro;

y con la gruesa alforja, la insegura
mano sustenta un báculo en el hombro.
—¿Quién eres tú? ¿De dónde
vienes y a dónde vas...?
Y me responde:
«—Nunca supe quien soy, y no sé nada
del principio y el fin de mi jornada.
Yo sólo sé que en la llanura incierta
de mi peregrinar llegué a tu puerta,
que mi cansancio pide tu hospedaje
y que a la aurora seguiré mi viaje.»
«Destino, patria, nombre...
¿No te basta saber que soy un hombre?»

A sus palabras, pienso que mi vida
es como una pregunta suspendida
en el arcano mudo y digo:
«—Pasa;
sea la paz contigo en esta casa.»
Y entra el viador y nos quedamos luego
al amparo del fuego.
Nuestro mutismo sobrecoge y pasma,
y cual doble fantasma
que evocara un conjuro,
se alargan nuestras sombras en el muro...

Enrique González Martínez,
mexicano.

Recomendar *Parábolas,* de Enrique González Martínez.

Los ojos de los pobres.

¡Ah! ¿Queréis saber por qué os aborrezco? Más fácil os será comprenderlo, sin duda, que a mí explicároslo; porque sois, creo yo, el mejor ejemplo de *impermeabilidad* femenina que pueda encontrarse.

Juntos pasamos un largo día, que me pareció corto. Nos habíamos hecho la promesa de que todos los pensamientos serían comunes para los dos, y nuestras almas ya no serían en adelante más que una; ensueño que nada tiene de original después de todo, a no ser que, soñándolo todos los hombres, nunca lo realizó ninguno.

Al anochecer, un poco fatigada, quisísteis sentaros delante de un café nuevo que hacía esquina a un bulevar nuevo, lleno todavía de cascotes y ostentando ya gloriosamente sus esplendores, sin concluir. Centelleaba el café. El gas mismo desplegaba todo el ardor de un estreno e iluminaba con todas sus fuerzas los muros cegadores de blancura, los lienzos deslumbradores de los espejos, los oros de las medias cañas y de las cornisas, los pajes de mejillas infladas arrastrados por los perros en traílla, las damas risueñas con el halcón posado en el puño, las ninfas y las diosas que llevaban sobre la cabeza frutas, pasteles y caza; las Hebes y las Ganimedes ofreciendo a brazo tendido el anforilla de jarabe o el obelisco bicolor de los helados con copete; la historia entera de la mitología puesta al servicio de la gula.

Enfrente mismo de nosotros, en el arroyo, estaba plantado un pobre hombre de unos cuarenta años, de faz cansada y barba canosa; llevaba de la mano a un niño y con el otro brazo sostenía a una criatura débil para andar todavía. Hacía de niñera y sacaba a sus hijos a tomar el aire del anochecer. Todos estaban harapientos. Las tres caras tenían extraordinaria serie-

dad y los seis ojos contemplaban fijamente el café nuevo, con una admiración igual, que los años matizaban de modo diverso.

Los ojos del padre decían: «¡Qué hermoso! ¡Qué hermoso! ¡Parece como si todo el oro del mísero mundo se hubiera colocado en esas paredes!» Los ojos del niño: «¡Qué hermoso!, ¡Qué hermoso!; ¡Pero es una casa donde sólo puede entrar la gente que no es como nosotros!» Los ojos del más chico estaban fascinados de sobra para expresar cosa distinta de un gozo estúpido y profundo.

Los cancioneros suelen decir que el placer vuelve al alma buena y ablanda los corazones. Por lo que a mí toca, la canción dijo bien aquella tarde. No sólo me había enternecido aquella familia de ojos, sino que me avergonzaba un tanto de nuestros vasos y de nuestras botellas, mayores que nuestra sed. Volvía yo los ojos hacia los vuestros, querido amor mío, para leer en ellos mi pensamiento; me sumergía en vuestros ojos tan bellos y tan extrañamente dulces, en vuestros ojos verdes, habituados por el capricho e inspirados por la luna cuando me dijísteis: «¡Esa gente me está siendo insoportable con sus ojos tan abiertos como puertas cocheras! ¿Por qué no pedís al dueño del café que los haga alejarse?»

¡Tan difícil es entenderse, angel querido, y tan incomunicable el pensamiento, aun entre seres que se aman!

Carlos Baudelaire,
francés.

Dístico.

I

Piececitos.

Piececitos de niño,
azulosos de frío,
¡cómo os ven y no os cubren,
Dios mío!

Piececitos heridos
por los guijarros todos,
ultrajados de nieves
y lodos.

El hombre, ciego, ignora
que allí donde os posáis
una flor de luz viva
dejáis;

que allí dónde ponéis
la plantita sangrante,
el nardo nace más
fragante.

Sed, puesto que marcháis
por los caminos rectos,
heroicos como sois,
perfectos.

Piececitos de niño,
dos joyitas sufrientes,
¡cómo pasan sin veros
las gentes!

II

Manitas.

Manitas de los niños,
manitas pedigüeñas,
de los valles del mundo
soís dueñas.

Manitas de los niños
que hasta el árbol se tienden,
por vosotras los frutos
se encienden;

Y los panales llenos
se vierten y se hienden.
¡Y los hombres que pasan
no entienden!

Manitas blancas hechas
como de suave harina,
la espiga por tocaros
se inclina.

Manitas extendidas,
manos de pobrecitos,
benditos los que os colman,
¡benditos!

Benditos los que oyendo
que parecéis un grito,
os devuelven el mundo,
¡benditos!

Gabriela Mistral,
chilena.

Irás por el camino.

Irás por el camino buscando a Dios, pero atento a las necesidades de tus hermanos.

En cualquier momento, en cualquier lugar, entre cualquier compañía te formularás la admirable pregunta de Franklin: «—¿Qué bien puedo hacer yo aquí?—» Y siempre darás una respuesta en lo hondo de tu corazón.

Apareja el oído, los ojos y las manos para que ninguna necesidad, ninguna angustia, ningún desamparo pasen de largo. Y cuando a nadie veas en la carretera, llena de huellas, que relumbra al sol; cuando el camino esté ya solitario, vuélvete inmediatamente hacia tu Dios escondido.

Si Él te pregunta dentro de tí mismo: «—¿Cómo es que no me buscas, hijo mío?, le dirás: —Te buscaba, Señor, pero en los otros. —¿Y me habías encontrado? —Sí, Señor; estabas en la angustia, en la necesidad, en el desvalimiento de los otros.»

Y Él, por toda respuesta, sonreirá dulcemente.

Amado Nervo,
Mexicano.

Recomendar las *Obras completas*, de Amado Nervo.

La rosa blanca.

Cultivo una rosa blanca,
en Junio como en Enero,
para el amigo sincero
que me da su mano franca.

Y para el cruel, que me arranca
el corazón con que vivo,
cardo ni ortiga cultivo:
¡cultivo una rosa blanca!

José Martí,
cubano.

Recomendar todas las obras de José Martí.

La lámpara de Aladino.

Cuando Aladino, el héroe casquivano de *Las Mil y Una Noches,* se sintió próximo a morir, notó que, por la primera vez acaso, le brotaba del alma una amarga filosofía. Habíase quedado en soledad. Atardecía, y una penumbra sutil invadía- la regia alcoba, rica de toda suerte de primores. Cerca de él, abandonada como objeto inútil, para que nadie ardiera en la codicia de poseerla, estaba la lámpara de las maravillas, que lo hizo dueño de las bellezas del mundo.

Brotábale del alma una amarga filosofía. ¿De qué le había servido, en suma, su vida extraordinaria? ¿Qué hechos verdaderamente grandes había cumplido? ¿Cuál podía llamarse su obra? Veíase primero en la infancia lejana, remiso a todo

buen consejo, voluntarioso y holgazán. Recordaba luego la aventura capital de su vida: aquella su amistad con el mago africano, aquel paseo misterioso por las afueras de la ciudad, aquel arribo al campo solitario, aquel conjuro del hechicero... Veíase después cruzar las galerías encantadas de aquel palacio subterráneo, en busca de la lámpara maravillosa, olvidada en la hornacina del muro. Recordaba aquel jardín de brujería que daba flores de oro, de plata, de diamantes. Luego, la torpeza del mago; su ira satánica, su perfidia mostruosa... Después la posesión de la lámpara; cómo un buen día, mientras la madre la frotaba para limpiarla de su polvo milenario, surgió de improviso el genio protector que se le ofrecía por esclavo. Veíase rico y poderoso en plena juventud, dueño de todos los tesoros de la tierra, servido por el gigante y por el gnomo dominador de toda cosa, domeñador de toda fuerza... Veníale el recuerdo de su amor por la hija del rey, y con ello sus victorias fáciles, sus hazañas sin virtud.

Pero, con eso y con más, ¿valía algo su vida? ¿Qué dió de sí mismo para alcanzar gloria y fortuna? Un azar puso en sus manos la lámpara de prodigio; otro azar trájole a su presencia el genio tutelar... Más valía, por cierto, el pobre alfarero de su vecindad que sólo hizo una ánfora, pero por sus propias manos, que él, vanidoso Aladino, que todo cuanto hizo fue por maña de manos ajenas.

Y aún más se ahondaba su tristeza al sentir que hasta esa extraña labor fue puro fruto de su egoismo. ¿Cuándo pensó seriamente en el dolor hermano? En vez de exigir de los genios la tarea de caridad, les impuso mezquinos menesteres. Hizo un palacio que mejor no hubo en el mundo, en el transcurso de una noche. Pero no supo hacer un bien ni a lo largo de cien años.

Entre tanto, sentía que la vida se le iba en el respiro. ¿Qué haría ahora con su lámpara mágica? ¿A quién la dejaría que, siendo lo bastante sabio, se olvidara de sí mismo para servir a los demás? ¿Habría alguno en la tierra? Y si lo había, ¿dónde hallar otro después de ése?... ¡Oh, qué difícil sería hacer

brotar de la tierra, por obra de los genios, la planta del bien, o regar el árbol de la paz, o corregir la balanza de la justicia!...

Aladino, desengañado de sí mismo, habíase desengañado también de los otros. No había nadie capaz del sacrificio. Todos harían como él: servir para sí el banquete, dar las migajas a los demás. Todos harían con su hermano como el necio que enceguece a los pájaros para que le canten mejor...

Entonces tomó la lámpara de las maravillas, realizó el conjuro mágico y, habiendo comparecido el genio servicial, le dijo, mientras se le apagaba la vida:

—¡Te he llamado, esclavo, para que cumplas mi postrera voluntad! Tú ves que la vida me deja y que no quiero que tú me la prolongues. Harto estoy de vivir y quiero irme en mi hora. Este es mi mandato: llévate la lámpara para siempre. Que no haya poder que la descubra, ni en toda la magia fórmula que la rescate. Llévatela para siempre, que cualquiera que sea su dueño, hará como yo hice. Nadie será tan sabio que te diga: «—Siembra la paz entre los hombres... Iguala las fortunas... Suprime de raíz los árboles del mal...» Llévate la lámpara para siempre.

Esto oyó el genio y respondió:

—¿Y por qué más bien no me mandas que realice todo eso, en vez de lamentarte así de los demás?... Te estás muriendo, es el momento de la sabiduría. Dime: «Sea la paz», y la paz será. Dime: «Sea la caridad», y será la caridad.

Pero Aladino, en ese instante, sin tiempo de mudar el mandato, cerraba los mortales ojos.

Arturo Capdevila,
argentino.

Recomendar las obras de Arturo Capdevila.

Los motivos del lobo.

El varón que tiene corazón de lis,
alma de querube, lengua celestial,
el mínimo y dulce Francisco de Asís
está con un rudo y torvo animal,
bestia temerosa de sangre y de robo,
las fauces de furia, los ojos de mal:
¡el lobo de Gubbia, el terrible lobo!
Rabioso ha asolado los alrededores;
cruel ha deshecho todos los rebaños:
devoró corderos, devoró pastores,
y son incontables sus muertes y daños.

Fuertes cazadores armados de hierros
fueron destrozados. Los duros colmillos
dieron cuenta de los bravos perros,
como de cabritos y de corderillos.

Francisco salió;
al lobo buscó
en su madriguera.
Cerca de la cueva encontró a la fiera
enorme, que al verle se lanzó feroz
contra él. Francisco con su dulce voz,
alzando la mano,
al lobo furioso dijo: «—¡Paz, hermano
lobo!» El animal
contempló al varón de tosco sayal,
dejó su aire arisco,
cerró las abiertas fauces agresivas
y dijo: «—¡Está bien, hermano Francisco!»

«¡Cómo!» —exclamó el santo—. «¿Es ley que tú vivas
de horror y de muerte?»
«¿La sangre que vierte
tu hocico diabólico, el duelo y espanto
que esparces, el llanto
de los campesinos, el grito, el dolor
de tanta criatura de Nuestro Señor,
¿no han de contener tu encono infernal?»
«¿Vienes del infierno?»
«¿Te ha infundido acaso su rencor eterno
Luzbel o Belial?»
Y el gran lobo, humilde: «—¡Es duro el invierno
y es horrible el hambre! En el bosque helado
no hallé qué comer, y buqué el ganado;
y en veces comí ganado y pastor.»
«¿La sangre? Yo ví más de un cazador
sobre su caballo, llevando el azor
al puño, o correr tras el jabalí,
el oso o el ciervo; y a más de uno ví
mancharse de sangre, herir, torturar,
de las roncas trompas al sordo clamor,
a los animales de Nuestro Señor.»
«Y no era por hambre, que iban a cazar.»
Francisco responde: «—En el hombre existe
mala levadura.»
«Cuando nace, viene con pecado.» «Es triste.»
«Mas el alma simple de la bestia es pura.»
«Tú vas a tener desde hoy qué comer.»
«Dejarás en paz
rebaños y gente en este país.»
«¡Que Dios melifique tu ser montaraz!»
«—Está bien, hermano Francisco de Asís.»
«—Ante el Señor, que todo ata y desata,
en fe de promesa tiéndeme la pata.»
El lobo tendió la pata al hermano
de Asís, que a su vez le alargó la mano.

Fueron a la aldea. La gente veía
y lo que miraba casi no creía.
Tras el religioso iba el lobo fiero,
y, baja la testa, quieto le seguía
como un can de casa o como un cordero.

Francisco llamó la gente a la plaza
y allí predicó.
Y dijo: «—He aquí una amable caza.
El hermano lobo se viene conmigo;
me juró no ser ya nuestro enemigo
y no repetir su ataque sangriento.»
«Vosotros, en cambio, daréis su alimento
a la pobre bestia de Dios.» «—¡Así sea!»,
contestó la gente toda de la aldea.
Y luego, en señal
de contentamiento
movió testa y cola el buen animal
y entró con Francisco de Asís al convento.

Algún tiempo estuvo el lobo tranquilo
en el santo asilo.
Sus bastas orejas los salmos oían
y los claros ojos se le humedecían.
Aprendió mil gracias y hacía mil juegos
cuando a la cocina iba con los legos.
Y cuando Francisco su oración hacía,
el lobo las pobres sandalias lamía.
Salía a la calle,
iba por el monte, descendía el valle,
entraba a las casas y le daban algo
de comer. Mirábanle como a un manso galgo.
Un día Francisco se ausentó. Y el lobo
dulce, el lobo manso y bueno, el lobo probo
desapareció, tornó a la montaña
y recomenzaron su aullido y su saña.

Otra vez sintióse el temor, la alarma
entre los vecinos y entre los pastores,
colmaba el espanto los alrededores,
de nada servían el valor y el arma,
pues la bestia fiera
no dió treguas a su furor jamás,
como si tuviera
fuegos de Moloch y de Satanás.
Cuando volvió al pueblo el divino santo
todos lo buscaron con quejas y llanto,
y con mil querellas dieron testimonio
de lo que sufrían y perdían tanto
por aquel infame lobo del demonio.

Francisco de Asís se puso severo,
se fue a la montaña
a buscar al falso lobo carnicero.
Y junto a su cueva halló a la alimaña.
«—En nombre del Padre del sacro Universo,
conjúrote, dijo, ¡oh lobo perverso!,
a que me respondas; ¿por qué has vuelto al mal?»
Contesta. Te escucho.
Como en sorda lucha habló el animal,
la boca espumosa y el ojo fatal:
«—Hermano Francisco, no te acerques mucho...»
«Yo estaba tranquilo allá en el convento,
al pueblo salía,
y si algo me daban estaba contento
y manso comía.»
«Mas empecé a ver que en todas las casas
estaba la Envidia, la Saña, la Ira
y en todos los rostros ardían las brasas
de odio, de lujuria, de infamia y mentira.»
«Hermanos a hermanos hacían la guerra,
perdían los débiles, ganaban los malos,
hembra y macho eran como perro y perra,

y un buen día todos me dieron de palos.»
«Me vieron humilde, lamerles las manos
y los pies.» «Seguía tus sagradas leyes,
todas las criaturas eran mis hermanos,
los hermanos hombres, los hermanos bueyes,
hermanas estrellas y hermanos gusanos.»
«Y así me apalearon y me echaron fuera.»
Y su risa fue como un agua hirviente,
y entre mis entrañas revivió la fiera
y me sentí lobo malo de repente;
mas siempre mejor que esa mala gente.»
«Y recomencé a luchar aquí,
a me defender y a me alimentar,
como el oso hace, hace el jabalí,
que para vivir tiene que matar.»
«Déjame en el monte, déjame en el risco,
déjame existir en mi libertad;
vete a tu convento, hermano Francisco,
sigue tu camino y tu santidad.»

El santo de Asís no le dijo nada;
le miró con una profunda mirada,
y partió con lágrimas y con desconsuelos
y habló al Dios eterno con su corazón.
El viento del bosque llevó su oración,
que era: «Padre nuestro que estas en los cielos...»

Ruben Darío,
nicaragüense.

La transformación por el amor.

Jesús y el lobo.

Era en la soledad de los campos, una noche de invierno. Nevaba. Sobre lo alto de una loma, toda blanca y desnuda, se apareció una forma blanca también, como el caminante cubierto de nieve. En derredor de esa forma flotaba una claridad que venía, no de la luz, sino del nimbo de una frente. El caminante era Jesús.

Allá donde se eriza el suelo de ásperas rocas, un bulto negro se agita. Jesús marcha hacia él; él viene como receloso a su encuentro. A medida que el resplandor divino lo alumbra, se define la figura de un lobo, en cuyo cuerpo escuálido y en cuyos ojos de siniestro brillo está impresa el ansia del hambre. Avanzan: párase el lobo al borde de una roca, ya a pocos palmos del Señor, que también se detiene y le mira. La actitud dulce, indefensa, reanima el espíritu del lobo. Tiende éste el descarnado hocico y aviva el fuego de sus ojos famélicos; ya arranca el cuerpo de sobre la roca... ya se avalanza a la prensa... ya es suya... cuando Él, con una sonrisa que filtra a través de su inefable suavidad de palabras:

—«Soy yo»— le dice.

Y el lobo, que lo oye en el rapidísimo espacio de atravesar el aire para caer sobre él, en el mismo rapidísimo espacio, muda maravillosamente de apariencia; se transfigura, se deshace, se precipita en lluvia de fragantes flores. A los pies de Jesús, entre la nieve, las flores forman como una nube mística, sobre la que el divino cuerpo flotara.

El Señor, mirando las flores que a sus plantas había, hizo sonar los dedos, como quien llama un animal doméstico. Entonces de debajo del manto de flores se levantó, cual si des-

pertara, un perro grande, fuerte y de mirada dulce y noble, de la casta de aquellos que en las sendas del monte San Bernardo van en socorro del viajero perdido.

José Enrique Rodó,
uruguayo.

Recomendar las *Obras completas,* de José Enrique Rodó.

El perro muerto.

Jesús llegó una tarde a las puertas de una ciudad e hizo adelantarse a sus discípulos para preparar la cena. Él, impelido al bien y a la caridad, internóse por las calles hasta la plaza del mercado.

Allí vio en un rincón algunas personas agrupadas que contemplaban un objeto en el suelo, y acercóse para ver qué cosa podía llamarles la atención.

Era un perro muerto, atado al cuello por la cuerda que había servido para arrastrarle por el lodo. Jamás cosa más vil, más repugnante, más impura se había ofrecido a los ojos de los hombres.

Y todos los que estaban en el grupo miraban hacia el suelo con desagrado.

—«Esto emponzoña el aire»—dijo uno de los presentes.

—«Este animal putrefacto estorbará la vía por mucho tiempo»—dijo otro.

—«Mirad su piel»—dijo un tercero—. «No hay un solo fragmento que pudiera aprovecharse para cortar unas sandalias.»

—«Y sus orejas»—exclamó un cuarto—«son asquerosas y están llenas de sangre».

—«Habrá sido ahorcado por ladrón»—añadió otro.

Jesús les escuchó, y dirigiendo una mirada de compasión

al animal inmundo: —«¡Sus dientes son más blancos y hermosos que las perlas!» —dijo.

Entonces el pueblo, admirado, volvióse hacia Él exclamando:

—«¿Quién es éste?» «¿Será Jesús de Nazaret?» «¡Sólo Él podía encontrar de qué condolerse y hasta algo que alabar en un perro muerto!»

Y todos siguieron, avergonzados, su camino, prosternándose ante el Hijo de Dios.

León Tolstoy,
ruso.

Recomendar *Cuentos populares* y *Resurrección,* de León Tolstoy.

Fraternidad humana.

I

El corro.

Si todas las mozas del mundo la mano se quisieran dar,
en torno del mar un gran corro podríase con ellas formar.
Si todos los mozos del mundo quisieran hacerse marinos,
podríase formar con sus barcas un sólido puente larguísimo.
Y entonces en torno del mundo un corro podríase formar,
si todas las gentes del mundo la mano se quisieran dar.

Paul Fort,
francés.

Estatua de la guerra.

(De doña Rebeca Matte.)

Ebria de sangre, loca de fierezas, empina
su fantasmal figura de esfinge y cortesana;
cráteres son sus ojos, y de sus labios mana
el odio como un mar que hacia otro mar camina.

Alienta en Ella el daño. Su agilidad felina
goza de herir sin tregua; la noche, la mañana
oyen caer los frutos dolientes que desgrana
del árbol de las Razas la pérfida asesina.

Su mano —esa nervuda garra que hace la noche—
cifra, como el tridente, descomunal dominio
y una savia eternal sus músculos remoza.

Bajo el pie, tres menacebos, en trágico derroche
de juventud, pregonan el bárbaro exterminio
cabe la Humanidad que se crispa y solloza...

Guillermo Valencia,
colombiano.

Recomendar *Ritos,* de Guillermo Valencia.

B) LITERATURA Y ARTES

Libros y libros.

I

Libros de una hora y libros de siempre.

Todos los libros son divisibles en dos clases: los libros del momento y los libros de siempre. Lo característico de esta distinción no es solamente una cualidad; no es solamente el mal libro el que no dura y el bueno el que dura. Hay una distinción de especie. Hay libros buenos para el momento y libros buenos para siempre; libros malos para el momento y malos para siempre. Debo definir estas dos clases de libros antes de pasar más adelante.

El buen libro del momento, pues yo no hablo de los malos, es simplemente la conversación útil o agradable con una persona con la cual no podéis hablar de otro modo, impresa para vosotros. Es verdaderamente útil con frecuencia, porque os dice lo que necesitáis saber; a menudo agradable, como puede serlo la conversación de un amigo inteligente que tengáis al lado.

Estas brillantes narraciones de viajes, humorísticas e ingeniosas, discusiones y problemas, vivas y patéticas narraciones en forma de novela, descripciones precisas de hechos por los agentes reales que intervinieron en la historia; todos estos libros del momento, que se multiplican entre nosotros conforme la educación se hace más general, son una propiedad peculiar de la edad presente; debemos estarles muy agradecidos y

avergonzarnos de nosotros mismos si no hacemos buen uso de ellos.

Pero haremos el peor uso posible de ellos si les permitimos usurpar el lugar de los libros verdaderos, porque, estrictamente hablando, no son en realidad libros, sino meramente cartas o periódicos bien impresos. Las cartas de nuestros amigos pueden ser deliciosas o necesarias *hoy;* lo que hay que ver es si merecen conservarse. El periódico puede ser enteramente propio para el momento del almuerzo; pero con seguridad no sirve para ser leído durante todo el día. Así, aunque contenida en un volumen, la larga carta que os hace una descripción agradable de las posadas y los caminos y las tormentas durante el último año en cualquier lugar, o que os cuenta cierta historia divertida, o que relata las circunstancias particulares de tales acontecimientos, aunque válida por lo que se refiere a la ocasión, puede no ser en el sentido real de la palabra un «libro», ni en el mismo sentido real una «lectura».

II

Libros eternos.

Un libro es, esencialmente, no una cosa que se refiere, sino una cosa que se escribe, y que se escribe no con el intento de mera comunicación, sino de *permanencia.* El libro de narración se imprime solamente porque su autor no puede hablar a miles de gentes a la vez; si pudiese hacerlo, lo haría. El volumen es mera MULTIPLICACIÓN de su voz. No podéis hablar con vuestro amigo de la India; si pudiéseis, lo haríais; en cambio le escribís; esto es meramente la TRANSMISIÓN de la voz. Pero un libro está escrito, no para multiplicar la voz solamente, no solamente para transportarla, sino para perpetuarla.

El autor tiene algo que decir que percibe como verdadero

y útil o útilmente bello. Hasta donde llegan sus conocimientos sabe que ninguno puede decirlo. Está obligado a exponerlo, clara y melodiosamente, si puede; claramente en todo caso. En el resumen de su vida encuentra que ésta es la cosa o el grupo de cosas manifiestas para él; ésta la parte de verdadero conocimiento, la visión, la cantidad de luz del sol de que le ha sido permitido apoderarse en la tierra. Se sentirá obligado a fijarla en el mundo para siempre, a grabarla en la roca, si puede, diciendo: «Esto es lo mejor de mí; por lo demás, yo he comido, y bebido, y dormido, y amado y odiado, como los otros; mi vida era como el vapor, y ya no existe; pero esto lo he visto y lo conozco; esto, si hay alguna cosa mía que lo sea, es digno de vuestra memoria.» Este es su «escrito»; es, en la pequeñez de sus medios humanos y con cualquier grado de inspiración que exista en él, su inscripción o su escritura. *Esto es un «libro».*

¿Quizá pensáis que jamás se han escrito libros así? Pero de nuevo os pregunto: ¿creéis, por poco que sea, en la honestidad y en la bondad, o pensáis que nunca ha habido una persona honrada y benévola entre las gentes sabias? Ninguno de vosotros, yo lo espero, será tan desdichado que piense así. Pues bien: cualquier trozo de la obra de un hombre sabio, honesta y bondadosamente realizado, será su libro o su fragmento de arte. Estará mezclado siempre con fragmentos malos, mal hechos, redundantes, trabajados con afectación. Pues si leéis con cuidado descubriréis fácilmente los trozos verdaderos *y estos SON el libro.*

III

Cortes de reyes y de reinas.

Ahora bien: libros de esta clase han sido escritos en todas las edades por sus más grandes hombres: por grandes sabios,

grandes hombres de Estado, grandes pensadores. Todos ellos están a nuestra disposición, y la vida es corta.

Habréis oído esto antes; ¿pero habéis medido esta breve vida y sus capacidades? ¿Sabéis, si leéis esto, que no podéis leer aquello, que lo que perdéis hoy no podéis ganarlo mañana? ¿Iréis a conversar con vuestra doncella o vuestro mozo de cuadra, cuando podéis hablar con reinas y reyes; o satisfará la dignidad de la conciencia de vuestros propios derechos al respeto el roce con la voraz y común multitud para entrar aquí, y obtener una audiencia allá, cuando toda la extensión de esta corte eterna os está abierta, con su sociedad amplia como el mundo, múltiple como sus días, lo elegido y lo superior de cada lugar y cada tiempo?

Dentro de ella podéis entrar siempre; en ella podéis elegir compañía y posición conforme a vuestro deseo; después de esto, una vez entrado en ella, no podéis nunca ser arrojado sino por vuestra propia falta; por la aristocracia de vuestros compañeros allí será, seguramente, juzgada vuestra aristocracia propia, y los motivos por los cuales aspiráis a ocupar un alto lugar en la sociedad de los vivos serán medidos, con toda la verdad y sinceridad que hay en ellos, por el puesto que deseéis ocupar en esta compañía de los muertos.

«El puesto que deseéis», y el puesto para que sirváis, debo decir también; porque, observad: esta corte del pasado difiere de toda la aristocracia viva en esto: está abierta al trabajo y al mérito, pero a nada más. No seduce la riqueza, no intimida el nombre, no engaña el artificio al guardián de estas puertas elíseas.

En el sentido profundo de la palabra, ninguna persona vil o vulgar ha entrado allí. Para los porteros de este silencioso Faubourg Saint Germain, la cuestión es breve: «—¿Merecéis entrar? Pasad. ¿Queréis ser compañero de los nobles? Hacéos noble, y lo seréis. ¿Aspiráis a la conversación del sabio? Aprended a comprenderle, y le podréis oír. Pero en otros términos, no. Si no queréis elevaros hasta nosotros, no podemos descender hasta vosotros. El señor vivo puede afectar cortesía;

el filósofo vivo puede explicaros su pensamiento con penosa consideración; pero nosotros no podemos ni fingir ni explicar; debéis elevaros al nivel de nuestros pensamientos si queréis ser alegrados por ellos, y participar de nuestros sentimientos si queréis reconocer nuestra presencia.»

Esto, pues, es lo que tenéis que hacer, y admito que es mucho. Debéis, en una palabra, amar a estas gentes si queréis estar entre ellas. La ambición no es de ninguna utilidad. Desprecian vuestra ambición. Debéis amarlas y demostrar vuestro amor de los dos modos siguientes: por un verdadero deseo de ser enseñados por ellos y de entrar en sus pensamientos. Entrar en los suyos, advertir, no encontrar los vuestros expresados por ellos. Si la persona que escribe el libro no es más sabia que tú, no necesitas leerlo; si lo es, pensará de un modo diferente que tú en muchos aspectos.

IV

Humildad hacia los pensadores.

Con mucha facilidad decimos de un libro: «¡Qué bueno es esto; es exactamente lo que yo pienso!» Pero el sentimiento justo es: «¡Qué extraño es esto! Nunca lo he pensado antes, y, sin embargo, veo que es la verdad; o, si no lo veo ahora espero verlo algún día!»

Pero pensado tan humildemente o no, al menos estad seguros de que acudís al autor para aprender su pensamiento, no para encontrar el vuestro. Juzgadle después si os creéis aptos para hacerlo; pero comprendedle primero.

Y estad seguros también, si el autor vale algo, de que no lograréis entenderlo de una vez, sino que a su *total* significación no podréis por largo tiempo llegar en modo alguno. No porque no os diga lo que desea, y con vigorosas palabras además, sino porque no puede decirlo del todo, y lo que es

más extraño, no quiere decirlo sino de un modo secreto y por medio de parábolas para asegurarse de lo que deseáis.

Yo no puedo descubrir completamente la razón de esto ni analizar esta cruel reticencia del corazón de los sabios, que hacen siempre obscuros sus más profundos pensamientos. No os los ofrecen a modo de auxilio, sino de premio, y quieren estar seguros de que los merecéis antes de permitiros alcanzarlos.

Pero ocurre lo mismo con el símbolo físico de la sabiduría, el oro. Os parece, y me parece a mí, que no hay razón para que las fuerzas eléctricas de la tierra no conduzcan a las cumbres de las montañas el oro que tienen dentro, de tal modo que los reyes y el pueblo puedan saber que todo el oro que pueden obtener está allí, y sin la molestia de cavar, ni ansiedad, ni gasto de tiempo, puedan obtener y acuñar cuanto necesiten. Pero la Naturaleza no se conduce así. Lo deposita en algunas hendiduras de la tierra, nadie sabe dónde; podéis cavar durante mucho tiempo y no encontrar nada; debéis cavar penosamente para encontrar algo.

Y pasa precisamente lo mismo con los mejores de los hombres sabios. Cuando os dirigís a un buen libro debéis preguntaros: «¿Estoy dispuesto a trabajar como un minero australiano? ¿Están mis picos y azadones en buen orden, y estoy yo mismo en buena disposición, con mis mangas hasta el codo, y están buenos mi aliento y mi sangre?» Manteniendo la figura por más largo tiempo, aun a costa de hacerme enojoso, porque es de verdadera utilidad, si el metal que buscáis es la significación o el alma del autor, sus palabras son como la roca que tenéis que romper y fundir con el fin de obtenerla.

Y vuestras azadas son vuestro cuidado, ingenio y ciencia; vuestro horno de fundición es vuestra propia alma pensante. No esperéis obtener ninguna buena interpretación del autor sin estas herramientas y este fuego; con frecuencia necesitaréis los más agudos y finos instrumentos y la fusión más paciente antes de que podáis obtener un grado de metal.

Y por esto, ante todo, os digo, cierta y autoritariamente

(sé que estoy en lo firme), que debéis conseguir el hábito de mirar intensamente a las palabras y aseguraos de su significación, sílaba por sílaba; aún más, letra por letra.

Porque aunque es sólo por razón de la oposición de las letras a los sonidos en función de signos por lo que el estudio de los signos se llama «literatura», y un hombre versado en ella es llamado por el ascenso de las naciones, un hombre de letras en vez de un hombre de libros o de palabras, podéis, sin embargo, conexionar con esta nomenclatura accidental este hecho real: que podrías leer todos los libros del British Museum (pudiéndose vivir bastante tiempo) y seguir siendo enteramente «iletrado», una persona ineducada; pero que si leéis las páginas de un buen libro letra por letra, es decir, con verdadera exactitud, seréis para siempre, en cierto modo, una persona educada.

Juan Ruskin,
inglés.

Rocomendar *Sésamo y Azucenas* y *Etica del burro,* de Juan Ruskin.

Elogio de la palabra.

Dice Raimundo Lulio que todo cuanto se puede sentir por los cinco sentidos corporales, todo es maravilla; pero que como el hombre siente a menudo las cosas corporalmente, por esto no se maravilla; y que lo mismo sucede con las cosas espirituales que el hombre puede entender.

Así, pues, yo creo que la palabra es la maravilla mayor del mundo, porque en ella se abrazan y confunden toda la mararavilla corporal y toda la maravilla espiritual de nuestra naturaleza.

Parece que la tierra use de todas sus fuerzas en llegar a producir el hombre como a más alto sentido de sí misma; y

que el hombre use toda la fuerza de su ser en producir la palabra.

Veis al hombre en su silencio y os parece nada más que un ser animal, más o menos perfecto. Pero poco a poco se animan sus facciones, un principio de expresión ilumina sus ojos con una luz espiritual; muévense sus labios, vibra el aire en una variedad sutil, y esta vibración material, materialmente percibida por el sentido, trae en sí esta cosa inmaterial, desveladora del espíritu: la idea.

¡Cómo! Oís el rumor del viento, y el ruido del agua, y el fragor del trueno, que dejan en vuestro espíritu una gran vaguedad de sentimiento, y basta con que un niño muy pequeño, que apenas se hace oír, diga suavemente: ¡Madre!, para que ¡oh maravilla!, todo el mundo espiritual vibre vivamente en el fondo de vuestras entrañas. Un sutil movimiento del aire os hace presente la inmensa variedad del mundo y suscita en vosotros un fuerte presentimiento de lo infinito y desconocido.

¡Cosa sagrada! Dice San Juan que en el principio era la palabra, y que la palabra estaba en Dios, y la palabra era Dios, y que por ella fueron hechas todas las cosas, y que la palabra se hizo carne y habitó en nosotros. ¡Qué abismo de luz!

¡Con qué santo temor deberíamos hablar, pues! Habiendo en la palabra todo el misterio y toda la luz del mundo, deberíamos hablar como encantados, como deslumbrados. Porque no hay nombre, por ínfima cosa que represente, que no haya nacido en un instante de inspiración, reflejando algo de la luz infinita que engendró el mundo. ¿Cómo podemos, pues, hablar tan fríamente y en tal abundancia? Por esto solemos escucharnos unos a otros con tanta indiferencia, porque el hábito del demasiado hablar y del demasiado oír embota en nosotros el sentimiento de la santidad de la palabra. Deberíamos hablar mucho menos y sólo por un profundo anhelo de expresión; entonces el espíritu en su plenitud se estremece, y las palabras brotan como las flores en la primavera. Cuando una rama no puede más con la primavera que lleva dentro, entre

la abundancia de las hojas brota una flor como expresión maravillosa. ¿No véis en la quietud de las plantas su admiración de florecer? Así nosotros cuando brota en nuestros labios la palabra verdadera.

Aprended a hablar del pueblo, no del pueblo vano que congregáis en torno de vuestras palabras vacías, sino del que se forma en la sencillez de la vida ante Dios solo. Aprended de marineros y pastores.

¡Cuánto contemplar unos y otros en silencio la majestad del mundo, allí donde el espíritu alienta con ritmo libre y grande! ¡Cuánta inmensidad han reflejado sus ojos, cuánta hermosura de cielo azul y prado verde, y del mar que muda fácilmente el color como el rostro de una virgen, y claridades de luna y de sol, y las nieblas grises, y la cortina de las lluvias! ¡Cuánto ha sonado en sus oídos y cuántas rítmicas oleadas, y los truenos que se acercan y se alejan, y el mugir de los bueyes en la soledad! ¡Cuánto olor de agua salada y de hierba han respirado, y cómo sus sentidos han sido amorosamente tocados por todas las cosas puras! Sus facciones están como encantadas de ello y hablan rara vez; pero si hablan, sus palabras vienen llenas de sentido.

Y cuando los poetas sepan enseñaros ese lenguaje simple y sublime, haciéndoos olvidar todo otro en su olvido, entonces llegará su reino y todos hablaremos encantados en la música creadora. Todos hablaremos como cantando, con voz brotada de la tierra de cada uno; y desdeñando el artificio de las lenguas, todos nos entenderemos en aquello en que debemos entendernos; que en lo demás, ¿qué importa? Nos entenderemos sólo por el amor del hablar; porque en amor, medio entender una palabra es entender mucho más que entenderla del todo; porque en la media inteligencia, el amor puede trabajar más. Y no hay más lengua universal que ésta.

Pues ¿qué quiere decir lengua universal sino comunicación del alma universal por la palabra? Y si el alma universal se manifiesta por la belleza amorosa que traspira toda la creación y habla en cada tierra por la boca de los hombres que

ella misma se ha hecho en su amoroso esfuerzo, claro está que la verdadera expresión universal única será aquella tan variada como la variedad misma de las tierras y sus gentes. Y en ella se entenderán los hombres por la sola armonía natural de la palabra viva y pura, y en lo que se entiendan se enterderán de veras, en voz y en espíritu, mientras que ahora la mutua inteligencia, por superficiales palabras aprendidas lejos del amor, es un entenderse sin entenderse; piensan los hombres que se entienden y no se entienden, y menos se entienden cuanto más piensan entenderse.

Porque si dos hombres se hablan en lengua aprendida, puede ser que se entiendan muy bien en las cosas más vanas; pero allí donde empieza a palpitar la vida de lo hondo, allí mismo dejarán de entenderse; porque cada tierra comunica a las más substanciales palabras de sus hombres un sentido sutil que no hay diccionario que lo explique ni gramática que lo enseñe. Y así, aquellos dos hombres dirán la misma palabra, que sonará igual por fuera, y creerán haberse entendido; pero en el fondo de cada alma el canto será muy otro.

Juan Maragall,
español.

Recomendar las *Obras completas*, de Juan Maragall.

Valor de la poesía.

¿Quién es el ignorante que sostiene que la poesía no es necesaria a los pueblos? Hay gentes de tan corta vista mental que creen que toda la fruta se acaba en la cáscara.

La poesía que congrega o disgrega, que fortifica o angustia, que apuntala o derriba las almas, que da o quita a los hombres la fe y el aliento, es más necesaria a los pueblos que la industria misma, pues ésta les proporciona el modo de subsis-

tir mientras que aquélla las da el deseo y la fuerza de la vida.

¿A dónde irá un pueblo de hombres que haya perdido el hábito de pensar con fe en la significación y el alcance de sus actos? Los mejores, los que unge la Naturaleza con el sacro deseo de lo futuro, perderán en un aniquilamiento doloroso y sordo todo estímulo para sobrellevar las fealdades humanas; y la masa, lo vulgar, la gente de apetitos, los comunes, procrearán sin santidad hijos vacíos, elevarán a facultades esenciales lo que debe servirles de meros instrumentos y aturdirán con el bullicio de una prosperidad siempre incompleta la aflicción irremediable del alma, que sólo se complace en lo bello y grandioso.

José Martí,
cubano.

La poesía popular.

La poesía popular me parece la suprema escuela. La poesía popular no es un género, sino un estado de la poesía, así como el pueblo no es esta o aquella gente, sino un estado colectivo del espíritu humano en que todos nos encontramos en uno u otro momento.

La esencia de la poesía popular está, no en que el inventor de una canción, por ejemplo, sea éste o aquél, ni en que su inspiración haya sido más alta o más baja, más culta o más grosera, sino en el hecho de que la obra nazca por imitación de otras semejantes y después vaya pasando por tradición oral de boca en boca, y que así, por olvidos sufridos al ser repetida, y con las nuevas inspiraciones con que se supla lo olvidado, vaya la canción adaptándose al espíritu común del pueblo.

De este modo, poniendo cada uno en ella algo de la inspiración del momento en que la canta, los momentos de genio poético, que no hay hombre que no tenga, van aglutinándose en la canción, al paso que va cayendo en el olvido lo que por

insignificante se retiene menos; y así, cayendo la escoria y aglutinándose el oro, hay canciones que llegan a ser oro puro.

La esencia, pues —y la excelencia—, de la canción popular consiste en ser imitada, colectiva y sucesiva; esto es, colectiva por sucesión de las inspiraciones individuales en que el genio del pueblo se manifiesta. Y la verdad es que siempre que se dice pueblo en el mejor sentido de la palabra, no se puede querer decir sino esto: la suma de los momentos individuales de gracia de la multitud anónima (en que humildemente dejan comprenderse el sabio con el ignorante, el rey con el pastor), filtrada por la misma multitud y el tiempo de trivialidades y groserías.

Y ahora observad cómo dentro de esa gestación de la poesía popular se realizan por la naturaleza misma de las cosas las condiciones que hemos reconocido en nuestro ideal de poesía. La espontaneidad; porque el pueblo, individualmente, sólo canta cuando le sale de adentro; la pureza, porque no suele cantar con segundos fines, sino sólo para embellecer el momento; la sinceridad, porque abandonándose a una humilde repetición, sólo añade o varía lo que le salta imprevisto y con gracia.

¿Por qué no hacernos, pues, todos pueblo y sólo pueblo para la poesía? ¿Por qué ese afán de inmortalizar la pobreza y la impureza de nuestras obras en hojas estampadas que las cierran a toda penetración, colaboración y embellecimiento?

¡Ah!, bien lo sé; es que aquello es nuestro, todo nuestro, y de nadie más, como nuestro hijo. Es el misterio de la lucha por la individualidad...

Pues bien, sí; ya que su instinto misterioso tan fuertemente nos solicita, algún camino grande habrá en él y a éste corresponderá el afán de unidad y sentido personal para toda obra maestra.

Pero al menos, para salvarla de un excesivo espíritu de soberbia que en nuestra limitación humana podría ser mortal para nosotros y para ella, pongamos ante nuestros ojos esa verdad: que la poesía de imitación, la colectiva, la anónima, la

popular es lo que más se acerca a lo que la poesía ha de ser: el ritmo de la creación vibrando a través de la Tierra en la palabra humana; un camino de Dios, entre tantos que, por la complejidad del caso, necesita...

Juan Maragall,
español.

La canción triste.

D'aquel hombre extraño
que esta mañanica se arremaneció,
la gente en un corro
s'apiña alreor.

Páece que de tierras lejanas al probe
dista aquí llegó;
tié la barba blanca,
los ojos azules y durce la vos...
¡los ojos azules y hundíos, que miran
que da compasión!

De tóico lo c'abla
ni una palabrica siquiá se entendió;
pero entorna los ojos y, triste,
canta una canción...
¡más triste!.. ¡más triste!..
¡como nunca de triste se oyó!

Mienta cosas, cantando, que naide,
por aquello q'ice sabe lo que son;
unas palabricas llenas d'amargura
y otras palabricas llenas de dulzor...

pero por el dejo tan triste, tan triste,
llega al corazón
y es verdá que nenguno lo entiende,
¡pero lloran tós!

Páece c'habla mentando su tierra,
y quereres c'allí se dejó...
páece c'habla d'hijos y c'habla de nietos
y d'argo c'al cielo se llevara Dios...
y se esjarra su pecho en quejíos
ca ves que se güelve pa ande sale el sol
y se ve que se mojan sus ojos
y se siente que tiembla su vos.

Mocicos y viejos
sienten la canción
del tonico triste,
como nunca triste se oyó;
y es verdá que nenguno la entiende,
¡pero lloran tós!

Vicente Medina,
español.

Recomendar las obras de Vicente Medina.

Estilo obscuro.

Pensamiento obscuro.

Todo debe ser sacrificado a la claridad. Otra cualquiera circunstancia o condición, como la pureza, la medida, elevación y la delicadeza, debe ceder a la claridad. ¿No es esto bastante? Pues para los puristas lo siguiente: «Más vale ser censurado de un gramático que no ser entendido».

Es verdad que toda afectación es vituperable; pero sin temor se puede afectar ser claro. La única afectación excusable será la de la claridad. No basta hacerse entender; es necesario aspirar a no poder dejar de ser entendido.

Sí; lo supremo es el estilo sobrio y claro. Pero, ¿cómo escribir sobrio y claro cuando no se piensa de este modo? El estilo no es una cosa voluntaria, y ésta es la invalidación y la inutilidad —relativas— de todas las reglas. El estilo es una resultante... fisiológica.

Cuando el estilo es obscuro, hay motivos para creer que el entendimiento no es neto. «Estilo obscuro, pensamiento obscuro». Se dice claramente lo que se escribe del mismo modo, a no ser que haya razones para hacerse misterioso.

¡Admirable de exactitud y de penetración! Recomendamos la sencillez y tornamos a recomendarla. ¿Qué es la sencillez en el estilo? He aquí el gran problema. Vamos a dar una fórmula de la sencillez.

La sencillez, la dificilísima sencillez, es cuestión de método. Haced lo siguiente y habréis alcanzado de un golpe el gran estilo: colocad una cosa después de otra. Nada más; esto es todo. ¿No habéis observado que el defecto de un orador o de un escritor consiste en que coloca unas cosas dentro de otras, por medio de paréntesis, o de apartados, de incisos y de consideraciones pasajeras e incidentales?

Pues bien, lo contrario es colocar las cosas-ideas, las sensaciones, unas después de otras. «Las cosas deben colocarse, —dice Benjaramo— según el órden en que se piensan, y darles la debida extensión. Mas la dificultad está... en pensar bien. El estilo no es voluntario; el estilo es una resultante fisiológica

Azorín,
español.

Recomendar las obras de Azorín.

El consuelo en la música.

Este es el título de un *lied* de Schumann, y me recuerda siempre la frase que, en *Berenice*, pone Edgard Poe en labios de su héroe triste y extravagante, quien la toma, según se dice, de Ebn Zaiat: —«Mis compañeros me aseguraban que, visitando la tumba de mi amiga, encontraría algún consuelo de mi pena.»

Siempre he considerado la música, en cualquiera de sus formas, como un consuelo; quiero decir que, aunque mi espíritu no fuera presa de una pena presente definitiva, toda visita a la música, decidida por súbito impulso, parecíame hecha para consolar una pena latente, posible, futura, y jamás abandoné la música sin sentirme reconfortado, aun cuando hubiese ido a ella sin tener nada preciso de qué lamentarme.

Hay tal vez, en el fondo de toda música, una Berenice parecida a la que todos hemos perdido, ideas, ilusiones o mujeres, que duerme esperando que nuestra visita a su tumba alivie nuestras penas conscientes o inconscientes.

Quien menos se figura tener de qué quejarse siempre tiene algo que lamentar. Y a su alcance está la música, ese río que todos bordeamos siempre dispuestos a arrastrar con el ritmo inmortal de sus ondas los recuerdos que a él arrojemos; río que el hombre desvió de lo infinito y apresó para su dolor y su gozo. Es el río del hombre; es, cuando menos, su afluente enteramente suyo. Y así como supo obligar al torrente a ceder su fuerza salvaje a sus fábricas de luz y de fuerza, así también supo obligar al raudal de música a condensarse en un consuelo siempre dispuesto a reavivar las energías de su alma.

Amar la música es poseer una de esas centrales de fuerza a orillas del gran afluente que iba a perderse en el flúido vital universal antes de que el genio humano fijara en la orquesta

su electricidad. Amar la música es conocer el secreto del consuelo, es saber dónde se halla la tumba de Berenice y poder encaminarse hacia ella desde el momento en que se siente la necesidad; es poder comparar la calidad de su melancolía con el eterno modelo de melancolía que duerme en las ondas de la música, y toda comparación de dolores es una diminución de dolor.

El dolor es la desavenencia entre nuestro ritmo individual y el ritmo universal. El amor es una tentativa que hace nuestro ritmo individual para convertirse, a pesar de la limitación de nuestros sentidos, en ritmo universal.

La música arrastra nuestra pequeña desavenencia en su inmenso movimiento, anulándola; la música nos eleva por encima de nosotros y nos confunde con el amor, y así nos libra del dolor.

Camille Manclair,
francés.

Recomendar *Religión de la música* e *Historia de la música,* por Camille Manclair.

Las canciones populares.

(Fragmento de «Juan Cristóbal»).

Gottfried sonreía con los ojos medio cerrados y la boca entreabierta; su doliente rostro presentaba un conjunto de tristeza y seriedad indecibles. Cristóbal, apoyado en los codos, se puso a observarle. Iba cayendo la noche, y el rostro de Gottfried se iba borrando poco a poco. Reinaba el más profundo silencio. Cristóbal se sintió invadido, a su vez, por las misteriosas impresiones que se reflejaban en la cara de Gottfried, y cayó en una especie de vaga somnolencia.

La tierra se hallaba oculta en la sombra; pero el cielo pa-

recía iluminado por las estrella que iban saliendo. Las pequeñas ondas del río lamían suavemente la orilla. El niño, adormilado, mascaba, sin verlos, pequeños tallos de hierba. Muy cerca de él cantaba un grillo, y se figuró que se iba a quedar dormido.

De pronto, en medio de la obscuridad, echó a cantar Gottfried. Cantaba con voz débil, velada y como interior; no hubiera podido oírsele a veinte pasos de distancia. Pero se notaba en ella una sinceridad conmovedora; hubiérase dicho que pensaba en voz alta y que a través de aquella música, como a través de un agua transparente, se hubiera podido leer en el fondo de su corazón.

Jamás había oído Cristóbal cantar de aquel modo y jamás había oído una canción semejante. Era lenta, sencilla, infantil, de ritmo grave, triste y algo monótomo, sin acelerarse nunca, con prolongados silencios, después de los cuales reanudaba su marcha sin pensar en el punto de llegada, e iba a perderse en la noche. Parecía venir de muy lejos e ir no se sabe adonde. Su serenidad estaba llena de turbación, y bajo su aparente calma adivinábase una angustia secular.

Cristóbal no respiraba ni se atrevía a moverse; la emoción le había paralizado. Cuando hubo acabado se arrastró hacia Gottfried, y le dijo con la garganta oprimida:

—¡Tío!...

Gottfried no respondió.

—¡Tío!—repitió el niño apoyando las manos y la barba en las rodillas de Gottfried.

Éste le dijo con voz afectuosa:

—Hijo mío...

—¿Qué es eso tío? ¡Dime! ¿Qué es lo que has cantado?

—No lo sé.

—¡Dime lo que es!

—No lo sé; es una canción.

—¿Es una canción tuya?

—¡No, no es mía! ¡Vaya una idea!... Es una canción antigua.

—¿Quién la ha compuesto?

—No se sabe...

—¿Cuando?

—No se sabe...

—¿Cuando tú eras pequeño?

—Antes de que yo naciera, y de que naciera mi padre, y el padre de mi padre, y el padre del padre de mi padre... Siempre ha sido así...

—¡Qué cosa más extraña! Nadie me ha hablado nunca de ello.

Después de un momento de reflexión, añadió:

—Tío, ¿sabes otras?

—Sí.

—¿Quieres cantarme otra?

—¿Para qué cantar otra? Con una basta. Se canta cuando se tiene necesidad de cantar. No hay que cantar para divertirse.

—Pero, sin embargo, cuando se hace música...

—Esto no es música.

El niño se quedó pensativo porque no comprendía muy bien. Sin embargo, no pidió explicaciones. Es verdad que aquello no era música, es decir, música como las demás. Luego, repuso:

—Tío. ¿Es que tú has hecho alguna vez...?

—¿Qué?

—¡Canciones!

—¿Canciones? ¡Oh! ¿Cómo me las arreglaría para ello? Eso no *se hace*.

El niño insistía en su lógica habitual:

—Pero, tío, eso ha debido hacerse, sin embargo, la primera vez.

Gottfried movía la cabeza con obstinación:

—Eso ha sido siempre así.

El niño volvía a la carga:

—Pero, tío ¿es que no se pueden hacer otras nuevas?

—¿Para qué? Las hay para todo: para cuando uno está

triste; para cuando está fatigado; para cuando se piensa en la casa que está lejos; para cuando le desprecian a uno porque ha sido un vil pecador y un gusano de la tierra; para cuando se tienen ganas de llorar porque la gente se ha mostrado buena con uno, y para cuando se siente el corazón alegre porque hace buen tiempo y se ve el cielo de Dios, el cual es siempre bueno y parece que nos sonríe... Las hay para todo, para todo. ¿A qué, pues, hacer otras?

—¡Para ser un gran hombre!—dijo el niño, imbuído en las lecciones de su abuelo y dominado por sus cándidos sueños.

Gottfried sonrió con dulzura. Cristóbal le preguntó, algo molesto:

—¿Por qué te ries?

Gottfried dijo:

—¡Oh! yo no soy nadie.

Y, acariciando la cabeza del niño, preguntó:

—¿Quieres ser tú, pues, un grande hombre?

—Sí, —respondió con altivez Cristóbal.

Se figuró que Gottfried iba a admirarle; pero éste le respondió:

—¿Para qué?

—¡Para hacer lindas canciones!

Gottfried se sonrió de nuevo, y dijo:

—Quieres hacer canciones para ser un gran hombre; y quieres ser un gran hombre para hacer canciones. Eres como un perro que da vueltas para cogerse la cola.

Cristóbal quedó muy resentido. En cualquier otro momento no hubiera soportado que su tío, de quien acostumbraba burlarse, se burlase de él a su vez. Y, al mismo tiempo, jamás hubiera creído que Gottfried pudiese ser bastante inteligente para ponerle en grave apuro con su razonamiento. Buscó un argumento o una impertinencia que responderle y no encontró nada. Gottfried seguía diciendo:

—Aun cuando fueras tan grande como desde aquí a Coblenza, jamás harías una sola canción.

Cristóbal se rebeló:

—¿Y si quiero hacerlas?

—Cuanto más quieras menos podrás. Para hacerlas es preciso ser como esto. Escucha...

Había salido la luna, redonda y brillante, detrás de los campos. Flotaba al ras del suelo y sobre las movibles aguas una bruma de plata. Cantaban las ranas y se oía en los prados la flauta melodiosa de los sapos. El agudo trémolo de los grillos parecía responder a la titilación de las estrellas. Murmuraba mansamente el viento en las ramas de los olmos y bajaba de las colinas que dominaban el río el delicado canto del ruiseñor.

—¿Qué necesidad tienes de cantar? —suspiró Gottfried, tras de un largo silencio. (No se sabía si hablaba consigo mismo o con Cristóbal.)— ¿Acaso no cantan mejor éstos que todo lo que tú puedas cantar?

Cristóbal había oído muchas veces todos aquellos rumores de la noche y les tenía gran cariño; pero jamás los había oído de aquel modo. Es verdad. ¿Qué necesidad había de cantar?... Sentíase el corazón lleno a un tiempo de ternura y de pesar. Hubiera querido besar los prados, el río, el cielo, las deliciosas estrellas.

. . . .

Desde aquel día fueron con frecuencia a pasearse juntos por la noche, y caminaban sin hablar a lo largo del río o a través de los campos. Gottfried le hablaba de las estrellas y de las nubes; enseñábale a distinguir los rumores de la tierra, del aire y del agua; los cantos, los gritos, los ruidos de los seres que vuelan, se arrastran, saltan o nadan, hormigueando en las tinieblas; los signos precursores de la lluvia y del buen tiempo y los innumerables instrumentos de la sinfonía de la noche.

A veces cantaba Gottfried canciones tristes o alegres; pero siempre del mismo género, y Cristóbal experimentaba siempre, al oírle, la misma turbación. Pero nunca cantaba más de una canción por noche; y Cristóbal había observado que no

cantaba con gusto cuando se lo pedía; era preciso que saliese de adentro y que él mismo sintiese ganas de cantar.

Romain Rolland,
francés.

Recomendar *Juan Cristóbal* y las *Vidas*, de Romain Rolland.

El canto.

Una mujer está cantando en el valle. La sombra que llega la borra; pero su canción la yergue sobre el campo.

Su corazón está hendido, como su vaso que se trizó esta tarde en las guijas del arroyo. Mas ella canta; por la escondida llaga se aguza pasando la hebra del canto, se hace delgada y firme. En una modulación la voz se moja de sangre.

En el campo ya callan, por la muerte cotidiana, las demás voces, y se apagó hace un instante el canto del pájaro más rezagado. Y su corazón sin muerte, su corazón vivo de dolor, recoge las voces que callan, en su voz, aguda ahora, pero siempre dulce.

¿Canta para un esposo que la mira calladamente en el atardecer, o para un niño al que su encanto endulza? ¿O canta para su propio corazón, más desvalido que un niño solo al anochecer?

La noche que viene se materniza por esa canción que sale a su encuentro; las estrellas se van abriendo con humana dulzura; el cielo estrellado se humaniza y entiende el dolor de la Tierra.

El canto puro como un agua con luz, limpia el llano, lava la atmósfera del día innoble en el que los hombres se odiaron. ¡De la garganta de la mujer, que sigue cantando, se exhala y sube el día, ennoblecido, hacia las estrellas!

Gabriela Mistral,
chilena.

La Venus de Milo.

(Fragmento.)

El ojo humano no ha contemplado jamás formas tan perfectas como las de la Venus de Milo. Sus cabellos, negligentemente atados, ondulan como las ondas de un mar en reposo. Ligeras cintas de pelo recortan su frente, ni muy arriba ni muy abajo, haciéndonos concebir que es ella la morada de un pensamiento divino, único, inmutable. Sus ojos se hunden bajo la arcada profunda de las pestañas, que los cubren con su sombra y los dotan de la sublime ceguera de los dioses, cuya mirada, ciega para el mundo exterior, retira de ella la luz para difundirla por todos los puntos de su ser. Su nariz se une a la frente por el contorno recto y puro que constituye la línea de la belleza. A su boca entreabierta y cruzada por los ángulos anima el clarobscuro que proyecta sobre ella el labio superior y exhala el soplo no interrumpido de la vida inmortal. El ligero movimiento de la boca acusa la redondez grandiosa de la barba, imperceptiblemente aplanada por debajo.

Fluye la belleza de su cabeza divina, y se esparce por todo el cuerpo como una claridad.

Su cuello no afecta las blandas inflexiones del cisne, con las que la estatuaria profana dota a sus Venus, y es recto, firme, casi redondo, como una columna que soporta un busto. Las estrechas espaldas desarrollan, como contraste, la armonía de un seno digno, como el de Helena, de servir de modelo para las copas del altar, seno dotado de virginidad eterna, seno que el amor no ha fatigado, desflorándolo con sus labios, y en el que los catorce hijos de Niobe podrían beber sin alterar el contorno. Su torso ofrece los planos sencillos y cadenciosos que marcan las divisiones de la vida. Su pierna derecha,

doblada por exigirlo así la posición artística de la diosa, prolonga su ondulación hasta el paño resbaladizo que la rodilla echa hacia adelante y deja caer en pliegues majestuosos. La belleza sublime es la hermosura inefable. Únicamente sería digna de celebrar esa real Venus la lengua de Homero y de Sófocles; la grandeza del ritmo helénico podría sólo insinuar sus formas perfectas sin degradarlas.

¿Con qué palabras expresaremos en nuestra lengua la majestad de ese mármol, tres veces sagrado, la atracción mezclada de terror que inspira el ideal soberbio e ingenuo que revela? Es menos misterioso el rostro ambiguo de las Esfinges que esa cabeza joven, tan natural en la apariencia. Por una parte, exhala su perfil exquisita dulzura; por otra, la boca contrae su contorno y el ojo adquiere la oblicuidad de desdeñosa desconfianza; pero contempladla de frente y, apaciguada la figura, sólo expresa la confianza en la victoria y la plenitud de la felicidad...

¿Quién al entrar en el Louvre, en la sala en que reina la diosa, no siente ese santo terror —deisadaimonia— de que hablan los griegos?

Su actitud es soberbia, casi amenazadora. La alta felicidad que expresa su rostro, esa felicidad inalterable que saca de su esencia un ser perfecto, nos consterna y nos humilla.

Carece de esqueleto ese cuerpo soberbio; no hay lágrimas en esos ojos ciegos, ni entrañas en ese tórax, por el que circula la sangre con la calma y con la regularidad que la savia en las plantas.

Pertenece a la raza de piedra de Deucalión y no a la familia de sangre y lágrimas que engendró a Eva. Nos hace recordar el Himno de Apolo, atribuído a Homero, en el que sonríe esta estrofa con olímpico desprecio, con serenidad cruel: «Y las Musas a coro, contestando con sus hermosas voces, empiezan a cantar los dones eternos de los dioses y las miserias infinitas de los hombres, los que, cuando place a los Inmortales, viven insensatos e impotentes y no encuentran remedio contra la muerte ni defensa contra la vejez».

Dejemos que el encanto obre sobre nosotros, ya que os fatigan las dudas y las angustias del pensamiento moderno; descansad al pie del mármol augusto como a la sombra de una encina antigua.

Pronto profunda paz circulará por vuestra alma. La estatua os envolverá en sus lineamientos solemnes y sentiréis como si os abrazaran sus ausentes brazos. Os elevará con suavidad a la contemplación de la belleza pura y comunicará a vuestro ser su serena vitalidad. La luz y el orden penetrarán en vuestro espíritu, obscurecido por vanos pensamientos, obstruído por fantasmas gigantescos, y vuestras ideas tomarán el giro sencillo de los pensamientos antiguos.

Creeréis entonces asistir a la aurora del mundo, cuando el hombre adolescente hollaba con pie ligero la primitiva tierra, cuando la risa sonora de los dioses resonaba bajo las bóvedas del Olimpo como fugitivo trueno en un cielo azul.

Paul de Saint-Víctor,
francés.

C) LA VIDA SUPERIOR

La cámara escondida.

Era un rey patriarcal, en el Oriente indeterminado e ingenuo, donde gusta hacer nido la alegre bandada de los cuentos. Vivía su reino la candorosa infancia de las tiendas de Ismael y los palacios de Pilos. La tradición le llamó después en la memoria de los hombres el Rey Hospitalario.

Inmensa era la hospitalidad del rey. A desvanecerse en ella tendía, como por su propio peso, toda la desventura. A su hospitalidad acudían lo mismo por blanco pan el miserable que el alma desolada por el bálsamo de la palabra que acaricia. Su corazón reflejaba, como sensible placa sonora, el ritmo de los otros. Su palacio era la casa del pueblo. Todo era libertad y animación dentro de este augusto recinto, cuya entrada nunca hubo guardas que la vedasen.

En los abiertos pórticos formaban corro los pastores, cuando consagraban a rústicos conciertos sus ocios; platicaban al caer la tarde los ancianos, y frescos grupos de mujeres disponían sobre trenzados juncos las flores y los racimos de que se componía únicamente el diezmo real. Mercaderes de Ofir, buhoneros de Damasco, cruzaban a todas horas las puertas anchurosas y ostentaban en competencia, ante las miradas del rey, las telas, las joyas, los perfumes. Junto a su trono reposaban los abrumados peregrinos. Los pájaros se citaban al mediodía para recoger las migajas de su mesa, y, con el alba, los niños llegaban en bandadas bulliciosas al pie del lecho en que dormía el rey de barba de plata y le anunciaban la presencia del Sol.

Lo mismo a los seres sin ventura que a las cosas sin alma

alcanzaba su liberalidad infinita. La Naturaleza sentía también la atracción de su llamado generoso: vientos, aves y plantas parecían buscar —como en el mito de Orfeo y en la leyenda de San Francisco de Asís— la amistad humana de aquel oasis de hospitalidad. Del germen caído al ocaso brotaba y florecía, en la juntura de los pavimentos y los muros, los alhelíes de las ruinas, sin que una mano cruel los arrancase ni los hollara un pie maligno. Por las francas ventanas se tendían al interior de las cámaras del rey las enredaderas osadas y curiosas. Los fatigados vientos abandonaban largamente sobre el alcázar real su carga de aromas y armonías. Empinándose desde el vecino mar, como si quisieran ceñirle en un abrazo, le salpicaban las olas con su espuma.

Y una libertad paradisial, una inmensa reciprocidad de confianzas mantenían por dondequiera la animación de una fiesta inextinguible...

Pero dentro, muy dentro, aislada del alcázar ruidoso por cubiertos canales, oculta a la mirada vulgar —como la perdida iglesia de Uhland en lo esquivo del bosque—, al cabo de ignorados senderos, una misteriosa sala se extendía, en la que a nadie era lícito poner la planta sino al mismo rey, cuya hospitalidad se trocaba en sus umbrales en la apariencia de ascético egoísmo.

Espesos muros la rodeaban. Ni un eco de bullicio exterior, ni una nota escapada al concierto de la Naturaleza, ni una palabra desprendida de los labios de los hombres lograban traspasar el espesor de los sillares de pórfido y conmover una onda del aire en la prohibida estancia.

Religioso silencio velaba en ella la castidad del aire dormido. La luz, que tamizaba esmaltadas vidrieras, llegaba lánguida, medido el paso por una inalterable igualdad, y se diluía, como copo de nieve que invade un nido tibio, en la calma de un ambiente celeste.

Nunca reinó tan honda paz, ni en oceánica gruta ni en soledad nemorosa. Alguna vez —cuando la noche era diáfana y tranquila—, abriéndose a modo de dos valvas de nácar, la arte-

sonada techumbre dejaba cernerse en su lugar la magificencia de las sombras serenas.

En el ambiente flotaba, como una onda indisipable, la casta esencia del nenúfar, el perfume sugeridor del adormecimiento *penseroso* y de la contemplación del propio ser.

Graves cariátides custodiaban las puertas de marfil en la actitud del silenciario. En los testeros, esculpidas imágenes hablaban de idealidad, de ensimismamiento, de reposo...

Y el viejo rey aseguraba que, aun cuando a nadie fuera dado acompañarle hasta allí, su hospitalidad seguía siendo en el misterioso seguro tan generosa y grande como siempre; sólo que los que él congregaba dentro de sus muros discretos eran convidados impalpables y huéspedes sutiles. En él soñaba, en él se libertaba de la realidad el rey legendario; en él sus miradas se volvían a lo interior y se bruñían en la meditación sus pensamientos como las guijas lavadas por la espuma; en él se desplegaban sobre su noble frente las blancas alas de Psiquis...

Y luego, cuando la muerte vino a recordarle que él no había sido sino un huésped más en el palacio, la impenetrable estancia quedó clausurada y muda para siempre, abismada en su reposo infinito; nadie la profanó jamás, porque nadie hubiera osado poner la planta irreverente allí donde el viejo rey quiso estar solo con sus sueños y aislado en la última Tule de su alma.

Yo doy al cuento el escenario de vuestro reino interior. Abierto con una saludable liberalidad, como la casa del monarca confiado a todas las corrientes del mundo, exista en él, al mismo tiempo la celda escondida y misteriosa que desconozcan los huéspedes profanos y que a nadie más que a la razón serena pertenezca.

Sólo cuando penetréis dentro del inviolable seguro podréis llamaros en realidad hombres libres. No lo son quienes, enajenando insensatamente el dominio de sí a favor de la desordenada pasión o el interés utilitario, olvidan que, según el sabio precepto de Montaigne, nuestro espíritu puede ser objeto de

préstamo, pero no de cesión. Pensar, soñar, admirar: he aquí los nombres de los sutiles visitantes de mi celda.

José Enrique Rodó,
uruguayo.

Recomendar las *Obras Completas*, de José Enrique Rodó.

Balada de las hojas más altas.

Nos mecemos suavemente en lo alto de los tilos de la carretera blanca. Nos mecemos levemente por sobre la caravana de los que parten y los que retornan. Unos van riendo y festejando; otros caminan en silencio. Peregrinos y mercaderes, juglares y leprosos, judíos y hombres de guerra pasan con presura, y hasta nosotros llega a veces su canción.

Hablan de sus cuitas de todos los días, y sus cuitas podrían acabarse con solo un puñado de doblones o un milagro de Nuestra Señora de Rocamor. No son bellas sus desventuras. Nada saben, los afanosos, de las matinales sinfonías en rosa y perla, del sedante añil del cielo en el mediodía, de las tonalidades sorprendentes de las puestas del sol cuando los lujuriosos carmesíes y los cinabrios opulentos se disuelven en cobaltos desvaídos y en el verde ultraterrestre en que se hastían los monstruos marinos de Böcklin.

En la región superior, por sobre sus trabajos y anhelos, el viento de la tarde nos mece levemente.

Julio Torri,
mexicano.

Oración al pan.

En cada grano de trigo habita
un alma infinita.

Alma latente, incierta, obscura;
mas que ríe, que gime, que sueña, que murmura...

Cuando siegan la espiga, ¿acaso el grano
siente dolor?... ¡Arcano!...

A una semilla,
ya hace mil años amarilla,
sacadla a buena tierra, en la colina,
y estalla, echa raíces, y florece, y germina.

Ved, por esto, las fieras
torturas de los trigos en las eras,
¡mordidos por el trillo saltadero,
un día entero!

Y un día entero, horas odiosas,
¡oh trigos, arrastrados por las losas!

Después el troje obscuro,
la obscuridad sin aire puro.

¡Después, después, la negra suerte:
entre dos piedras, el dolor, la muerte!

¡Piedras de los molinos, no sabéis
el mal que hacéis!

¡Cuántos miles de muertes por minuto,
piedras de corazón roqueño y bruto!

¡Y las aguas del río van cantando
mientras las piedras duras van matando!

Canta, alegre, también la molinera,
y ríe el agua, y ríe el sol afuera...

¡Oh blanca molinera enharinada!
Hay cenizas de muerte en esta albada...

¡Trigo, sacrificado en nuestro bien,
sin que las gracias te den!

¡Rubio trigo inocente,
cuya horrorosa muerte nadie siente!

Tal vez por esto, al fin de tu martirio,
blanqueas como luna y nieve y lirio.

¡Bendito seas!
Por nosotros viviste,
por nosotros sufriste,
por nosotros moriste,
simple, puro, mártir fuiste.
¡Bendito seas!

Perdiste vida para darnos vida
y te inmolaste cuando nos salvaste...
¡Bendito seas!
¡Bendito seas,

trigo muerto, cadáver fecundante,
resucitado en nos a cada instante!

¡Bendito seas!
¡Bendito seas!
¡Bendito seas!

Trigo, cuerpo de Dios —Alma y Dolor—
¡nuestra víctima y nuestro redentor!

Diez mil granos de trigo, ¿no cabrán
en la harina de un pan?

¡Diez mil granos!... Diez mil calvarios y agonías,
todos los días.

Para insuflar alientos en la impura
alma de una mezquina criatura.

¡Hombre, levanta a Dios todo tu afán
al ver el pan!

¡Míralo, en esta mesa de tu hogar!
Ya no es mesa, es altar.

Mira el vigor de los
brazos: el pan de Dios.

Mira la sangre y la alegría
que calienta tu pecho y en tu cráneo irradia.

Mira la fraternidad;
mira la piedad;
mira la humildad.

Mira la dicha que no cansa:
la paz en Dios tranquila y mansa.

Comer es comulgar. Hinca, sencillas,
enfrente de tu pan, las dos rodillas.

Antes que lo muerdas, tigre carnicero,
¡álzalo a la luz; bésalo primero!

¡Después devora!... El pan es cuerpo y alma;
en cuerpo y alma
es menester,
tigre, que te prepares a morder.

¡Hay diez mil almas blancas en el pan
que por tu alma con él transmigrarán!...

* * *

Sepultura del pan, boca de los humanos,
bajo los soberanos
velos azules de la inmensidad
¡invoca la Verdad!

Boca armoniosa, voz de la Naturaleza,
¡canta la Belleza!

Boca divina, boca en flor,
¡Perdona el Mal, ungiéndolo de Amor!

Belleza, Amor. Verdad...
¡suprema Trinidad!
¡Tres dioses juntos, al final,
en uno solo inmortal!

La Humanidad es sementera en ancha vega,
que Dios siembra y Dios siega.

Y cada hombre, ya sea rey, ya sea mendigo,
en el troje de Dios es un grano de trigo.

Y a cada instante pueblos, montes, ciudades, llanos,
dan espigas sin fin de espíritus humanos.

Brotan, florecen, crecen, son cortados,
y los muele el destino, triturados.

Y esta es la harina; esta es la harina del Dolor,
que nutre la Verdad, la Belleza, el Amor.

¡De modo, hombres pigmeos, que vosotros
sois, en la tierra, el pan de Dios!

Y vuestra alma es la claridad
que ilumina la Verdad.

Y es la Hostia de luz y de pureza
donde culmina la Belleza.

Y es el botón de roja y dolorida flor
de donde fluye, en néctar, el Amor.

¡Hombre!

Por la Verdad, intrépido y sereno,
bebe la taza de veneno.

Por la Verdad entera
da tu cuello al verdugo, da tu cuerpo a la hoguera.

Por la Verdad, sin pesar,
abandona tus hijos y abandona tu hogar.

¡Hombre!

Por la Belleza sacrosanta
adora y canta.

Por la Belleza, música de Dios,
únete a Dios.

Por la ideal Belleza, divina Eucaristía,
haz de los Universos Medida y Armonía.
¡Hombre!

Da por Amor al triste y desvalido
tu corazón, tu pan y tu vestido.

Por Amor, con tus labios virginales,
besa heridas y llagas de hospitales.

Por Amor, por Amor, como Jesús,
ríe al Dolor, cogiéndote a una cruz.

Belleza, Amor, Verdad,
suprema Trinidad:
éste es tu Dios.

¡Hombre!

¡Vive por Dios!
¡Sufre por Dios!
¡Muere por Dios!

¡Y bendito en la eterna paz serás,
porque de tanto sufrimiento en pos,
trigo de Dios, absorto en Dios, descansarás!...

* * *

Oremus.

Trigo de Abril, mies del Señor,
¡danos el candor!

Trigo de Agosto, luz que irradía,
¡danos la alegría!

Trigo segado de la heredad,
¡danos la humildad!

Trigo molido, polvo de lirio,
¡danos el martirio!

Trigo de trigo, miga y corteza,
¡danos amor, dolor, y paz, y fortaleza!

¡Trigo, danos el candor!
¡Danos la alegría!
¡Danos la humildad!
¡Danos el martirio!
¡Danos amor, dolor, y paz, y fortaleza!

¡El cuerpo déjanos provisto!
¡Deja el espíritu provisto,
trigo, de todo bien provisto!

Y así seremos el pan de Cristo,
el pan de Dios, el pan del Bien,
pan de la Gloria Eterna, pan de panes, amén!

Guerra Junqueiro,
portugués.

Recomendar *Los Simples,* de Guerra Junqueiro.

Las vidas heroicas.

(Prólogo de las Vidas de Tolstoy y Miguel Angel).

Un aire denso nos envuelve. Europa, la vieja, se envilece en una atmósfera cargada y viciosa; pobres materialismos sin grandeza pesan sobre el pensamiento y entorpecen la acción

de los gobiernos y de los individuos; se mueve el mundo asfixiado en su egoísmo miserable, y al morir nos ahoga. Abramos la ventana para que entre el aire puro; respiremos el aliento de los héroes.

Para los que no se resignan a la mediocridad del alma, la vida ¡tan dura! es un combate diario, lucha triste las más de las veces, guerreada sin grandeza ni fortuna, en la soledad y en el silencio. Esclavos de la pobreza, de las agrias necesidades caseras, de las exigencias aplastantes y estúpidas, en que las fuerzas se gastan inútilmente, la mayoría de los hombres viven separados unos de otros, horros de esperanza y pobres de alegría, sin tener siquiera el consuelo de poder dar la mano a sus hermanos en la desgracia, que nada saben de ellos, y de quienes ellos nada saben. Cada uno cuenta solo consigo mismo, y hay momentos en que los más fuertes, rendidos bajo el peso de su dolor, demandan socorro y amistad.

Por ayudarlos me propongo reunir en torno de ellos los amigos heroicos, las almas grandes que se sacrificaron por el bien. Estas *VIDAS DE HOMBRES ILUSTRES* no van al orgullo de los ambiciosos, sino a la tristeza de los desventurados. (¿Y quién no es desventurado en el fondo?) Derramemos sobre los que sufren el bálsamo del sagrado sufrimiento... No estamos solos en el combate. La noche del mundo resplandece de luces divinas. Hoy mismo, bien cerca de nosotros, acabamos de ver brillar dos de las llamas más puras: la de la Justicia y la de la Libertad: el coronel Picquart y el pueblo boer; llamas que, si no han acabado de esclarecer las espesas tinieblas, nos han enseñado en un relámpago el camino. Vamos en pos de estos hombres y de todos los que como ellos lucharon un día, aislados, perdidos en todos los países y en todos los tiempos. Arranquemos las vallas de los siglos. Que el pueblo de los héroes resucite.

No llamo héroes a los que triunfaron por el pensamiento o por la fuerza, sino a los que fueron grandes de corazón. Como ha dicho uno de los más altos de entre ellos (Beethoven) no reconozco otro signo de excelsitud que la bondad, ni tampoco

grandes artistas ni grandes hombre de acción; puede haber falsos ídolos que exalta una multitud envilecida, pero los años destruyen juntamente ídolos y multitudes. El éxito nada nos importa. *Se trata de ser grande, no de parecerlo.*

La vida de aquellos cuya historia vamos a intentar narrar aquí casi siempre fue un prolongado martirio. Sea que un trágico destino quisiera forjar sus almas en el yunque del dolor físico y moral, de la enfermedad y de la miseria, o que asolara sus vidas y desgarrara sus corazones el espectáculo de los sufrimientos y de las vergüenzas sin nombre que torturaban a sus semejantes, es lo cierto que comieron el pan cotidiano de la prueba y fueron grandes por el valor, porque lo fueron también por la desgracia. Que no se quejen tanto los que son desdichados, pues que los mejores de entre los hombres están con ellos. Nutrámonos del valor de estos hombres, y si nos sentimos débiles reposemos un momento nuestra cabeza en sus rodillas. Ellos nos consolarán, que de estas almas sagradas surte un torrente de fuerza serena y de bondad omnipotente. No es siquiera necesario interrogar a sus obras ni escucharles sus palabras; leeremos en sus ojos, en la historia de su vida, que la vida nunca es más grande ni más fecunda —ni más dichosa— que en el pesar.

Romain Rolland,
francés.

El Sermón de la Montaña.

El Sermón de la Montaña es el más grande de los títulos del hombre a la existencia y de su presencia en el Universo infinito. Es nuestra justificación suficiente; la patente de nuestra dignidad de seres provistos de alma; la certeza de que podemos superarnos, ser más que hombres; la promesa de esa posibilidad suprema, de esa esperanza, de esa ascensión.

Si un ángel venido de algún mundo superior nos pregun-

tara qué es entre nosotros lo mejor, lo más precioso, la prueba de nuestra realidad espiritual, la obra maestra del espíritu en su supremo poder, nosotros no le mostraríamos nuestras máquinas (esos prodigios mecánicos de los que estamos tan neciamente orgullosos, materia puesta al servicio de la materia, que no han hecho más que volver nuestra vida más esclava y más ansiosa); le ofreceríamos el Sermón de la Montaña, y acaso, después de él, algunas páginas arrancadas a los poetas de toda la Tierra. Pero el Sermón sería único esplendor limpio y luz pura en medio de nuestra miseria salpicada de esmeraldas y zafiros.

Y si los hombres fueran llamados delante de un tribunal sobrehumano para responder de sus faltas imperdonables, de las antiguas infamias, día a día renovadas, de las matanzas milenarias, de toda la sangre hermana derramada, de todas las lágrimas vertidas por los hijos de los hombres, de nuestra dureza de corazón, de nuestra perfidia, tan sólo igualada por nuestra necia flaqueza, nosotros no llevaríamos delante de ese tribunal las razones sabias y bien deducidas de los filósofos, ni las ciencias —sistemas efímeros de recetas y de símbolos—, ni las leyes —torpes compromisos entre la ferocidad y el miedo. No. Como único contrapeso a tanto mal, para descontar nuestra deuda y excusar sesenta siglos de atroz historia, sólo podríamos ofrecer, como atenuante de nuestros crímenes, algunos versículos del Sermón de la Montaña.

¿Quién al leerlo una vez no ha sentido, siquiera mientras leía, un temblor de ternura, el ansia de un sollozo en el fondo de la garganta, la angustia del amor y del remordimiento, la necesidad confusa, pero punzante, de hacer alguna cosa para que esas palabras no sean sólo un ruido y un signo, sino una inminente esperanza, *vida viva*, verdad presente y eterna? Quien lo ha leído siquiera una vez sin experimentar eso, merece mucho más que todo nuestro amor, porque el amor de todos los hombres no le compensaría de lo que ha perdido.

La montaña desde donde Jesús dijo el Sermón es menos alta que aquella desde la que Satanás le mostrara los reinos de

la Tierra. En esta vez la vista se extendía sólo hasta los campos que reposaban bajo el dulce sol de la tarde, hasta el óvalo plateado y verde del lago, hasta la cresta del Carmelo, donde los servidores de Baal fueron derrotados por el Profeta, y nada más. Pero desde ese monte humilde, que sólo por hipérbole puede ser llamado *montaña*, que acaso no era sino una colina, una ladera, una altura sensible, Jesús hizo ver el reino que no tiene fin ni linderos, y escribió en los corazones, y no en la piedra como Jehová, el cántico del hombre nuevo, el himno de su paso triunfal más allá de lo humano.

—«¡Qué bellos los pies de Aquél, que sobre los montes anuncia y predica la paz!» Isaías no fue nunca un profeta más grande que cuando estas palabras le brotaron del alma.

Giovani Papini,
italiano.

Recomendar *La vida de Jesús*, de Giovani Papini.

El Fantasma.

Blancas y finas, y en el manto apenas
visibles, y con aire de azucenas,
las manos, que no rompen mis cadenas.

Azules y con oro enarenados,
como las noches limpias de nublados,
los ojos, que contemplan mis pecados.

Como albo pecho de paloma el cuello;
y como crin de sol barba y cabello;
y como plata el pie descalzo y bello.

Dulce y triste la faz; la veste zarca.
Así del mal sobre la inmensa charca,
Jesús vino a mi unción como a la barca.

Y abrillantó mi espíritu la cumbre
con fugaz cuanto rica certidumbre,
como con tintas de refleja lumbre.

Y suele retornar y me reintegra
la fe que salva y la ilusión que alegra;
¡y un relámpago enciende mi alma negra!

Salvador Díaz Mirón,
mexicano.

Recomendar *Poesías escogidas,* de Díaz Mirón.

Retrato del Dante.

(El del Giotto.)

Para mí es un semblante conmovedor, tal vez de los más conmovedores que conozco. Solitario y como si saliese del vacío, con el sencillo laurel en la frente; los dolores y pesares que nunca mueren y la esperanza del triunfo que tampoco muere: esta es la historia del Dante. Creo que es una de las caras más lúgubres que jamás se pintaron en la realidad, trágica y conmovedora a la vez. Hay en ella, como fundamento, la dulzura, el cariño y la afectuosa docilidad del niño; pero todo esto como congelado en una contradicción discordante: abnegación, aislamiento y el dolor del orgullo desesperado. Un alma tan dulcemente etérea, con un mirar tan severo, torvo y punzante, como si saliese de entre las duras y reforzadas prisiones de hielo. Al mismo tiempo un dolor silencioso, despreciativo y altanero; el labio plegado en una especie de soberano desdén por el objeto que le roe el corazón, como cosa despreciable e insignificante, y como si aquel a quien podía torturar y martirizar fuese superior a todo dolor. Cara de uno

de aquellos que viven en eterna protesta y batalla con el mundo; de los que mueren, mas no se rinden: Amor transformado en indignación; indignación implacable, lenta, igual, callada como la de un Dios. La mirada también os mira como sorprendida y asombrada y como si os preguntase: «¿Por qué el mundo fue así amasado?» Este es el Dante: así se os aparece esta voz de diez siglos silenciosos, que se levanta y nos entona su místico e insondable canto.

Tomás Carlyle,
inglés.

Recomendar *Los Héroes,* de Tomás Carlyle.

Miguel Angel.

Habla su "David"

Apareció en la corte de los Médicis, cuando de ella irradiaba sobre Italia el nuevo amor de la belleza, y desató su genio a encrespar el mármol en figuras titánicas y el color en oleadas sublimes. Era el revelador de las formas gigantescas, de las fuerzas sin humana medida, de las visiones proféticas y trágicas.

Un mundo le obsedia: el de mi raza y mi edad, el del pueblo de Dios y la peregrinación del desierto y la Ley de justicia, porque este mundo era fuerte y austero como él. Su avasalladora energía se dilataba, como la inspiración de los Profetas, en la sombra y el dolor.

Aquel soberano, dueño de la gloria, pasó por la vida real en soledad y tristeza, sin sonreír ni aún a las imágenes de su fantasía; y esta tristeza era la de la reminiscencia platónica, era la nostalgia infinita del que ha contemplado en otra esfera la belleza ideal y no encuentra como aquietarse en el polvo de la tierra: *¡Oh che miseria e dunque l'esser nato!...*

Al bajar la pendiente de la vida encarnó ese sueño de belleza en el recuerdo póstumo de una de las más nobles figuras de mujer que haya divinizado el barro humano: en el recuerdo de Victoria Colonna, y este contemplativo amor le ungió poeta, y de sus cantos se levantó una nueva personificada idea al coro angélico de Beatriz y de Laura.

Cuando toda su generación se había rendido a la muerte, él quedaba en pie, como el roble que desafía las tormentas; favorecido con el don de una homérica vejez, y siempre inclinado sobre el mármol, y siempre solo, y siempre triste. Llamóse Miguel Angel Buonarroti.

José Enrique Rodó,
uruguayo.

Retrato de Cervantes.

(Escrito por él mismo.)

Este que veis aquí, de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos, de nariz corva aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no ha veinte años fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis, y éstos mal acondicionados y peor puestos, sin correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos: ni grande ni pequeño; la color viva, antes blanca que morena; algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies; éste digo que es el rostro del autor de *Galatea* y de *Don Quijote de la Mancha,* y del que hizo el *Viaje del Parnaso,* a imitación del de César, *Caporal Perusino,* y otras obras que andan por ahí descarriadas y quizá sin el nombre de su dueño, llámase comunmente Miguel de Cervantes Saavedra. Fue soldado muchos años, y cinco y medio cautivo, donde aprendió a tener paciencia en las adversidades; perdió en la batalla naval de Lepanto la mano

izquierda de un arcabuzazo, herida que, aunque parece fea, él la tiene por hermosa, por haberla cobrado en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros, militando debajo de las vencedoras banderas del hijo del rayo de la guerra, Carlos V.

Recomendar las *Obras completas,* de Cervantes.

El Cid.

I

Castilla.

El ciego sol se estrella
en las duras aristas de las armas,
llaga de luz los petos y espaldares
y flamea en las puntas de las lanzas.
El ciego sol, la sed y la fatiga...
Por la terrible estepa castellana,
al destierro, con doce de los suyos
—polvo, sudor y hierro—, el Cid cabalga.

Cerrado está el mesón a piedra y lodo...
Nadie responde. Al pomo de la espada
y al cuento de las picas, el postigo
va a ceder... ¡Quema el sol, el aire abrasa!
A los terribles golpes,
de eco ronco, una voz pura, de plata
y de cristal, responde... Hay una niña
muy débil y muy blanca
en el umbral. Es toda
ojos azules y en los ojos lágrimas.
Oro pálido nimba
su carita curiosa y asustada.

«¡Buen Cid, pasad... El rey nos dará muerte,
arruinará la casa,
y sembrará de sal el padre campo
que mi padre trabaja...
Idos. El cielo os colme de ventura!...
¡En nuestro mal, oh Cid, no ganáis nada!»
Calla la niña y llora sin gemido...
Un sollozo infantil cruza la escuadra
de feroces guerreros,
y una voz inflexible grita: «¡En marcha!»

El ciego sol, la sed y la fatiga...
Por la terrible estepa castellana,
al destierro, con doce de los suyos
—polvo, sudor y hierro—, el Cid cabalga.

Manuel Machado,
español.

II

Cosas del Cid.

Cuenta Barbey, en versos que valen bien su prosa,
una hazaña del Cid, fresca como una rosa,
pura como una perla. No se oyen en la hazaña
resonar en el viento las trompetas de España,
ni el azorado moro las tiendas abandona
al ver al sol el alma de acero de Tizona.

Babieca, descansando del huracán guerrero,
tranquilo pace, mientras el breve caballero
sale a gozar del aire de la estación florida.
Ríe la primavera, y el vuelo de la vida

abre lirios y sueños en el jardín del mundo.
Rodrigo de Vivar pasa, meditabundo,
por una senda, en donde bajo el sol glorioso,
tendiéndole la mano, le detiene un leproso.

Frente a frente, el soberbio príncipe del estrago
y la victoria, joven, bello como Santiago,
y el horror animado, la viviente carroña
que infecta los suburbios de hedor y de ponzoña.

Y al Cid tiende la mano el siniestro mendigo,
y su escarcela busca y no encuentra Rodrigo.
—«¡Oh Cid, una limosna!»—dice el precito.
—«¡Hermano,
te ofrezco la desnuda limosma de mi mano!»,
dice el Cid, y quitando su férreo guante, extiende
la diestra al miserable, que llora y que comprende.

Tal es el sucedido que el Condestable escancia
como un vino precioso en su copa de Francia.
Yo agregaré este sorbo de licor castellano:

Cuando su guantelete hubo vuelto a la mano,
el Cid siguió su rumbo por la primaveral
senda. Un pájaro daba su nota de cristal
en un árbol. El cielo profundo desleía
un perfume de gracia en la gloria del día.
Las ermitas lanzaban en el aire sonoro
su melodiosa lluvia de tórtolas de oro;
el alma de las flores iba por los caminos
a unirse a la piadosa voz de los peregrinos,
y el gran Rodrigo Díaz de Vivar, satisfecho,
iba cual si llevase una estrella en el pecho,
cuando de la campiña, aromada de esencia
sutil, salió una niña vestida de inocencia,

una niña que fuera una mujer, de franca
y angélica pupila, y muy dulce y muy blanca,
una niña que fuera una hada, o que surgiera
encarnación de la divina Primavera.

Y fue el Cid y le dijo: «—Alma de amor y fuego,
por Jimena y por Dios un regalo te entrego:
esta rosa naciente y este fresco laurel.»

Y el Cid, sobre su yelmo las frescas hojas siente;
en su guante de hierro hay una flor naciente,
y en lo íntimo del alma como un dulzor de miel.

Rubén Darío,
nicaragüense.

Proclama de la guerra antiesclavista.

Hace ochenta y siete años nuestros padres trajeron a este continente una nueva nación concebida en libertad y consagrada a la proposición de que todos los hombres nacen iguales. Nos encontramos ahora empeñados en una gran guerra civil, probando si esta nación así concebida y consagrada puede perdurar.

Luchamos en un ancho campo de batalla. Hemos tenido que consagrar parte de ese campo a lugar de último descanso de aquellos que dieron sus vidas a fin de que la nación pudiese vivir. Es a la vez justo y digno que así sea.

Pero, en sentido más amplio, no podemos dedicar, no podemos consagrar, no podemos santificar este suelo. Los hombres animosos, vivos y muertos, que aquí lucharon, lo han consagrado mucho más allá de nuestro poder para dar o quitar. El mundo no tendrá en cuenta gran cosa ni recordará largo

tiempo lo que aquí estamos diciendo; *pero nunca podrá olvidar lo que ellos hicieron.*

A nosotros, los vivos, nos toca consagrarnos aquí a la obra inconclusa que aquellos que aquí combatieron tan noblemente llevaron adelante. A nosotros nos toca consagrarnos aquí a la gran misión que nos queda abierta, y que aquellos muertos venerados nos infundan una devoción creciente por la causa en pro de la cual dieron ellos la última y más plena medida de su fervor.

Decidamos aquí solemnemente que aquellos muertos no murieron en vano; que su nación, bajo Dios, tendrá un nuevo natalicio de libertad, y que el gobierno del pueblo, *por el pueblo y para el pueblo,* no perecerá sobre la tierra.

Abraham Lincoln,
Presidente norteamericano.

Regreso de héroes.

¡Oh capitán, mi capitán! Nuestro espantoso viaje ha terminado. La nave ha salvado todos los escollos; hemos ganado el anhelado premio. Próximo está el puerto; ya oigo las campanas, y el pueblo entero te aclama siguiendo con sus miradas la poderosa nave, la audaz y soberbia nave. Mas ¡ay! ¡oh corazón! ¡mi corazón! ¡mi corazón! ¿No ves las rojas gotas que caen lentamente, allí en el puente, donde mi capitán yace extendido, helado y muerto?

* * *

¡Oh capitán, mi capitán! Levántate para escuchar las campanas; ¡levántate! Es por tí que izan las banderas; es por tí que suenan los clarines. Son para tí estos búcaros y esas coro-

nas adornadas; es por tí que en las playas hormiguean las multitudes; es hacia tí que se alzan sus clamores, que se vuelven sus almas y sus rostros ardientes. ¡Ven, capitán, querido padre! Deja pasar mi brazo bajo tu cabeza. Debe ser, sin duda, un sueño que yazga sobre el puente, extendido, muerto.

* * *

Mi capitán no contesta; sus labios siguen pálidos e inmóviles. Mi padre no siente el calor de mi brazo, no tiene pulso ni voluntad.

¡La nave, sana y salva, ha arrojado el ancla; su travesía ha concluído; la vencedora nave entra en el puerto de vuelta de su espantoso viaje!

¡Oh playas, alegraos! ¡Sonad, campanas, mientras yo, con doloridos pasos, recorro el puente donde mi capitán yace extendido, helado y muerto!

Walt Witman,
norteamericano.

Retrato de Sarmiento.

Nadie le recuerda ya sino bajo aquel aspecto de peñasco rugoso en el que le habían anticipado carne de estatua, con una especie de saña genial, los azares de su vida violenta.

Formaba parte de su entidad aquella fisonomía de combate, cuya fealdad de bronce pronunciaba la tenacidad de un tipo. Dijérasela su máscara guerrera, remachada a martillazo de dolor y atormentada por la escultura de la cólera.

Sarmiento, sereno, es imponente. El reposo de su bloque de batallador aviva el perfil severo. La categórica seguridad que forma su estática, así como el aplomo de la cornamenta, recelan una latente violencia de agresión. Una vivacidad cu-

riosa y múltiple le electriza, trayéndole instantáneamente las ideas a flor de piel, como el redopelo de un espinazo felino.

Tiene mucho de numen elemental de la tierra, especie de cabir en su antiguo socavón minero; algo de monje fogoso y de viejo almirante sajón; no poco de labriego, rudo como la gleba familiar y nudoso como las cepas tutoras, a las cuales vinculábase de nombre y de calidad.

Y así nos queda su catadura de transeunte formidable, caminando a paso macizo las aceras; aquí y allá lanzada la malicia brusca del ojo que nada pierde; su mandíbula, removiendo de través el belfo, con un gesto peculiar que trocaba la mamulla senil en característica acción de befar el freno; recios los brazos de cavador, que el bastón prolonga con vivacidad táctil o con autoritarias interpelaciones a redoble de contera; peculiar la gruesa oreja sorda, bajo el sombrero de copa prócer o el hongo de paja; anchamente encuadernada en el saco vulgar o la levita suntuosa su agachada solidez de toro lento, y la espalda, potente, como apuntalando una mole habitual, cargada hacia la cerviz en una ímproba acumulación de lomo.

Por lo demás, es el suyo, con harta frecuencia, ese papel de telamón en la asendereada arquitectura constitucional, así como en su fisonomía los aspectos señalados designan el hombre múltiple. Constructor premioso hasta ser desequilibrado; obrero utilísimo, arrebatado por flameantes alas de fiebre más allá de su propio afán; combatiente y director de naves aventadas de trapo hasta la quimera; apóstol con frecuencia inspirado hasta la adivinación.

Su faz glabra, desordenada por aquel violento equilibrio de energías, parece haberse desfachatado en la desnudez, para manifestarlo con mayor audacia, pues la línea preponderante de su tipo *declara con fiereza la lealtad.* Sabe que todo han de sacarle al rostro, menos vergüenza o miedo.

Y las distintas personalidades que lleva en sí animan con sorprendentes alteraciones aquella marítima superficie de su espíritu. Nada más militar, más magistrado, más misionero,

más orador, más abuelo, según los casos; pues claro es que la sencillez fundamental de toda grandeza llevábale a complacerse en ser buen viejo, para compensarse de haber sido anciano sublime.

Por aquellas arrugas terribles despeñaba con frecuencia su risa abundante, de formidable salud optimista, o despatarraba como un alacrán la mueca de su malicia provinciana.

Leopoldo Lugones,
argentino.

Recomendar *Sarmiento, Las Industrias de Atenas* y *Poesías Escogidas* de Leopoldo Lugones.

Sacricio.

En ciertas comarcas, cuando el labrador quiere fecundar la tierra emplea un medio enérgico. Toma un caballo, le abre las venas, y látigo en mano, lo lanza sobre los surcos. Corre el caballo sangrando a través del campo que se extiende bajo sus patas vacilantes. La tierra que pisa se enrojece; cada surco bebe su parte de líquido vital. Cuando, agotado, cae el animal con el estertor de la agonía, se le fuerza a levantarse, a dar el resto de su sangre a la tierra ávida, sin guardar nada para sí. Al fin se desploma; se le sepulta en el campo ensangrentado. Toda su existencia, todo su ser pasa a la tierra rejuvenecida; esta simiente de sangre se convierte en riqueza. El campo, así nutrido, abundará en espigas, en beneficios para el labrador.

Las cosas no pasan de otro modo en la historia de la humanidad. La legión de los grandes infortunados, de los mártires obscuros y gloriosos, todos esos hombres cuya propia desgracia labra el bien de otros, todos esos que han sido obligados al sacrificio o que ellos lo han buscado, fueron a través del mundo sembrando su vida, vertiendo la sangre por

sus costados entreabiertos, como de una fuente viva: han fecundado el porvenir. Con frecuencia se engañaron, y la causa que defendían no valía su sacrificio. Nada más triste que vivir en vano. Pero, para quien considere los medios y no los individuos, la abnegación es uno de los más caros y poderosos resortes de la historia. Para hacer dar un paso a la humanidad —ese gran cuerpo perezoso— ha sido menester, hasta ahora, una sacudida que triturase individuos.

Juan María Guyau,
francés.

Los héroes.

Sueño con claustros de mármol
donde, en silencio divino,
los héroes de pie reposan:
¡de noche, a la luz del alma,
hablo con ellos! ¡de noche!
Están en fila: paseo
entre las filas; las manos
de piedra les beso; abren
los ojos de piedra; mueven
los labios de piedra; tiemblan
las barbas de piedra; empuñan
la espada de piedra; lloran.
¡Vibra la espada en la vaina!
Mudo, les beso la mano.
¡Hablo con ellos, de noche!
Están en fila; paseo
entre las filas. Lloroso
me abrazo a un mármol: —«¡Oh mármol!,
dicen que beben tus hijos
su propia sangre en las copas
venenosas de sus dueños;

que hablan la lengua podrida
de sus rufianes; que comen
juntos el pan del oprobio
en la mesa ensangretada;
que pierden en lengua inútil
el último fuego. ¡Dicen,
oh mármol, mármol dormido,
que ya se ha muerto tu raza!»
Échame en tierra de un bote
el héroe que abrazo; me ase
del cuello; barre la tierra
con mi cabeza; levanta
el brazo, ¡el brazo le luce
lo mismo que un sol! ¡Resuena
la piedra; buscan el cinto
las manos blancas; del solio
saltan los hombres de mármol!

José Martí,
cubano.

Recomendar todas las obras de José Martí.

La libertad.

El pájaro manso vivía en la jaula, y el pájaro libre en el bosque. Mas su destino era encontrarse, y había llegado la hora.

El pájaro libre cantaba: —«Amor, volemos al bosque». El pájaro preso decía bajito: —«Ven tú aquí, vivamos los dos en la jaula».

Decía el pájaro libre: —«Entre rejas no pueden abrirse las alas». —«¡Ay! —decía el pájaro preso—; ¿sabré yo posarme en el cielo?»

El pájaro libre cantaba: —«Amor mío, pía canciones del

campo». El pájaro preso decía: —«Estáte a mi lado, te enseñaré la canción de los labios».

El pájaro libre cantaba: —«No, no, no, nadie puede enseñar las canciones». El pájaro preso decía: —«¡Ay! Yo no sé las canciones del campo».

Su amor es un anhelo infinito, mas no pueden volar ala con ala. Se miran, y se miran a través de los hierros de la jaula; pero es en vano su deseo. Y aletean, nostálgicos, y cantan: —«Acércate más, acércate más». El pájaro libre grita: —«No puedo. ¡Qué miedo tu jaula cerrada!»

El pájaro preso canta bajito: —«¡Ay! no puedo: ¡mis alas se han muerto!»

Rabindranath Tagore,
hindú.

Recomendar todas las obras de Rabindranath Tagore.

Lo sublime.

Todos vivimos en lo sublime. ¿En qué queréis que vivamos? No tiene la vida otro lugar.

Lo que nos falta no son las ocasiones de vivir en el cielo, no es la atención y el recogimiento: es algo de embriaguez en el alma.

Si os quejáis de estar solo, de que nada os ocurre, de que nadie os ama, de que no amáis a nadie ¿creéis que las palabras no engañan, que es posible estar solo, que el amor es una cosa conocida, una cosa *que se ve,* y que los acontecimientos se pesan como el oro y la plata de los rescates? Acaso un pensamiento vivo, sea altanero o pobre, poco importa, pues desde el momento en que sale de vuestra alma es grande para vosotros; es que un deseo simplemente, un momento de atención solemne en la vida, ¿no pueden entrar en un pequeño aposento?

Y si no amáis o no se os ama, y sin embargo podéis ver con cierta fuerza que mil cosas son bellas, que el alma es grande y que la vida es grave casi indeciblemente, ¿no es esto tan bello como si os amaran o amáseis?

Todo lo que nos sucede es divinamente grande y estamos siempre en el centro de un gran mundo.

Si supiéseis que íbais a morir esta noche, y que habíais de alejaros para siempre, ¿veríais por última vez los seres y las cosas como los vísteis hoy, y no amaríais como no habéis amado? ¿Sería la bondad o la maldad de las apariencias lo que crecería en torno vuestro? ¿Sería la belleza o la fealdad de las almas lo que podríais apercibir? ¿Es que todo, hasta el mal de los sufrimientos, no se transforma entonces en un amor lleno de lágrimas muy dulces? ¿Es que cada ocasión de perdonar, como ha dicho el sabio, no arranca algo a la amargura de la muerte? Y, sin embargo, en estas claridades de la tristeza o de la muerte, es hacia la bondad y hacia el error hacia donde se dan los últimos pasos que está permitido dar.

Mauricio Maeterlinck,
belga.

Recomendar *La Vida de las Abejas, La Inteligencia de las Flores* y *El Pájaro Azul* de Maeterlinck.

Tu cuerpo.

¿Por qué has de menospreciar tu cuerpo?

Es, en primer lugar, el templo maravilloso de un dios escondido. Es, asímismo, una obra de arte del ignoto Escultor.

Estúdialo desde todos los puntos de vista. Mira su exterior armonioso; analiza su anatomía; entra hondo hasta el torturador misterioso de sus células; todo en él es belleza, es fuerza, es gracia, es enigma.

Dios mismo ha modelado su forma. Con los pacientes úti-

les de la evolución, en el inmenso taller del mundo, ha ido forjando cada órgano.

Hay en él hasta divinas rectificaciones: los órganos, hoy atrofiados, que sirvieron en lejanas épocas.

¿Por qué has de menospreciar tu cuerpo? ¿No te da él las ventajas de los cinco sentidos para asomarte al Universo?

Es sagrado tu cuerpo; sus deseos son sagrados también, cuando nacen de la vida ficticia con que torturas la vida natural que se te otorgó.

Dale amor sin exceso, como la madre da a su hijo cuanto pide, siempre que no le haga daño a él ni haga daño a los otros.

No lo mancilles jamás con bajezas. La estatua es de barro, más no pongas lodo en ella...

Amado Nervo,
mexicano.

Recomendar todas las obras de Amado Nervo.

Deseo de infinito.

Todos: el que en un beso da el alma al ser que ama,
la azucena que yergue su tallo al sol levante,
la gaviota, borracha de aire de mar, errante,
y el mártir que, cantando, se arroja entre las llamas;
el ciervo que a los astros se lamenta en la brama,
y el león, preso en la jaula y en su ensueño gigante;
el poeta sediento de rítmo; el sabio amante
de un problema en que el polen del cerebro derrama;
todos por un deseo tal, acaso inconsciente,
torturados están; a todos igualmente
les engaña. ¡No importa! Mantiénese implacable.

¡Oh sed de lo infinito, sed jamás extinguida!
Nos hunde y nos sostiene, tenaz, inacabable.
Nos mata, y con matarnos, es toda nuestra vida.

Jean Richepin,
francés.

El instinto de bajeza.

Una anécdota imperial.

Cuentan que un día, hacia los tiempos últimos del imperio, creo que fue el 1.° de Enero de 1815, había fiesta y recepción en ese palacio de las Tullerías que acababa de abrasar el furor de los hombres y la cólera de Dios que todo lo ve claro.

De las paredes de la sala pendían obras maestras de Miguel Angel, de Angélico o de Rafael. Formidables, magníficos y suaves, iban y venían y hablaban aquellos hombres de bronce que habían vencido a Europa y contra quienes Europa se levantaba. Entre ellos radiaba con fuego sombrío la figura cesárea y terrible de Napoleón.

Hablábase, y lo que en esa conversación se ventilaba era la misma suerte del mundo. Sobre una vasta alfombra, bordada por las manos exquisitas del arte, entre maravillas que le servían de juguetes, el niño imperial se hallaba recostado. Mujeres cuyas pedrerías brillaban como estrellas, reinas sentadas sobre nubes de blonda, jovencitas de gracia infantil, escuchaban o divertíanse molestando al tierno príncipe, al que llamaban Rey de Roma.

Por un penoso contraste con tales esplendores, percibíase, a través de la ventana, un grupo horrible de desaseo. Componíanlo asquerosos pilluelos que se divertían revolcándose en el lodo del muelle, el horrible lodo de París.

El Rey de Roma estaba triste, distraído, excitado, descontento. Rechazaba todo halago y parecía que le atormentase algún mal indefinible.

El grande Emperador aproximose a él:

—«Todo esto me fastidia»— dijo el niño, señalando las estátuas, los cuadros, las obras maestras que poblaban el salón.

—«Todo eso es el arte»— dijo Napoleón.

—«Todo eso me fastidia»— repitió el niño, designando a los hombres de estado y a los generales y aludiendo, sin duda, a las conversaciones, para él algo fuertes; a los gigantescos planos de batalla, a las ideas de las cuales dependía la suerte de la tierra.

—«Todo esto es el genio y la gloria»— dijo el Emperador.

—«Todo esto me fastidia»— repitió el niño por vez tercera, indicando el círculo encantador de mujeres jóvenes en cuyo centro se hallaba.

—«Todo esto es la belleza... ¿Qué quieres, pues, terrible ambiciosillo?» —preguntó entonces el César omnipetente, inclinándose hacia aquella faz rubia en la cual brillaba un deseo no conocido.

—«Padre» —dijo el infante, tendiendo el bracito en dirección de la ventana,— «yo también quisiera ir a revolverme *en aquel hermoso lodo.*»

¡Ay! ¡Cuántos hombres menos excusables que aquél niño, que sólo tenía en torno suyo ficticios esplendores, cuántos hombres, digo, son insensibles a la Belleza, al Arte y el Genio, y en mitad de los esplendores sueñan con ir a revolverse *en aquel hermoso lodo!* Sienten falta de lo inmundo; tienen la nostalgia del fango.

Enrique Lasserre,
francés.

El reclamo.

Una de las principales puerilidades de nuestro tiempo es el amor al *reclamo*. Abrirse camino, darse a conocer, salir de la obscuridad; algunos están hasta tal punto devorados por este deseo, que se les puede declarar, con justa razón, atacados del prurito de la publicidad.

Para ellos la obscuridad es la ignominia por excelencia; así, hacen cuanto pueden por llamar la atención. Se consideran como seres perdidos en su existencia ignorada, comparables a los náufragos que una noche de tempestad ha lanzado a una roca desierta y que recurren a los gritos, a los disparos, a todas las señales imaginables, en fin, para que se entere alguien de que están allí.

No contentos con lanzar petardos y cohetes inofensivos, algunos han llegado, para darse a conocer a toda costa, a la bajeza y al crimen. ¡Cuántos hay en nuestro tiempo que no se han hecho célebres sino por haber destruído algo notable, por haber acabado o tratado de acabar con una reputación ilustre, por haber señalado su paso, en fin, con un escándalo, una maldad o una barbarie ruidosa!

Este afán de notoriedad no hace solamente estragos en los casquivanos o en el mundo de los negociantes sospechosos, de los charlantes, de los farsantes de toda especie: se ha extendido por todos los dominios de la vida espiritual y material.

La política, la literatura, la ciencia misma, y más raro aún, la caridad y la religión, han sufrido el contagio de los *reclamos*. Se toca la trompeta alrededor de las buenas obras, y para convertir almas se han imaginado prácticas llamativas.

Prosiguiendo sus destrozos, la fiebre del ruido se ha apoderado de retiros, de ordinario silenciosos; ha turbado espíri-

tus, en general tranquilos, y viciado ampliamente la actividad para el bien. El abuso de mostrarlo todo, o más bien, de ostentarlo, la incapacidad creciente para apreciar lo que permanece escondido y el hábito de medir el valor de las cosas por lo que suenan, ha concluído por alterar el juicio de los más serios y nos preguntamos a veces si la sociedad no llegará a transformarse en una gran feria en que cada cual toque el tambor delante de su barraca.

Charles Wagner,
francés.

Recomendar todas las obras de Carlos Wagner.

Soneto.

En que da moral censura a una
rosa, y en ella a sus semejantes.

Rosa divina, que en gentil cultura
eres, con tu fragante sutileza,
magisterio purpúreo en la belleza,
enseñanza nevada en la hermosura.

Amago de la humana arquitectura,
ejemplo de la vana gentileza,
en cuyo ser unió Naturaleza
la cuna alegre y triste sepultura.

¡Cuán altiva en tu pompa, presumida,
soberbia, el riesgo de morir desdeñas;
y luego, desmayada y encogida,

de tu caduco ser das mustias señas!
¡Con que con docta muerte y necia vida,
viviendo engañas, y muriendo enseñas!

Sor Juana Inés de la Cruz,
mexicana.

Recomendar las *Poesías*, de Sor Juana Inés de la Cruz.

D) LA VOLUNTAD

La pampa de granito.

I

Era una inmensa pampa de granito; su color, gris; en su llaneza, ni una arruga; triste y desierta; tristre y fría bajo un cielo de indiferencia, bajo un cielo de plomo. Y sobre la pampa estaba un viejo gigantesco, enjuto, lívido, sin barbas; estaba un gigantesco viejo de pie, erguido como un árbol desnudo. Y eran fríos los ojos de ese hombre, como aquella pampa y aquel cielo, y su nariz, tajante y dura como una segur; y sus músculos, recios como el mismo cielo de granito; y sus labios no abultaban más que el filo de una espada. Y junto al viejo había tres niños ateridos, flacos, miserables; tres pobres niños que temblaban, junto al viejo indiferente e imperioso, genio de aquella pampa de granito.

El viejo tenía en la palma de la mano una simiente desnuda. En su otra mano, el índice extendido parecía oprimir en el vacío del aire como en cosa de bronce. Y he aquí que tomó por el flojo pescuezo a uno de los niños y le mostró en la palma de la mano la simiente, y con voz comparable al silbo de una ráfaga le dijo: «Abre un hueco para esta simiente»; y luego soltó el cuerpo trémulo del niño, que cayó, sonando como un saco mediado de guijarros, sobre la pampa de granito.

—«Padre —sollozó él—, ¿cómo le podréabrir si todo este suelo es raso y duro?» —«Muérdelo»,— contestó con el silbo helado de la ráfaga; y levantó uno de sus pies y lo puso

sobre el pescuezo lánguido del niño; y los dientes del triste sonaban rozando la corteza de la roca, como el cuchillo en la piedra de afilar. Y así pasó mucho tiempo, mucho tiempo; tanto, que el niño tenía abierta en la roca una cavidad no menor que el cóncavo de un cráneo; pero roía, roía siempre, con un gemido de estertor; roía el pobre niño bajo la planta indiferente e inmutable, como la pampa de granito.

Cuando el hueco llegó a ser todo lo hondo que se precisaba, el viejo levantó la planta opresora; y quien hubiera estado allí hubiera visto entonces una cosa aún más triste; y es que el niño, sin haber dejado de serlo, tenía la cabeza blanca de canas; y apartóle el viejo con el pie y levantó al segundo niño, que había mirado temblando todo aquello. —«Junta tierra para la simiente», —le dijo. —«Padre —preguntóle el cuitado—, ¿en dónde hay tierra?» —«La hay en el viento; recógela», —repuso—; y con el pulgar y el índice abrió las mandíbulas miserables del niño, y le tuvo así contra la dirección del viento que soplaba, y en la lengua y en las fauces jadeantes se reunía el flotante polvo del viento, que luego el niño vomitaba como limo precario. Y pasó mucho tiempo, mucho tiempo, y ni impaciencia, ni anhelo, ni piedad mostraba el viejo indiferente e inmutable sobre la pampa de granito.

Cuando la cavidad de piedra fue colmada, el viejo echó en ella la simiente y arrojó al niño de sí, como se arroja una cáscara sin jugo, y no vio que el dolor había pintado la infantil cabeza de blanco. Y luego levantó al último de los pequeños, y le dijo, señalándole la simiente enterrada: —«Has de regar esa simiente»—; y como él le preguntase, todo trémulo de angustia:— «Padre, ¿en dónde hay agua?» —«Llora; la hay en tus ojos»,— contestó; y le torció las manos débiles, y en los ojos del niño rompió entonces abundosa vena de llanto, y el polvo sediento la bebía. Y este llanto duró mucho tiempo, mucho tiempo, porque para exprimir los lagrimales cansados estaba el viejo indiferente e inmutable, de pie sobre la pampa de granito.

Lás lágrimas corrían en un arroyo quejumbroso tocando el círculo de tierra, y la simiente asomó sobre el haz de la tierra como un punto, y luego echó fuera el tallo incipiente las primeras hojuelas; y mientras el niño lloraba, el árbol nuevo criaba ramas y hojas, y en todo esto pasó mucho tiempo, mucho tiempo, hasta que el árbol tuvo tronco robusto y copa anchurosa, y follaje, y flores que aromaron el aire. Y descolló en la soledad, descolló el árbol, aún más alto que el viejo indiferente e inmutable, sobre la pampa de granito.

El viento hacía sonar las hojas del árbol, y las aves del cielo vinieron a anidar en su copa, y sus flores se cuajaron en frutos, y el viejo soltó entonces al niño, que dejó de llorar, toda blanca la cabeza de canas; y los tres niños tendieron las manos ávidas a la fruta del árbol; pero el flaco gigante los tomó, como cachorros, del pescuezo, y arrancó una semilla, y fue a situarse con ellos en cercano punto de la roca, y levantando uno de sus pies, juntó los dientes del primer niño con el suelo, y juntó de nuevo con el suelo los dientes del niño, que sonaron bajo la planta del viejo indiferente e inmutable, erguido, inmenso, silencioso sobre la pampa de granito.

* * *

Esa desolada pampa es nuestra vida, y ese inexorable espectro es el poder de nuestra voluntad, y esos trémulos niños son nuestras entrañas, nuestras facultades y nuestras potencias, de cuya debilidad y desamparo la voluntad arrranca la energía todopoderosa que subyuga al mundo y rompe las sombras de lo arcano.

Un puñado de polvo suspendido por un soplo efímero sobre el haz de la tierra, para volver, cuando el soplo acaba, a caer y disiparse en ella; un puñado de polvo, una débil y transitoria criatura lleva dentro de sí la potencia original, la potencia emancipada y realenga que no está presente ni en los encrespamientos de la mar, ni en la gravitación de la mon-

taña, ni en el girar de los orbes; un puñado de polvo puede mirar a lo alto, y, dirigiéndose al misterioso principio de las cosas, decirle: —«Si existes como fuerza libre y consciente de tus obras, eres como yo, una Voluntad; soy de tu raza, soy tu semejante; y si sólo existes como fuerza ciega y fatal, si el universo es una patrulla de esclavos que rondan en el espacio infinito, teniendo por amo una sombra que se ignora a sí misma, entonces yo valgo mucho más que tú, y el nombre que te puse devuélvemelo, porque no hay en la tierra ni en el cielo nada más grande que yo».

José Enrique Rodó,
uruguayo.

Recomendar las *Obras completas,* de José Enrique Rodó.

II

El miedo de vivir.

Cuando Noé abrió a sus huéspedes las puertas del Arca, dos parejas de golondrinas se lanzaron al espacio, y felices de desplegar sus alas, descendieron, de valle en valle, a la llanura.

Dos de las viajeras, asustadas del espectáculo que ofrecía la tierra, se detuvieron y dejaron que sus compañeras continuaran solas su camino. No querían alejarse del Arca: ¡el cielo se mostraba tan amanazador; el suelo tan poco seguro!

Las aguas se recogían, la tierra se endurecía; pero las dos golondrinas no se tranquilizaban. A la vista de la más pequeña nube, entraban a acurrucarse en los negros rincones del Arca. Si llovía, no salían sino muy tarde, obligadas por el hambre.

La segunda pareja, feliz de vivir, partió a nuevas regiones, hacia el país del Sol. Volaron tan ligero, que el invierno no las alcanzó. Y mientras sus tímidas compañeras dormían refugia-

das en el Arca, las descuidadas viajeras construían su nido de barro sobre rocas.

Lo adornaban con sus nuevas plumas, y bien pronto la morada se animó con gritos y gorjeos; luego una bandada de jóvenes golondrinas se lanzó a través del espacio, trazando caprichosos giros, desde la mañana hasta la tarde.

La estación se tornó mala; la familia se preparó para regresar al Arca, y la pareja guió a sus hijos por el camino por donde ella había venido.

Luego las golondrinas se pusieron a buscar a sus compañeras. Pero apenas las reconocieron en sus plumas tiesas y empañadas. ¡Tristes pájaros! Tenían también hijuelos; pero ¿dónde estaba ese vuelo ondulante y caprichoso? Nacidos en la obscuridad, apenas volaban y no dejaban casi su abrigo.

Eran niños feos, que se pusieron peores cuando las golondrinas viajeras volvieron en bandadas después de algunos años. Los hijos de los hijos, más y más allegados al Arca, no se les parecían en nada; habían degenerado. *Su miedo de vivir*, su existencia nocturna, sus salidas a la hora del crepúsculo, su apegamiento al rincón en que habían nacido, los desfiguraron y transformado en murciélagos.

C. Shiffer,
alemán.

III

El infortunio.

Esta noche se apareció en mi cabecera una figura opaca. Con un relámpago en el ojo y un puñal en el costado, me miraba burlonamente a la cara. Tuve miedo... Me dijo: «—Yo soy el infortunio.»

«Nunca te dejaré, chiquilla tímida, nunca, nunca. Entre las zarzas y las flores, hasta la muerte y en la nada. Te seguiré, sin cesar, por todas partes adonde vayas.»

«—¡Aléjate!...—, sollocé»

Permaneció inmóvil cerca de mí, y me dijo: «—Está escrito allá arriba. Eres una flor lívida, una flor de ciprés, flor de nieve, de delito y de tumba. Allá arriba, allá arriba está escrito.»

Yo salté, gritando: «—Quiero la esperanza que brilla a los veinte años; quiero la trémula exaltación del amor; quiero el beso del genio y de la luz... ¡Vete, oh funesto!»

Y dijo: «—Solamente alcanzará el resplandor de la gloria el que sufre y crea sangrando. Águila sublime, el Dolor alumbra la Idea. Al que lucha valientemente, la victoria.»

Le respondí: «—¡Quédate!»

Ada Negri,
italiana.

Recomendar *Maternidad,* de Ada Negri.

IV

Amo de su destino.

En medio de la noche que me cubre, negra como el abismo, de polo a polo doy gracias a los dioses, cualesquiera que sean, por mi alma invencible. Entre las crueles garras de los hechos no me he rebelado ni grité; bajo los golpes del Acaso, mi cabeza sangra, pero no se doblega. Más allá de este lugar de iras y de lágrimas se vislumbra sólo el Horror de la Sombra; pero, sin embargo, la amenaza de los años me encuentra y me encontrará impasible. Por angosta que sea la puerta, por cargada de castigos que esté la sentencia, yo soy el Amo de mi Destino, yo soy el Capitán de mi Alma.

Henley,
norteamericano.

V

El himno de la vida.

¿Te eternizas? ¿Para qué? ¡La juventud y la vida están conmigo! No me verás debilitarme en la batalla fatal. Sobre las ruinas dispersas y sobre las angustias brillan mis veinte años.

No me quitarás esa fuerza divina que arde en mi corazón. No me detendrás en el vuelo impetuoso que me arrastra. Tus uñas son impotentes, ¡oh negra diosa!, yo sigo mi camino.

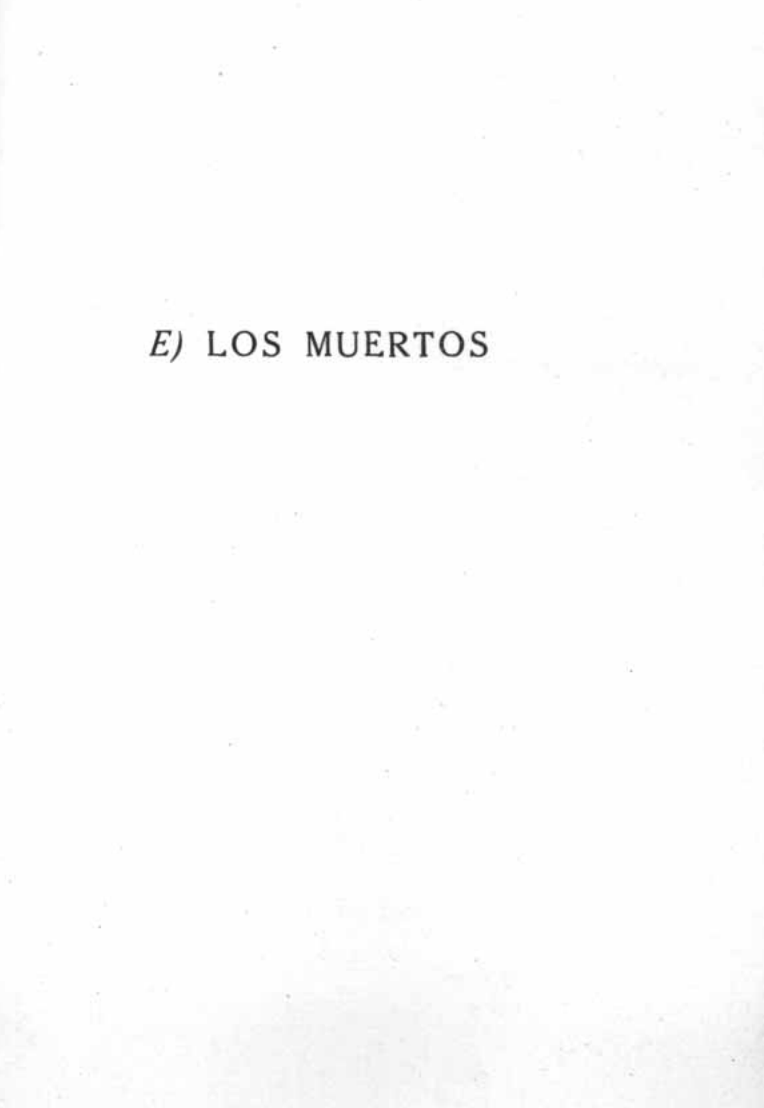
Ves, allá abajo, en el mundo, ¡qué luz de sueño y de rosas! ¿Oyes en el cielo gozoso los trinos de las alondras triunfantes? ¡Qué fulguración de fe y de ideal, qué estremecimiento de alas!...

Quiero el trabajo que diviniza y que con noble dominio gobierna todas las cosas. Quiero el sueño y la armonía, la juventud eterna del arte, la risa del azul y los bálsamos de las flores, los astros, los esplendores y los besos.

Pasas bruja negra; pasas como una sombra funesta al sol. Pero todo renace, todo espera. Las violetas sonríen bajo las breñas, y yo, escapada de tus lazos, audaz y juguetona, canto el himno de la vida.

Ada Negri,
italiana.

E) LOS MUERTOS



Se fueron antes.

Lloras a tus muertos con un desconsuelo tal que no parece sino que tú eres eterno.

NOT DEAD, BUT GONE BEFORE, dice bellamente el prólogo inglés. Tu impaciencia se agita como loba hambrienta, ansiosa de devorar enigmas.

¿Pues no has de morir tú un poco después, y no has de saber por fuerza la clave de todos los problemas, que acaso es de una diáfana y deslumbradora sencillez?

SE FUERON ANTES... ¿A qué pretende interrogarlos con insistencia nerviosa?

Déjalos siquiera que sacudan el polvo del camino; déjalos siquiera que restañen en el regazo del Padre las heridas de los pies andariegos; déjalos siquiera que apacienten sus ojos en los verdes prados de la paz...

El tren aguarda. ¿Por qué no preparar tu equipaje? Esto sería más práctica y eficaz tarea.

El ver a tus muertos es de tal manera cercano e inevitable, que no debes alterar con la menor festinación la pocas horas de tu reposo.

Ellos, con un concepto cabal del tiempo, cuyas barreras traspusieron de un sólo impetu, también te aguardan tranquilos.

Tomaron únicamente uno de los trenes anteriores.

Amado Nervo,
mexicano.

Muerta.

En vano entre la sombra mis brazos, siempre abiertos,
asir quieren su imagen con ilusorio afán.
¡Qué noche tan callada, qué limbos tan inciertos!
¡Oh Padre de los vivos: adónde van los muertos,
adónde van los muertos, Señor, adónde van!

Muy vasta, muy distante, muy honda, sí, muy honda,
¡pero muy honda! debe ser ¡ay! la negra onda
en que navega su alma como un tímido albor,
para que aquella madre tan buena no responda
ni se estremezca al grito de mi infinito amor.

Glacial, sin duda, es esa zona que hiende. Fría,
¡oh, sí, muy fría!, pero muy fría debe estar
para que no la mueva la voz de mi agonía,
para que todo el fuego de la ternura mía
su corazón piadoso no llegue a deshelar.

Acaso en una playa remota y desolada,
enfrente de un océano sin límites, que está
convulso a todas horas, mi ausente idolatrada
los torvos horizontes escruta, con mirada
febril, buscando un barco de luz que no vendrá.

¡Quién sabe por qué abismos hostiles y encubiertos,
sus blancas alas trémulas el vuelo tenderán!
¡Quién sabe por qué espacios brumosos y desiertos!
¡Oh Padre de los vivos: adónde van los muertos,
adónde van los muertos, Señor, adónde van!

Tal vez en un planeta bañado de penumbra
sin fin, que un sol opaco, ya casi extinto, alumbra,
cuitada peregrina, mirando en derredor
ilógicos aspectos de seres y de cosas,
absurdas perspectivas, creaciones misteriosas,
que causan extrañeza sutil y vago horror.

Acaso está muy sola. Tal vez mientras yo pienso
en ella, está muy triste; quizás con miedo esté.
Tal vez se abre a sus ojos algún arcano inmenso.
¡Quién sabe lo que siente, quién sabe lo que ve!

Quizá me grita: —«¡Hijo!» buscando en mí un escudo
(¡mi celo tantas veces en vida la amparó!)
y advierto con espanto que todo se halla mudo,
que hay algo en las tinieblas, fatídico y sañudo,
que nadie la protege ni le respondo yo.

¡Oh Dios! Me quiso mucho; sus brazos siempre abiertos
como un gran nido, tuvo para mi loco afán
Guiad hacia la vida sus pobres pies inciertos...
¡Piedad para mi muerta! ¡Piedad para los muertos!
¡Adónde van los muertos, Señor, adónde van!

Amado Nervo,
mexicano.

Los muertos.

Es el día de los muertos.

¿Lloraremos a aquellos que desaparecieron convertidos en ese mismo polvo del camino que levantaban en la marcha?

¡Sean más bien esta vez nuestras plegarias por los muertos que están entre nosotros! Los de oídos que no oyen; los de

ojos que no ven; los de corazón sin amor; los de alma sin la pasión de la justicia; los que se apesadumbran ante los nichos de los cementerios y no recuerdan los nichos de las cárceles; los que tiemblan al agitarse los cipreses y pasan junto a los muros de los hospitales sin sentir el dolor que los conmueve; los que condenan sin misericordia; los que se hartan sin pudor ante el hambriento; los que cobran una ofensa y un error y un centavo; los que se sonríen ante la mujer que se hizo madre y no tiene hombre, ni ley, ni piedad que la ampare; los que vuelven la espalda al que está sucio por dento y no se sabe limpiar; los mordidos de envidia, porque ignoran que todos somos unos y que el triunfo de uno es el de todos; los que saborean la fruta sin simpatía para el árbol; los que devoran el pan sin amor para el labrador ni compasión para el buey; los otros, pobrecitos, que uno es juez y no sufre de que el inocente esté en presidio por su negligencia; otro, médico, y duerme después de negar alivio al dolorido; otro, funcionario, y realiza tranquilo la iniquidad; otro, negociante, y guarda risueño el fruto del despojo; otro, un miserable, y llena su bolsa de odio a falta de oro.

¡Amémoslos a todos! Ya que el amor de dos les dio la vida, pueda el amor de muchos realizar el milagro de la resurrección.

Encendamos bien la luz. Y entre el reír y el llorar, aparezcan los odios y crueldades y huyan como las serpientes de la hojarasca removida.

¡Elevemos al cielo la plegaria por todos estos muertos!

Constancio C Vigil,
uruguayo.

Recomendar *El Erial,* de Constancio C. Vigil.

Así fue...

Lo sentí; no fue una
separación, sino un desgarramiento;
quedó atónita el alma, y, sin ninguna
luz, se durmió en la sombra el pensamiento.
Así fue; como un gran golpe de viento
en la serenidad del aire. Ufano,
en la noche tremenda,
llevaba yo en la mano
una antorcha con que alumbrar la senda,
y que de pronto se apagó: la obscura
asechanza del mal y del destino
extinguió así la llama y mi locura.
Vi un árbol a la orilla del camino
y me senté a llorar mi desventura.
Así fue, caminante
que me contemplas con mirada absorta
y curioso semblante.
Yo estoy cansado, sigue tú adelante;
mi pena es muy vulgar y no te importa.
Amé, sufrí, gocé, sentí el divino
soplo de la ilusión y la locura;
tuve una antorcha, la apagó el destino,
y me senté a llorar mi desventura
a la sombra de un árbol del camino.

Luis G. Urbina,
mexicano.

Recomendar las *Poesías escogidas,* de Luis G. Urbina.

F) LA ALEGRÍA.

La pasión de la desdicha.

Una de las pasiones más inverosímiles, y, sin embargo, más reales, que afligen a la humanidad, es la pasión de la desdicha. Para quien no conozca al hombre, la cosa parecerá imposible; para quien conozca al hombre, la cosa es evidente.

Existe una corrupción que lleva a la especie humana hacia un género de voluptuosidad espantosa; esa voluptuosidad es un ídolo que, desde hace seis mil años, reclama y obtiene humanos sacrificios. El hombre quiere saborear algo que haga morir.

Es muy necesario que todas las corrupciones de la literatura y de la poesía, todas las degradaciones del amor y del teatro tengan una explicación. Esta explicación es la siguiente: el hombre tiene pasión por la desdicha.

El pueblo romano lanzaba su grito estertóreo de *¡Panem et Circens!* ¿Qué es lo que quiere decir esto? He ahí la traducción: la vida y la muerte. El pueblo romano, representante de la civilización pagana, no pedía solamente lo que necesitaba para vivir, sino lo que necesitaba para morir; y la aproximación de estas dos demandas contiene una enseñanza grave.

En su salvaje voluntad, ponía en la misma línea lo que nutre la sangre del hombre y lo que hace verter la sangre.

Ese grito es típico; es lo que ha alimentado la parte mayor de la literatura moderna. Algunas veces, en lugar de sangre se han pedido lágrimas; pero las lágrimas son la sangre del alma, según la palabra de San Agustín, y por ellas el grito del pueblo rey es oído favorablemente.

El gusto de la sangre y el gusto de las lágrimas no son más que un solo y mismo gusto, con la diferencia de que el gusto de la sangre lo siente un pueblo brutal y el gusto de las lágrimas es el gusto de la sangre que se refina. Cuando el elemento corporal domina en la crueldad, el hombre experimenta el gusto de las lágrimas.

Uno de los caracteres que ostenta la afición a la desdicha es la esterilidad de esa desdicha y la inutilidad de la mirada que se echa sobre ella.

La desdicha es un alimento para la vanidad, para la curiosidad, para la ilusión, para la nada. No tiene ilusiones, ni luces, ni remedios; para nada sirve, como no sea para hacer hablar y para hacer llorar, pese a la dignidad de la palabra y a la dignidad de las lágrimas, a las cuales se ultraja con su contacto.

La desdicha, en estas condiciones, llega a ser una posición; reemplaza con una actitud melancólica el trabajo que no se hace, pues el gusto por la desdicha es una de las formas de la pereza, y, como la literatura contemporánea ha sido, en su parte más depravada, la apología de la pereza, dicha literatura ha propagado y ensalzado el gusto de la desdicha.

Esa pereza de que hablo es una pereza adecuada a los hombres que se creen grandes; una pereza verbosa, declamatoria, doctoral y enfática que menosprecia la acción. Esa pereza, no contenta con la práctica, se eleva a la altura de teoría. No hace nada, porque para obrar es harto majestuosa. Se admira a sí misma en su necedad, y en su dolor sobre todo. Procura llorar y hace ostentación de las lágrimas estériles que trata de verter.

Esa pereza toma a veces la pluma para comunicar a los hombres la pasión por la desdicha. Las lamentaciones que así nacen no tienen virtud ni belleza. No corrigen ni alumbran; enervan y ensoberbecen.

Ernesto Hello,
francés.

Alégrate.

Si eres pequeño, alégrate; porque tu pequeñez sirve de contraste a otros en el universo; porque esa pequeñez constituye la razón esencial de su grandeza; porque para ser ellos grandes han necesitado que tú seas pequeño, como la montaña para culminar necesita alzarse entre colinas, lomas y cerros.

Si eres grande, alégrate; porque lo inevitable se manifestó en tí de manera más exelente; porque eres un éxito del Artista eterno.

Si eres sano, alégrate; porque en tí las fuerzas de la Naturaleza han llegado a la ponderación y a la armonía.

Si eres enfermo, alégrate; porque luchan en tu organismo fuerzas contrarias que acaso buscan una resultante de belleza; porque en tí se ensaya ese divino alquimista que se llama el Dolor.

Si eres rico, alégrate; por toda la fuerza que el Destino ha puesto en tus manos para que la derrames...

Si eres pobre, alégrate; porque tus alas serán más ligeras; porque la vida te sujetará menos; porque el Padre realizará en tí más directamente que en el rico el amable prodigio periódico del pan cotidiano...

Alégrate si amas; porque eres más semejante a Dios que los otros.

Alégrate si eres amado; porque hay en esto una predestinación maravillosa.

Alégrate si eres pequeño; alégrate si eres grande; alégrate si tienes salud; alégrate si la has perdido; alégrate si eres rico; si eres pobre, alégrate; alégrate si te aman; si amas, alégrate; ¡alégrate siempre, siempre, siempre!

Amado Nervo,
mexicano.

Mirando jugar a un niño.

... A menudo se oculta un sentido sublime en un juego de niño.

(Schiller.)

Jugaba el niño en el jardín de la casa con una copa de cristal, que en el límpido ambiente de la tarde un rayo de sol tornasolaba como un prisma. Manteniéndola no muy firme en una mano, traía en la otra un junco, con el que golpeaba acompasadamente en la copa. Después de cada toque, inclinando la graciosa cabeza, quedaba atento, mientras las ondas sonoras, como nacidas de vibrante trino de pájaro, se desprendían del herido cristal y agonizaban suavemente en los aires.

Prolongó así su improvisada música hasta que, en un arranque de volubilidad, cambió el motivo de su juego: se inclinó a tierra, recogió en el hueco de ambas manos la arena limpia del sendero y la fue vertiendo en la copa hasta llanarla. Terminada esta obra, alisó con primor la arena desigual de los bordes. No pasó mucho tiempo sin que quisiera volver a arrancar al cristal su fresca resonancia; pero el cristal, enmudecido, como si hubiera emigrado un alma de su diáfano seno, no respondía más que con un ruido de seca percusión al golpe del junco.

El artista tuvo un gesto de enojo para el fracaso de su lira. Hubo de verter una lágrima, mas la dejó en suspenso. Miró como indeciso a su alrededor; sus ojos húmedos se detuvieron en una flor muy blanca y pomposa que a la orilla de un cantero cercano, meciéndose en la rama que más se adelantaba, parecía rehuir la compañía de las hojas en espera de una mano atrevida. El niño se dirigió, sonriente, a la flor; pugnó por alcanzar hasta ella, y aprisionándola, con la complicidad del viento que hizo abatirse por un instante la rama, cuando la hubo hecho suya la colocó graciosamente en la copa de cris-

tal, vuelta en ufano búcaro, asegurando el tallo endeble merced a la misma arena que había sofocado el alma musical de la copa. Orgulloso de su desquite levantó cuan alto pudo la flor entronizada y la paseó, como en triunfo, entre la muchedumbre de las flores.

* * *

¡Sabia, candorosa filosofía! —pensé—. Del fracaso cruel no recibe desaliento que dure ni se obstina en volver al goce que perdió, sino que de las mismas condiciones que determinaron el fracaso toma la ocasión de nuevo juego, de nueva idealidad, de nueva belleza... ¿No hay aquí un polo de sabiduría para la acción? ¡Ah, si en el transcurso de la vida todos imitáramos al niño! ¡Si ante los límites que pone sucesivamente la fatalidad a nuestros propósitos, nuestras esperanzas y nuestros sueños, hiciéramos todos como él!...

El ejemplo del niño dice que no debemos empeñarnos en arrancar sonidos de la copa con que nos embelesamos un día si la naturaleza de las cosas quiere que enmudezca. Y dice luego que es necesario buscar, en derredor de donde entonces estemos, una reparadora flor, una flor que poner sobre la arena por quien el cristal se tornó mudo...

No rompamos torpemente la copa contra las piedras del camino sólo porque haya dejado de sonar. Tal vez la flor reparadora existe. Tal vez está allí cerca. Esto declara la parábola del niño, y toda filosofía viril, viril por el espíritu que la anima, confirmará su enseñanza fecunda.

José Enrique Rodó,
uruguayo.

La sonrisa.

Es de común experiencia que toda risa contenida se deshace en sonrisa, y toda sonrisa acentuada se desata en risa. Estas relaciones fisiológicas no deben turbarnos. En concepto, como quiere Bergson, podemos considerar que la risa es una manifestación social. La sonrisa es solitaria. La risa acusa un pretexto o motivo externo, como señalándolo con el dedo. La sonrisa es más interior, tiene más espontaneidad que la risa, es menos solicitada desde fuera. Así, aun cuando se considere que son grados o momentos de un mismo proceso, el análisis de la sonrisa nos lleva a las fuentes espirituales; el de la risa, a los motivos externos. Los motivos podrían variar; como no nos pertenecen, no son absolutos. La fuente espiritual que traemos con nuestro ser no puede variar, es absoluta. La sonrisa es, filosóficamente, más permanente que la risa.

«... Rire est le prope de l'homme», ha observado Rabelais, sutilmente. Lo mismo pudiera haber dicho: «sonreir». Los naturalistas creen percibir, en cierta clase de simios, el rictus de una embrionaria sonrisa; estas relaciones ancestrales no deben turbarnos. La sonrisa es, en todo caso, el signo de la inteligencia que se libra de los inferiores estímulos; el hombre burdo ríe sobre todo; el hombre cultivado, sonríe. Calibán ignora las alegrías interiores de Ariel. Calibán es un «animal triste». «La carne es triste».

La sonrisa no es inmediatamente útil para el mantenimiento corpóreo. Antes del pensamiento filosófico o de la verdadera creación artística, la sonrisa es la primera desviación de la estricta gravedad vital. Desviación levísima, declinación casi imperceptible y que acaso es la misma flor de la plenitud orgánica, del bienestar fisiológico; pero que, desarrollada, llegará a las mayores alturas del idealismo: a juzgar al mundo como

fantasía o capricho del pensamiento. La sonrisa es la primera opinión del espíritu sobre la materia. Cuando el niño comienza a despertar del sueño de su animalidad, sorda y laboriosa, sonríe; es porque le ha nacido «el dios».

Alfonso Reyes,
mexicano.

Recomendar los artículos de crítica de Alfonso Reyes.

La esperanza.

La historia de la humanidad es la de la invencible esperanza. De otro modo, hace mucho tiempo que todo habría acabado.

Para caminar con la carga, para guiarse en la obscuridad, para reponerse de las caídas y de las ruínas, para no abandonarse a la muerte misma, la humanidad ha necesitado esperar siempre, y a veces contra toda esperanza. Este es el cordial que la sostiene.

Si sólo tuviéramos lógica habríamos obtenido hace mucho tiempo esta conclusión: la última palabra está en todas partes en la muerte; y nos habría matado este pensamiento. Pero tenemos esperanza, y por ella vivimos y creemos en la vida.

Suso, el gran monje místico, uno de los hombres más sencillos y mejores que han vivido nunca, tenía una costumbre conmovedora: siempre que encontraba una mujer, la más pobre y vieja, se apartaba respetuosamente de su camino, aun cuando para ello tuviera que meter los pies entre espinas o en un carril lleno de lodo. —«Lo hago, decía, para rendir homenaje a nuestra santa Señora la Virgen María.»

Rindamos a la esperanza un homenaje semejante: Cuando

la hallemos bajo la forma del tallo de trigo que rompa el surco; del pájaro que cobija y alimenta su cría; de un pobre animal herido que reune todas sus fuezas, se levanta y sigue su camino; de un aldeano que labra y siembra un campo arrasado por la inundación o el granizo; de una nación que lentamente repara sus pérdidas y cura sus heridas; en cualquier forma humilde y dolorosa, ¡saludémosla! Cuando la encontremos en las leyendas, en los cantos sencillos, en las simples creencias, ¡saludémosla también! porque es la misma siempre, la indestructible, la hija inmortal de Dios.

Nos atrevemos a esperar demasiado poco. El hombre de estos tiempos ha contraído timideces extrañas. El temor de que el cielo caiga, ese colmo del absurdo del miedo, según nuestros antepasados los galos, ha penetrado en nuestros corazones.

¿Duda la gota de agua del Océano? ¿El rayo de la luz, del Sol? Nuestra sabiduría senil ha realizado este prodigio. Se asemeja a esos viejos pedagogos, gruñones, cuyo principal oficio consiste en reprender ásperamente las alegres diabluras o los entusiasmos juveniles de sus alumnos.

Tiempo es ya de volver a ser niños; de aprender de nuevo a juntar las manos y abrir mucho los ojos ante el gran misterio que nos envuelve; de recordar que, a pesar de nuestro saber, sabemos poco, que el mundo es más grande que nuestro cerebro, y que es feliz, porque si es tan prodigioso debe ocultar recursos desconocidos y puede concedérsele algún crédito sin ser tachados de imprevisión. No le tratemos como acreedores a un deudor insolvente.

Hay que reanimar nuestro valor y encender de nuevo la santa llama de la esperanza. Puesto que el Sol sale todavía, que la Tierra florece de nuevo; puesto que el ave hace su nido, que la madre sonríe a su hijo, tengamos el valor de ser hombres y dejemos el resto a Aquel que ha fijado el número de estrellas.

Por mi parte querría poder hallar palabras ardientes para decir al que sienta su corazón abatido en este tiempo de de-

sengaño: —«Recobra tu valor, espera aún; seguro está de engañarse menos el que tiene valor de esperar más.»

La esperanza más sencilla está más cerca de la verdad que la desesperación más razonada.

Charles Wagner,
francés.

Recomendar todas las obras de Carlos Wagner.

La confianza.

Las gaviotas empollan entre las rocas, confiadas en las olas que las salpican. Los pescadores duermen tranquilos dejando sus barcos tumbados en la playa. Y vosotros, pueblos costeños y puertos bulliciosos de comercio, reposáis serenos a la orilla del agua, teniendo ante los ojos el abismo y sus mareas inquietas.

Ni el cielo negro ni el invierno crudo os turban, labradores, cuando, confiados en el verano próximo, arrojáis el grano sobre el campo triste. Y las noches preñadas de sombras y terrores no logran haceros desconfiar de la vuelta del Sol.

Todo lo preside la confianza. ¡Oh buena madre de la santa paciencia! Si eres la fuente de la paz y del sueño; si eres el cimiento de todo reposo, ¿por qué turbas el corazón del hombre? Tú no ignoras que su cuerpo tiene ansia de perdurar eternamente. Y tú bien sabes que cada cual comprende lo imposible de su anhelo.

Tú, tú le abrumas, porque has hecho que arraigue en sus entrañas, como una zarpa sangrienta, la desoladora confianza en la suerte final.

Pedro Prado,
chileno.

Recomendar todas las obras de Pedro Prado.

G) MOTIVOS DE NAVIDAD

El establo.

Jesús nació en un establo.

Un establo, un verdadero establo, no es el alegre pórtico ligero que los pintores cristianos han edificado al Hijo de David, como avergonzados de que su Dios naciese en la miseria y en la suciedad, y no es tampoco el pesebre de yeso que la fantasía confitera de los figuristas ha imaginado en los tiempos modernos; el pesebre pulido y delicado, gracioso, de color, con la artesa linda y delicada; el burrito estátito y el compungido buey, y los ángeles sobre el techo con el festón ondulante, y los muñequitos de los Reyes y de los pastores con capuchas, de rodillas a los dos lados de la escena. Este puede ser el sueño de los novicios, el lujo de los curas, el juguete de los niños, la «posada vaticinada» de Alejandro Manzoni; pero no es, en verdad, el establo donde nació Jesús.

Un establo, un establo verdadero, es la casa de las bestias, la prisión de las bestias que trabajan para el hombre. El antiguo, el pobre establo de los países antiguos, de los países pobres, del país de Jesús, no es el alojamiento con pilastras y capiteles, ni la cuadra higiénica de los ricos de ahora, ni es la choza bonita de los altares de Navidad. El establo es sólo cuatro muros toscos, un empedrado sucio, un techo de viguetas y láminas. El verdadero establo es obscuro, sucio, mal oliente; lo único limpio en él es la artesa donde el amo mezcla heno y trigo.

Los prados de primavera, frescos en las serenas mañanas, ondeantes al viento, asoleados, húmedos, olorosos, fueron segados; cortadas con el hierro las hierbas verdes, las altas ho-

jas finas; segadas también las bellas flores abiertas, blancas, rojas, amarillas, celestes. Todo se marchitó, se secó, tomó el color pálido y único del heno. Los bueyes acarrearon a casa los despojos muertos de Mayo y Junio.

Ahora aquella hierba y aquellas flores, aquellas hierbas tornadas áridas, aquellas flores que siempre aromaron, están allí ante la artesa, para saciar el hambre de las bestias, esclavas del hombre. Los animales las engullen despacio, con los grandes labios obscuros, y más tarde, el prado florido vuelve a la luz, sobre la paja que les sirve de lecho, cambiado en estiércol húmedo.

Este es el verdadero establo donde nació Jesús; el lugar más asqueroso del mundo fue la primera habitación del único Puro entre los nacidos de mujer. El hijo del Hombre, que debía ser devorado por las bestias que se llaman hombres, tuvo como primera cuna la artesa donde los brutos rumian las flores milagrosas de la primavera.

Por azar nació Jesús en un establo. ¿El mundo no es acaso un inmenso establo donde los hombres comen y estercolan? Las cosas más bellas, más puras, más divinas, ¿no las cambian acaso, por infernal alquimia, en excremento? Después se tienden sobre los montones de estiércol y llaman a aquello «gozar de la vida».

Sobre la tierra, chiquero precario donde todos los embellecimientos y los perfumes no pueden esconder el estiércol, apareció una noche Jesús, sin más arma que la inocencia, nacido del vientre de una Virgen sin mancha.

Giovanni Papini,
italiano.

Recomendar *La Vida de Jesús,* de Giovanni Papini.

II

El establo.

Al llegar la media noche
y al romper en llanto el Niño,
las cien bestias despertaron
y el establo se hizo vivo.

Y se fueron acercando
y alargaron hasta el Niño
sus cien cuellos anhelantes,
como un bosque estremecido.

Bajó un buey su aliento al rostro
y se lo exhaló sin ruido,
y sus ojos fueron tiernos,
como llenos de rocío.

Una oveja lo frotaba
contra su vellón suavísimo,
y las manos le lamían,
en cuclillas, dos cabritos...

Las paredes del establo
se cubrieron sin sentirlo
de faisanes y de ocas
y de gallos y de mirlos.

Los faisanes descendieron,
y pasaban sobre el Niño
su gran cola de colores;
y las ocas, de anchos picos,

arreglábanle las pajas,
y el enjambre de los mirlos
era un velo palpitante
sobre del recién nacido...

Y la Virgen entre el bosque
de los cuernos, sin sentido,
agitada iba y venía
sin poder tomar al Niño.

Y José venía riendo
acercándose en su axilio.
Y era como un bosque al viento
el establo conmovido...

Gabriela Mistral,
chilena.

III

Navidad.

¡El Niño ha vuelto! ¡El Niño ha vuelto! ¡Otra vez el comienzo! ¡Eterna es la vida! Ríen los hombres escondidos en las cabañas, los que se habían apiñado, en las ciudades brillantes de artificio, para olvidar la muerte, y los que peregrinaban meditabundos por la inmensa obscuridad de los campos.

¡El Niño ha vuelto! Y todos se sienten otra vez niños y no tienen frío. ¿Qué importa el frío, qué importa la nieve, qué importa la desnudez y la obscuridad de la tierra? No hay frío, no hay obscuridad, no hay muerte. ¡El Niño ha vuelto!

Y todos van a él en la fiesta de la noche y de la nieve. Es la fiesta de la eternidad, del ser triunfante de todos los fantasmas de la muerte. Es la fiesta del eterno comienzo.

Este niño sonriente que hay en el altar es el Eterno Niño que vive en el fondo de nuestra alma. ¿No lo sentís algunas veces y siempre, si queréis?

Cuando la tribulación sacuda como un huracán los cimientos de vuestra casa; cuando el dolor parezca secar las fuentes de vuestra vida; cuando la violencia de la lucha humana haga rígido vuestro gesto, o el sufrimiento del pensar frunza vuestras cejas; cuando la enfermedad abata vuestros miembros en el lecho y obscurezca vuestros sentidos en la sombra —¡vana sombra!— de la muerte... ¡Invocad al Niño! ¡Invocad al Niño!

Él volverá, él vuelve siempre. Tras la tribulación, tras el dolor, tras la violencia, tras la enfermedad y la muerte, hay en vosotros una sonrisa de niño que espera...

¿No habéis visto sonreír un mártir? ¿No habéis visto sonreír un héroe? ¿No habéis visto sonreír un sabio? ¿No habéis visto alguna vez la divina sonrisa de los moribundos? Pues es el Niño, es el Niño que hay dentro, el Niño que vuelve siempre, siempre...

¿No habéis visto los niños, nuestros niños, sonreír a todo? Miráis al niño, y os sonríe; le volvéis la espalda, y sonríe a la madre que le tiene en brazos; dejadlo solo, y sonríe al espacio; mostradle el cielo, y sonríe; mostradle la muerte, y sonríe. Llorará tal vez ante el dolor, ante la obscuridad, ante el miedo a lo monstruoso... Pero, aguardad, y al menor cambio cesa el llanto súbitamente, mira el niño asombrado y en seguida sonríe, aún entre lágrimas. Al fin todo le es igual. Todo es igual ante su sonrisa, triunfante de todo.

Pues ¿qué más somos nosotros? ¿Qué más comprendemos que ellos del misterio y de la vida y de sus apariencias? ¿Por qué no hemos de sonreír, al fin, a todas las cosas que no comprendemos? ¿Y por ventura podemos decir que comprendemos bien alguna cosa? Ved al Niño Eterno: Él sabe el misterio de todas, y sonríe eternamente. Algún motivo de eterna sonrisa habrá en el fondo de ellas.

Y ese motivo será el que sonríe dentro de nosotros al fin de todas nuestras tempestades: el niño inconsciente que lle-

vamos dentro y que sabe más que nosotros, lo mejor de nosotros mismos.

Y esto es lo que hoy festejamos: ¡ved que gran fiesta! La Navidad, la Navidad, el poder de nacer eternamente, de renacer siempre de nosotros mismos, de hacer de nuestra vida un eterno comienzo, de ser siempre niños en algún modo, de ver cada cosa como nueva, como si por la primera vez la viéramos; con sorpresa, con inocencia, con sonrisa. De llevar nuestra vida con un santo atolondramiento, con desenfado; de dejarla llevar por el instinto del alma que sabe más que todos los filósofos.

Que nuestra sonrisa sea purgadora de la hiel de la experiencia, de los malos humores del dolor, de la acritud de la lucha.

Que nuestra alma quede siempre pura como la del niño, y por encima de toda mancha.

Restauremos cada día, cada momento, nuestra inocencia. ¿No fue esto lo que quiso decir en su día el Niño de hoy, cuando, acariciando a los parvulillos habló así a sus discípulos: —«En verdad os digo que el que no recibiere el reino de Dios como niño, no entrará en él»? ¡Ay, pues, de aquel que no sabe hacerse niño!

Hoy es la gran fiesta de ese renuevo eterno. Ved la mesa familiar: en torno del padre ríen los hijos; ríen los nietos ya en flor de renuevo; ríen los pequeñuelos que se sienten hermanados con los mayores y aún con el padre; ríe en brazos de la madre jóven el último llegado, que aún no sabe nada. Y este es el maestro de todos, porque su risa es la más pura. Todos son niños en torno a la mesa de Navidad.

¡Oh! ¡Navidad! ¡Navidad! Alegría del eterno renuevo...

Juan Maragall,
español.

Recomendar todas las obras de Juan Maragall.

IV

La rosa niña.

Cristal, oro y rosa: alba en Palestina.
Salen los tres reyes de adorar al Rey,
flor de infancia, llena de una luz divina
que humaniza y dora la mula y el buey.

Baltasar medita, mirando la estrella
que guía en la altura. Gaspar sueña en
la visión sagrada. Melchor ve en aquella
visión, la llegada de un mágico bien.

Las cabalgaduras sacuden los cuellos
cubiertos de sedas y metales. Frío
matinal refresca belfos de camellos
húmedos de gracia, de azur y rocío.

Las meditaciones de la barba sabia
van acompasando los plumajes flavos,
los ágiles trotes de potros de Arabia
y las risas blancas de negros esclavos.

¿De dónde vinieron a la Epifanía?
¿De Persia? ¿De Egipto? ¿De la India? Es en vano
cavilar. Vinieron de la Luz, del Día,
del Amor. Inútil pensar, Tertuliano.

El fin anunciaban de un gran cautiverio
y el advenimiento de un raro tesoro.
Traían un símbolo de triple misterio,
portando el incienso, la mirra y el oro.

En las cercanías de Belén se para
el cortejo. ¿A causa? A causa de que
una dulce niña de belleza rara
surge ante los magos, todo ensueño y fe.

—«¡Oh, Reyes! —les dice—. Yo soy una niña
que oyó a los vecinos pastores cantar,
y desde la próxima florida campiña
miró vuestro regio cortejo pasar.»

«Yo sé que ha nacido Jesús Nazareno;
que el mundo está lleno de gozo por él,
y que es tan rosado, tan lindo y tan bueno,
que hace al sol más sol, y a la miel más miel».

«Aún no llega el día... ¿Dónde está el establo?
Prestadme la estrella para ir a Belén.
No tengas cuidado que la apague el diablo;
con mis ojos puros la cuidaré bien».

Los magos quedaron silenciosos. Bella
de toda belleza, a Belén tornó
la estrella; y la niña, llevada por ella,
al establo, cuna de Jesús, entró.

Pero cuando estuvo junto a aquel infante,
en cuyas pupilas miró a Dios arder,
se quedó pasmada, pálido el semblante,
porque no tenía nada que ofrecer.

La Madre miraba su niño-lucero;
las dos bestias buenas daban su calor;
sonreía al santo viejo carpintero;
y la niña estaba temblando de amor.

Allí había oro en cajas reales,
perfumes en frascos de hechura oriental,
inciensos de copas de finos metales,
y quesos, y flores, y miel de panal.

Se puso rosada, rosada, rosada...
ante la mirada del niño Jesús.
(Felizmente que era su madrina una hada,
de Anatole France o el doctor Mardrús).

¿Qué dar a ese niño, qué dar sino ella?
¿Qué dar a ese tierno, divino Señor?
Le hubiera ofrecido la mágica estrella,
la de Baltasar, Gaspar y Melchor...

Mas a los influjos del hada amorosa
que supo el secreto de aquel corazón,
se fue convirtiendo poco a poco en rosa,
en rosa más bella que las de Sarón.

La metamorfosis fue santa aquel día.
(La sombra lejana de Ovidio aplaudía),
pues la dulce niña ofreció al Señor,
que le agradecía y le sonreía,
en la melodía de la Epifanía,
su cuerpo hecho pétalos y su alma hecha olor.

Rubén Darío,
nicaragüense.

Recomendar las «*Poesías Selectas*», de Rubén Darío.

V

Paz en la tierra.

La señora de los blancos cabellos anima en la hija o en la nieta la esperanza de la paz, porque la Nochebuena está cercana, y en esa Noche vino al mundo el enviado a poner amor y concordia entre las gentes, Aquel cuyo nacimento celebró el coro que oyeron los pastores: —«¡Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!»

Señora: hace mil novecientos diez y seis años que esa voz propagó la buena nueva de una ley de caridad y de gracia. Si desde entonces ha habido gloria en el reino de Dios, lo sabrán los astros del cielo, que no quieren conversación con nosotros; pero de las cosas del mundo sabemos de esos mil novecientos diez y seis años, que suman unos cuantos centenares de miles de días, o sean no pocos millones de horas, no ha pasado un minuto, uno sólo, en que el brazo del hombre no haya estado suspendido sobre el pecho del hombre; en que la sangre, el odio, la matanza, al Norte o al Sur, a Oriente o a Occidente, no hayan mantenido erguida sobre el mundo la sombra de Caín, eterna, inconjurable, soberana...

Guerra para resistir la ley del Dios de amor, y guerra para difundirla; guerra para imponerla en climas remotos, para resguardarla del error, para interpretar una palabra suya; guerra entre príncipes que se celan, entre pueblos que se aborrecen, entre clases que se incomodan; lo que es más triste todavía, guerra entre gentes que ni se incomodan, ni se aborrecen, ni se celan.

¿Qué será, señora? ¿Será que no se explicó o que no lo entendieron? ¿Será que profetizaba cuando dijo que no traía la paz sino la espada? ¿O será más bien que hay en el fondo

de la naturaleza humana una hez tan áspera y acerba que ni aún la sangre de Dios es miel suficiente para suavizarla?

A través de esa ciénega de sangre, cerca de dos mil veces ha vuelto a aparecer la Nochebuena, indiferentemente atravesada por los fuegos del sempiterno fraticidio; y es seguro que otras tantas veces, infinitas almas, heridas de aflicción y de angustia, pusieron su esperanza en la noche que les hablaba de la ley de amor y perdón, y soñaron que, al paso de la estrella de Belén, el iris tendería su arco y la mancha que enrojecía la tierra se evaporaría. Y la estrella de Belén ha pasado, y la mancha roja ha permanecido indeleble.

José Enrique Rodó,
uruguayo.

NATURALEZA

A) LA TIERRA

Julio Villa

La Tierra.

¿Quién ha suspendido este globo que llamamos la Tierra? ¿Quién ha echado sus cimientos?

Al parecer nada hay más vil que ella; los más infelices la pisotean, y en realidad se emplean los más grandes tesoros para adquirirla.

Si fuese más dura, el hombre no podría abrir su seno para cultivarla; si fuese menos dura, el hombre no podría sostenerse sobre ella, se hundiría en todas partes como se hunde en la arena o en el barro.

Del seno inagotable de la Tierra sale todo lo que hay de más precioso. Esta masa uniforme, vil y grosera, toma las formas más diversas, y ella sola da, alternativamente, todos los bienes que le pedimos. En un solo año produce ramas, botones, hojas, flores, frutos y semillas.

Nada la agota; mientras más desgarran sus entrañas, más liberal es ella. No se resiente de vejez; siempre se muestra pródiga en tesoros. Mil generaciones han ido a sepultarse en su seno; todo envejece, excepto ella, que rejuvenece en cada primavera.

No falta nunca a los hombres; pero los hombres se faltan a sí mismos cuando descuidan su cultivo. Por su pereza y sus desórdenes dejan crecer los zarzales y las espinas en lugar de los viñedos y de las mieses. Los conquistadores dejan intacta la tierra, por cuya posesión han hecho perecer millares de hombres y han pasado su vida en una terrible agitación.

Los hombres tienen delante de sí tierras inmensas que están vacías e incultas, y, no obstante, transforman al género humano por un rincon de esa tierra tan descuidada.

La tierra, si estuviese bien cultivada, alimentaría cien veces más hombres que los que ahora alimenta. La misma desigualdad del terreno, que a primera vista parece un defecto, se convierte en adorno y en utilidad.

En los valles profundos se ve crecer la fresca hierba que alimenta los ganados. Cerca de ellos se abren vastas campiñas revestidas de ricas mieses. Aquí se elevan colinas, como anfiteatro, coronadas de viñedos y de árboles frutales. Allí altas montañas elevan hasta las nubes su frente nevada, y los torrentes que de ellas se desprenden son el origen de los ríos. Las rocas, que muestran sus cimas escarpadas, sostienen la tierra de las montañas como los músculos son sostenidos por los huesos del cuerpo humano. Esta variedad forma el encanto de los paisajes y, al mismo tiempo, satisface las diversas necesidades del hombre.

No hay rincón de la tierra, por ingrato que sea, que no tenga alguna utilidad.

Fenelón,
francés.

Recomendar *La educación de las jóvenes,* de Fenelón.

El manantial.

Este manantial ancho, quieto, es de una desnúdez, de una pureza, de una luminosidad tan perfectas, que no parece agua, sino aire del collado que se acostó al amor de los árboles y ya no quiere subir.

Dicen que es una agua dormida. ¡Cómo ha de estar dormida el agua que acoge sensitivamente todo lo que se le acerca, para mostrarlo aunque no haya nadie que la mire!

Tiene la mirada abierta de día y de noche. De día la enciende y la traspasa el Sol y el azul. Todas las mañanas les ofrece el agua su virginidad desde las orillas de sus frescas

vestiduras al profundo centro y a la otra ribera. Todo el tremendo Sol se aprieta en una medalla de lumbre, y el manantial la mece como una hoja, y la va calando, derritiéndola y haciéndola cuerpo suyo desde la superficie al fondo. Por la tarde no tiene del Sol más que un poco de fuego y de sangre.

Después, el agua se queda un momento ciega. Es un ojo de un azul helado, todo órbita vacía, inmóvil. ¿Se habrá muerto para siempre esta pobre agua? Venimos muy despacio, como si nos llegásemos de puntillas a una mujer acostada que no se oye respirar, que no tiene color, que no mueve los párpados, y, de pronto, salen los ojos ávidos, asustados; sale toda la imagen dentro de la quietud del agua ciega. Estamos allí del todo; está todo mirándose. Nos aguardaban. El agua se ha llenado de corazón y el corazón de esta agua era la ansiedad de nosotros.

Apagado el día, principia a recoger estrellas, que deshojan su luz cuando pasan por encima. La Luna es hermana suya. Agua y Luna se abrazan, desnudas, inocentes y necesitadas la una de la otra para la misma belleza.

¿Es que esta agua nada más es eso? Precisamente por serlo es ella, y fuera de este encanto es una «cosa química». El agua que de ella misma baja por las cuestas, y corre, y trajina por el mundo, no es ella, sino de ella; es como la llama prendida de otra llama, y que no será más que lo que el cauce quiere que sea: grande, angosta, impetuosa, sosegada, según el camino. El alma del agua sólo reside en la tranquila plenitud de su origen.

Hay una senda de cipreses. Hunden su filo en el cielo del agua, dejándole una emoción de inmensidad y una sombra morada, nazarena.

Desde octubre, un madroñal del collado comienza a sentirse a sí mismo, iluminándose desde el agua con la imagen de su hoguera de fruta. Y los follajes, los troncos, la peña, la nube, el azul, el ave, todo se ve dentro, y muchas veces se sabe que es hermoso porque el agua lo dice. Entonces todo adquiere el misterio y la vida de la emoción suya. Es ya la

belleza contemplada; es el concepto y la fórmula de una belleza que se produce en esa soledad como en el alma del hombre, y el agua es como una frente que ha pensado este paisaje. Paisaje junto al agua clara, desnuda; paisaje sumergido y alto, ¡cómo te tiembla y se te dobla el corazón en la faz y en las entrañas del agua!

Vienen los corderos y la rodean, y paran de tocar las esquilas. Viene una yunta de dreceras de cepas y de olivos. Vienen el lobo huído y la raposa, que todavía se lame sangre fresca de una madriguera. Vienen caminantes, a los que suenan los pies descalzos como si fuesen de piedra; leñadores con su carga y olor de bosque; vienen los pájaros y enamorados...

Las ovejas, los bueyes, los mulos entran su morro caliente. Inmóviles, sin hacerse oír, comienzan a sorber el agua; se la ve pasar y sumirse bajo la piel gorda del pescuezo; parece que las márgenes se asustan de quedarse enjutas, porque va acudiendo muy dócil el agua en un pliegue estremecido del viento que le dan los hoyos ávidos de la nariz de la bestia, y hace ruedas y lunas en torno de la imagen, y la bestia va tragando, tragando el dulce frío con ojos de sueño, descansando en la delicia del paisaje del agua. En cambio, la sed de los pájaros sólo arranca unas cuentas de luz, y todavía se les caen algunos granos. Y el lobo, el mastín, la raposa, tuercen y ensortijan la lengua, más encarnada dentro de la fuente, y rompen un pedazo de espejo haciendo un chasquido de glotonería. El leñador deja su costal en la orilla, y la verdura recibe una exaltación de gozoso color apareciendo crecida y tierna debajo. El caminante pone en la vera sus alforjas, y el manantial se las guarda, y él bebe mirando aumentada su hacienda. Les reluce la boca como una hoz de sangre. A veces toman el agua en el vaso de su mano, una mano enorme, peluda, roja, con nudos, con bultos de huesos; parece la frente de un cabrito hinchada de pezones de la cuerna.

Gabriel Miró,
español.

Elogio de la vida campestre.

¡Dichoso aquel que de negocios alejado, y a ejemplo de los primeros hombres, cultiva con sus bueyes los campos heredados de sus padres, libre de todo logro!

Ni, soldado, despiértale el son bélico de las trompetas; ni, marino, teme al mar airado, y huye de tribunales y de los fastuosos pórticos de los ciudadanos influyentes.

Tan pronto enlaza en estrecho maridaje los altos álamos con los tiernos mugrones de la vid; tan pronto, podando con la hoz inútiles ramos, injerta otros más fecundos; o de lejos registra, con los ojos en el torcido valle, el esparcido rebaño de sus vacas; o en limpios jarrones encierra la miel que sacó de los panales; o trasquila a sus tiernas ovejas.

Cuando el otoño levanta en medio de los campos su cabeza adornada de fragantes frutos, ¡cómo se goza entonces cogiendo las peras del árbol que injertó o las uvas, que compiten con la púrpura, para ofrecértelas a tí, Silvano, protector de las heredades!

Gusta unas veces de estar echado a la sombra de una vieja encina o sobre el tupido césped, mientras que el arroyo se desliza en calma; y las aves que plañen en las vecinas selvas, y las fuentes cuyas puras aguas se escapan murmurando, y todo convida al apacible sueño.

Pero allá, cuando traído por el dios del rayo derrama el obscuro invierno las lluvias y las nieves, entonces, rodeado de perros, empuja el jabalí furioso hacia las recias mallas; o con ligeras horquillas suspende claras redes para engañar a los golosos tordos, y en lazos coge a la tímida liebre y a la viajera grulla, recompensa de su maña.

¿Quién, en medio de estos pasatiempos, no se olvida de los molestos cuidados que trae consigo el amor?

Una casta compañera, muy de su casa, cuida del hogar y de los hijos, cual la mujer sabina o las hermosas mujeres que tuesta el sol de Apulia.

Ella carga de leña seca el santo hogar a la hora en que su marido vuelve fatigado. Ella encierra en los tejidos zarzos el rebaño alegre; ella ordeña las hinchadas ubres de las vacas; ella saca del henchido tonel el vino nuevo y guisa viandas no compradas fuera.

No serán más de mi gusto las otras lucrinas, ni el rodaballo, ni los escaros que la tempestad de los mares de Oriente suele arrojar a nuestros parajes; no la gallina africana ni el francolín de Jonia bajarán a mi vientre con más gusto de mi parte que las aceitunas cogidas de los cargados ramos de mis olivos, o que el lapazo amante de los prados, o que la malva saludable para el cuerpo enfermo, o que la cordera muerta en las fiestas del Dios Término, o que el cabrito salvado del diente del lobo.

Sentado en esta mesa, entre estos manjares, ¡oh lo que contenta ver cómo vuelven diligentes al aprisco las ovejas apacentadas, y ver a los cansados bueyes traer sobre su trabajado cuello la reja vuelta, y ver a los esclavos, emjambre y riqueza de la casa natal, agruparse en torno a la llama resplandeciente del hogar!

Horacio,
latino.

Horas.

I

La siesta.

La clara siesta arde tranquila...
Corta en el césped densa franja,
y, sangrando su oro, rutila,
como un tajo en una naranja.

La paloma en ronco gemido
profundiza el sopor del tálamo,
y duerme el silencio mecido
por la lenta sombra del álamo.

Leopoldo Lugones,
argentino.

II

El angelus.

Salpica, se abre, humea como la carne herida
bajo el fecundo tajo, la palpitante gleba;
al ritmo de la yunta tiembla la corva esteva
y el vientre del terruño se despedaza en vida.

Ímproba y larga ha sido como nunca la prueba...
La mujer que, afanosa, preparó la comida,
en procura del amo viene como abstraída,
dando al pequeño el tibio dulce licor que nieva.

De pronto, a la campana, todo el valle responde:
la madre de rodillas el casto seno esconde;
detiénese el labriego y se descubre, y arde

su mirada en la súplica de piadosos consejos...
Tórnase al campamento los bueyes. A lo lejos
el estruendo del río emociona la tarde.

Julio Herrera y Reissing,
uruguayo.

III

La noche.

Desmaya el campo en la blandura inerme
de la noche feliz. Sobre el paisaje
perennemente azul, en su plumaje
de torvo pavo real la sombra duerme.

Y hacia las blandas playas del olvido,
vuelca la Vía Láctea su tesoro,
como la gigantesca cola de oro
de algún profundo pavo real dormido.

Leopoldo Lugones,
argentino.

Recomendar *Sarmiento, Las Industrias de Atenas* y las *Poesías Selectas,* de Leopoldo Lugones.

B) MOTIVOS DEL MAR

Al mar.

I

¡Salve titán cerúleo —dice mi palabra interior— viejo titán que arrullaste mis primeros sueños, cuando aspiraba a la gloria del nauta y el héroe de mi anhelo era Simbad de las *Mil y una Noches!* Tú sólo eres libre; tú sólo eres fuerte. No hay lindes que te repartan en patrias y heredades, ni voluntad que te sujete, ni huella que en tí dure.

No hay inmundicia que sea capaz de macularte, porque todas las desvaneces en tu infinitud y las redimes con tu austera pureza.

En tus antros ignotos velas los mundos de la leyenda y de la fábula: monstruos, tesoros y jardines azules que guardan para siempre la frescura de la creación...

Tus amigos son el cielo y el viento; tienes del uno la profundidad misteriosa y del otro el desosiego implacable.

La fuerza y la gracia están contigo: tuyo es el grito que difunde el espanto adentro de las costas, y tuyo el coro de las Oceánides que endulzó el dolor de Prometeo. Con tu salobre aliento vuelves audaz e indómito el ánimo del hombre.

A tu lado toda pasión se depura, toda meditación se ennoblece. ¡Salve a tí, titán cerúleo, maestro de almas grandes, inquieto como el pensamiento, amargo como la vida, sencillo como la verdad!

José Enrique Rodó,
uruguayo.

II

Se pinta el mar.

La tierra es toda vida
y el mar es todo amor,
en el mar hay escondida
una fuerza más grande que la vida:
la tierra es criatura, y el mar es creador.

Todo el mar es misterio resonante
y palabra inicial.
Nada hay a espaldas de él, nada hay delante,
y el mar es una eternidad constante
y un movimiento en lo inmortal.

Escapa al pertinaz conocimiento
y prolonga en fantasma la visión;
el mar es elemento
hermano del pensamiento
y lecho azul de la imaginación.

Los barrios junto al mar, de pescadores,
son hornos de fantásticas mentiras,
cunas de unos deseos buscadores,
que se echan a volar emprendedores,
renuevos de la tierra en arriesgadas jiras.

Las noches, en las casas marineras,
vienen con aparato de quimeras
poniendo luces rojas en todas las ventanas:

detrás de los cristales arden unas pupilas
espiando las sombras intranquilas
y en atisbo de barcas lejanas.

Entre las rocas de la costa alzada
se oye un extraño hablar, de madrugada,
de gentes que en la noche vigilaron:
las barcas, animadas de un deseo,
tienen un misterioso balanceo.
y nunca se están quietas en donde las dejaron.

Las casas de los pueblos marineros
abren todas al mar sus agujeros:
rejas, y puertas, y ventanas
toda la vida, de la mar esperan;
al monte sólo irán cuando se mueran,
al quieto cementerio de las tapias enanas.

¡Oh mar! ¡oh extraño mar! ¡oh gran misterio!
¡Oh! ¡No saben tus gentes el imperio
que ejerces en sus almas!
Tú has sabido, a través de las edades,
garantir con tus altas tempestades
la majestad suprema de tus calmas.

¡Santo mar, fuerza nueva, agua querida,
adobo espiritual de nuestra vida,
campo siempre fecundo a la mirada!
Sólo tú, cuando un ansia la enajena,
pones la gracia de una paz serena
en la pupila fácil de la Amada!

Eduardo Marquina,
español.

III

La canción del albatros.

Sobre la nívea llanura del mar, el viento amontona las nubes. Entre las nubes y el mar vuela orgulloso el albatros, semejante a un relámpago negro.

Ya rozando las olas con sus alas, ya atravesando las nubes como una flecha, el albatros no cesa de gritar. Y las nubes escuchan un himno de alegría en los gritos audaces del ave.

¡Estos gritos expresan su sed de tempestad!

Las nubes perciben en estos gritos la fuerza de la cólera, la llama de la pasión y la seguridad de la victoria.

Las gaviotas gimen ante la tempestad, gimen y se balancean sobre las olas, buscando esconder en el fondo del mar su horror ante la tempestad. Los somorgujos también gimen. Para ellos no es dable concebir la delicia del combate por la vida, y el retumbo de las olas les asusta. El tonto pingüino esconde tímidamente su cuerpo pesado entre las rocas. Tan sólo el albatros, orgulloso, vuela libre y soberano sobre el mar, cubierto de blanquísimas espumas.

Se oye el retumbo del trueno. Gimen las olas coronadas de espuma, en pugna formidable con el viento. De pronto, he aquí que el viento ciñe la procesión de las olas con sus robustos brazos, y colérico las arroja con todas sus fueza contra los duros peñascos, donde las masas líquidas se hacen polvo y se rompen en salpicaduras de esmeralda.

El albatros, más hermoso todavía, entre gritos rubrica el espacio, y como una flecha se hunde en el seno de las nubes rozando las crestas espumosas de las olas con sus alas. El albatros vuela como un demonio —el orgulloso y negro demonio de la tempestad— y solloza y grita. El albatros ríe de las

nubes tempestuosas, sollozando de alegría. El albatros —atento demonio— ya percibe la fatiga de la cólera del trueno y adivina que las nubes no podrán ocultar ya más por completo el Sol. ¡No, no lo ocultarán!

El viento aulla; retumba el trueno... Como una llama azul, las bandadas de nubes flamean sobre los abismos del mar. El mar aprisiona las flechas de los relámpagos y las hunde en sus abismos. Y como si fuesen serpientes de fuego, los relámpagos se tuercen y se apagan.

¡La tempestad! ¡Pronto tronará la tempestad!

Y así, más hermoso todavía, el orgulloso albatros vuela soberano y atrevido entre una fiesta de relámpagos, sobre el mar, que coléricamente retumba.

Y el profeta de la victoria grita:

—«¡Que ruja la tempestad! ¡Más fuerte! ¡Más fuerte todavía!»

Máximo Gorki,
ruso.

IV

La barca.

Por el tiempo en que la flor de la valisnería, enloquecida por el ansia del amor, rompe su propio tallo y, bogando por el agua de los estanques, se deja arrastrar por el viento, nuestra barca cortó para siempre las amarras que la ligaban al puerto, y su tembloroso velamen palpitante se hizo cóncavo como manos cuidadosas que quieren llevar a las bocas sedientas el agua de todas las aventuras.

¿Qué casa de las que arraigan en la tierra puede competir con la belleza de nuestra barca? ¿Cuál de sus burdas, pesadas y angulosas mansiones osa compararse a las fáciles curvas que la forman? Las miradas como las olas recorren sus flan-

cos, deslizándose suavemente, complacidas de palpar la seguridad armoniosa de esa gracia precisa.

No sólo las algas quedan unidas a los cascos; su forma única también parece retener la música dispersa que las olas en ella han amoldado y la alegría embriagadora de su desnudez.

¡Cómo se llenan sus velas amarillas con el licor del viento! Hendidos los senos convexos por las cuerdas que trepan a los mástiles, ellas parecen frutas maduras y blandas que las ramas oprimen.

Pedro Prado,
chileno.

V

Las ondinas.

Envueltas entre espumas diamantinas
que salpicaban sus cuerpos sonrosados,
por los rayos del sol iluminados,
surgen del mar en grupo las ondinas.

Cubriendo sus espaldas peregrinas,
descienden los cabellos destrenzados;
y al rumor de las olas van mezclados
los ecos de sus risas argentinas.

Así viven contentas y dichosas,
entre el cielo y el mar, regocijadas,
ignorando tal vez que son hermosas,

y que las olas, entre sí rivales,
se entrechocan de espuma coronadas,
por estrechar sus formas virginales.

Juana Borrero,
cubana.

VI

Marina.

Era a orillas del mar, en una playa solitaria, a la puesta del Sol.

Lejos, muy lejos, bañado en los rayos amarillos del poniente, veíase un grupo de puntitos diminutos, que entraban y salían de la mar, corrían y se revolcaban en la arena como un alegre revuelo humano; en segundo término la arena lisa y brillante, donde se tendía y llegaba el agua ola tras ola, eternamente cantando la canción de la noche.

En dirección a la mar, tanteando los montones de arena con el bastón y de cara al viento, ví llegar un ciego.

Marchaba erguido, caminando automáticamente, arrastrado por la canción del agua y el chapotear de las olas; atraído por aquel lamento que llegaba hasta él; seducido por el rítmico murmullo que escuchaba; guiado más por el instinto y el tacto del aire azul y salobre del mar que por su pobre bastón, único lazarillo y compañero suyo capaz de conocer las asperezas de la tierra, pero no la vaga inmensidad desconocida.

Al sentirse junto a las olas, al escucharlas resbalar con suave rumor, el ciego se detuvo, aspiró la esencia del ocaso, colmó de vida sus pulmones y permaneció un instante indeciso, gozando de la quietud que por todas partes le rodeaba.

Convencido de que se encontraba solo, de cara a la inmensidad, ante la llanura sin color determinado, y el velo del cielo sin forma conocida, frente a los ojos vacíos, comenzó a desnudarse, sin rubor, sin titubeos, seriamente, como si la tierra fuera ciega también. Se despojó de sus harapos de po-

bre, míseros trapos desteñidos, apelmazados, llenos de polvo negro, ropa de lance escondida bajo otros andrajos.

A medida que se desnudaba, a medida que se iba quitando de sobre sí aquellos jirones de miseria, veíase destacar, como un roble entre ruinas, la forma de un hombre fornido, anguloso y viejo, de testa nevada, huesudo como un santo de Memling y amarillo con tonos de retablo; pero hermoso y venerable como una santa imagen.

Erguido ante el agua, con la frente bañada en el Sol dorado, parecía una figura de la Biblia, un profeta que sondeaba en el fondo de sus ojos ciegos la gran nave misteriosa; un viejo santo de la Judea en diálogo con el mar.

Guiado siempre por el bastón, avanzó mar adentro, y al sentir las olas en las rodillas, como en un bautismo celebrado en plena Naturaleza, se mojó la cabeza con una mano y se detuvo pensativo.

¿Qué pensaría aquel hombre? ¿Qué pensaría de aquella mar que, oculta a sus ojos, se columpiaba y se deshacía en olas a sus pies? ¿Qué misterio tenían para él aquellos besos de sol macilento que él sentía huir sin poder despedirlos? ¿Qué color tendría en su imaginación el verde de las ondas, los blancos-violetas de la espuma, el amarillo suave de la arena y el rosa-rojo de las nieblas? ¿Cómo eran para él las hondas vaguedades del cielo, todo lo que resbala y vuela, y lo insondable del agua, y la Naturaleza toda, borrados de sus pupilas y lejos de su pobre bastón?

Tanteando siempre, avanzó más hacia el mar, hasta sentir en la espalda la fría impresión del agua; cada ola que rompía era un nuevo escalofrío, un nuevo misterio llegado desde las tinieblas; era lo desconocido que le traía rumores confusos; ecos de caminantes; torrentes de espuma venidos del vacío; ráfagas de los bosques; la noche que avanzaba, rechazándole hacia la costa.

La noche negra del ciego y la noche violada de la tierra se unieron lentamente. Se había puesto el Sol. El mar habíase trocado en un verde metal matizado de un violeta muy suave;

el cielo se apagaba en tonos rosados en el borde del horizonte y en azules de zafiro diáfanos alrededor de las estrellas nacientes; en Levante se evaporaban las nubes, y detrás de la dársena apuntaba una claridad: la luz blanca de la luna, que ascendía majestuosa. Roja subió desde el mar, a espaldas del ciego, y sobre ella se recortó la silueta de éste.

La santa figura de antes, la aparición bíblica, la vieja imágen venerable era ya una sombra perdida. La luna borraba el baño ardiente del sol; las olas triunfantes arrastraban hacia la playa la pobre osamenta trémula y desnuda.

Sentado allí, en la arena, cubriéndose de nuevo con sus restos de mendigo, con el traje lleno de polvo, parecía otra vez, disipada la visión, una escoria estúpida, un despojo inútil de los temporales del mar, un náufrago de la tierra rechazado por las olas; por aquella agua que, columpiándose y cantando siempre su canción eterna, cubría, con la noche que llegaba, la noche del ciego.

Santiago Rusiñol,
español.

VII

Parábola de la ciega.

Por la orilla del mar, la virgen ciega
en la frescura vesperal camina.
Hay una risotada cristalina
en cada ola que a besarla llega;
y la ciega se inclina
y pies y manos a la mar entrega...

La luz que nunca vio, salta en la blonda
mata de su cabello,
y se entreteje al último destello
solar con el zafiro de la onda.

Y aquel azul que se negó a sus ojos,
y los cambiantes rojos
vedados a su unánime pupila,
son como una canción que adentro canta
de su inocente juventud... La santa
placidez vesperal deja en su oído
el alma milagrosa del sonido;
el sonido en su vuelo la levanta,
y su vida se mece
donde la luz estorba y obscurece...

Quien divisa el celaje
flotando sobre el lírico paisaje,
y en los incendios rojos
del Sol fija los ojos,
en vano ausculta la callada vega
por oir la canción... Todo está mudo
para aquel que no pudo
abjurar de la luz como la ciega.

Enrique González Martínez,
mexicano.

C) LA VEGETACIÓN

¡Los árboles son sagrados!

¡Los árboles son sagrados!... ¡Los árboles son sagrados!... ¡Los árboles son sagrados!....

Hay que repetir desesperadamente este clamor, como un toque a rebato, hasta que no cesen esas siniestras hecatombes de árboles que la ignorancia y la imprevisión están consumando sobre el suelo mexicano, preparando así desgracias inmediatas y futuras catástrofes.

Hay que hacer más; hay que tratar de compensar los destrozos forestales cometidos durante el último decenio, plantando árboles nuevos.

Hay que hacer mucho más aún: hay que educar a las masas en el amor al árbol.

A la vez que se plante el árbol, hay que sembrar en los rústicos espíritus la semilla del salvador evangelio que preconiza la religión del árbol, el culto a esos pasivos y bienhechores organismos, mil veces más útiles y necesarios que todos los individuos del mundo animal.

En efecto: sin el árbol y la planta, ni los mismos animales que se asocian al trabajo humano y cuyos despojos utiliza el hombre, podrían vivir.

El ser humano puede, a su vez, sustituir los elementos de su alimentación animal con los productos vegetales, ganando en el cambio física y moralmente.

Asimismo puede sustituir la energía animal que utiliza, por la fuerza de motores y máquinas; pero jamás, en ningún caso, podría el hombre prescindir del árbol y de la planta.

El árbol produce frutos, combustible, material de construcción, resinas, tinturas, sustancias medicinales.

Muchas veces el árbol es gran parte de la riqueza de un

país, como la morera en China y el bambú en el Japón; o toda la riqueza de un país, como la palmera del desierto.

Pero aunque ninguna de esas excelentes virtudes tuviera el árbol, el árbol sería santo.

Medítese que mientras todos los seres organizados de la creación concurren con sus productos fisiológicos a generar miasmas que infectan el ambiente y son un activo veneno para la vida animal, para la humana especialmente, el árbol y la planta, por el contrario, tienen en su fisiología misma una misión esencialmente purificadora, y al absorber el aliento impuro y mefítico del hombre le devuelven exactamente en aire respirable lo que para sanearlo han absorbido y transmutado en su maravilloso alambique.

El árbol, además, no satisfecho con esa misión vital y purificadora. sigue procurando con sus benéficos influjos el bienestar del hombre.

El es quien atempera los climas y regula el lento vuelo de las nubes sobre nuestras frentes y el apresurado curso de los ríos a nuestros pies.

El es quien, con sus raigambres, divide el curso de los arroyos, dispersando en múltiples y suaves corrientes el caudal amenazante de los ríos, consolidando bordes, construyendo diques subterráneos, librando a los poblados de las arrasantes inundaciones.

El es quien atrae a las nubes, y las disemina, y las deshace en lluvias benéficas, evitando así la furia concentrada de las trombas.

Hay que educar a las multitudes en el amor al árbol.

El asunto es de vital importancia, pues el árbol, además de ser presea de belleza en la estética, talismán de salud, árbitro de la meteorología, prenda de riqueza agrícola, garantía de desarrollo industrial, es, por fin, y sobre todo, el venerable y silencioso sacerdote de quien depende el bienestar humano.

José Juan Tablada,
mexicano.

Himno al árbol.

Arbol hermano, que clavado
por garfios pardos en el suelo,
la clara frente has elevado
en una intensa sed de cielo;

hazme piadoso hacia la escoria
de cuyos limos me mantengo,
sin que se duerma la memoria
del país azul de donde vengo.

Arbol que anuncias al viandante
la suavidad de tu presencia
con tu amplia sombra refrescante
y con el nimbo de tu esencia:

haz que revele mi presencia,
en las praderas de la vida,
mi suave y cálida influencia
sobre las almas ejercida.

Arbol diez veces productor:
el de la poma sonrosada,
el del madero constructor,
el de la brisa perfumada,
el del follaje amparador;

el de las gomas suavizantes
y las resinas milagrosas,
pleno de tirsos agobiantes
y de gargantas melodiosas:

hazme en el dar un opulento.
¡Para igualarte en lo fecundo,
el corazón y el pensamiento
se me hagan vastos como el mundo!

Y todas las actividades
no lleguen nunca a fatigarme:
¡las magnas prodigalidades
salgan de mi sin agotarme!

Árbol donde es tan sosegada
la pulsación del existir,
y ves mis fuerzas la agitada
fiebre del siglo consumir:

hazme sereno, hazme sereno,
de la viril serenidad
que dio a los mármoles helenos
su soplo de divinidad.

¡Árbol que no eres otra cosa
que dulce entraña de mujer,
pues cada rama mece airosa
en cada leve nido un ser:

dame un follaje vasto y denso,
tanto como han de precisar
los que en el bosque humano —inmenso—
rama no hallaron para el hogar!

¡Árbol que dondequiera aliente
tu cuerpo lleno de vigor,
asumes invariablemente
el mismo gesto amparador:

haz que a través de todo estado
—niñez, vejez, placer, dolor—
asuma mi alma un invariado
y universal gesto de amor!

Gabriela Mistral,
chilena.

Algunos árboles.

Las canteras del cielo se hunden y las nubes bajan a la tierra a prenderse en las ramas, dejando arriba, en su lugar, el vacío azul. Nubes blancas y rosadas hacen aquí un frutal; nubes moradas y de color de carne hacen allá un jardín de recreo; las negras construyen aquí una selva; las de puro sol, allá, una banda de juncos...

Yo quiero escribir el elogio de algunos árboles.

El duraznero.

Parece un emjambre de abejas color de rosa, tan perfumadas como los panales, y por eso el fruto, velludo como una abeja, tiene el color de la miel.

El manzano.

Es redondo. Su fruto es redondo, colorado y blanco, como es blanca, colorada y redonda la mejilla de ese chiquillo merodeador que salta el muro del huerto.

El almendro.

Los dedos de Dios han aplanado la almendra, dejando sobre la corteza un poquito de incienso y dentro una gota de leche cuajada.

El peral.

Es como un peregrino metido en un ropaje cónico, apoyado en un bastón nudoso, que asiste al milagro de ver cómo sus frutos toman el agua fresca del fuego del Sol.

El ciruelo.

La piel de las ciruelas es tan fina, que cuando se separa no es más que una telita transparente. En la carne viva sangra el Sol.

El cerezo.

El cerezo es el coral del mar celeste, y un ramo de cerezas es más pesado de lo que parece.

El níspero.

Sus flores son eglantinas blancas. La piel de su fruto redondo, que tiene arriba una corona, es lisa, roja y a menudo plateada como una joven rama de encina; la carne, agridulce, de color miel, guarda varios huesecillos brillantes. El níspero no se come sino pasado, en Diciembre; es como una crema de hojas muertas; y como se queda solitario en el huerto, lleva sayal.

El castaño de indias.

Sus manos arrugadas de sombra rodean mil tirsos del color del salmón o blancos, manchados de rosa. Sus bolas, rosadas primero, morenas después, erizadas como mazas de armas, se abren al caer, dejando escaparse de la piel blanca y resbaladiza las castañas rebotantes, barnizadas, como antiguos muebles.

El limonero.

Su caña, veteada como una nuez moscada, se eleva de una caja cuadrada y verde. Las hojas son rígidas; y las flores duras y tan perfumadas, que se dirían granos de incienso que el Sol disuelve y hace caer en gotas en la calzada. El fruto, de un amarillo claro, muestra, al cortarlo transversalmente, la forma de un rosetón de iglesia.

El olmo.

Es la fiesta de la aldea. Danzan en la plaza los obreros. Las botellas de limonada lucen sobre la mesa del albergue, y las ramas del olmo, retorcidas como relámpagos, sostienen tal cantidad de follaje que se dirían masas de sombra nocturna en pleno día.

El sauce llorón.

Es un aguacero de verdor.

El abedul.

Las hojas triangulares y tan temblorosas del abedul hacen un ruido como de lluvia. El tronco, que suelta finamente la

corteza, tiene blancura de cal, y las cicatrices negras parecen en él ojos hechos conforme a los métodos de dibujo...

La higuera.

La hoja trilobada, de ángulos redondeados y profundamente verdes, da en los dedos la sensación de una mejilla rasurada. Arrancada a la rama, muy flexible, que ella corona con un fresco ramillete, deja gotear una leche acre. El higo maduro es por fuera verde o color de vino, según la especie, y por dentro color de carne y de miel. Parece un animalito obeso, en el que la cabeza y las patas se hubieran atrofiado hasta desaparecer.

El avellano.

Hay nidos de pájaros, nidos de flores y nidos de frutos... Se sorprenden los nidos de avellanas al borde de las aguas, soldados a las ramas flexibles por las bases de sus gorgueras, verdes y ácidas. Despojada de la gorguera, la avellana, dentro de su cáscara de madera clara, tiene la forma y el tamaño de un huevo de pajarito.

Francis James,
francés.

Flores.

I

La retama.

Abre con pródiga alegría
la retama en flor su tesoro,
y la clara luz se extasía
en sus tenues párpados de oro.

A su fragancia se reposa
la delicia en la perfección,
y una frescura venturosa
lava el sencillo corazón.

II

La violeta.

Ya se oculta en la abatida
masiega del arroyuelo,
como una estrella dormida.

Y con extático anhelo,
en lo azul enajenada,
pone la misma mirada
con que a ella la mira el cielo.

III

La amapola.

Pasa el viento en lenta ola,
y al sol, que la atiza en llama,
dorado trago derrama
la copa de la amapola

Lánguido el talle cimbreño
mece su seda escarlata;
y en su fondo se amorata
la grave ojera del sueño.

Leopoldo Lugones,
argentino.

IV

Canción del tomillo.

Flor de tomillo olorosa:
bien poco te has anunciado;
flor menuda y silenciosa:
a la quieta y callando has brotado.

Flor de tomillo ferviente
¡qué maravilla al mirarte!
Milagrosamente
me ha parecido encontrarte.

Poco, a fe, me la esperaba
tu aparición olorosa.
Tal vez ayer, cuando andaba,
te hirió mi planta orgullosa.

Y hoy... con las ramas caídas,
me parece que no alientes;
rocas, sendas y vertientes
has dejado florecidas.

¡Oh, fervoroso consuelo!
¡Oh, confianza preciosa!
¡Bondad perenne del suelo!
¡Flor de tomillo olorosa!

Eduardo Marquina,
español.

Una familia de árboles.

Los encuentro después de haber atravesado una llanura caldeada por el sol.

Por causa del ruido no habitan a la orilla del camino. Viven en los campos incultos, junto a una fuente que sólo conocen los pájaros.

Parecen impenetrables desde lejos. Apenas me aproximo, sus troncos se desenlazan. Me reciben prudentemente. Puedo reposar ahí, refrescarme; pero adivino que me observan con desconfianza.

Viven en familia; los más viejos en medio y los pequeños, aquellos cuyas primeras hojas acaban de nacer, un poco diseminados, pero sin apartarse nunca.

Su muerte es prolongada, y conservan a sus muertos en pie hasta que caen hechos polvo.

Se acarician con sus largas ramas para asegurarse de que todos están allí, como los ciegos. Gesticulan, coléricos, si el viento se insufla por arrancarlos. Pero entre ellos no hay ninguna disputa. Si murmuran, lo hacen de acuerdo.

Los tengo por mi verdadera familia. Pronto olvidaré a la otra. Me adoptarán poco a poco estos árboles y, para merecerlo, aprendo lo que es necesario saber:

Ya sé mirar las nubes que pasan.
Sé quedarme en mi lugar.
Y casi ya sé callarme.

Jules Renard,
francés.

Recomendar *Cabeza de Zanahoria* e *Historias Naturales,* de Jules Renard.

Selva.

¡Selva! He aquí una palabra húmeda, verde, fresca, rumorosa, profunda. Cuando uno la dice, tiene en seguida la sensación del bosque, todo afelpado de musgos, runruneante de píos y de roces, llenos de los quitasoles apretados y movibles de las copas de los árboles, bajo los cuales las siestas ardientes son tan dulces, y donde es tan grato tenderse a soñar. ¡Selva! ¡Oh Dios mío: qué palabra tan alegre y tan fresca; qué palabra para mí tan llena de reminiscencias! Huele a eucaliptus, a álamos, a sáuces, a grana; suena a viento, a agua que corre, a pájaros que cantan y pían, a roce de insectos y a croar de sapitos verdes; evoca redondeles de sol sobre la tierra; frutas silvestres de una dulzura áspera; caravanas de hormigas rojas, cargadas de hojitas tiernas; penumbra verdosa y fresca; soledad. ¡Oh Dios mío; evoca mis quince años y toda mi alegría sana, inconsciente y salvaje!

Juana de Ibarbouron,
uruguaya.

Recomendar *El Cántaro Fresco,* de Juana de Harbouron.

Los Elfos.

De tomillo y rústicas hierbas coronados,
los Elfos, alegres, bailan en los prados.

Del bosque por arduo y augusto sendero,
en corcel obscuro marcha un caballero.
Sus espuelas brillan en la noche bruna,

y, cuando en un rayo lo envuelve la luna,
fulgurando luce, con vivos destellos,
un casco de plata sobre sus cabellos.

De tomillo y rústicas hierbas coronados,
los Elfos, alegres, bailan en los prados.

Cual ligero enjambre, todos le rodean,
y en el aire mudo raudos voltegean.
—«Gentil caballero ¿do vas tan de prisa?»
la reina pregunta con suave sonrisa.
—«Fantasmas y endriagos hallarás doquiera:
ven, y danzaremos en la azul pradera.»

De tomillo y rústicas hierbas coronados,
los Elfos, alegres, bailan en los prados.

—«¡No! Mi prometida, la de ojos hermosos,
me espera, y mañana seremos esposos.»
«Dejadme prosiga, Elfos encantados,
que holláis, vaporosos, el musgo en los prados.»
«Lejos estoy, lejos, de la amada mía,
y ya los fulgores se anuncian del día.»

De tomillo y rústicas hierbas coronados,
los Elfos, alegres, bailan en los prados.

—«Queda, caballero; te daré a que elijas
el ópalo mágico, las áureas sortijas,
y, lo que más vale que gloria fortuna:
mi saya, tejida con rayos de luna.»
—«¡No!»— dice él. —«Pues anda! Y su blanco dedo
su corazón toca, e infúndele miedo.»

De tomillo y rústicas hierbas coronados,
los Elfos, alegres, bailan en los prados.

Y el corcel obscuro, sintiendo la espuela,
parte, corre, salta, sin retardo vuela;
mas el caballero, temblando, se inclina;
ve sobre la senda forma blanquecina
que los brazos tiende marchando sin ruido.
—«¡Déjame, oh demonio, Elfo maldecido!»

De tomillo y rústicas hierbas coronados,
los Elfos, alegres, bailan en los prados.

—«¡Déjame, fantasma siempre maldecida!
Voy a desposarme con mi prometida.»
—«Oh, mi amado esposo, la tumba perenne
será nuestro lecho de bodas solemne.»
—«¡He muerto —dice ella—. Y él, desesperado,
de amor y de angustia cae muerto a su lado.»

De tomillo y rústicas hierbas coronados,
los Elfos, alegres, bailan en los prados.

Leconte de Lisle,
francés.

La aurora.

Los himnos se elevan hacia los dioses en el momento en que el carro de Indra, todo centelleante de luz, viene a despertar el mundo abatido.

Sube hasta el cielo, que se desgarra, y nos da esa alimentación luminosa que sacia nuestros ojos.

Hija del cielo, Aurora, diosa brillante y generosa, detén al genio maléfico de la noche y expulsa al inmenso buho que cubría el cielo.

¡Ya ha nacido, ya va a brillar la divina Aurora: ven, ven

gloriosamente y sube al cielo para hacerlo resplandecer de luz!

Eleva tu estandarte por encima de las montañas y ven en tu carro, que arrastran vacas de colores purpúreos.

Los fulgores de la Aurora se distinguen; ella avanza por grados; ilumina lo que la rodea y da a todos tintas tornasoladas. Bella y benévola, sonríe.

Hija del cielo, resplandece. Como la bailarina descubre su seno, lo mismo que la vaca muestra sus fecundas mamas, y así como ésta da su leche, la Aurora distribuye al mundo entero su luz.

Vedla abriendo las puertas del cielo y coloreándose con los colores del Sol, su amante.

De igual modo que un profundo mar, así todo lo llena con su grandeza.

Siguiendo los pasos de las auroras pasadas, eres la primogénita de las auroras eternas. ¡Ven a reanimar todo lo que tenga vida, Aurora! ¡Ven a vivificar lo que está muerto, madre de los dioses, puesto que contigo todos los dioses despiertan! ¡Ojo de la Tierra; porque sin tí, el mundo sería ciego! Mensajera del sacrificio, noble Aurora, brilla para nosotros, aprueba nuestros votos y esparce sobre nosotros tu luz.

Aurora, bendice, iluminándolo con tus rayos, al padre de familia prosternado ante tí, rodeado de sus hijos.

(Himno oriental.)

Primavera artificial.

El Zar tenía que ir a París por motivos de alianzas estratégicas y querían obsequiarle con fiestas realmente extraordinarias.

Ni banquetes, ni revistas, ni carreras, ni arcos de triunfo le conmoverían y halagarían tanto como una buena primavera.

Allá, en Rusia, el verdor primaveral dura escasos días; apenas nacidas, se marchitan las flores; todo lo mata la nieve; por eso, para entusiasmar al Zar, lo mejor era un buen paisaje florido, un derroche de flores derramado por las ramas.

Pero precisamente entonces aquellos árboles, patriótica y lamentablemente alineados por avenidas y paseos, no tenían más que nervios, troncos enjutos, sin hojas ni señal de ellas; ni los bandos ni las órdenes del Presidente de la República podían obligarles a adelantar su florecimiento en bien del pueblo francés.

En otros tiempos habríanse visto apurados; pero hoy, con todo eso del progreso y los adelantos de la industria, no había que temer. ¿Que no tenían y necesitaban una primavera? Pues la harían artificial. ¿Que no florecían los árboles? Harían flores de papel. ¿Que los árboles no tenían hojas? Pues para tales casos disponían de máquinas para recortarlas, gentes para ensartarlas, dinero, paciencia y tontos bastantes para aplaudir y tomar por natural una primavera de encargo.

¡No faltaría más sino que al fin del siglo XIX hubiésemos de aguardar la calma fastidiosa de la Naturaleza!

Pusieron manos a la obra; echaron a las tinas todo el papel que había en París; fabricaron millones de flores, y a lo largo de los Campos Elíseos vistieron todos los árboles con floración tan espléndida, que si Mayo se hubiese presentado de pronto no habría encontrado rama ni brote donde plantar ni una flor, ni una hoja.

Flores de almendro ensartadas en plátanos; rosas de té en los tilos; gardenias en los castaños del bosque; así, por el estilo, y a lo largo del paseo vistieron y disfrazaron a los árboles con tal derroche de colores, que aquello fue el triunfo del progreso material, una buena lección dada a la enfadosa lentitud de esas cuatro estaciones que cada año hacen lo mismo; una reprimenda bien merecida a los árboles del paseo para que aprendiesen a florecer cuando le convenía a la patria y cuando así lo ordenase el pueblo soberano.

Aquélla fue la primavera moderna, una conquista del siglo

que terminábamos con la esperanza de otro mejor; aquél fue el orgullo de los que alaban en estrofas los progresos materiales. Pero ¡ay! aquella buena gente no contaba con las leyes de la Naturaleza, con el hermosísimo desprecio de la obra maravillosa que destruye, insconciente, todos los afanes de las hormigas.

¡Quién lo había de decir! ¡Llovió! Llovió y las flores se destiñeron; y chorreando colores tronco abajo, por aquellos árboles tan adornados, tiñeron de anilina toda aquella eflorescencia. Las flores convirtiéronse en almidón; las rosas ensartadas en las ramas rezumaban barniz sucio; el barro manchó las flores de almendro; las gardenias de trapos parecían vendas en las heridas de los troncos; por todas partes chorreaban los trocitos de papel de aquella vanidad de momento.

Ya de noche, los regatos del arroyo arrastraron la pasta de flores, trituradas por las ruedas de los coches. Los traperos, con el gancho en las manos, llenaron y se llevaron en sacos los despojos de toda aquella gran primavera inventada por los hombres.

Santiago Rusiñol,
español.

Eras a la Luna.

¡Albor de luna en las eras!..
¡Blancuras más volanderas,
que sábanas de hilanderas
o espuma de aguas de mar!..
Sobre espigas de oro, las espigaderas
bailan en la argéntea claridad lunar...

¡Bailad, bajo las llorosas
claridades misteriosas,
floraciones nebulosas,
nimbos de vagos martirios!..
Dios guarda, en la aurora, la sangre a las rosas,
y ordeña, en la luna, la leche a los lirios...

¡Plata y oro amontonado,
luz de luna y pan dorado,
polvo de trigo hacinado
y hechizos que en él están!
¡Oh, bailad en torno del montón nevado
que será corteza sobre vuestro pan!

¿Quién, por laderas y prados,
tirando de los arados,
abrió surcos abrigados
y muelles como una cuna?
¡Oh, cercad, bailando los bueyes pasmados
que con ojos tristes adoran la luna!

¿Qué pájaros atrevidos,
por los barbechos floridos,
por los caminos perdidos
vienen, saltando, a picar?..
¡Oh, bailad en torno de todos los nidos!
¡Cantad, y las crías echen a volar!

¡Cuántas limosnas, Dios bueno;
entre el trigo y el centeno
dejan lirios en el seno
y escurriendo luz las manos!..
¡Oh, bailad en torno del granero lleno,
y de los futuros mendigos ancianos!

¡Cuánta hostia inmaculada,
pan de la última jornada,
duerme en la hacina encantada
que está la luna cubriendo!..
¡Oh, bailad en torno de la mies segada
que bailáis en torno de Jesús durmiendo!

Albor de luna en las eras...
¡Blancuras más volanderas
que sábanas de hilanderas
y espumas de agua de mar!..
¡Oh, bailad ligeras, las espigaderas
en la gasa argéntea de la luz lunar!

Guerra Junqueiro,
portugués.

D) ANIMALES

Orfeo encantando a los animales.

En alba acarició un monte, volviéndolo de plata. Y cuando al penetrar en la selva dormida izó de su palidez el césped de los claros, fue en torno, como si un mar sin oleaje descubriera los esplendores de un tesoro sumergido.

Sobre el monte argentado, en esa alba, Orfeo cantó.

Y en la selva despierta, sobre el follaje susurrante, se alzó un concierto de voces que brotaban, roncas, argentinas, de los arroyos o de las sendas, bajo los árboles, y que subían claras a las cimas.

La voz del león llegó hasta la lira de Orfeo.

El león apareció lentamente con la aurora, y se acercó rugiendo.

El cantador estaba de pie, frente a él y frente a la aurora, con la lira brillante entre los dedos, bello y sin miedo.

Y arrastrándose sobre las piedras, el león escuchó.

La voz del hombre y la de la lira cantaban confundidas la hora que subía al cielo brillante. Y el león vino a lamer las sandalias del hombre cuyo canto ascendente parecía la voz del Tiempo.

Y vinieron todos, y todos fueron encantados.

El tigre se estiraba, largo como una hierba larga, y saboreaba el sonido, como la hierba saborea el viento.

El orangután, pensativo, con la frente sobre su bordón, dejaba correr la baba de plata.

Vinieron en gran número, y todos fueron encantados.

El oso danzaba como una roca que se bambolea, rimando la pendiente a saltitos. Sobre una peña roja de aurora, como una lira en el puño de un hombre, como una lira de cuerdas negras, se empinaba una joven cebra.

Vinieron en multitudes, y todos fueron encantados.

El elefante, todo oidos, dejaba a las brisas frescas hinchar las largas velas de sus orejas, y avanzaba soñadoramente y con tanta dulzura como un bajel sobre un río dormido...

El pavo real se hinchaba o se afinaba siguiendo el son.

Vinieron los soberbios y los tímidos, y todos fueron encantados.

La gacela, desmayada, parecía no oír ya; pero lloraba lágrimas felices, tejiendo su ensueño al filo de la melodía. ¡La bella, y dulce, y tierna gacela amorosa!

Vinieron de cercanas y lejanas selvas, de desiertos y de llanuras.

El uro y el carnero; el búfalo y el unicornio se rozaban, como embriagados, con sus cuernos. Un monito que chupaba una naranja, imprimía a sus ancas dulce balanceo.

Vinieron del Oriente y del Occidente. De todas partes; aun del cielo.

Guirnaldas de palomas, desmayadas sobre el cuello de las águilas, y horizontes de abejas incrustados de brillantes abejorros; todo el alfabeto de las golondrinas y «el sueño de grandes ojos» del buho persiguiendo a un colibrí fantástico.

La tierra y la arena enviaron sus embajadas.

El cangrejo y la araña, con su airecito sagaz y sus ojillos vivos, llevaron sus virtudes.

Dos boas ayuntadas hicieron en el espacio, con un rayo de sol, un caduceo gigantesco.

Vinieron los pesados y los esbeltos.

¡Oh, la girafa! ¡Qué aire de gracia; qué gran aire! Escuchaba con los ojos muy altos bajo las pestañas; y el pingüino juraba, con una pata levantada, que no había visto nunca nada más bello.

Una nube de catarinitas apresaba al viento.

Un caracol rojo, explendía; el lagarto friolento, titilaba; cerca del agua, la rana reflejaba la luz, y eran sólo tres chispas en el diamante de la roca.

Vinieron en el aire azul; salieron de las piedras.

Las moscas hacían en el espacio una columna; una avispa tocaba su trompetilla; y había en torno un rumor ligero, como el de un pequeño juicio final.

Vinieron de todas partes, aún del mar.

¡Llegó la ballena! ¡La ballena misma! Vino por el mar Mediterráneo; un río la arrancó, cual un banco de arenques que arrastró hacia Orfeo la armada de los caimanes. Oid su corazón, que late al compás del sonido.

Y resucitaron del fondo de la leyenda.

Saliendo del huevo de oro del Sol, las alas negras del Roc se tendieron lentas en las profundidades azules. Se vio, en la polvareda de una onda de esmeralda y fuego, alzarse del Tártaro la sombra de Leviatán.

Vinieron de los Infiernos, de las Estrellas, de todas partes, seres desconocidos aun de los dioses.

De pronto, habiendo enmudecido Orfeo, el león rugió... Había visto en la sombra azul de un valle a un pastor con un rebaño, su caballo y su perro, que parecía no haber oído el puro Canto divino que hablaba al instinto.

Orfeo arrojó su lira que lloraba.

Pero en el mismo instante se vio a la Flora entera, más tarda para moverse al acento del Cantador, estremecerse en la llanura, trepar hacia las cimas y cubrir bajo el cielo sus nieves eternas.

Los árboles helados se empavesaron de flores.

Orfeo cantó sin lira la belleza de la Flora. Y las flores, embrujadas, cautivas del canto, se desprendían de las ramas, como mariposas vibrantes, para fijase, vueltas estrellas, en su frente.

Orfeo volvió a tomar la lira. ¡Y las rocas lloraron fuentes de júbilo al oír su voz!

Y se vio ¡divino prodigio! el horizonte flotar cadencioso, mecer sus brumas, descubriendo los montes en los sonidos, velándolos en las pausas.

Orfeo cantó al día, cantó al Sol. Y el cielo, detenidas las nubes, escuchaba; y el rayo, encantado, escuchaba en el seno profundo de la borrasca escondida.

¡Cuando la noche cayó sobre Orfeo, los árboles, las bestias, las nubes, en las rocas y en el aire, oscilando y rodando, sintieron en su fuga que la Tierra, embriagada, giraba, giraba más de prisa..!

Paul Fort,
francés.

Recomendar las *Baladas escogidas,* de Paul Fort.

El canto del ruiseñor.

Interesante por demás es seguir, durante el invierno, los pensamientos del ruiseñor metido en su obscura jaula, cubierta de una bayeta verde que engaña algo su mirada y le recuerda su bosque.

Tan pronto llega diciembre empieza a soñar en alta voz, a discurrir, a describir con notas conmovidas lo que pasa por delante de los ojos de su espíritu, esto es, los objetos ausentes y amados. Quizás olvida entonces que no ha podido emigrar, y se cree en África o en Siria; en las comarcas iluminadas por un Sol más radiante, Sol al que tal vez contempla. Quizás ve también florecer la rosa, en loor de la cual entona de nuevo, al decir de los poetas, su himno del amor imposible: «¡Oh Sol! ¡Oh mar! ¡Oh rosa!..» (Ruckert).

Yo creo, sencillamente, que ese canto noble y patético, de acento tan elevado, no es otra cosa que el ruiseñor mismo, su vida de amor y de lucha, su drama.

Él ve en los bosques el objeto amado que los transfigura; ve la tierna vivacidad de éste y mil gracias de la vida alada que la nuestra no puede percibir. Habla a su amor, éste le responde, doble papel que desempeña él mismo, ora desplegando una voz grave y sonora, ora replicando con suaves y débiles sonidos. ¿Qué más? No me cabe duda alguna de que se le aparece el enajenamiento de su vida, la tierna intimidad

del nido, la pobre casita que hubiera sido su cielo... Creyéndose en ella, cierra los ojos para hacer más completa la ilusión.

El huevo se ha abierto; de él ha salido el milagro de su natividad, su hijo, el futuro ruiseñor, ya crecido y melodioso, la futura canción que escucha con éxtasis en el seno de las tinieblas de su jaula. Todo eso, como se comprende, el ruiseñor lo ve y lo oye en una confusión poética, en la que los obstáculos y las luchas cortan y turban la fiesta de amor.

Pero, como no hay dicha pura en la tierra, en medio de la que se da el cautivo, surge un tercero. Aquél entonces se anima por sí solo y se irrita y lucha manifiestamente contra el adversario invisible, el otro, el indigno rival al cual ve en su espíritu.

La escena se desenvuelve en él cual ocurriría en la primavera, cuando los machos regresan, hacia marzo o abril, antes de que vuelvan las hembras, decididas a poner fin entre ellos a su gran combate de celos.

Tan pronto éstas están de regreso, todo debe permanecer sosegado y tranquilo y no reinar más que el amor, la suavidad y la paz. Este combate dura quince días, y si las hembras adelantan su llegada, entonces el esfuerzo que hacen los machos es mortal; realízase al pie de la letra la historia de Rolando, que tocó su cuerno de marfil hasta que hubo acabado con sus fuerzas y su vida. Ellos también cantan hasta que les queda aliento; hasta quedar victoriosos o muertos.

Si, como se da por cierto, para cada hembra hay dos y aun tres machos, se concibe que esta ardorosa emulación sea violenta; tal vez sea éste el primer destello y el secreto de su numen.

La suerte del vencido es espantosa, peor que la muerte, pues se ve obligado a huir, a abandonar la comarca, a hacerse comensal de las tribus de pájaros inferiores, a convertir el canto en *patuá*, a olvidarse de quien es, a degradarse y a vulgarizarse entre el pueblo en medio del cual se refugia, donde poco a poco deja de hablar su lengua sin haber apren-

dido ninguna otra, hasta el extremo que a veces se encuentran ruiseñores que de tales sólo tienen la figura.

No basta derrotar al rival para saborear la victoria, sino que es menester agradar a la hembra. ¡Oh momento sublime, suave inspiración del nuevo canto que va a conmover ese corazoncito altivo y salvaje y le hará abandonar la libertad por el amor!

La prueba a que en las demás especies la hembra sujeta al macho consiste en que éste la ayude a abrír o labrar el nido; en que la demuestre su habilidad y el cuidado que va a tomarse por la familia, lo que hace que en ocasiones el efecto sea admirable. El pico, como hemos visto, de obrero se convierte en artista, de carpintero en escultor. Más ¡ay! el ruiseñor carece de tal destreza; nada sabe hacer. El más insignificante de los pájaros es muchísimo más hábil que él, tratándose del pico, de las alas y de las patas. El ruiseñor no tiene más que la voz, con la que demuestra su poderio cuando la suelta al viento. En eso es irresistible. Otros podrán hacer gala de sus obras; pero la obra propia de él es él mismo, él, que se muestra así, se revela y aparece grande y sublime.

No lo he oído nunca en ese momento solemne sin creer, no sólo que debía conmover las fibras del corazón de la hembra, sino que podía transformarla, ennoblecerla y elevarla, transmitirla un excelso ideal, imbuirla el sueño encantado de un sublime ruiseñor nacido de sus amores.

Esta es su incubación; incuba el ingenio de su amada, la fecunda de poesía, la ayuda a crear en idea a aquel que va a concebir; que idea es el principio de todo germen.

Resumamos. Hasta aqui hemos podido determinar tres cantos: el drama del canto del combate, con sus alternativas de despecho, de orgullo, de bravata y de ásperos y celosos arrebatos; el canto de solicitación, de tierno y suave ruego, pero mezclado de arrogantes movimientos, en los que visiblemente el ingenio, admirado de que todavía no se le reconozca, se irrita y se queja de la tardanza, si bien vuelve rápidamente el lamento respetuoso; y, por último, el canto de vic-

toria: —«He vencido; soy amado; soy el rey, el Dios y el único creador...» ¡Creador! Palabra que encierra toda la intensidad de la vida y del amor, pues a ella, a su amada sobre todo, es a la cual crea, en la que mira y refleja su ingenio, a la que transforma, de suerte que ni uno de sus movimientos› ni la más leve turbación, ni el menor estremecimiento de sus sus alas no sean su propia melodía.

De ahí el nido, el huevo y el hijo, síntesis de la canción, ahora realizada y viviente; de ahí el por qué no se aleja ni un momento durante el sagrado trabajo de la incubación.

No quiere decir esto que se esté en el nido, sino en una rama próxima, un poco más elevado, pues sabe perfectamente que la voz produce más mágicos efectos desde alguna distancia. Desde su sitio el omnipotente mago continúa fascinando y fecundando el nido, coopera al gran misterio y sigue engendrando con el canto, con el corazón, con el aliento, con la ternura y la voluntad.

Entonces es cuando hay que oirlo, escucharlo en su bosque, participar de las emociones de esta fuerza fecundadora, quizá lo que con más claridad nos revela al Dios todopoderoso, al Dios oculto, al Dios que no acertamos a comprender, que retrocede a medida que avanzamos, y cuyo velo, tras el cual se esconde la ciencia, descorre más cada día.

—«Helo ahí que pasa, —decía Moisés—; le he visto por la espalda». —«¿No es él quien pasa? —exclamaba Linneo—; le he visto de perfil». Cuanto a mí, cierro los ojos y lo siento, con el corazón conmovido, deslizarse en mi ser cuando en encantada noche oigo el canto del ruiseñor.

Acercaos, es un amante; pero no, retroceded, es un dios. La melodía, vibrante de cerca, de lejos crece y se amplifica con los efectos de la brisa; es un canto religioso que llena la selva toda.

De cerca no se oye más que el canto al nido, a la amante, al hijo futuro; pero de lejos otra es la amante, otro el hijo; de lejos es la Naturaleza, madre e hija, amante eterna, que se canta a sí y se celebra; es lo infinito del amor que ama en to-

dos y en todo canta; son los enternecimientos, los cánticos, las acciones de gracias que se cambian entre la tierra y el cielo.

Jules Michelet,
francés.

Los tordos.

Del árbol que aterido se avejenta
brota un trino de lírico deleite,
y la siesta invernal se entibia, lenta,
en una suave claridad de aceite.

Poco a poco otro trino se levanta,
y otros, y otros, y otros, en concierto tal,
que parece que todo el árbol canta
cual si se hubiera vuelto de cristal.

Pónese a oír, devoto, el campo entero;
oye la casa, y con quietud sumisa
parpadea en las pajas del alero
el trémulo silencio de la brisa.

No cantan el amor, que aún el invierno
vela los valles con su ambiguo tul;
sino, como soñando el gozo eterno,
la ligera ebriedad del día azul.

Encogido en el nudo de su rama,
cada uno afina el inspirado alegro;
y en su negrura cárdena se inflama,
con viva nitidez, su ojo más negro.

Y el negro pico ajusta la armonía
con primoroso engaste de joyel;
alicates de aquella pedrería
que talla el pájaro en su arrobo fiel.

Y el trino evoca las mañanas de oro
cuando en el esplendor de la pradera
rompe a cantar sobre la cruz del toro
su gloriosa fruición la primavera.

Y la vendimia audaz cuando al arrimo
de los pámpanos de oro y arrebol,
la sombra violeta del racimo
se inquieta en su evasivo tornasol.

Y el nido ajeno en que, bravío intruso,
sin vivienda ni tálamo desova,
no más cauto del huevo que allá puso
que de las perlas sueltas de su trova.

En claro azul florece como el lino
la limpidez del cielo pastoril,
y parece que el aire, con el trino,
se pone más vibrante y más sutil.

Múllese en las campiñas el descanso.
Dulce beatitud el alma enerva;
y el tiempo corre delicioso y manso
como un agua dorada entre la hierba...

Leopoldo Lugones,
argentino.

El nido.

Recordemos, ante todo, que este precioso objeto, más delicado que cuanto pudiera ponderarse, lo debe todo al arte, a la habilidad, al cálculo. Los materiales de que está compuesto en la mayoría de casos son muy rústicos y no siempre los que hubiera preferido el artista.

Además, los instrumentos con que los fabrican son defectuosos en extremo. Como el pájaro no tiene las manos del estornino ni el diente del castor, y sí sólo el pico y las patas, parece que el nido debe ser para él un problema insoluble.

Los que tengo a la vista casi todos están compuestos de un tejido o enredo de plantas, ramitas flexibles o largos filamentos de vegetales; pero más que un tejido es una condensación, una especie de fieltro de materiales mezclados, metidos, ingeridos con esfuerzo y perseverancia uno dentro de otro, lo que demuestra un parto laborioso y un trabajo tan enérgico que para llevarlo a cabo serían insuficientes el pico y la garra.

El utensilio real es el cuerpo del pájaro mismo, su pecho, con el que prensa y aprieta los materiales hasta volverlos absolutamente dúctiles, para mezclarlos y sujetarlos a la obra general.

En el interior, el instrumento que imprime al nido la forma circular es también el cuerpo del pájaro, el cual gira constantemente apartando de todos lados la pared hasta conseguirlo.

Así, pues, el nido es el pájaro mismo, su forma y su esfuerzo más inmediato, podríamos decir su sufrimiento, y cuyo resultado no lo obtiene sino por medio de una presión de pecho constante. No existe en el nido brizna de hierba que, para que tome y conserve la curva, no haya sido mil y mil ve-

ces apretada con el pecho, con el corazón, con menoscabo de la respiración ciertamente, con palpitación dolorosa quizá.

La mansión del cuadrúpedo es muy distinta, pues como nace vestido, no tiene necesidad alguna de nido. Además, los que edifican o cavan, más que para sus hijos trabajan para sí. La marmota es un minero que demuestra habilidad en la construcción de un oblicuo subterráneo que le pone al abrigo de los vientos invernales; la ardilla, con mano diestra levanta la linda torrecilla que la resguarda de la lluvia, y el grande ingeniero, el castor, que prevé la crecida de las aguas, se construye una habitación de muchos pisos para morar en el que más le convenga. El pájaro edifica para la familia. Indolente, se pasaba la vida debajo de las transparentes hojas, expuesto a las asechanzas de sus enemigos; pero tan pronto deja de vivir solo, la maternidad prevista y esperada lo convierte en artista. El nido es una creación del amor.

Además, la obra lleva impreso el sello de una fuerza de voluntad extraordinaria, sello que resalta en primer término cuando se considera que el nido, al revés de nuestras moradas, carece de armadura.

Está el artista tan empapado del proyecto del nido, tiene de él idea tan clara, que sin armadura, sin apoyo previo, va adelantando pieza por pieza, sin que ni una de éstas altere el conjunto. Todas se adaptan a él como hechas de encargo, simétrica y armónicamente, cosa dificilísima si se atiende a lo defectuoso del instrumento con que se labra y al recio esfuerzo de concentración y de *fieltraje*, por medio de la presión del pecho.

Para esto la madre no se fía del macho, pero se sirve de él como proveedor. Él es el que va en busca de los materiales, hierbas, raíces o ramitas. Empero, cuando la vivienda está construída, cuando se trata del interior, del lecho, del mobiliario, entonces la tarea ofrece más dificultades.

Es menester pensar que el lecho debe recibir un huevo, sumamente susceptible al frío, y que cualquier punto enfriado ocasionará la muerte de un miembro al pequeñuelo. Y este

pequeñuelo nacerá desnudo, sin más abrigo que el calor del nido. El vientre, desde luego, lo tendrá a cubierto del frío, unido como estará al vientre de la madre; pero, ¿y el lomo, desnudo todavía, cómo va a participar de igual beneficio?

De ahí precauciones e inquietudes por demás difíciles de satisfacer. El marido trae crines, pero son demasiado duras y no sirven más que para colocarlas debajo, como jergón elástico; luego trae cáñamo; pero es demasiado frío. Para el caso no sirve más que la seda o la borrilla sedosa de ciertas plantas, el algodón o la lana, y aún mejor sus propias plumas, su plumón, que la madre se arranca para colocarlo debajo de su cría.

Curioso es ver al macho cuando corre en busca de materiales, por el modo inteligente y furtivo como lo hace, temoroso de que le espíen y descubran el camino de su nido. Si nota que lo miran, para desorientar al curioso toma una dirección diferente.

Cien robos ingeniosos responden a los deseos de la madre. El macho sigue a las ovejas para recoger un poco de lana; recorre los corrales para apoderarse de las plumas de la ponedora, y espía audazmente si la campesina deja por un momento su almohadilla o su rueca bajo el tejadillo, para robar un hilo...

Jules Michelet,
francés.

Recomendar *El Pájaro*, *El Insecto* y *El Mar*, de Jules Michelet.

Cigüeñas blancas.

Ciconia pietatis cultrix.
PETRONIO.

De cigüeñas la tímida bandada,
recogiendo las alas blandamente,
paró sobre la torre abandonada
a la luz del crepúsculo muriente;

hora en que el Mago de feliz paleta
vierte, bajo la cúpula radiante,
pálidos tintes de fugaz violeta
que riza con su soplo el aura errante.

Esas aves me inquietan; en el alma
reconstruyen mis rotas alegrías;
evocan en mi espíritu la calma,
la augusta calma de mejores días.

Afrenta la negrura de sus ojos
el abenuz de tonos encendidos,
y van los picos de matices rojos
a sus gargantas de alabastro unidos.

Vago signo de mística tristeza
es el perfil de su sedoso flanco
que evoca, cuando el Sol se despereza,
las lentas agonías de lo Blanco.

Con la veste de mágica blancura,
con el talle de lánguido diseño,
semeja en el espacio su figura
el pálido estandarte del Ensueño.

Y si, huyendo la garra que la asecha,
el ala encoge, la cabeza extiende,
parece un arco de rojiza flecha
que oculta mano en el espacio tiende.

A los fulgores de sidérea lumbre,
en el vaivén de su cansado vuelo,
fingen, bajo la cóncava techumbre,
bacantes del azul, ebrias de cielo...

Guillermo Valencia,
colombiano.

Recomendar los *Poemas Escogidos,* de Guillermo Valencia.

Las guacamayas.

Mis guacamayas blancas tienen
penachos de color de azafrán,
y, entre su jaula, cabecean
en tenues aros de metal.

Sin cantos ni gritos se duermen
y las alas no abren jamás:
mis guacamayas blancas sueñan
con sus dátiles y su palmar...

Estefan George,
inglés.

La abeja.

Miniatura del bosque soberano
y consentida del vergel y del viento,
los campos cruza en busca del sustento,
sin perder nunca el colmenar lejano.

De aquí a la cumbre, de la cumbre al llano,
siempre en ágil, continuo movimiento,
va y torna, como lo hace el pensamiento
en la colmena del cerebro humano.

Lo que saca del cáliz de las flores
lo conduce a su celda reducida,
y sigue sin descanso sus labores.

Sin saber ¡ay! que, en su vaivén incierto,
lleva la miel para la amarga vida
y el blanco cirio para el pobre muerto...

Enrique Álvarez Henao,
colombiano.

El cisne.

Se desliza en el estanque como un blanco trineo, de nube en nube. Porque solamente tiene hambre de las nubes que en forma de copos ve nadar, ir de sitio en sitio y perderse en el agua. El cisne quisiera ser una de ellas. Le apunta el pico y sumerge de golpe su cuello revestido de nieve.

Después, como un brazo de mujer que sale de una manga, vuelve a sacarlo. No hay nada.

Observa: las nubes, amedrentadas, han desaparecido. Por un sólo instante queda desengañado, porque las nubes no tardan en reaparecer, y allá abajo, en donde mueren las ondulaciones del agua, algunas de ellas se rehacen.

Dulcemente, sobre su ligero cojín de plumas, el cisne rema y se acerca.

Se agota en pescar engañosos reflejos, y probablemente morirá víctima de esa ilusión antes de atrapar un sólo pedazo de nube.

Pero, ¿qué estoy diciendo?

Cada vez que se sumerge remueve con el pico el cieno que lo alimenta y saca una lombriz.

Y engorda como un ganso.

Jules Renard,
francés,

El pavo real.

Seguramente va a casarse hoy.

Debió ser ayer. Está listo, en traje de gala. Solamente espera a su prometida. No ha venido. No puede tardar.

Resplandeciente de gloria, se pasea con el aire de un príncipe indio y lleva encima las ricas prendas habituales. El amor aviva el brillo de sus colores y su penaho tremola como una lira.

La novia no llega todavía. Sube a la cima del techo y mira del lado del Sol. Lanza su grito diabólico. «¡León! ¡León!» De este modo llama a su prometida. Nadie viene; nadie responde. Las aves domésticas ni siquiera alzan la cabeza. Están aburridas de admirarlo. Vuelve a bajar al patio, tan seguro de su bellezas que es incapaz de guardar rencor a nadie.

Su matrimonio se efectuará mañana. Y sin saber en qué

emplear el resto del día, se dirige hacia la escalinata. Sube por las gradas como por los escalones de un templo, con paso oficial. Se recoge su traje de cola, tan pesado que no puede desprenderse de él. Y una vez más repite la ceremonia.

Jules Renard,
francés.

Las golondrinas.

El vuelo es el estado natural de la golondrina; yo diría casi su estado necesario. Come volando, se baña volando, y a veces da de comer a sus crías volando. Corta el aire sin esfuerzo, con suma facilidad; siente que el aire es su dominio; lo recorre en todas las direcciones y todos los sentidos, como para gozar de él en todos sus detalles, y el placer de este goce lo demuestra con gritos de alegría. Ora dé caza a los insectos que revolotean y siga con flexible agilidad su huella oblicua y tortuosa; ora deje uno para correr tras otro y agarre de paso un tercero; ora roce ligeramente la superficie del suelo y de las aguas para recoger lo que la lluvia o la frescura junta; ora escape ella misma de la impetuosidad del ave de rapiña por la presta flexibilidad de sus movimientos, siempre dueña de su vuelo, aun en la mayor celeridad, cambia a cada instante de dirección, parece describir en medio de los aires un dédalo movible y fugitivo, cuyos caminos se cruzan, se entrelazan, se apartan, se aproximan, tropiezan, dan vueltas, suben, bajan, se pierden y reaparecen para cruzarse y enredarse otra vez de mil maneras, y cuyo plano, demasiado complicado para ser representado a la vista por el arte del dibujo, apenas puede ser indicado a la imaginación por el pincel de la palabra.

Tenemos tres especies de golondrinas. La más abundante es la golondrina *Chelidon urbica L.*, negra por encima, con reflejos azules, blanca debajo y en la rabadilla.

Construye el nido en los ángulos de las ventanas, bajo los aleros de los tejados, en las cornisas de los edificios. Sus mamateriales son tierra fina, principalmente la que los gusanos sacan en montoncitos, en prados y jardines, después de haberla digerido. La golondrina la lleva a bocaditos, la moja con un poquito de saliva viscosa para comunicarle cohesión y la dispone por capas en una media bola pegada a la pared y perforada, en lo alto, con una estrecha abertura. Unas pajitas incrustadas en el espesor de la construcción dan más resistencia a la fábrica de tierra; en fin, el interior está acolchado con gran cantidad de plumas finas. Pone cuatro o cinco huevos de color blanco puro y sin manchas.

Los nidos sirven para varios años seguidos a las mismas parejas, que los reconocen a su regreso en primavera y los ponen como nuevos mediante algunas reparaciones. Si hay alguno vacante porque los propietarios han muerto en tierras lejanas, las parejas nuevas los aprovechan.

Raras veces hay querellas por la ocupación de nidos viejos. A las golondrinas les gusta vivir en sociedad; sus nidos se tocan a veces, en número de algunos cientos, bajo la misma cornisa. Cada pareja reconoce, sin ninguna vacilación, el que le pertenece, y respeta escrupulosamente la propiedad ajena para que respeten la suya.

Hay entre ellas vivo sentimiento de solidaridad; se asisten con tanta inteligencia como celo. A veces sucede que se cae un nido recién acabado, ya por defecto de cohesión del mortero empleado, ya porque los albañiles, demasiado apresurados, no tuvieran paciencia para dejar que se secara una capa antes de colocar otra, o por otro motivo cualquiera. Al enterarse del siniestro, vecinos y vecinas acuden a consolar a los afligidos y prestarlos ayuda para reedificar. Todos se ponen a la obra, llevando mortero de primera calidad, pajitas y plumas, con tal ardor, que en un par de días queda rehecho el nido. La pareja interesada, entregada a sus propias fuerzas, hubiera tardado quince días en reparar el desastre.

Hay algo mejor aún. Una golondrina se ha enredado atur-

didamente en unos hilos. Cuantos más esfuerzos hace para desenredarse, más se enreda. Está en peligro de muerte con las alas y las patas liadas. Con gritos de angustia pide socorro a sus compañeras. Todas acuden, se ponen de acuerdo ruidosamente y trabajan tan bien con el pico y con las patas, que deshacen la lazada y libran a la cautiva. El feliz acontecimiento lo celebran con calurosos gorjeos de alegría. Esto lo vi yo mismo aquí, en la huerta, un día que la tía Ambrosina puso a blanquear al sol el hilo de cáñamo que hila en la rueca.

Un autor de renombre fue testigo de un hecho análogo. Le cedo la palabra. «—Vi una golondrina que, desgraciadamente, sin saber cómo, se había cogido la pata en el nudo corredizo de un bramante que tenía el otro extremo sujeto a un canalón. La golondrina pendía, sin fuerzas y gritando, de la punta del hilo, que, a veces, levantaba pretendiendo volar.

»Todas las golondrinas de los alrededores se reunieron en número de varios miles. Formaban una nube, lanzando todas el grito de alarma y compasión. Después de largo rato de vacilación, una de ellas inventó una manera de libertar a su compañera; lo hizo comprender a las otras y empezó la ejecución. Dejaron sitio, y todas las que estaban cerca fueron pasando, una tras otra, como en una carrera de cintas, dando cada vez un picotazo en la cuerda. Estos picotazos, dados en el mismo punto, se sucedían de segundo en segundo y aun con más rapidez. Media hora de este trabajo fue suficiente para cortar el bramante y poner la cautiva en libertad.

»Pero la bandada, aunque en menor número, permaneció allí hasta la noche, sin cesar de hablar, en tono que ya no revalaba ansiedad, como dándose muchas felicitaciones y contándose el incidente.»

Otro caso: «—Un insolente gorrión penetró en el nido de una golondrina; se encontraba bien allí y quiso establecerse definitivamente. Las propietarias asaltaron al intruso; pero el gorrión, de pico más robusto y protegido por las paredes del nido, rechazaba fácilmente sus ataques. ¡Ah granuja! ¡No quieres marcharte! Vamos a verlo.

»Una de las dos golondrinas continúa el bloqueo a la entrada del nido; la otra va a pedir socorro. Llegan las vecinas, se hacen cargo de la situación, deliberan sobre las medidas que han de tomar y reconocen que les imposible desalojar por la fuerza al enemigo, acantonado en el fondo del nido como en una fortaleza.

»Una opinión prevalece en el consejo: si no podemos cogerle el nido, por lo menos hay que vengar a los propietarios. La ejecución siguió inmediatamente al acuerdo. Mientras las más valientes, apostadas en la abertura, intimidaban al recluso con sus gritos, otras llevaron el mortero habitual, tierra mojada de saliva, y poco a poco cerraron la entrada del nido».

—¡Vuelve por otra, ladrón de nidos!

. . . .

Todas las golondrinas cambian de país una vez al año, y no por vagabundeo, sino por necesidad. Otras muchas aves, especialmente las que se nutren de insectos, están en el mismo caso.

Las golondrinas como los murciélagos, tienen por alimento exclusivo los insectos que revolotean en los aires. Cuando llegan los fríos, faltan enteramente estos insectos. ¿Qué hace entonces el murciélago para librarse de morir de hambre?

Modera hasta los últimos límites de lo posible el tiro del calorífero vital, ya lo sabéis, de ese calorífero natural que produce en nosotros calor, movimiento y animación por la combustión de la sangre, por medio del aire; el murciélago deja casi de respirar, para economizar el combustible almacenado en sus pequeñas venas y hacerle durar hasta la reaparición de los insectos, en el buen tiempo; en fin, se aletarga en el fondo de alguna gruta, como un sueño parecido al de la muerte.

Los pájaros no tienen la facultad de moderar la vida de ese modo y suspenderla momentáneamente; son los caloríferos animados más activos del mundo, siempre ardientes, siempre de enérgico tiro, como demanda el violento ejercicio

del vuelo. Su temperatura, lo mismo en invierno que en verano, es de cuarenta y dos grados, mientras la del hombre es sólo de treinta y ocho. Y si semejante hogar ha de ser mantenido sin debilitarse nunca, imaginad si es posible dormirse durante seis meses, so pretexto de que falta el alimento. Es enteramente imposible.

¿Qué hacen entonces los pájaros? Como no pueden recurrir al procedimiento del murciélago, toman una resolución arriesgada. Abandonan el pais natal, pronto despoblado de insectos por el frío; se van muy lejos con el corazón afligido, pero con la esperanza de volver; emigran; los fuertes reconfortan a los débiles; los viejos, expertos en viajes, guian a los inexpertos; se organizan en caravanas y huyen hacia el Sur, hacia África, donde les espera alimento abundante y un sol más cálido. Sin más brújula que el instinto, franquean el mar, el mar inmenso donde de cuando en cuando surge apenas de las aguas un islote de parada; muchos perecen en la travesía; muchos llegan extenuados de hambre, quebrantados de fatiga, pero, al fin, llegan.

Duro debe ser para las golondrinas el momento de la partida, porque se separan de los lugares amados, lugares que las han visto nacer, para afrontar las fatigas y peligros de un viaje enorme, viaje a lo desconocido para gran número de ellas.

En gran asamblea fijan el día de la marcha: a fin de agosto las golondrinas de ciudad y de ribera; más tarde, hasta en octubre, las golondrinas de chimenea.

Acordada la época, las golondrinas de ciudad se reúnen varios días seguidos en la parte superior de los edificios elevados. A cada instante se destacan bandadas de la asamblea general para remolinear en los aires, con gritos de inquietud, para volver a ver una vez más el país natal y darle el último adios; después vuelven a colocarse entre sus compañeras y a charlar, sin duda, de sus esperanzas y temores, disponiéndose para la expedición grande mediante cuidadoso examen de las plumas, lustradas una por una.

Después de repetidos varias veces estos conmovedores adioses, un gorjeo quejumbroso anuncia la hora fatal. Llega el momento, hay que partir. Y con arranque desesperado, las viajeras se lanzan juntas hacia el Sur.

J. H. Fabre,
francés.

Recomendar *Las Maravillas de los Insectos,* de J. H. Fabre.

Vaca.

¿Oís ese mugido lento y amoroso que está resonando en la dehesa? Es la vaca de ubres henchidas, que clama por el ordeño. El becerrito acude, se arrodilla debajo de su madre, chupa las tetas con ahinco, llama la leche con cabezadas furibundas, las deja en punto y se retrae. ¡Mirad si es armónico y provocativo el ruido de los dos recios chorros que salen del puño de la vaquera y se rompen en caliente espuma en el asiento del dornajo!

La leche, vino natural, es el verdadero principio de la vida: en las venas, sangre; en los huesos, tuétano; en los conductos más recónditos, quilo precioso: todo es la leche. ¿Y el queso? ¿Y la carne del cebón? ¿Y la lana de la oveja? Productos que componen los bienes de fortuna de su dueño y son lo esencial de sus posesiones, donde las flores y los arbustos estériles no son sino arrequives deslumbrantes.

Juan Montalvo,
ecuatoriano.

Recomendar *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes* y *Siete tratados,* de Juan Montalvo.

Dístico.

I

La vaca ciega.

Topando la cabeza sin los troncos,
la inolvidable vía de la fuente,
la vaca sigue a solas. Está ciega.
Temerario zagal le saltó un ojo
de una pedrada cruel; cubren el otro
densas nubes; está ciega la vaca.
El manantial acostumbrado busca;
mas ya no va con arrogante paso,
ni con sus compañeras; va ella sola.
Sus hermanas, en cerros, en cañadas,
en el prado, en las márgenes del río,
hacen sonar los esquilones mientras
pacen la fresca hierba... Ella caería.
De hocicos da con la tallada piedra
del tosco abrevadero, y retrocede
avergonzada; pero torna al punto,
inclina la testuz y bebe lenta.
Apenas tiene sed. Levanta luego
al cielo, enorme, la enastada frente
con un trágico gesto; parpadea
sobre los ojos lóbregos, y huérfana
de luz, sufriendo el Sol, que arde y abrasa,
vuelve con marcha trémula, moviendo
lánguida y mustia la tendida cola.

Juan Maragall,
español.

II

El buey.

¡Piadoso buey! Al verte mi corazón se llena
de un grato sentimiento de paz y de ternura,
y te amo cuando miras inmóvil la llanura
que debe a tus vigores ser más fecunda y buena.

Bajo el pesado yugo tú no sientes la pena
y así ayudas al hombre que tu paso apresura,
y a su voz y a su hierro contesta la dulzura
doliente con que gira tu mirada serena.

De tu ancha nariz brota como un vaho tu aliento
y tu afable mugido lentamente en el viento
vibrando como un salmo de alegría, se pierde...

Y en su austera dulzura, tus dos verdes pupilas
reflejan cual si fuesen dos lagunas tranquilas,
el divino silencio de la llanura verde.

Giosué Carducci,
italiano.

La doma del caballo.

Empezaba yo a ser un hermoso potro; mi pelo era fino y suave y de un negro brillante como el azabache. Era calzado de una mano y tenía una pequeña estrella en la frente. Mi amo estaba orgulloso de mí, y no pensaba venderme hasta que tu-

viera cuatro años, pues decía que, así como los muchachos no deben trabajar como los hombres, los potros no deben trabajar como los caballos, hasta que estén bien desarrollados.

Cuando cumplí los cuatro años, el caballero Gordón vino un día a verme; examinó detenidamente mis ojos, mi boca y mis patas; me hizo marchar al paso, trotar y galopar en su presencia, y pareció quedar complacido de mí.

—Cuando esté bien domado —dijo— será un hermoso animal.

Mi amo le dijo que pensaba domarme él mismo, pues no quería que en la doma me lastimasen o adquiriese algún resabio; y no perdió tiempo, pues a la mañana siguiente puso manos a la obra.

No todos saben lo que es la doma de un caballo, y voy, por lo tanto, a decirlo: es enseñarle a llevar una brida, y una silla, y sobre su lomo un hombre, mujer o niño, yendo a donde el jinete lo mande y de una manera tranquila. Además, ha de aprender a usar una collera, un sillín y una baticola, y a estarse quieto mientras se le pone todo esto; después, aguantar un coche o carro, adherido detrás de sí, de manera que no pueda andar sin llevarlo consigo; y debe ir aprisa o despacio, a voluntad de su conductor.

No debe espantarse por nada que vea, ni hablar con los demás caballos, morder, cocear, ni hacer, en una palabra, nada que sea su voluntad propia, sino siempre la de su amo, aunque se halle cansado o tenga hambre o sed; y, por supuesto, una vez con los arneses encima, no hay ni que pensar en brincar de gusto, ni en acostarse, aunque el cansancio le rinda.

Puede verse, por lo dicho, que la doma no es cosa de poca importancia.

Me acostumbré a la cabezada de cuadra, a la soga y a ser conducido del diestro por campos y caminos; pero ahora tenía que saber lo que era un freno y una brida.

Mi amo me trajo, como de costumbre, un puñado de avena, y, después de muchas caricias y mucha conversación, me introdujo el bocado con las bridas unidas a él. Preciso me es

confesar que aquello fue para mí una cosa desagradabilísima. El que no haya probado un bocado así, no puede formarse idea de lo mal que sabe; figúrense un pedazo de frío y duro acero, grueso como el dedo de un hombre, metido dentro de la boca, entre los dientes y sobre la lengua, con sus extremos salientes y unidos a unas correas que se multiplican luego, pasando por sobre la cabeza, por debajo de la garganta, por encima de las narices y alrededor de la barba, de una manera que no hay medio de verse libre de él.

Aquello es una cosa muy mala, o al menos así me lo pareció; pero yo veía que mi madre los usaba siempre que salía, y que todos los demás caballos domados lo usaban también, y entre el puñado de avena, las caricias de mi amo y sus bondadosas palabras y maneras transigí, con el bocado y la brida.

Inmediatamente después vino la silla, que no es, ni con mucho, tan desagradable. Mi amo la colocó, con el mayor cuidado, sobre mi lomo, mientras el viejo Daniel me sujetaba la cabeza; éste me apretó las cinchas bajo la barriga, acariciándome y hablándome siempre.

Una vez así equipado, me dieron otro puñado de avena y me hicieron dar un paseo alrededor del sitio donde nos hallábamos, y esta misma operación se repitió por varios días, hasta que casi deseaba el puñado de avena y la silla.

Por último, una mañana mi amo se encaramó sobre mí y me hizo dar una vuelta por la pradera, buscando los sitios en que la hierba hacía el piso más suave y más blando. Me sentí un poco en ridículo, pero al mismo tiempo orgulloso de conducir a mi dueño; y continuando este ejercicio un poco cada día, llegué pronto a acostumbrarme.

El inmediato desagradable asunto fue el de ponerme las herraduras, que al principio me molestaban mucho. Mi amo, en persona, me condujo a casa del herrador, a fin de cuidar de que no me asustasen ni lastimasen.

El herrador fue levantando sucesivamente mis patas, teniendo yo que permanecer en tres mientras cortaba una parte del casco; pero no me lastimó y me estuve quieto. Tomó un

pedazo de hierro de la misma forma que el casco, lo batió con un martillo y lo sujetó firmemente a aquél con clavos. Sentí mis patas como entumecidas y muy pesadas; pero al cabo me acostumbré a las herraduras.

Una vez a esta altura, mi amo procedió a domarme para el tiro, y allí empezó una nueva serie de cosas que usar. En primer lugar, una dura y pesada collera y una cabezada con dos pedazos de cuero a los lados de mis ojos, llamados anteojeras, y que mejor pudieran llamarse cegadoras, pues me incapacitaban de mirar a los lados, teniendo que hacerlo sólo de frente; vino luego el sillín, con una correa larga, que partiendo del extremo posterior de aquél iba a pasar por debajo de mi cola, y a la cual llaman la baticola, accesorio odioso para mí, que fue muy duro tolerar y que considero casi tan malo como el bocado.

Nunca he sentido deseos de cocear como entonces; pero no había que pensar en semejante cosa siendo mi amo tan bueno, y así, tuve paciencia y en breve tiempo transigí con todo, haciendo mi trabajo tan bien como mi madre.

De la manera dicha es como se doma bien un potro.

Ana Sewell.

Recomendar *Azabache,* de Ana Sewell.

"Ritja", la querida yegua.

(Balada.)

I

Como el águila de Líbano
se vuelve Ritja a su *Kan*.
Sangrienta fue la pelea;
su dueño sangre chorrea...
Allá van,
allá van,
raudos como el huracán.

Suelta el árabe su cántico,
ronco y ahogado en dolor:
«—Corre, Ritja; corre, vuela,
que el tigre está en centinela,
y aun veo yo,
aun veo yo
las palmas de Jericó.»

En su garganta de ébano
sepúltase un yatagán.
Cayó el beduíno bramando.
Pára Ritja y, relinchando,
—¡Qué animal!—
lame la herida fatal.

II

Sobre la escüeta duna
así habla el prisionero
con la luna:
«—Casta madre, ya que muero,
que a Ritja vuelvan a ver
mis hijos y mi mujer.
Que los vientos
de mi patria
con sus crines
jugueteen.
Que repitan
sus confines
el relincho
que ella dé.
Queda, sin mí, viüda mi mujer;
sin Ritja, ¿de mis hijos qué va a ser?
¡Es un águila sin plumas
el árabe sin corcel!»
. . . .

III

Arrastrando va el herido
sobre la arena abrasada,
cual ave enferma a su nido,
que por ver su yegua amada
la vez postrera ha querido.

Verla por última vez
a la luna del desierto,
llorar su triste viudez
su dueño cautivo y muerto,
su ya perdida altivez.

«—Ritja, Ritja, amada mía,
asombro de Alejandría,
sol de mis montañas verdes:
¿No te dice mi agonía
¡Ay! que te pierdo y me pierdes?

»Mi amor... y mis penas, ya
que estas manos no te ensillen
por nuestro mal, quiere Alá
que te ultrajen y te humillen
los caballos de un bajá.

»En sus patios, confundida,
fama perderás y bríos,
ya que no pierdes la vida...
¿Dónde serás tan querida
como te quieren los míos?

»No te darán las doncellas
ya la leche de camellas
con su mano torneada,
ni mis hijuelos con ellas
el puñado de cebada.

»Ya tu ancha cola de espumas
el huracán del desierto
no hinchará como las plumas
del águila, que entre brumas
se cierne sobre el mar Muerto.

»Tus callos no arrancarán
de las egipcias arenas
chispas como de un volcán,
ni en las corrientes serenas
te bañarás del Jordán.

»Tú, tan heroica y valiente,
que al rugido del león
piafas tranquilamente;
tú, que de un salto el torrente
atraviesas del Cedrón.

»En el Djerid la primera,
sin igual en la carrera,
rauda al trote, blanda al giro,
la yegua más caballera
que hay desde Salém a Tiro.

»¡Ritja, tú ajena; tú esclava!
¡El huracán encadenas!
¡No, por Alá, Ritja brava!
(Y con esto, a duras penas,
rompió el árabe la traba.)

»Vuelve el desierto a cruzar;
vé al kan, y a mis hijos dí,
en tu lengua singular,
que no me pude salvar,
pero que te salvé a tí.»

IV

Sin sentido
el herido,
postrado en tierra cayó.
¡Pobre Rijta!
le miró...,
le lamió...
de sus ojos
en lo obscuro.
¿Quién el fuego comprende que brilló?

. . . .

Cuando el alba
sonreía
por Salém,
por donde un día
rayó el alba del Mundo también,
la cristiana
caravana
parábase en el desierto
de asombro muda y terror,
mientras el dragomán, experto,
así dice en su interior:

«—¿Adónde va aquel caballo?
La tierra, que apenas toca,
retiembla bajo su callo,
¡y lleva un hombre en la boca!

»Nunca el desierto corcel
cruzó más a la ligera;
ni la corza de Betel
le aventaja en la carrera.

»Pacto tendrá con Alá
el hombre que la posea.
Ni se ha visto ni verá
corcel mejor en Judea.»

Allá van,
allá van
Ritja y el árabe al kan...
Tres infantes
ved allí;
parecen tres tiernos pámpanos
de las viñas de Engaddí.

Abrazan al herido,
que en tierra pone Ritja, sin sentido.
El olmo y la hidra se abrazan así.
También sobre el arenal
cae la yegua leal.
¡Ay, Ritja, pobre de ti!
. . . .

Toda la tribu llora;
el árabe está loco: ¡Ritja murió!
Con leche de camellas
brindáronle doncellas;
no la bebió.

Su mano halagadora
tendióle sin demora
el árabe.
Tampoco la lamió.

La lira del poeta
cantó la noble hazaña
de Ritja fiel.
«Alá, en su Edén preciado,
la recibió a su lado;
vive con él...»

Cuando en la duna escueta
al beduíno inquieta
el turco, a Ritja invoca:
«No hay corcel
como aquel.»

Vicente Barrantes,
español.

El vals del osezno.

Osezno, osezno, lleno de pena, que bailas lento con tu cadena, y al ver el cielo, dulce y dorado, sientes tu hocico tan enmielado.

Baila a la flauta y al acordeón; no eches maromas; mira el bastón.

Negro y peludo pantalón ancho, medias de seda, garras de gancho. Redondo y suave como un ovillo, collar al cuello, bailas, osillo.

Tú te acompañas con la cabeza, y tu vals lento casi bosteza.

Osezno, osezno, lleno de pena, bailas despacio con tu cadena, y al ver el cielo, dulce y dorado, piensas que tienes tu gran hocico todo enmielado.

¡Oh, naricilla do el llanto brilla! ¡Oh, pecho triste! ¿Sabéis si existe la dicha pura que da Natura?

Baila a la flauta y al acordeón, no eches maromas, mira el bastón.

Osillo triste, si quieres ver la dulce osilla, que es tu querer, con un abrazo dales la muerte —tu largo brazo es asaz fuerte— a tus tres dueños: al domador, al de la flauta y al del acordeón.

Osezno, osezno, lleno de pena: baila despacio con tu cadena, y al ver el cielo, dulce y dorado, piensas que tienes tu gran hocico todo enmielado.

El grave osillo da una maroma, entre sus manos el bastón toma; la flauta rompe, y el acordeón, y también rompe luego el bastón.

La gente ociosa que forma rueda, dando de gritos se va, y el oso solo se queda.

Alegre entonces va a la montaña, tras de la osilla, que es su compaña.

Pero de pronto, se escucha un tiro, y nuestro osezno se queda liro. Lo cubre un velo y se va al cielo.

Osezno, ahora no tienes pena, ni bailas lento con tu cadena, y en cambio puedes, a tu sabor, gustar la miel que hay en el sol, y con tu osilla y al son de un arpa, saltar de gusto como una carpa.

Paul Fort,
francés.

El perro.

No temas, mi Señor, estoy alerta
mientras tú de la tierra te desligas
y con el sueño tu dolor mitigas,
dejando el alma a la esperanza abierta.

Vendrá la aurora y te diré: «Despierta,
huyeron ya las sombras enemigas.»
«Soy compañero fiel en tus fatigas
y celoso guardián junto a tu puerta.»

Te avisaré del rondador nocturno,
del amigo traidor, del lobo fiero,
que siempre anhelan encontrarte inerme.

Y si llega con paso taciturno
la muerte, con mi aullido lastimero
también te avisaré... ¡Descansa y duerme!

Manuel José Othón,
mexicano.

Recomendar las *Poesías,* de Manuel José Othón.

I

Platero.

Platero es pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Sólo los espejos de azabache de sus ojos son duros cual dos escarabajos de cristal negro.

Lo dejo suelto, y se va al prado, y acaricia tibiamente con su hocico, rozándolas apenas, las florecillas rosas, celestes y gualdas... Lo llamo dulcemente: «¿Platero?», y viene a mí con un trotecillo alegre que parece que se ríe, en no sé qué cascabeleo ideal...

Come cuanto le doy. Le gustan las naranjas mandarinas, las uvas moscateles, todas de ámbar, los higos morados, con su cristalina gotita de miel...

Es tierno y mimoso igual que un niño, que una niña...; pero fuerte y seco por dentro, como de piedra. Cuando paso sobre él, los domingos, por las últimas callejas del pueblo, los hombres del campo, vestidos de limpio y despaciosos, se quedan mirándolo:

—Tien' asero...

Tiene acero. Acero y plata de luna, al mismo tiempo.

II

Amistad.

Nos entendemos bien. Yo lo dejo ir a su antojo, y él me lleva siempre adonde quiero.

Sabe Platero que, al llegar al pino de la Corona, me gusta acercarme a su tronco y acariciárselo, y mirar el cielo al través de su enorme y clara copa; sabe que me deleita la veredilla que va, entre céspedes, a la Fuente vieja; que es para mí una fiesta ver el río desde la colina de los pinos, evocadora, con su bosquecillo alto, de parajes clásicos. Como me adormile, seguro, sobre él, mi despertar se abre siempre a uno de tales amables espectáculos.

Yo trato a Platero cual si fuese un niño. Si el camino se torna fragoso y le pesa un poco, me bajo para aliviarlo. Lo beso, lo engaño, lo hago rabiar... Él comprende bien que lo quiero, y no me guarda rencor. Es tan igual a mí, tan diferente a los demás, que he llegado a creer que sueña mis propios sueños.

Platero se me ha rendido como una adolescente apasionada. De nada protesta. Sé que soy su felicidad. Hasta huye de los burros y de los hombres...

III

La púa.

Entrando en la dehesa de los caballos, Platero ha comenzado a cojear. Me he echado al suelo...

—Pero, hombre, ¿qué te pasa?

Platero ha dejado la mano derecha un poco levantada,

mostrando la ranilla, sin fuerza y sin peso, sin tocar casi con el casco la arena ardiente del camino.

Con una solicitud mayor, sin duda, que la del viejo Darbón, su médico, le he doblado la mano y le he mirado la ranilla roja. Una púa larga y verde, de naranjo sano, está clavada en ella como un redondo puñalillo de esmeralda. Estremecido del dolor de Platero, he tirado de la púa; y me lo he llevado al pobre al arroyo de los lirios amarillos, para que el agua corriente le lama, con su larga lengua pura, la heridilla.

Después, hemos seguido hacia la mar blanca, yo delante, él detrás, cojeando todavía y dándome suaves topadas en la espalda...

IV

Susto.

Era la comida de los niños. Soñaba la lámpara su rosada lumbre tibia sobre el mantel de nieve, y los geranios rojos y las pintadas manzanas coloreaban de una áspera alegría fuerte aquel sencillo idilio de caras inocentes. Las niñas comían como mujeres; los niños discutían como algunos hombres. Al fondo, dando el pecho blanco al pequeñuelo, la madre, joven, rubia y bella, los miraba sonriendo. Por la ventana del jardín, la clara noche de estrellas temblaba, dura y fría.

De pronto, Blanca huyó, como un débil rayo, a los brazos de la madre. Hubo un súbito silencio, y luego, en un estrépito de sillas caídas, todos corrieron tras de ella, con un raudo alborotar, mirando espantados a la ventana.

¡El tonto de Platero! Puesta en el cristal su cabezota blanca, agigantada por la sombra, los cristales y el miedo, contemplaba, quieto y triste, el dulce comedor encendido.

V

Idilio de Noviembre.

Cuando, anochecido, vuelve Platero del campo con su blanda carga de ramas de pino para el horno, casi desaparece bajo la amplia verdura rendida. Su paso es menudo, unido, como el de la señorita del circo en el alambre, fino, juguetón... Parece que no anda. En punta las orejas, se diría un caracol debajo de su casa.

Las ramas verdes, ramas que, erguidas, tuvieron en ellas el sol, los chamarices, el viento, la luna, los cuervos —¡qué horror! ¡ahí han estado, Platero!—, se caen, pobres, hasta el polvo blanco de las sendas secas del crepúsculo.

Una fría dulzura malva lo nimba todo. Y en el campo, que va ya a diciembre, la tierna humildad del burro cargado empieza, como el año pasado, a parecer divina...

VI

El alba.

En las lentas madrugadas de invierno, cuando los gallos alertas ven las primeras rosas del alba y las saludan galantes, Platero, harto de dormir, rebuzna largamente. ¡Cuán dulce su lejano despertar, en la luz celeste que entra por las rendijas de la alcoba! Yo, deseoso también del día, pienso en el sol desde mi lecho mullido.

Y pienso en lo que habría sido del pobre Platero, si en vez

de caer en mis manos de poeta hubiese caído en las de uno de esos carboneros que van, todavía de noche, por la dura escarcha de los caminos solitarios, a robar los pinos de los montes, o en las de uno de esos gitanos astrosos que pintan los burros y les dan arsénico y les ponen alfileres en las orejas para que no se les caigan.

Platero rebuzna de nuevo. ¿Sabrá que pienso en él? ¿Qué me importa? En la ternura del amanecer, su recuerdo me es grato como el alba misma. Y, gracias a Dios, él tiene una cuadra tibia y blanda como una cuna, amable como mi pensamiento.

VII

La muerte.

Encontré a Platero echado en su cama de paja, blandos los ojos y tristes. Fuí a él, lo acaricié hablándole, y quise que se levantara...

El pobre se removió todo bruscamente, y dejó una mano arrodillada... No podía... Entonces le tendí su mano en el suelo, lo acaricié de nuevo con ternura, y mandé venir a su médico.

El viejo Darbón, así que lo hubo visto, sumió la enorme boca desdentada hasta la nuca y meció sobre el pecho la cabeza congestionada, igual que un péndulo.

—Nada bueno, ¿eh?

No sé qué contestó... Que el infeliz se iba... Nada... Que un dolor... Que no sé qué raíz mala... La tierra, entre la yerba...

A mediodía, Platero estaba muerto. La barriguilla de algodón se le había hinchado como el mundo, y sus patas, rígidas y descoloridas, se elevaban al cielo. Parecía su pelo rizoso ese pelo de estopa apolillada de las muñecas viejas, que se cae, al pasarle la mano, en una polvorienta tristeza...

Por la cuadra en silencio, encendiéndose cada vez que pasaba por el rayo de sol de la ventanilla, revolaba una bella mariposa de tres colores...

VIII

Nostalgia.

PLATERO, tú nos ves, ¿verdad?

¿Verdad que ves cómo se ríe en paz, clara y fría, el agua de la noria del huerto; cuál vuelan, en la luz última, las afanosas abejas en torno del romero verde y malva, rosa y oro por el sol que aún enciende la colina?

Platero, tú nos ves, ¿verdad?

¿Verdad que ves pasar por la cuesta roja de la Fuente vieja los borriquillos de las lavanderas, cansados, cojos, tristes en la inmensa pureza que une tierra y cielo en un solo cristal de esplendor?

Platero, tú nos ves, ¿verdad?

¿Verdad que ves a los niños corriendo arrebatados entre las jaras, que tienen posadas en sus ramas sus propias flores, liviano enjambre de vagas mariposas blancas, goteadas de carmín?

Platero, tú nos ves, ¿verdad?

Platero, ¿verdad que tú nos ves? Sí, tú me ves. Y yo creo oír, sí, sí, yo oigo en el poniente despejado, endulzando todo el valle de las viñas, tu tierno rebuzno lastimero...

Juan Ramón Jiménez,

Recomendar *Platero y yo* y *Poesías escogidas,* de Juan Ramón Jiménez.

El escarabajo.

Yo soy aquel que vive escondido en las flores
como en divina tumba, y cuando los calores
recargan el jardín con sus mazas brutales,
recibo todo el cielo bajo techos florales.
Al asomar mi cuerpo por la rosa que adoro,
me parezco a un avaro oculto en su tesoro.
Vivo como eremita en su celda apartado,
sin deseos, habiendo mi corola heredado.
Absorto en ella, lejos de algún mirar curioso,
profundizo el inmenso estío minucioso.
Tengo alas. Y en mi celda cada vez más me hundo,
pudiendo, entre chispazos, ir a volar al mundo.
Mas en el rojo claustro que he querido escoger,
vivo siempre, y medito y esprimo mi placer
lejos del torbellino sonoro de las cosas:
he renunciado al mundo, porque tengo las rosas.

Abel Bonnard,
francés.

Canción de la cigarra y la hormiga.

I

Día de Dios, ¡qué calor! Hermoso tiempo para la cigarra— qué, loca de alegría, se regala—, con un chaparrón de fuego; hermoso tiempo para la siega.— En las ondas de oro, el segador,— doblados los riñones y el pecho al aire, trabaja y no canta casi:— en su garganta, la sed estrangula la canción.

Tiempo bendito para ti. ¡Atrévete, linda cigarra!— Haz zumbar tus menudos címbalos,— y estremécete el vientre hasta reventar tus espejuelos.— En tanto, el hombre mueve la hoz,— que continuamente oscilante, irradia— el brillo de su acero en las rojizas espigas.

Tú, cigarra, tienes un recurso para la sed: en la corteza —tierna y jugosa de una rama,— la aguja de tu pico se hunde y perfora un pozo.— El jarabe sube por la estrecha vía. Te abocas a la fuente melosa que mana,— y de la azucarada destilación bebes el trago exquisito.

Pero no siempre en paz, ¡oh! no, pues ladrones— vecinos, vecinas o vagabundos,— te han visto abrir el pozo. Tienes sed; y vienen, dolientes,— a cogerte una gota para sus tazas.— No te fíes hermosa mía: esos vacíaalforjas,— humildes primero, son pronto bribones insolentes.

Buscan un trago insignificante; después— no se satisfacen con los restos, levantan la cabeza— y lo quieren todo. Lo tendrán, sus garras de rastrillo te cosquillean en la punta del ala.— En tu ancha espalda uno sube y otro baja;— te cogen del pico, los cuernos y los dedos de los pies, tiran de aquí y de allá. Y te impacientas al fin.— ¡Pts! ¡Pts! con un chorro de orina— riegas a la asamblea y dejas la rama.— Te vas muy lejos de la canalla,— que te ha robado el pozo y ríe y se regocija,— y se lame los labios pegajosos de miel.

Pues bien, de esos bohemios hartos sin trabajo— el más tenaz es la hormiga.— Moscas, abejones, avispas, escarabajos cornudos— estafadores de toda laya,— holgazanes que el mucho Sol lleva a tu pozo,— se obstinan en hacerte marchar. Para apretarte el dedo, hacerte cosquillas en la cara,— pincharte en la nariz, para correr— a la sombra de tu vientre, ninguno vale lo que ella.— La bribona toma por escala— una pata, y te sube, audaz sobre las alas;— allí se pasea insolente, y va de arriba abajo.

II

Ahora he aquí cosa increíble.— Antes, nos dice los antiguos,— un día de invierno te sorprende el hambre. Con la frente baja,— y a escondidas,— ibas a ver, en sus grandes almacenes, a la hormiga bajo tierra.

La enriquecida, secaba al Sol— antes de esconderlos en la cueva,— sus trigos que había enmohecido el rocío de la noche.— Cuando estaban dispuestos, los metía en un saco.— Llegas en aquel momento con lágrimas en los ojos. Y dices:— «Hace mucho frío; el cierzo de un rincón a otro me arrastra— moribunda de hambre. De tu rico montón— déjame llenar mi alforja.— Te lo devolveré seguramente en el hermoso tiempo de los melones. Préstame unos granos». Pero, tonta,— si crees que la otra te escucha,— te equivocas. De los grandes sacos no tendrás nada.— «Lárgate de aquí, vete a rascar toneles; revienta de hambre en invierno, tú que cantas en verano».

Así habla la fábula antigua— para aconsejarnos la práctica— de los avaros, felices de anudar los cordones— de sus bolsas... (que el cólico roa las entrañas de estos necios).

Me indigna el fabulista— cuando dice que en invierno vas a pedir moscas, gusanillos, granos, tú que nunca comes esto.— ¡Trigo! ¿Qué harías de él? Ya tienes tu fuente melosa y no pidas nada más.

¡Qué te importa el invierno! Tu familia— al abrigo bajo tierra duerme— y tú duermes el sueño que no tiene despertar.— Tu cadáver cae hecho girones.— Un día huroneando, lo ve la hormiga.

De tu flaca piel seca la infame hace comida;— te vacía el pecho, te despedaza— te almacena para salazón,— provisión selecta, en invierno, en tiempo de nieve.

III

Tal es la historia verdadera— muy lejos del decir de la fábula.— ¿Qué pensáis de ello?— ¡Oh guardadores de ochavos,— dedos ganchudos, barrigones— que gobernáis el mundo con la caja de caudales! Hacéis correr el rumor,— de que el artista jamás trabaja,— y que debe padecer, por imbécil.— Callaos, pues; cuando la cigarra ha perforado la corteza de las vides silvestres,— vosotras le robáis su bebida, y después de muerta, todavía la roéis.

(Canción popular de Provenza).

Una cacería fantástica.

(De *La leyenda de San Julián.)*

Julián había cruzado el parque, y caminaba con paso nervioso por el bosque, gozando la blandura del césped y la tibieza del aire.

La sombra de los árboles se extendía sobre el musgo. Al guna vez la luna trazaba en los claros, rayas de plata, y entonces vacilaba en avanzar, creyendo encontrarse en una corriente de agua; y otras, la superficie inmóvil de una charca se confundía con el color de la hierba. Un gran silencio le seguía, y por ninguna parte asomaban los animales, que minutos antes había visto errar en torno del castillo.

Cerrábase el bosque, la oscuridad era cada vez más profunda. Pasaban bocanadas de viento cálido, lleno de aronas enervantes. Hundiéndose en montones de hojas muertas, apoyóse contra una encina para alentar un poco.

De pronto saltó a su espalda una masa más negra: un jabalí. Julián no tuvo tiempo de coger su arco, y se afligió de ello como de una desgracia.

Luego, al salir del bosque, divisó un lobo que se escurría a lo largo de un seto. Julián le envió una flecha. El lobo se detuvo; volvió la cabeza para verle y siguió su carrera. Trotaba, guardando siempre la misma distancia, deteníase de tiempo en tiempo, y tan pronto como le apuntaba, otra vez volvía a huir.

De esta manera recorrió Julián una llanura interminable; luego, montículos de arena, y al fin se encontró en lo alto de una meseta que dominaba gran extensión de terreno. Había allí, diseminadas entre unas cuevas en ruinas, muchas piedras planas. Se tropezaba en osamentas de muerto; aquí y allá, cruces carcomidas inclinábanse con aire tétrico. Pero en la sombra indecisa de las tumbas se removían unos bultos, y surgieron las hienas, azoradas, jadeantes. Sonaba el golpe blando de sus uñas al caer sobre las baldosas, y así vinieron hasta él y le olfatearon con un bostezo que mostraba sus encías. Desenvainó el sable, y corrieron a un tiempo en todas direcciones. Con su galope cojo y precipitado, se perdieron a lo lejos tras una ola de polvo.

Una hora después encontró en un barranco un toro furioso, con los cuernos en alto y escarbando la arena con el pie. Julián le clavó su lanza en el pecho por la papada. La punta se quebró, como si el animal hubiera sido de bronce. Cerró Julián los ojos esperando la muerte; pero cuando los abrió, el toro había desaparecido.

Entonces su alma se rindió de vergüenza. Un poder superior destruía su fuerza, y pensando en volver a su casa, penetró de nuevo en el bosque. Las lianas obstruían el paso e iba cortándolas con su sable, cuando una garduña gigantesca resbaló bruscamente entre sus piernas; una pantera dio, terribles saltos por cima de sus hombros; una serpiente subió en espiral alrededor de un fresno.

Asomó entre las ramas un grajo monstruoso que le miraba,

y por todas partes aparecían infinidad de chispas, como si el firmamento hubiera hecho llover sobre el bosque todas sus estrellas. Eran los ojos de los animales: gatos salvajes, ardillas, buhos, papagayos, monos...

Julián asestaba contra ellos sus flechas; las flechas, con sus plumas, posábanse sobre las hojas como, mariposas blancas. Les arrojó piedras; las piedras, sin tocar a nada, volvían a caer. Se maldecía, hubiera querido golpearse, rugía imprecaciones, se ahogaba de rabia.

Y todos los animales que había perseguido se le presentaron formando a su alrededor un estrecho círculo. Unos sentados sobre la grupa, otros levantados en toda su alzada. Permaneció en medio helado de terror, incapaz de todo movimiento. Por un esfuerzo supremo de su voluntad dio un paso. Los que se posaban en los árboles, abrieron las alas; los que hollaban el suelo, desplazaban sus miembros, y todos le acompañaban...

Las hienas caminaban delante de él; el lobo y el jabalí, detrás. El toro, a su derecha, balanceaba la cabeza, y a su izquierda, la serpiente ondulaba entre la hierba, mientras que la pantera, arqueando su espalda, avanzaba a grandes zancadas con paso callado. Iba él lo más lentamente posible para no imitarles, y veía salir de la hondura de los zarzales zorros, víboras, puerco-espines, chacales y osos.

Julián se puso a correr; corrieron ellos. La serpiente, silbando; las bestias hediondas, babeando. El jabalí le rozaba los talones con sus defensas; el lobo, la palma de las manos con los pelos del hocico. Pinchábanle los monos, gesticulando; la garduña rodaba junto a sus pies. Un oso le quitó con sus patas el sombrero de un revés, y la pantera, desdeñosamente, dejó caer una flecha que llevaba en la boca.

Veíase en sus gestos socarrones que se burlaban. Al mismo tiempo que le observaban con el rabillo del ojo, parecía meditar un plan de venganza. Y ensordecido por el zumbar de los insectos, golpeado por las colas de los pájaros, sofocado por sus alientos, él caminaba con los brazos extendidos y

los párpados cerrados, como un ciego, sin tener fuerza siquiera para gritar: «¡Perdón!».

Vibró en el aire el canto de un gallo. Respondieron otros. Era el alba. Al otro lado de los naranjos distinguió la techumbre de su palacio...

Gustavo Flaubert,
francés.

Recomendar *Tres cuentos,* de Gustavo Flaubert.

El espejo.

Cada vez que me observaba en un espejo, recibía una impresión extraña.

—«Ahí te tienes»—, me decía.

—«Pero, ¿acaso soy tan sencillo como todo eso?»— me preguntaba.

Aquella imágen opaca, imperceptible, parecía tan ajena a mí mismo, como si fuera la figura de otro.

Por fin, una noche descubrí el verdadero espejo.

Sobre el jardín, envuelto en sombras, bajaba el pálido fulgor de las estrellas. En los cristales de la ventana veía reflejada la luz de la lámpara y mi actitud pensativa. Pero, a través de mi imágen, pude observar la arena de los senderos, los macizos de las rosas, que florecían en mitad de mi pecho; las estrellas lejanas, que brillaban en mi cabeza.

Pensé haber encontrado un buen espejo. Aquella mi sombra, atravesada por franjas de arena, por rosales florecidos, por astros distantes, hablaba con extraordinaria claridad del origen de nuestro cuerpo y de las tendencia que llenan el espíritu humano.

Pedro Prado,
chileno.

INDICE